

Hiperbórea, y otros mundos perdidos

CLARK ASHTON SMITH

Clark Ashton Smith (1893-1961) nació en Long Valley (California) y pasó la mayor parte de su vida en la cercana ciudad de Auburn.

De formación autodidacta, apasionado desde su infancia por el exotismo y la erudición, a los diecisiete años ya había publicado poemas y relatos en distintas revistas. Animado por Lovecraft, su amigo y admirador epistolar, Smith se convirtió en prolífico autor de cuentos de terror y fantasía extraña, llegando a publicar más de doscientos relatos en este y otros géneros afines.

Muchos de estos relatos se desarrollan en “mundos perdidos”, escenarios fantásticos situados en un lejano futuro o en un remotísimo pasado, en la tierra o en otros planetas (también en la colección Gótica «Zothique, el último continente»); son cuentos teñidos de exotismo, ironía y crueldad, que rivalizan en su propio e inconfundible estilo con las odiseas bárbaras de Howard y los horrores cósmicos de Lovecraft.

Este volumen reúne las diez historias dedicadas por Smith al mundo perdido de Hiperbórea: una civilización prehistórica, anterior a la última glaciación, un universo crepuscular condenado a desaparecer bajo la nieve y el hielo. La temática y estilo de estas historias son variopintos, y en ellas encontramos desde el horror cósmico clásico de “Ubbo-Sathla”, uno de sus cuentos más decididamente lovecraftianos, hasta el humor negro de “Los siete geases”, el absurdo surrealista de “La puerta a Saturno”, con sus alienígenas cubistas, la agridulce ironía poética de “La Sibila Blanca” o la alegre picaresca de “El robo de los treinta y nueve cinturones”.

La recopilación se completa con “El laberinto de Maal Dweb” y “Las mujeres flor”, los dos relatos magistrales ambientados en el planeta Xiccarph, además de las tres historias protagonizadas por los aihais —enigmáticos y descamados habitantes de Marte— y sus grotescos dioses.



Clark Ashton Smith

Hiperbórea, y otros mundos perdidos

Valdemar: Gótica - 96

ePub r1.2
orhi 07.09.2018



Título original: *Hiperbórea, y otros mundos perdidos*
Clark Ashton Smith, 2014
Traducción: Marta Lila Murillo
Introducción: Jesús Palacios

Editor digital: orhi
Corrección de erratas: Watcher y Astennu
ePub base r1.2



FLORES EXTRAÑAS

HIPERBÓREA Y LAS FANTASÍAS DECADENTES DE CLARK ASHTON SMITH

> ¿Consiste la llamada exploración del alma en los deslumbradores efectos de la sinestesia, o del gran vuelo a la soledad, o de la identificación con la *élite*, o de la consolación en el alcohol y en las drogas? ¿O bien las imágenes de muerte y devastación de la crueldad del tiempo y la caducidad humana trascienden la preocupación narcisista y logran una representación de la condición del hombre? Los mejores simbolistas alcanzaron esta finalidad.
>
> Anna Balakian, *El movimiento Simbolista*.

I

En 1931, el célebre crítico literario estadounidense Edmund Wilson publicó el que quizá sea su más conocido ensayo, *El Castillo de Axel*, un análisis de los autores y obras de las corrientes modernas —los anglosajones dicen «modernistas», pero trataremos de evitar este término, dado que se presta a confusión con el del Modernismo español e hispanoamericano— de la literatura, que refiere su genealogía y la de su ruptura con la tradición directamente a la semilla introducida por el movimiento Simbolista francés, representado fundamentalmente en la literatura por la cadena poética formada por Baudelaire, Verlaine, Rimbaud y Mallarmé. Así, Wilson aborda las obras de Yeats, Valéry, T. S. Eliot, Proust, Joyce y Gertrude Stein como herederas directas de las innovaciones técnicas y los motivos filosóficos propios de los simbolistas del *fin de siècle*, en mi opinión, con motivos bien fundados. De hecho, se trata de algo hasta cierto punto obvio en el caso de Yeats o Valéry, que pertenecieron a la corriente simbolista voluntariamente durante buena parte de su obra, e incluso en el de Proust, imbuido del *ennui* y el espíritu decadente característico de buena parte del simbolismo inmediatamente precedente.

¡Pero cómo se habría enfurecido Wilson si leyera estas breves páginas! Poco amigo de la literatura popular, ácido crítico y maltratador de la novela policíaca, de Lovecraft y Tolkien, muy posiblemente el autor de *El Castillo de Axel* habría considerado paparruchas estas líneas, ya que su propósito principal es reivindicar a Clark Ashton Smith, poeta, pero, sobre todo, autor de relatos de horror y fantasía oscura, como uno de los más evidentes y destacados epígonos del Simbolismo —en cierto modo, junto también a Lovecraft y hasta a Robert E. Howard, aunque de forma

más profunda, voluntaria y manifiesta que en el caso de estos—. Una extraña flor entre la *pulp fiction* de la era dorada de *Weird Tales*, que a pesar de su peculiar singularidad, es también ejemplo de cómo las grandes corrientes estéticas y artísticas de lo antaño conocido y reconocido como Alta Cultura, se introducen, funden y confunden inextricablemente con las de la Baja Cultura o cultura popular y de masas, alimentándose mutuamente en un proceso a menudo enriquecedor, aunque también a veces, a qué negarlo, peligroso para ambas.

II

Clark Ashton Smith (1893-1961) nació en Long Valley (California) y pasó la mayor parte de su vida en la cercana ciudad de Auburn. De formación autodidacta, apasionado ya desde su infancia por el exotismo y la erudición[1], desarrolló muy tempranamente una facilidad inusual para el aprendizaje de idiomas, además de una profunda fascinación por las palabras extrañas y sus etimologías estimulada por su increíble capacidad mnemotécnica. Otra de sus tempranas pasiones, que le acompañaría toda la vida, serían los poemas y cuentos de Edgar Allan Poe, en palabras del propio Edmund Wilson, el «profeta más importante del simbolismo»[2]. A los diecisiete años, Smith ya había publicado poemas y relatos en distintas revistas, llamando la atención de escritores consagrados como George Sterling, quien le introdujo en la obra de Baudelaire y escribiría los prefacios de varios de sus primeros libros, como su volumen poético, *The Star-Treader and Other Poems* (1912), bien recibido por la crítica. El joven poeta se vio inmerso brevemente en un círculo que incluía a los mismísimos Ambrose Bierce, maestro a su vez de Sterling, o London, participando en varias reuniones del mítico *Bohemian Club* de San Francisco. El mismo lugar en una de cuyas habitaciones se quitaría la vida Sterling en 1926, con un trago de cianuro.

Smith, pese a su talento como poeta de inspiración romántica, parnasiana y decadente, comprendió pronto que era poco menos que imposible ganarse la vida como tal. Su mala salud influyó también en su retiro del mundanal ruido durante casi una década, durante la cual siguió cultivando la poesía, ejercitando su talento como pintor, grabador y dibujante, y carteándose con una amplia variedad de figuras afines del mundo cultural de la época. Sería uno de sus corresponsales, un fan llamado H. P. Lovecraft, quien le instara a probar suerte con la escritura de relatos cortos de ficción fantástica, aconsejándole que los enviara a *Weird Tales* y otras revistas *pulp*. A partir de 1929, la joven promesa de la poesía americana, una vez aclamado por la crítica como «el Keats del Pacífico», se convirtió en prolífico autor de cuentos de terror y fantasía extraña, publicando más de doscientos relatos del género y otros afines, como el *science/fantasy*, en los *pulps* más conocidos de la época. Pronto, su amistad y afinidad con H. P. Lovecraft y Robert E. Howard le convertirían en uno de los

miembros fundamentales de este triunvirato seminal y genial, que sirvió de pilar a la edad dorada de *Weird Tales* y compone, a su peculiar manera, un auténtico avatar postrero del Simbolismo decadente, que introduce sus tropos, *leit-motivs* y estilemas en la moderna ficción popular de fantasía y horror[3].

Durante estos prolíficos años, Smith creó sus más famosos escenarios fantásticos, entre los que destacan el mundo prehistórico de Hiperbórea, que presentamos aquí a los lectores; el continente futuro de Zothique[4]; la fantástica Francia medieval de Averoigne, y planetas exóticos como Xiccarph o su propia versión de Marte (varias de cuyas historias se incluyen también en el presente volumen). Durante un tiempo, el poeta californiano fue fuente aparentemente inagotable de cuentos fantásticos, teñidos de exotismo, ironía y crueldad, que rivalizaban en su propio e inconfundible estilo con las odiseas bárbaras de Howard y los horrores cósmicos de Lovecraft. Sin embargo, la sombra de la muerte parecía perseguir a Smith casi como a alguno de sus patéticos protagonistas. En poco tiempo, entre 1935 y 1937, fallecerían sus padres y, de forma más inesperada, sus amigos, colegas y corresponsales más queridos: Robert E. Howard, que se voló los sesos en 1936, y H. P. Lovecraft, arrebatado por el cáncer un año después. Solo en su cabaña de Auburn, volvió a la poesía y comenzó a esculpir, dejando de lado, prácticamente de forma definitiva, sus relatos fantásticos. Allí, recibía visitas de escritores y admiradores como E. Hoffmann Price o Fritz Leiber.

Cuando August Derleth comenzó su inapreciable carrera como editor al frente de *Arkham House*, a comienzos de los años 40, no sólo los cuentos de Smith, sino también sus poemas, conocieron una segunda vida, llegando a nuevas generaciones de lectores y convirtiéndose en obras de genuino culto, íntimamente relacionadas con el llamado Círculo de Lovecraft, pero también especialmente singulares gracias a las ambiciones literarias y el estilo intransferible de su autor.

Después de sufrir un primer ataque al corazón en 1953, Smith contrajo matrimonio con Carol Jones Dorman, abandonando definitivamente su vieja cabaña para instalarse en Pacific Grove con su familia. Nunca volvió a escribir ficción, pese a los ruegos de Derleth y otros seguidores. Su débil corazón dejaría por fin de latir en agosto de 1961. Tenía sesenta y ocho años, y sus cenizas fueron esparcidas sobre las rocas en las que se había erigido la casa de sus padres, que ardiera unos años antes, en el mismo Pacific Grove. Salvo por unos cuantos fans de la literatura de lo extraño, la figura y la obra de Clark Ashton Smith se desvanecieron en el cálido aire de California. Durante años, fue recordado más por asociación al nombre de Lovecraft y por sus aportaciones puntuales al *corpus* de los Mitos de Cthulhu que por sus propios méritos. Y, no obstante, sus fantasías decadentes y exquisitas fueron creciendo como flores extrañas entre la amarilla jungla de la vieja *pulp fiction*, para seguir manteniendo viva la semilla del Simbolismo, plantada indeleblemente en el corazón de la moderna literatura fantástica.

III

Ha sido habitual durante muchos años situar a Smith y su obra casi exclusivamente dentro del contexto de la era dorada de Weird Tales, a la sombra o, como mucho, en paralelo con las figuras de sus amigos Lovecraft y Howard. Nada tendría esto de malo, en tanto que adecuado en buena medida a la realidad, si no fuera porque ha contribuido a mantener en la oscuridad otros factores fundamentales para entender y disfrutar mejor su singular contribución a la narrativa fantástica del siglo XX. Una contribución que debe su mayor mérito y originalidad, precisamente, a las ambiciones, en cierta medida ajenas al género, que motivaron a Smith para dedicarse a la literatura, así como a sus contactos personales con otros escritores fuera del Círculo de Lovecraft, y la influencia de autores anteriores, algunos de importancia tangencial para comprender la proximidad de HPL, Howard e incluso, más ocasionalmente, otros profesionales del género como Abraham Merritt, Lilith Lorraine, Frank Belknap Long, Catherine L. Moore, Henry Kuttner, Hoffmann Price, Jack Williamson o Edmond Hamilton, entre otros, al ámbito del Simbolismo y la herencia decadente[5].

Lo cierto es que Smith era, ante todo, un poeta en la vena Simbolista, que se resignó a vehicular su estro a través del cuento fantástico, en vistas del muy limitado mercado e impacto existentes para su poesía. Gracias sean dadas a Ubbo-Sathla. Porque de esta manera, adaptando su pasión por el verso parnasiano y por los temas y técnicas propios de la poesía decadente francesa y del Modernismo hispano al formato del relato de horror, Smith creó uno de los ejemplos más asombrosos de mutación de la lírica simbolista, reconvertida en material *pulp*, sin perder por ello ni un ápice de sus características originales. El gusto por la tesitura musical de las palabras, el arabesco descriptivo fiado a la eufonía de adjetivos y adverbios improbables cuando no inventados, el tupido tapiz de palabras y frases que se entrelazan en asfixiantes enredaderas semánticas, la superior importancia de atmósferas y humores, el regusto exótico de nombres y escenarios, la exuberancia de una Hora prosística arcaizante y sofisticadamente barroca… Todo ello responde al impulso musical de una prosa poética que tiene sus orígenes primeros en Poe y se desarrolla plenamente entre simbolistas y decadentes finiseculares como Villiers de L'Isle-Adam, Huysmans, Marcel Schwob, Octave Mirbeau, Jean Lorraine o el propio Wilde. Pero, además, los temas (por no decir el Tema) de sus relatos situados en mundos fantásticos, pueden resumir la esencia misma del decadentismo Simbolista: necrofilia, amores agonizantes, obsesiones eróticas que llevan a destinos peores que la muerte, pasiones de ultratumba, desafíos a los dioses y al propio Tiempo que acarrean desgracia y locura, venganzas de magos y hechiceros pérfidamente sadianos… Todo ello, envuelto a menudo en una suerte de humor cínico, irónico y agridulce, que lleva quizás un paso más lejos el existencialismo latente en la mística simbolista finisecular, para imbricarse sutilmente en la conciencia del absurdo y el

nihilismo del siglo XX.

Ciertamente, Clark Ashton Smith utiliza la parafernalia del *fantasy*, el horror gótico, el ocultismo contemporáneo y hasta la ciencia ficción *pulp*, pero más aún que en el caso de Lovecraft o Howard, su terreno de inspiración es el destierro de la realidad del artista, consciente, sin embargo, de la inutilidad final de su empeño. Hay quien ha afirmado que Smith se identificaba con sus muchos protagonistas malditos, exiliados y condenados de antemano, viéndose a sí mismo como un poeta expulsado del limbo de la Alta Literatura, para arrastrarse errando por los execrables mundos de la *pulp fiction*, como alma en pena. Yo no estoy tan seguro. Tengo para mí que Smith llegó a sentir que los relatos de fantasía y horror que escribía eran un medio privilegiado para mantener viva la llama del Simbolismo, de la Religión del Arte por el Arte, que al mismo tiempo podía cumplir con las exigencias materiales de la vida de un escritor profesional. Nadie puede dudar que en sus creaciones de Zothique o Hiperbórea, en sus cultos y dioses inventados, en sus perversos hechiceros, mujeres fatales y criaturas imposibles, dignas de un bestiario fantástico precursor del Surrealismo, Smith ponía toda su alma de artista, poeta y visionario, tanto como en sus mejores versos o como en sus esculturas, grabados y pinturas, tan raras de ver como de calificar, casi siempre relacionadas también con los mismos escenarios imaginarios y criaturas míticas de sus propias narraciones.

El problema principal estriba en que, hasta hace poco, la crítica que se acercaba a Clark Ashton Smith era casi exclusivamente la del aficionado o el especialista en el género fantástico moderno, que puede en su solipsismo llegar a ser tan prejuiciosa como el propio Edmund Wilson con su penoso desprecio por Lovecraft y la literatura popular. No es —sólo— con Edgar Rice Burroughs o Tolkien con quienes hemos de comparar la imaginación de Smith, como solía hacer con la mejor de las intenciones Lin Carter en las ediciones de sus obras para Ballantine Books[6]. No es sólo con respecto al Círculo de Lovecraft y la generación de *Weird Tales* como hemos de analizar o poner en parangón sus relatos. Para entender y disfrutar plenamente del extraño mundo crepuscular de Smith es igualmente importante recordarle como poeta ligado voluntariamente a la bohemia californiana, los a veces llamados Románticos de la Costa Oeste, y a la figura igualmente influida por el decadentismo de George Sterling, su primer mentor. Debemos tener presente cómo era considerado en 1915, por ejemplo, por su amigo, el también poeta visionario y pionero de la crítica cinematográfica Vachel Lindsay: «En los poemas de Edwin Markham, el decano de los poetas americanos, Clark Ashton Smith, el joven caminante y George Sterling, ese hijo del ancestral Merlín, se encuentran las semillas de los mejores guiones que jamás hayan brotado de California»[7]. Recordar su pasión por traducir a poetas parnasianos como Leconte de Lisle o el cubano y parisino de adopción José María de Heredia, y a modernistas hispanos como José Antonio Calcaño o Rubén Darío (autor también de notables relatos fantásticos y de horror, herederos de Poe). Pensar que sus relaciones, profesionales y personales con Lovecraft, Howard, Wandrei, Derleth y

otros miembros del Círculo, eran paralelas a las que mantenía también con escritores como Ina Coolbrith o el extraño y no menos decadente Benjamin DeCasseres… Sin cometer por ello el error de separar ambas facetas, ya que forman parte indisoluble de una misma personalidad y obra, mostrando así las constantes conexiones, transferencias e interacciones entre distintos ámbitos artísticos y literarios, que solo están a menudo separados por la mentalidad monolítica, puerilmente clasista y jerarquizada de académicos, historiadores y críticos literarios. Afortunadamente, hoy día son cada vez más quienes ven y analizan estas conexiones, libres de prejuicios e ignorancia[8]. Gracias a ello, el nombre de Smith está siendo también reubicado justamente junto a los de otros «raros» y «excéntricos» de la literatura estadounidense de su tiempo, como Charles Fort, Ben Hecht, Van Vechten, Branch Cabello DeCasseres, con quienes comparte a veces tantos rasgos o más que con los demás miembros del Círculo de Lovecraft.

IV

Los relatos de Clark Ashton Smith que se desarrollan en el mundo prehistórico de Hiperbórea son, tanto como aquellos que tienen por escenario el futuro continente de Zothique, perfectamente identificativos del estilo y las constantes de su narrativa fantástica característica. Su inconfundible filiación decadente queda perfectamente establecida en el breve poema en prosa "La musa de Hiperbórea", que de paso identifica también al autor con sus personajes obsesivos y malditos, construidos en torno al arquetipo del antihéroe simbolista por excelencia, ese Axel de la obra de Villiers de L'Isle-Adam, que Wilson ve como origen de gran parte de la literatura moderna y su actitud peculiar[9]. Como siempre en las fantasías de Smith, estamos en un universo crepuscular, condenado a la desaparición y, por tanto, decadente en sentido no solo metafórico sino literal. Si en Zothique se trata del último continente de la Tierra, bajo un sol en extinción, aquí el mundo hiperbóreo, anterior a la Historia humana en el mismo sentido en que lo son la Edad Hiboria o la Tierra Media, se encuentra al borde de la glaciación que ha de hacerlo perecer y lo condenará al olvido eterno. Como todo escritor de *fantasy* que se precie, Smith mezcla fragmentos variopintos de mitos y leyendas del mundo antiguo y medieval, con predominio oriental y céltico, así como elementos tomados de la tradición esotérica y ocultista de moda, pero, a diferencia de Howard o Tolkien, sin importarle demasiado la coherencia o credibilidad de su creación en sentido geográfico, lingüístico o cronológico. Para eso ya están los entrañables maniáticos como Sprague De Camp o Lin Carter, siempre dispuestos con su mentalidad de fans a buscar orden y concierto en lo que, realmente, es un desordenado y desconcertante universo de fantasías y obsesiones personales, que desborda los límites del género para llevarnos desde el horror cósmico clásico de "Ubbo-Sathla", uno de sus cuentos más decididamente

lovecraftianos, hasta el humor negro de "Los siete *geases*", el absurdo surrealista de "La puerta a Saturno", con sus alienígenas cubistas, la agridulce ironía poética de "La Sibila Blanca" o la alegre picaresca de "El robo de los treinta y nueve cinturones".

La verdadera coherencia de *Hiperbórea* procede del estilo literario de Smith, de su creación de una atmósfera concreta, una poética personal, voluntariamente heredada de simbolistas y decadentes, pero conducida por su temperamento y su adopción del formato y los arquetipos del cuento de fantasía y terror hasta un lugar nuevo y distinto, nunca hollado antes por nadie. Este reino privado que el autor comparte con nosotros es un universo paralelo en muchos aspectos al de Lovecraft y Howard, pero al tiempo muy distinto. La mayoría de los cuentos de Smith no son narraciones de terror sobrenatural u ocultista, como los de Lovecraft, ya que se desarrollan en mundos de naturaleza fantástica donde lo mágico o seudo-mágico forma parte de la realidad cotidiana, por lo que no puede plantearse la típica ruptura todoroviana que define el género. Pero tampoco pertenecen del todo a la categoría de lo «maravilloso», ya que prima en ellos lo trágico e incluso lo terrible, si bien a veces rozando lo grotesco y convirtiéndose en macabra humorada o tragicomedia agridulce. Menos aún cabe calificarlos de fantasías heroicas. Pese a que el decorado pueda coincidir conceptualmente con el de las historias de Espada y Brujeria de Howard y sus seguidores, nada hay más alejado de la épica que los relatos de Smith, protagonizados a menudo por ladrones ("La historia de Satampra Zeiros" o "El robo de los treinta y nueve cinturones"), mezquinos aventureros y prestamistas ("El sino de Avoosl Wuthoqquan", "El demonio del hielo") o brujos y hechiceros ("El testamento de Athammaus", "La llegada del gusano blanco", "La puerta a Saturno"…), entre otros personajes condenados siempre a perecer ante las fuerzas inhumanas que han provocado, voluntaria e involuntariamente, o, como mucho, a conseguir alguna que otra victoria pírrica, meramente temporal. Pareciera como si Smith se regodeara, precisamente, en deconstruir el mundo heroico de Howard, tomando parte antes por los hechiceros más sádicos y perversos o las deidades más absurdas y crueles, que por los humanos que tratan de enfrentarse a ellos y vencerles —si es que no se han cruzado simplemente en su camino de forma accidental—, por esforzados y justos que puedan ser sus motivos (esto queda especialmente evidenciado en el magnífico cuento de Xiccarph, aquí incluido, "El laberinto de Maal Dweb").

Pero la ironía de Smith, al borde a veces de un trágico cinismo, alcanza todos los rincones de Hiperbórea y el resto de sus mundos fantásticos. Es aquí donde, parafraseando a Anna Balakian, «… Los efímeros y nihilistas temas del simbolismo (quedan) reducidos al *Rien*, *Nothing*, "Nada" del grito de guerra dadaísta»[10]. Y es que, en última instancia, nada tiene sentido en Hiperbórea. El continente entero, con sus ciudades y palacios de fasto digno de las Mil y Una Noches, tarde o temprano será y es consumido por las nieves, naturales o sobrenaturales. Los dioses prehumanos que habitan sus abismos, procedentes de lejanas estrellas, son grotescas

figuras semi-animales, a veces protoplásmicas, sacadas de algún grabado de Kubin o Redon, sin grandeza ni sublimidad alguna, cuyo motor resulta ser a menudo el más pedestre y vulgar posible: satisfacer su hambre, por mucho que sea un hambre pantagruélica. Las maldiciones mágicas, en lugar de poseer la ineludible fatalidad de la tragedia griega, se convierten en un ridículo sinsentido, cuando el protagonista víctima de una de ellas es rechazado por todos los «dioses» que deberían condenarle, ahítos o aburridos, para acabar muriendo (ojo: *spoiler*) de forma tan absurda como accidental, en “Los siete *geases*”. Los conceptos del bien y del mal son por completo ajenos a Hiperbórea, tanto como a Zothique o cualquier otro universo imaginado por Smith. Así, el protagonista de los relatos de Xiccarph “El laberinto de Maal Dweb” y “Las mujeres flor”, dos de las obras maestras de su autor, podría ser de hecho el villano de cualquier cuento de Conan, pese a lo cual sale siempre triunfante de sus cuitas, aunque sus motivos para actuar sean la más descarada vanidad y tiranía, envueltas en el *ennui* decadente del aristócrata sadiano, que busca distraerse a toda costa de su eterno aburrimiento. Ni siquiera cuando el entorno esta más próximo a los tópicos de la *pulp fiction*, como en los cuentos de *science fantasy* situados en Marte (Aihai) que encontrará también aquí el lector (“El morador del abismo”, “Las criptas de Yoh-Vombis” y “Vulthum”), podemos esperar que funcionen los cómodos resortes del *space opera* heroico a la Burroughs: pese al triunfo de los héroes humanos en “Vulthum” —(ojo: *spoiler*) sacrificando, por supuesto, sus vidas—, la criatura alienígena y monstruosa no solo no será destruida definitivamente, sino que esta, con filosofía típicamente decadentista, preferirá sumirse voluntariamente en un nuevo sueño de mil años a luchar contra sus endebles enemigos terrestres, para conquistar el planeta despué́s tranquilamente junto a sus acólitos, también dormidos hasta entonces. No hay prisa, ni siquiera para apoderarse de la Tierra.

Estos son los mundos de Clark Ashton Smith, maestro de la fantasía oscura, que llegó de los profundos abismos del Simbolismo decadente y parnasiano conquistando para ellos los salvajes territorios de la *pulp fiction*, dando nacimiento a una obra única y singular. Floraciones extrañas, como sus propias y vampíricas mujeres-flor, producto mutante del encuentro y la coyunda inesperados e indescriptibles entre Baudelaire y Lovecraft, Verlaine y Robert E. Howard, con Poe presidiendo la orgía y el Rey Amarillo oficiando la confusa ceremonia. Partamos con él hacia Hiperbórea en busca de su Musa, no *aunque* nos cueste la vida, sino *porque* ha de costárnosla. Al menos, así, venceremos al peor enemigo del hombre: el aburrimiento.

* * *

NOTA: Estas páginas se han escrito tras releer los cuentos de Clark Ashton Smith escuchando al tiempo viejos discos de Genesis, King Crimson, ELP y Pink Floyd, por lo que deben tratarse como lo que quizá

sean: producto de una alucinación.

JESÚS PALACIOS
Gijón, 2 de Septiembre, 2014.

HIPERBÓREA


N
W
E
S
The Boreal Sea
Polarion
Thulask
Mhu Thulan
Cerngoth
Lequan
Oggon-Zhai
Iqqua
Eiglophian Mountains
Commorium
Voormithadreth
Uzuldaroum
Tscho Vulpanomi
Hyperborea

LA MUSA DE HIPERBÓREA

Demasiado alejado está su pálido y mortal rostro, y demasiado remotas se hallan las nieves de su letal pecho, para que mis ojos vuelvan a contemplarlas algún día. Pero en ciertas ocasiones su susurro me llega como un sobrenatural viento gélido, debilitado después de atravesar los abismos entre los mundos y soplar sobre los últimos horizontes de desiertos helados. Y ella me habla en una lengua que nunca antes he escuchado, pero que siempre he conocido; y me habla de la muerte y de la belleza más allá de los deseos extasiados del amor. Su conversación no trata del bien o del mal, ni de nada deseado o concebido o creído por las termitas de la tierra; y el aire que respira, y las tierras por las que transita explotarían en una ráfaga de aire gélido como el profundo frío del espacio sideral, y sus ojos cegarían los ojos de los hombres como si fueran soles, y su beso, si es que alguien lograra obtenerlo, marchitaría y mataría como el beso del rayo.

Pero, al escuchar el lejano y poco frecuente susurro, contemplo una visión de vastas auroras, en continentes más extensos que el propio mundo, y mares demasiado grandes para ser surcados por quillas humanas. Y en ocasiones balbuceo las extrañas nuevas que ella envía: aunque nadie las agradece, y nadie las creería ni las escucharía. Y en algún amanecer de los años de desesperación partiré y acudiré a su llamada, en busca del elevado y beatífico fin de sus llanuras níveas, para perecer entre sus horizontes jamás profanados.

LOS SIETE *GEASES*[11]

[The Seven Geases]

Lord Ralibar Vooz, magistrado supremo de la ciudad de Commoriom y primo tercero del rey Homquat, partió con veintiséis de sus más valerosos sirvientes en busca de la caza que poblaba las negras montañas Eiglofianas. Dejando que partidas menos atléticas se encargaran de los grandes osos perezosos y murciélagos vampiro de la jungla intermedia, así como de los pequeños aunque peligrosos dinosaurios, Ralibar Vooz y sus acompañantes avanzaron rápidamente y recorrieron la distancia entre la capital de Hiperbórea y su objetivo en un solo día de marcha. Las vítreas grietas y los lúgubres taludes del monte Voormithadreth, el pico más alto y formidable de las Eiglofianas, se cernían sobre ellos, aprisionando el sol entre oscuros picos a media tarde y ocultando totalmente el colorido espectáculo de la puesta de sol. Habían pernoctado bajo sus riscos más bajos, manteniendo una vigilancia constante, apilando ramas secas en sus hogueras, y escuchando en las espeluznantes alturas los bestiales aullidos perrunos de aquellos salvajes infrahumanos, los voormis, de los que la montaña tomaba su nombre. Asimismo, escucharon el bramido de un catoblepas alpino perseguido por los voormis, y el demente gruñido de un tigre de dientes de sable atrapado y arrastrado, y Ralibar Vooz pensó que esos sonidos eran propicios para la cacería del día siguiente.

Ralibar Vooz y sus hombres se levantaron temprano y, tras desayunar parte de sus provisiones de carne de oso seca y un vino agrio y oscuro que poseía unas cualidades extremadamente vigorizantes, emprendieron inmediatamente el ascenso a la cumbre, cuyas paredes superiores estaban horadadas por cuevas ocupadas por voormis. Ralibar Vooz había cazado a estas criaturas antes y cierta estancia de su hogar en Commoriom tenía las paredes tapizadas con sus gruesas y peludas pieles. De hecho, se las consideraba como las criaturas más peligrosas de la fauna de Hiperbórea y la sola escalada del Voormithadreth, incluso sin tener que hacer frente a sus habitantes, habría sido una hazaña que entrañaría demasiado peligro: pero Ralibar Vooz, después de haber probado este tipo de cacería, ya no se sentía satisfecho con ninguna presa más dócil.

Tanto él como sus acompañantes iban bien armados y pertrechados. Algunos de los hombres portaban cuerdas y garfios para usarlos en la escalada de los riscos más escarpados. Algunos portaban pesadas ballestas, y muchos iban equipados con machetes de mango largo y hojas de sable que, por experiencia, habían probado ser las armas más efectivas en la lucha cuerpo a cuerpo con los voormis. Entre toda la partida portaban además cuchillos auxiliares, dardos, cimitarras de dos manos, mazas, punzones y hachas de hoja serrada. Los hombres iban ataviados con zamarras y calzas de piel de dinosaurio, y calzaban borceguíes con púas de latón. El propio

Ralibar Vooz llevaba una indumentaria ligera de malla de cobre, la cual, tan flexible como la tela, no dificultaba en absoluto sus movimientos. Además, llevaba un escudo de piel de mamut con un largo punzón de bronce en el centro que lanzaba hacia delante como un puñal y, aun siendo un hombre de enorme estatura y fuerza, los hombros y el cinto en su pecho se combaban bajo el peso de todo un arsenal de armas.

La montaña era de origen volcánico, aunque se suponía que sus cuatro cráteres ya se habían extinguido. Durante horas los escaladores ascendieron penosamente por las aterradoras pendientes de lava negra y obsidiana, observando cómo las cumbres más escarpadas se perdían interminablemente en un cenit sin nubes que parecía inaccesible a cualquier ser humano. Mucho más rápido que ellos, el sol escalaba, abrasándolos y calentando tanto las rocas que sus manos ardían como si estuvieran apoyándolas en las paredes de un horno. Pero Ralibar Vooz, ansioso por clavar en carne sus armas, no permitía paradas en las simas en penumbra, ni bajo la pobre sombra de los escasos enebros.

Sin embargo, ese día parecía que los voormis no estaban en el exterior del monte Voormithadreth. Sin duda habían estado dándose un buen banquete durante la noche, cuando los commorianos oyeron los gritos de cacería. Quizás sería necesario invadir las madrigueras en las cuevas de los riscos más elevados: un método no muy del gusto ni tan siquiera de un atleta de tal audacia como Ralibar Vooz. Sólo se podía acceder a unas pocas cavernas sin el uso de cuerdas, y los voormis, que poseían una inteligencia cuasi humana, lanzarían pedruscos y tierra sobre las cabezas de los atacantes. La mayoría de las cuevas eran estrechas y oscuras, dejando así en seria desventaja a los cazadores que osaban entrar, y los voormis luchaban formidablemente defendiendo a sus crías y sus hembras, que habitaban las cámaras más profundas, siendo las hembras incluso más feroces y más dañinas si cabe que los machos.

De estas cuestiones y otras similares debatían Ralibar Vooz y sus esbirros a medida que la escalada se tornaba más dura y peligrosa, y contemplaron allá en lo alto las agrietadas bocas de las guaridas más bajas. Circulaban numerosas historias sobre valientes cazadores que se habían adentrado en esas guaridas y que habían regresado, y con frecuencia se hablaba de los viles hábitos de alimentación de los voormis y lo que solían hacer con sus prisioneros antes de matarlos, y después. También se hablaba mucho de los orígenes de los voormis, y era creencia popular que descendían de mujeres y ciertas criaturas atroces que llegaron en eras primigenias procedentes de un tenebroso mundo de cavernas en las entrañas del Voormithadreth. Existía la leyenda de que en algún lugar bajo aquella montaña de cuatro chimeneas moraba el indolente y torvo dios Tsathoggua, que había descendido desde Saturno en los años inmediatamente posteriores a la creación de la Tierra y, durante el rito de adoración en sus negros altares, los devotos siempre tenían cuidado en situarse orientados hacia el Voormithadreth. Otros seres más misteriosos que el propio

Tsathoggua dormían bajo los volcanes extinguidos, o recorrían y devoraban criaturas en ese infierno secreto, pero pocos hombres aparte de los magos más devotos o entregados admitían saber algo sobre estos seres.

Ralibar Vooz, que sentía un moderno y total rechazo por todo lo sobrenatural, confesaba su escepticismo de forma inequívoca cuando escuchaba a sus esbirros relatar estas antiguas leyendas. Perjuraba con procaces blasfemias que no había ningún dios en ningún lugar, ni encima ni debajo del Voormithadreth. En cuanto a los voormis, sin duda los consideraba una especie bastarda, pero para explicar su origen apenas se precisaba ir más allá de las leyes conocidas de la naturaleza. Eran simplemente los restos de una tribu subdesarrollada y degradada de aborígenes que se habían hundido progresivamente en la barbarie y buscaron refugio en aquellas moles volcánicas tras la llegada de los verdaderos hiperbóreos.

Algunos veteranos canosos de la partida sacudían las cabezas y murmuraban al oír tales herejías, pero debido a su respeto por el alto rango y valor de Ralibar Vooz no se aventuraban a contradecirle en público.

Tras varias horas de heroica escalada, los cazadores llegaron a las cercanías de las cuevas más bajas. En esos momentos, a sus pies se extendían en una inmensa y vertiginosa perspectiva las boscosas colinas y hermosas llanuras fértiles de Hiperbórea. Estaban solos en un mundo de roca negra lustrosa, con innumerables precipicios y simas por encima y por debajo de ellos, y en todas direcciones. Directamente sobre sus cabezas, en la cara de un precipicio casi perpendicular, había tres cavernas que tenían el aspecto de fumarolas volcánicas. Gran parte del risco brillaba recubierto de obsidiana y ofrecía pocos salientes o asideros. Aquella pared parecía inaccesible incluso para los voormis, ágiles como simios, y Ralibar Vooz, tras examinarla estratégicamente, decidió que el único acceso posible a las guaridas era desde arriba. Una grieta diagonal, que subía desde un saliente justo debajo de ellos hasta la cima, sin duda permitía acceso y salida a sus ocupantes.

Sin embargo, en primer lugar era necesario escalar la parte superior del precipicio: una hazaña difícil y peligrosa en sí misma. En uno de los extremos del largo talud en el que se encontraban los cazadores había una chimenea que se alzaba en la pared y que acababa a unos treinta pies de la cumbre dejando una superficie escarpada y lisa. Ascendiendo por la chimenea hasta el extremo más alto, un buen alpinista podía lanzar una cuerda con un garfio al borde del precipicio.

La conveniencia de mejorar su presente posición se hizo más apremiante debido a una lluvia de piedras y basura procedente de las cavernas. Distinguieron entre la basura algunos restos humanos, totalmente roídos y putrefactos. Ralibar Vooz, animado por el odio que le producían estos bellacos así como por el fervor de cazador que le embargaba, lideró a sus veintiséis hombres durante la escalada. Pronto llegó al final de la chimenea, donde un saliente inclinado apenas le ofrecía apoyo en un lateral. Tras el tercer intento, la cuerda se enganchó y escaló por ella colocando una mano tras otra hasta la cumbre.

Finalmente llegó a una repisa del cono menos elevado del Voormithadreth, que todavía seguía alzándose unos dos mil pies sobre él como una pirámide empinada. Ante él, en la repisa, la piedra de lava negra se retorcía en innumerables relieves bajos y extrañas masas como pedestales de gigantescas columnas. Seca y escasa vegetación y marchitas flores alpinas crecían aquí y allá en cuencas poco profundas de tierra oscura, y unos cuantos cedros achaparrados o golpeados por relámpagos habían echado raíz en la roca agrietada. Entre los surcos negros, y aparentemente muy cerca, un hilo de humo pálido ascendía serpenteando extrañamente en el aire calmado del mediodía y alcanzando una altura increíble hasta desaparecer. Ralibar Vooz dedujo que la repisa estaba habitada por criaturas más próximas a la humanidad civilizada que los voormis, los cuales desconocían el uso del fuego. Sorprendido por este descubrimiento, no esperó a que sus hombres se reunieran con él y partió inmediatamente para investigar el origen del sinuoso hilo de humo.

Le había parecido que estaba a tan sólo unos pasos, detrás del primer grotesco surco de lava. Pero era evidente que sus sentidos le habían engañado; escaló risco tras risco y rodeó los dólmenes y grandes dolomitas que se alzaban inexplicablemente ante él donde unos segundos antes sólo había visto rocas comunes, y el pálido y sinuoso hilo seguía alzándose al cielo en los mismos intervalos. Ralibar Vooz, magistrado supremo y formidable cazador, se sentía a un mismo tiempo sorprendido e irritado por el comportamiento del humo. Asimismo, el aspecto de las rocas que le rodeaban era desconcertante y desagradablemente engañoso. Estaba perdiendo demasiado tiempo en una exploración ociosa y que nada tenía que ver con el verdadero objetivo del día, pero no era un hombre que abandonase ninguna empresa, por trivial que fuera, sin haber alcanzado el objetivo fijado. Tras llamar a gritos a sus hombres, que debían de haber coronado ya el acantilado, continuó avanzando hacia el escurridizo humo.

En un par de ocasiones le pareció oír los gritos de respuesta de sus hombres, muy débiles e incomprensibles, como si le llegaran desde una sima de varias millas de ancho. Volvió a llamarlos con fuerza, pero en esta ocasión no le llegó ninguna respuesta. Avanzó un poco más y comenzó a detectar entre las rocas cercanas a él un peculiar zumbido y murmullo familiar en el que parecían participar cuatro o cinco voces distintas. Aparentemente, se encontraban mucho más cerca que el humo, que había desaparecido en la distancia como un espejismo. Una de las voces era claramente de un hiperbóreo, pero las otras poseían un timbre y un acento que Ralibar Vooz, a pesar de su extenso conocimiento étnico, no sabía asignar a ninguna rama o subdivisión humana. Estas voces le martilleaban los oídos de forma sumamente desagradable, recordándole en ocasiones al zumbido de grandes insectos, en otras a los murmullos del fuego y el agua, y en otras al chirriante metal.

Ralibar Vooz dejó escapar un fuerte e iracundo gemido para anunciar su presencia a cualquier persona que se encontrara entre las rocas. Sus armas y equipo repiqueteaban sonoramente mientras trepaba por una empinada cresta de lava en

dirección a las voces.

Tras coronar la cresta, echó un vistazo hacia abajo y contempló una escena que le resultó a un mismo tiempo misteriosa e inesperada. A sus pies, en una hondonada circular, se alzaba un tosco cobertizo hecho de cantos y fragmentos de roca y techado con ramas de cedro. Delante de esta cabaña, sobre un enorme bloque de obsidiana, ardía un fuego de cambiantes llamas azules, verdes y blancas, y desde esta hoguera se elevaba la pálida y fina espiral de humo cuya localización lo había eludido de manera tan extraña.

Un anciano marchito y de aspecto miserable, ataviado con una túnica que parecía igual de antigua y apestosa que él mismo, permanecía de pie junto al fuego. No estaba ocupado en ninguna actividad culinaria visible y, considerando el tórrido sol que hacía en ese momento, no parecía probable que necesitara el calor de las llamaradas de extraños colores. Aparte de aquel individuo, Ralibar Vooz buscó en vano a los otros participantes de la conversación que acababa de oír. Le pareció que había una vibración evanescente de oscuras y grotescas sombras alrededor del bloque de obsidiana, pero las sombras se debilitaban y se desvanecían en un segundo y, al no haber ningún objeto o ser que pudiera proyectarlas, Ralibar Vooz dedujo que había sido víctima de otra de esas ilusiones ópticas tan desagradables que parecían abundar en aquella parte del monte Voormithadreth.

El anciano miró al cazador con ojos fieros y comenzó a maldecirle con una dicción fluida pero ligeramente arcaica mientras este descendía a la hondonada. Al mismo tiempo, un pájaro con cola de reptil y plumas negras, que parecía pertenecer a alguna especie nocturna de arqueópterix, comenzó a abrir y cerrar su pico dentado y a agitar unas alas membranosas sobre la estela de soez forma que le servía de percha. Esa estela, que se erguía en la parte a sotavento del fuego y muy cerca de él, había pasado desapercibida a Ralibar Vooz en un primer momento.

—¡Que el estiércol de los demonios os cubra desde los pies a la coronilla! —gritó el viperino anciano—. ¡Oh, torpe idiota de baba! Habéis arruinado una invocación sumamente prometedora y trascendente. No puedo imaginar cómo habéis podido llegar hasta aquí. He rodeado este lugar con doce círculos de espejismos, cuyo efecto se multiplica por una miríada de intersecciones, y las posibilidades de que un intruso pueda encontrar el camino hasta mi morada son ínfimas e insignificantes desde un punto de vista matemático. En mala hora disteis con esa ínfima oportunidad de entrar: porque Aquellos a los que habéis espantado no regresarán hasta que las altas estrellas repitan una improbable y breve conjunción, y por ello me habéis privado de una gran sabiduría hasta que ese momento se repita.

—¡Qué decís, bellaco! —dijo Ralibar Vooz, atónito y airado por semejante recibimiento, del cual poco había entendido, a excepción de que su presencia no era del gusto del anciano—. ¿Quién sois para hablar así a un magistrado de Commoriom y primo del rey Homquat? Os conmino a que desistáis de tanta insolencia, porque, si así lo deseo, está en mi mano daros el mismo trato que damos a los voormis. Aunque,

pensándolo bien —añadió—, vuestro pellejo está demasiado sucio y apestoso para que merezca un lugar entre mis trofeos de caza.

—Sabed que soy el hechicero Ezdagor —anunció el anciano, y su voz retumbó entre las rocas con una aterradora sonoridad—. Por voluntad propia habito lejos de las ciudades y los hombres, y ni tan siquiera los voormis de la montaña me han causado problemas en mi refugio mágico. Me da igual que seáis el magistrado del reino de los cerdos o el primo del rey de los perros. Como justo castigo por romper el encantamiento, por echar a perder la invocación al irrumpir tan torpemente, voy a imponerte el *geas* más atroz, calamitoso y amargo.

—Habláis con palabras que pertenecen a una superstición ya superada —afirmó Ralibar Vooz, que a su pesar estaba impresionado por el contundente estilo de oratoria con el que Ezdagor había pronunciado aquellas frases.

El anciano pareció no oírle.

—Escuchad entonces vuestro *geas*, oh Ralibar Vooz —despotricó el anciano—. Porque es el siguiente:

»Debéis abandonar todas las armas y entrar desarmado en las guaridas de los voormis y, tras luchar con vuestras manos contra ellos, sus hembras y sus crías, debéis llegar hasta la cueva secreta que se encuentra en las entrañas del Voormithadreth, más allá de las guaridas, donde mora desde primitivos eones el dios Tsathoggua. Reconoceréis a Tsathoggua por su enorme cuerpo peludo similar al de un murciélago, y por ese aspecto de adormilado sapo negro que posee eternamente. No se mueve jamás de su sitio, ni siquiera cuando le asalta el hambre, sino que espera con divina indolencia el sacrificio. Y deberéis acercaros al dios Tsathoggua y decirle: "Yo soy la ofrenda de sangre del hechicero Ezdagor". A continuación, si así lo desea, Tsathoggua aprovechará la ofrenda.

»Con el fin de que no os extraviéis, el pájaro Raphtontis, mi espíritu familiar, os conducirá por las rutas de las laderas de la montaña y por las cavernas —señaló en ese momento con un gesto peculiar al arqueópterix que descansaba sobre la estela obscenamente simbólica, y añadió como si se le ocurriera en ese mismo momento—: Raphtontis permanecerá con vos hasta que se cumpla el *geas* y termine vuestro viaje a las profundidades del Voormithadreth. Él conoce los secretos del inframundo y los lugares donde se encuentran las madrigueras de los Antiguos. Si nuestro señor Tsathoggua rechazara la ofrenda de sangre o, por su eterna generosidad, os enviara a sus hermanos, Raphtontis podrá conduciros sin problemas al lugar que ordene el dios.

Ralibar Vooz se vio incapaz de responder a esta más que estrambótica perorata de la manera que obviamente merecía. De hecho, no pudo articular ni una sola palabra: parecía sufrir una especie de bloqueo de mandíbula. Además, para su extremo terror y asombro, esta parálisis vocal estaba acompañada de ciertos movimientos involuntarios sumamente alarmantes. Con la sensación inexorable de una pesadilla, junto al horror que se experimenta cuando uno cree que se está volviendo loco, comenzó a despojarse de las numerosas armas que portaba. El escudo con cuchillas,

la maza, la espada de hoja ancha, el puñal de caza, el hacha y la daga de dos filos repiquetearon en el suelo ante el bloque de obsidiana.

—Os permitiré conservar el casco y la cota de malla —dijo Ezdagor en ese momento—. O de lo contrario, temo que no lleguéis hasta Tsathoggua con el cuerpo apropiadamente intacto para el sacrificio. Los dientes y las uñas de los voormis son afilados, tanto como su apetito.

Susurrando ciertas palabras apenas audibles y extraños sonidos, el mago se apartó de Ralibar Vooz y apagó el fuego tricolor con una mezcla de polvo y sangre procedente de un cuenco de latón poco profundo. Sin dignarse a dedicar un adiós o alguna señal de despedida, se mantuvo de espaldas al cazador, pero movió la mano izquierda hacia el pájaro Raphtontis. La criatura desplegó sus sucias alas, repiqueteando su pico serrado, abandonó la percha y se mantuvo suspendido en el aire con uno de sus ojos color ámbar malignamente clavado en Ralibar Vooz. A continuación, flotando lentamente, retrayendo su largo y serpenteante cuello y manteniendo su ojo vigilante, el pájaro voló entre las crestas de lava hacia el cono piramidal del Voormithadreth, y Ralibar Vooz le siguió, empujado por una fuerza que no podía entender ni resistir. Evidentemente, el ave demonio conocía todos los ángulos de ese laberinto de espejismos con el que Ezdagor había rodeado su morada y condujo al cazador sin tener que corregir la dirección por aquel saliente encantado. Escuchaba el lejano griterío de sus hombres mientras avanzaba, pero, cuando intentó responderles, su propia voz le sonó débil y aguda, como la de un murciélago. En breve llegó a los pies de un gran precipicio en la parte alta de la montaña, agujereado con las bocas de las cavernas. Era una parte del Voormithadreth que nunca antes había visitado.

Raphtontis se elevó hacia la cueva más baja, y flotó delante de la entrada mientras Ralibar Vooz escalaba con gran dificultad bajo un aluvión de huesos y pedernales con aristas cortantes y otros restos de naturaleza más ofensiva lanzados por los voormis.

Estos primitivos y embrutecidos salvajes, apostados con repulsivos rostros y extremidades en las bocas de las guaridas, recibieron a los cazadores con feroces aullidos y un abundante suministro de basura. Sin embargo, no molestaban a Raphtontis, y parecían poner sumo cuidado en evitar darle con sus proyectiles, pero la presencia del ave planeando por el aire con alas desplegadas interfería notablemente con el objetivo de sus proyectiles, en tanto Ralibar Vooz se aproximaba a la guarida más baja.

Gracias a este parapeto el cazador pudo llegar hasta la caverna sin ninguna herida grave. La entrada era bastante recta y Raphtontis volaba por encima de los voormis con el pico abierto y agitando las alas, obligándoles a arrastrarse hacia el interior mientras Ralibar Vooz se hacía fuerte en su posición en el umbral de la caverna. Sin embargo, algunos se lanzaban al suelo boca abajo para permitir que pasara Raphtontis y, tras pasar este, se levantaban y atacaban al commoriano mientras seguía a su guía hacia la fétida oscuridad. Permanecían encorvados con sus greñudas cabezas situadas

a la altura de los muslos y caderas, gruñendo y ladrando como perros, y le lanzaban las garras con uñas en forma de garfios que se enganchaban entre los eslabones de su cota.

Luchó desarmado siguiendo los mandatos de su *geas*, golpeando sus espantosos rostros con el puño recubierto de metal en un estado de locura que no se asemejaba en nada al ardor de un cazador. Sintió sus uñas y dientes horadar la tupida malla mientras los alejaba lanzándolos a los lados, pero otros ocupaban sus puestos a medida que se adentraba poco a poco en la oscura caverna, y las hembras le golpeaban las piernas lanzándose contra él como serpientes, y sus crías le baboseaban los tobillos con bocas en las que los colmillos apenas despuntaban.

Delante de él, sirviéndole de guía, escuchaba el metálico aleteo de Raphtontis, y los gritos discordantes, mitad siseos mitad graznidos, que el pájaro emitía a intervalos. La oscuridad le sofocó con mil hedores, y sus pies resbalaban sobre la sangre y podredumbre a cada paso que daba. Pero pronto se dio cuenta de que los voormis dejaban de atacarle. La cueva se prolongaba en una pendiente, y entonces respiró un aire que contenía ciertos olores minerales potentes y acres. Avanzando a tientas durante un rato a través de una noche ciega y descendiendo por aquella empinada bajada, llegó a una especie de sala subterránea en la que ni el día ni la oscuridad prevalecían. Allí los arcos de roca eran visibles gracias a un oscuro resplandor, como el que produciría un eclipse lunar. Desde allí, a través de grutas empinadas y pasando junto a simas de peligrosos bordes, Raphtontis le fue conduciendo a las profundidades, hacia el mundo que yacía bajo el monte Voormithadreth.

En todos los rincones resplandecía esa tenue luz artificial cuya fuente no lograba ubicar. Alas demasiado grandes para ser de murciélago sobrevolaban vagamente por encima de su cabeza, y en varias ocasiones, en las sombrías cavernas, contempló enormes y aterradoras moles que se asemejaban a aquellos monstruos y reptiles gigantescos que asolaron la Tierra en tiempos remotos, pero debido a la penumbra no pudo determinar si se trataba de seres vivos o de formas que las rocas habían adoptado.

En su interior, Ralibar Vooz sentía intensamente el poder del *geas*, y un cierto adormecimiento invadió su mente; tan sólo sentía un temor indefinido y un aturdido asombro. Le parecía que su voluntad y pensamientos ya no eran suyos, sino los de un extraño. Estaba descendiendo hacia un fin oscuro pero predestinado, por una ruta un tanto sombría pero conocida de antemano.

Por fin, el pájaro Raphtontis se detuvo y planeó insistentemente sobre una cueva que se distinguía de las otras por la endiablada mezcla de olores que manaba de ella. Ralibar Vooz juzgó en un principio que la cueva estaba vacía. Se apresuró a seguir a Raphtontis y tropezó con ciertos vestigios en el suelo, que parecían ser los esqueletos recubiertos de pellejo de hombres y varios animales. Entonces, siguiendo la mirada ardiente del pájaro demonio, vio en una sombría esquina la deforme mole de una

masa en posición de reposo. La masa se agitó ligeramente al aproximarse el hombre y mostró con infinita indolencia una enorme cabeza semejante a la de un sapo. Y, como si se acabara de despertar de un sueño, el sapo entreabrió indolentemente los ojos, que formaron dos líneas fosforescentes en un semblante negro y sin cejas.

Ralibar Vooz percibió olor a sangre fresca entre los distintos hedores que se filtraban por sus fosas nasales. Le invadió entonces una sensación de terror, porque, al mirar hacia abajo, vio que delante del monstruo yacía la enjuta carcasa de algo que no era hombre, ni bestia ni voormi. Se detuvo vacilante, temiendo acercarse más, pero incapaz de retroceder. Sin embargo, amonestado por un furioso siseo del arqueópterix y empujado por el pico de este con un golpe entre los omóplatos, avanzó hasta que pudo ver el fino pelaje oscuro sobre el cuerpo aletargado y la adormecida cabeza llena de protuberancias.

Con renovado terror, y una sensación de funesta consumación, se oyó a sí mismo articulando palabras sin que su voluntad tomara parte en ello:

—Oh, Señor Tsathoggua, soy la ofrenda de sangre enviada por el hechicero Ezdagor.

La cabeza de sapo se inclinó lentamente y los ojos se abrieron un poco más, y de ellos manó una luz en forma de viscosas gotas posadas en los arrugados párpados inferiores. Entonces, Ralibar Vooz creyó oír un sonido profundo y rugiente, pero no estaba seguro de si reverberaba en el negro aire o en su propia mente. Y el sonido se transformó, aunque torpemente, en sílabas y palabras:

—Agradezco a Ezdagor su ofrenda. Pero me he alimentado hace poco con un sacrificio de abundante sangre, estoy saciado en este momento y no voy a necesitar la ofrenda. Sin embargo, podría ser que algún otro de los Ancianos esté sediento o hambriento. Y, ya que habéis venido hasta aquí con un *geas* sobre vuestras espaldas, no corresponde que os marchéis sin otro. Así que os voy a imponer el siguiente *geas:* que descendáis por las cavernas hasta llegar a una sima sin fondo sobre la que el dios araña Atlach-Nacha teje sus telas eternas. Y allí, tras llamarlo, debéis decir: «Soy la ofrenda enviada por Tsathoggua».

Así pues, siguiendo a Raphtontis, Ralibar Vooz abandonó la presencia de Tsathoggua y avanzó por una ruta distinta a la que les había llevado hasta allí. El camino se hacía cada vez más empinado y transcurría por cámaras y salas demasiado grandes para distinguir nada, y junto a precipicios que caían en vertical a profundidades desconocidas, hacia la negra masa de aguas mansas y el murmullo somnoliento de mares subterráneos.

Por fin, al borde de un abismo cuya orilla opuesta se perdía en la oscuridad, el ave de vuelo nocturno quedó inmóvil, nivelando las alas y dejando caer la cola. Ralibar Vooz se aproximó al abismo y vio que unas enormes redes colgaban a intervalos del borde, y que parecían cubrir el abismo con sus múltiples cruces y retículas de hilos grises gruesos como sogas. Aparte de estos, no había ningún puente que permitiera atravesar el abismo. A lo lejos, sobre una de las redes divisó una silueta oscura, del

tamaño de un hombre agachado pero con miembros largos como patas de araña. Entonces, como un durmiente que escucha un sonido en alguna pesadilla, escuchó su propia voz gritando con fuerza:

—Oh, Atlach-Nacha, soy el presente enviado por Tsathoggua.

La oscura forma corrió hacia él con increíble rapidez. Cuando se acercó, vio que había una especie de rostro en el achaparrado y negro cuerpo, agazapado entre las patas articuladas. El rostro le observaba con una extraña expresión de duda e interrogación, y el terror inundó las venas del audaz cazador cuando sus ojos se cruzaron con los pequeños y complejos ojos rodeados de pelos. Aguda, fina y penetrante como un aguijón sonó la voz del dios araña Atlach-Nacha:

—Agradezco mucho el presente. Pero como no hay nadie más que pueda unir ambas orillas de este abismo y la tarea precisa de una eternidad, no puedo perder el tiempo extrayendo tu cuerpo de esas curiosas escamas de metal. Sin embargo, tal vez el brujo prehumano Haon-Dor, que mora al otro lado del abismo en su palacio de hechizos primigenios, pueda encontrarte alguna utilidad. El puente que acabo de terminar conduce hasta el umbral de su morada; y tu peso servirá para comprobar la resistencia de mi hilo. Ve pues, con el siguiente *geas* sobre ti: cruza el puente y preséntate ante Haon-Dor, diciendo: «Atlach-Nacha me ha enviado».

Con estas palabras el dios araña apartó su cuerpo de la red y se perdió de vista rápidamente por el borde del abismo, sin duda para iniciar la construcción de un nuevo puente en algún lugar más remoto.

Aunque el tercer *geas* se le imponía con fuerza inexorable, Ralibar Vooz siguió a Raphtontis de mala gana por profundidades inmersas en una noche eterna. El tejido de Atlach-Nacha resistía bajo sus pies, cediendo y balanceándose levemente; pero entre los hilos, a una profundidad insondable, le pareció distinguir el aleteo de dragones con alas rematadas con garras y, como una excrecencia de oscuridad, terribles cuerpos gigantescos sin nombre parecían alzarse y hundirse a cada segundo.

No obstante, su guía y él llegaron finalmente a la orilla opuesta del abismo, donde la red de Atlach-Nacha se unía con el escalón más bajo de una imponente escalera. La escalera estaba custodiada por una serpiente enrollada en la que destacaban unas escamas grandes como escudos, y cuyo diámetro por la parte central excedía la altura de un guerrero corpulento. La cola en forma de cuerno tintineaba como un sistro, y una cabeza maléfica salió disparada hacia delante con colmillos largos como corquetes. Pero, al ver a Raphtontis, retiró su serpenteante cuerpo a un lado y permitió que Ralibar Vooz subiera por las escaleras.

De este modo, en cumplimiento del tercer *geas*, el cazador entró en el palacio de las mil columnas de Haon-Dor. Aquellos salones eran extraños y silenciosos, y estaban horadados en la roca gris primigenia de la Tierra. En esas estancias había formas sin rostro, compuestas de humo y niebla que se movían inquietantemente de un lado a otro, y estatuas de monstruos con miríadas de cabezas. Arriba en las bóvedas, como si estuvieran colgadas en lo alto de la noche, unas lámparas ardían

con llamas invertidas que eran como la combustión de hielo y piedra. Un gélido espíritu maligno, más antiguo de lo que el hombre pudiera recordar, andaba suelto por aquellos salones, y el terror y el miedo se arrastraba por todos los rincones como serpientes invisibles escapadas de un sueño.

Recorriendo las salas laberínticas con la seguridad de quien está acostumbrado a sus revueltas, Raphtontis condujo a Ralibar Vooz a una habitación de techo alto cuyas paredes formaban un círculo, roto tan sólo por un portal a través del cual penetraron. La habitación estaba vacía de mobiliario, a excepción de un sitial de cinco pilares que se elevaba tan alto y sin peldaños por los que escalar o cualquier otro medio de acceso que parecía que sólo un ser alado podría llegar hasta allí. Pero en el asiento había una figura embozada en una espesa y parda oscuridad, y sobre su cabeza y facciones colgaba una pátina de siniestra negrura.

El pájaro Raphtontis planeaba amenazadoramente ante el sitial de pilares. Y Ralibar Vooz, atónito, escuchó una voz que decía:

—Oh, Haon-Dor, Atlach-Nacha me ha enviado —y no fue hasta que la voz cesó cuando supo que era la suya propia.

Durante un largo periodo de tiempo el silencio pareció impenetrable. No se percibía sonido alguno de la figura sentada en lo alto. Pero Ralibar Vooz, que miraba temblorosamente las paredes que le rodeaban, contempló cómo su lisa superficie se mostraba ahora repujada con mil rostros, retorcidos y contorsionados, como si fueran demonios dementes. Los rostros sobresalían hacia delante con cuellos estirados, y tras los cuellos emergían pulgada a pulgada hombros y cuerpos deformes, estirándose hacia el cazador. Y bajo los pies de este, el mismo suelo estaba ahora empedrado con otros rostros, que se giraban y se retorcían sin parar, abriendo totalmente sus bocas y ojos demoníacos.

Por fin, la figura embozada habló, y aunque las palabras no procedían de lengua mortal, al oyente le pareció comprenderlas oscuramente:

—Debo expresar mi gratitud a Atlach-Nacha por su obsequio. Si parece que dudo, es sólo porque no tengo claro cómo disponer de vos. Mis familiares, que pueblan las paredes y suelos de esta sala, os devorarían gustosamente, pero tan sólo seríais una migaja a repartir entre muchos. Finalmente, creo que lo mejor que puedo hacer es enviaros a mis aliados, el pueblo serpiente. Son científicos de logros poco comunes, y tal vez vos podáis proporcionarles algún ingrediente especial necesario para sus químicas. Considerad, entonces, que un *geas* os ha sido impuesto, y deberéis partir hacia las cavernas en las que residen los hombres serpiente.

Obedeciendo la orden, Ralibar Vooz descendió atravesando los estratos más oscuros de aquel submundo primigenio, bajo el palacio de Haon-Dor. La guía de Raphtontis nunca le fallaba, y en breve llegó a las espaciosas cavernas en las que los hombres serpiente estaban ocupados en multitud de tareas. Andaban erectos con agilidad y movimientos sinuosos sobre sus miembros premamíferos, sus cuerpos moteados y sin vello se inclinaban con gran flexibilidad. Se escuchaba un alto y

constante siseo de fórmulas al tiempo que deambulaban de un lado a otro. Algunos fundían negro mineral del infierno; otros soplaban obsidiana derretida dándole forma de frascos y jarrones; algunos pesaban productos químicos; otros decantaban extraños líquidos y curiosos coloides. En su profunda abstracción, ninguno de ellos pareció advertir la llegada de Ralibar Vooz y su guía.

Después de que el cazador repitiera varias veces el mensaje de Haon-Dor, uno de los reptiles andantes se percató por fin de su presencia. Este ser lo miró con una curiosidad fría pero sumamente desconcertada, y luego emitió un sonoro siseo que se oyó por encima de los sonidos de trabajo y conversación. El resto de hombres serpiente dejaron de trabajar inmediatamente y comenzaron a apiñarse alrededor de Ralibar Vooz. Por el tono de sus siseos, parecía que discutían vivamente unos con otros. Un cierto número de ellos se arrimaron al commoriano, tocaron su rostro y sus manos con unos dedos gélidos y recubiertos de escamas, y escudriñaron bajo su cota de malla. Sintió que estaban diseccionándolo con metódica minuciosidad. Al mismo tiempo, se dio cuenta de que ninguno de ellos prestaba atención a Raphtontis, el cual se había posado sobre un enorme alambique.

Más tarde, algunos de los químicos se alejaron y regresaron rápidamente portando entre varios dos grandes jarras de cristal llenas de un líquido de color claro. En una de las jarras flotaba en posición vertical un voormi macho totalmente desarrollado y maduro, en el otro había un ejemplar grande e igualmente perfecto de un hiperbóreo adulto, el cual presentaba sin duda cierta semejanza con el propio Ralibar Vooz. Los porteadores de aquellos especímenes depositaron sus cargas junto al cazador y luego cada uno de ellos ofreció lo que sin duda era una informada disertación sobre biología comparada.

Esta serie de conferencias, a diferencia de muchas otras similares, fue bastante breve. Por fin, los químicos reptiles retornaron a sus distintas labores, y las jarras de cristal fueron retiradas. Entonces, uno de los científicos se dirigió a Ralibar Vooz con una excelente aunque un tanto sibilante imitación de habla humana:

—Ha sido todo un detalle por parte de Haon-Dor que os haya enviado aquí. Sin embargo, como habéis visto, disponemos de un ejemplar de vuestra especie, y en el pasado hemos diseccionado profusamente a otros especímenes y ya hemos aprendido todo lo que podíamos aprender de esta burda y aberrante forma de vida.

»Además, debido a que nuestra química está casi totalmente dedicada a la producción de poderosos agentes tóxicos, no vemos utilidad alguna para nuestras pruebas y fabricantes en la extremadamente ordinaria materia de la que está compuesto vuestro cuerpo. No posee ningún valor farmacéutico. Además, hace ya mucho tiempo que dejamos de alimentarnos con alimentos naturales impuros y ahora nos limitamos a ingerir sólo alimentos sintéticos. Como podéis ver, no existe lugar para vos en nuestra economía.

»No obstante, tal vez los Arquetipos puedan daros algún uso. Al menos les resultaréis una novedad, ya que no existe ningún ejemplo de organismo humano

contemporáneo que haya llegado a descender hasta su estrato. Por lo tanto, os impondremos esa clase de hipnosis urgente e imperativa que en la jerga de la brujería es conocida como un *geas*. Y, obedeciendo a esa suerte de hipnosis, bajaréis hasta la Caverna de los Arquetipos…

La región hacia la que fue conducido el magistrado de Commoriom se hallaba a cierta distancia bajo los laboratorios de los ofidios. El aire de los abismos y grutas que atravesaron de camino comenzó a aumentar notablemente de temperatura y se volvió más húmedo y tórrido, a semejanza de un bosque ecuatorial. Una luminosidad primigenia, como la que podría haber surgido antes de la creación de cualquier sol, rodeó e invadió todo.

A su alrededor, inmerso en aquella densa luz semilíquida, el cazador atisbó las rocas y las formas de la fauna y la flora de un mundo absurdamente primitivo. Esas formas eran tenues, ambiguas, temblorosas, y todas se componían de elementos no del todo ensamblados. Incluso en aquel extraño y más que dudoso terreno del submundo, Raphtontis parecía encontrarse a sus anchas y proseguía su vuelo entre los esbozos de plantas y las rocas con aspecto de nubes como si no tuviera problema alguno en orientarse. Pero Ralibar Vooz, a pesar del hechizo que lo estimulaba y lo empujaba a seguir adelante, daba muestras de sentirse fatigado, lo cual era comprensible teniendo en cuenta su prolongado y heroico itinerario. Además, avanzaba incómodamente debido a la elasticidad del terreno, que se hundía bajo su peso a cada paso, como si atravesara un marjal inundado, y le pareció inestable hasta niveles alarmantes.

Para mayor desconcierto, pronto descubrió que había atraído la atención de un enorme monstruo brumoso con la vaga silueta de un tiranosaurio. Aquella criatura lo persiguió entre los arquetípicos helechos y licofitas, y cuando lo alcanzó tras cinco o seis saltos, procedió a engullirlo con la celeridad de cualquier saurio de nuestros días de la misma especie. Afortunadamente, la ingesta no permanecía en el plasma corporal del tiranosaurio, que aunque era bastante opaco tenía una consistencia más astral que material, y Ralibar Vooz, revolviéndose rotundamente contra su reclusión en las fauces de la criatura, sintió que las oscuras paredes se derrumbaban ante sus ojos y se desplomaban sobre el suelo. Tras su tercer intento de devorarlo, el monstruo debió de decidir que no era comestible. Dio media vuelta y se alejó a grandes saltos en busca de alimentos en su propio plano de materia. Ralibar Vooz continuó su avance por la Caverna de los Arquetipos: un avance frecuentemente frenado por los caprichos alimenticios de primitivos alosauros, pterodáctilos, ejemplares de *pteranodon*, estegosaurios, y otros carnívoros de las eras primordiales. Finalmente, tras su encuentro con un *megalosaurus*, vio ante él dos entidades de contorno vagamente humano. Eran gigantescos, con cuerpos de forma casi globular, y más que andar parecía que flotaban. Sus rasgos, aunque ensombrecidos hasta el punto de quedar medio ocultos, parecían expresar aversión y hostilidad. Se aproximaron al commoriano y este se percató de que uno de ellos se dirigía a él. El lenguaje que

empleaba era en su totalidad un flujo de primitivos sonidos vocálicos, pero producía un significado contundente, aunque borroso:

—Nosotros, los originales de la humanidad, estamos horrorizados al contemplar una copia tan burda y atrozmente pervertida del modelo verdadero. Renegamos de vos con tristeza e indignación. Vuestra presencia aquí supone una intrusión inadmisible, y es obvio que no podéis ser comparado ni tan siquiera con nuestros dinosaurios más hambrientos. Por ello, os impongo un *geas:* partid de inmediato de la Caverna de los Arquetipos y dirigíos al viscoso abismo en el que Abhoth, padre y madre de toda la impureza cósmica, continúa eternamente con Su repugnante fisión. Consideramos que sólo eres apropiado para Abhoth, que tal vez os confunda con uno de su propia progenie y os devore según las costumbres que practica.

El exhausto cazador fue conducido por el incansable Raphtontis hacia una profunda caverna al mismo nivel que la de los Arquetipos. Posiblemente era una especie de anexo a este último. En todo caso, el suelo era mucho más firme allí, aunque el aire era más turbio, y Ralibar Vooz podría haber recuperado un poco de su habitual aplomo si no hubiera sido por las infames y repugnantes criaturas que fue encontrando en el camino. Algunas de ellas sólo podía asemejarlas a monstruosos sapos de una sola pata, y gusanos inmensos con una miríada de colas, y lagartos deformes. Se acercaban saltando o arrastrándose en la oscuridad en una procesión interminable, y no parecía que hubiera fin a las terribles variaciones morfológicas que mostraban. A diferencia de los Arquetipos, estos estaban formados de una materia bastante sólida, y Ralibar Vooz terminó fatigado y asqueado por la constante necesidad de tener que apartarlos a patadas de sus canillas. Sin embargo, pudo sentir cierto alivio al ver que aquellos desgraciados abortos iban disminuyendo de tamaño a medida que avanzaba.

La penumbra que le rodeaba se espesó con un vaho caliente y nauseabundo que dejaba un viscoso poso sobre su cota de malla y su rostro y manos desnudos. Cada vez que respiraba inhalaba un hedor increíblemente desagradable. En cierto momento tropezó y resbaló entre las asquerosidades reptantes bajo sus pies. Luego, en aquel hediondo crepúsculo, vio que Raphtontis se detenía, y bajo el pájaro demoníaco divisó una especie de estanque con las orillas de limo trufado de vísceras obscenas, y en el estanque había una horrenda masa grisácea que casi ocupaba toda la superficie de orilla a orilla.

Parecía que allí se encontraba la fuente definitiva de toda deformidad y abominación. Porque la masa gris se agitaba y temblaba y se expandía perpetuamente, y de ella, en una fisión múltiple, brotaban las anatomías que se escapaban reptando por ambos lados y a través de la gruta. Había cosas como piernas o brazos desmembrados que se revolcaban en el limo, o cabezas que rodaban, o zozobrantes barrigas con aletas de pez, y todo tipo de cosas deformes y monstruosas que iban aumentando de tamaño a medida que se alejaban de las cercanías de Abhoth. Y los que no nadaban rápidamente a la orilla cuando brotaban de Abhoth y caían al

estanque, eran devorados por bocas que se abrían en la masa del padre.

Ralibar Vooz, en su extenuación, ya estaba más allá del raciocinio y del horror: de no ser así habría sentido una vergüenza intolerable al ver el lugar que le habían asignado los Arquetipos considerando que era el más apropiado para él. Una inercia cercana a la muerte se había apoderado de sus sentidos, y en ese momento oyó una voz distante y aguda que proclamaba a Abhoth la razón de su llegada, y no supo que aquella voz era la suya propia.

No se escuchó sonido alguno en respuesta, pero de la masa informe brotó un miembro que se proyectó y se estiró hacia Ralibar Vooz, que esperaba junto al borde del estanque. El miembro se dividió en una mano plana y membranosa, suave y viscosa, que tocó al cazador y le recorrió el cuerpo lentamente desde los pies a la cabeza. A continuación, y quizás tras haber cumplido su función, el apéndice se soltó y huyó rápidamente de Abhoth retorciéndose en la oscuridad como una serpiente para reunirse con el resto de su progenie.

Esperando aún la respuesta, Ralibar Vooz sintió en su cerebro una sensación parecida a la de escuchar una conversación sin palabras ni sonidos. Y el significado, traducido a lenguaje humano, fue algo parecido a lo siguiente:

—Yo, Abhoth, coetáneo de los dioses más antiguos, considero que los Arquetipos han demostrado tener un gusto de lo más cuestionable al recomendarme vuestra persona. Tras una cuidadosa inspección, no os reconozco como uno de mis familiares o progenie, aunque debo admitir que en un primer momento estuve a punto de caer en la trampa por ciertas similitudes biológicas. Vos sois un espécimen extraordinariamente ajeno a mis experiencias previas, y no tengo ninguna intención de poner en peligro mi digestión con productos de dieta arriesgados.

»Soy incapaz de adivinar quién sois, o de dónde procedéis, ni puedo agradecer a los Arquetipos por enturbiar la profunda y plácida fertilidad de mi existencia con un problema tan molesto como el que vos ofrecéis. Marchad de aquí, os lo ruego. Hay un inhóspito, deprimente y terrible limbo conocido como el Mundo Exterior, del cual he oído hablar vagamente, y creo que podría ser una meta apropiada para vuestro viaje. Os impongo por ello un *geas* urgente: id y buscad ese Mundo Exterior con toda la celeridad posible.

Aparentemente Raphtontis se percató de que estaba más allá de la fuerza física de su carga cumplir el séptimo *geas* sin un intervalo de reposo. Guió al cazador a una de las numerosas salidas de la gruta habitada por Abhoth; una salida que desembocaba en regiones desconocidas frente a la Caverna de los Arquetipos. Allí, con significativos gestos de sus alas y su pico, el ave señaló al cazador un pequeño nicho en la roca. El hueco estaba seco y en absoluto incómodo como lecho donde dormir. Ralibar Vooz se alegró de poder echarse y una negra marea de sueño lo inundó al cerrar los párpados. Raphtontis permaneció de guardia ante el nicho, espantando con picotazos a la errante progenie de Abhoth que intentaba atacar al durmiente.

Debido a que no existían la noche ni el día en aquel mundo subterráneo, el

periodo de inconsciencia que disfrutó Ralibar Vooz difícilmente podía ser evaluado por el método habitual de medición del tiempo. Se despertó por el ruido de unas alas aleteando vigorosamente, y vio junto a él a Raphtontis, sujetando en su pico un repugnante objeto cuya anatomía era más parecida a la de un pez que a ninguna otra cosa. Dónde y cómo había atrapado a esa criatura durante su constante vigilia era una cuestión más que dudosa, pero Ralibar Vooz había ayunado demasiado tiempo para ponerse exquisito. Aceptó y devoró el desayuno ofrecido sin mucha ceremonia.

Después, cumpliendo el *geas* impuesto por Abhoth, retomó su camino de regreso a la Tierra Exterior. La ruta elegida por Raphtontis era supuestamente un atajo. En todo caso, se encontraba en un lugar remoto de la nublada cueva de los Arquetipos, y los laboratorios en los que los hombres serpiente desempeñaban sus arduos trabajos e investigaciones toxicológicas. Además, el palacio encantado de Haon-Dor fue eliminado del itinerario. Pero tras una larga y tediosa escalada por una región de peñascos desolados y una especie de meseta bajo tierra, el viajero llegó de nuevo al borde de aquel extenso e insondable abismo que tan sólo era cruzado por los hilos del dios araña Atlach-Nacha.

Durante un tiempo se vio forzado a acelerar el paso porque parte de la progenie de Abhoth, que no había dejado de perseguirle desde el principio, había crecido de forma regular según acostumbraba su especie, hasta llegar a ser ahora más grandes que tigres u osos jóvenes. Sin embargo, cuando llegó al puente más cercano vio que una criatura pesada y con aspecto de oso perezoso había comenzado a cruzar delante de él. La parte posterior de este ser estaba tachonada de ojos hostiles, y Ralibar Vooz vaciló durante unos momentos mientras consideraba su orientación exacta. Con la intención de no ir pegado a los talones invertidos del monstruo, esperó a que desapareciera en la oscuridad, pero para entonces las excrecencias de Abhoth ya estaban dándole caza.

Raphtontis, con un cacareo agudo y admonitorio, flotó frente a él sobre la gigantesca red, y el cazador se vio obligado a escapar precipitadamente de los babeantes hocicos de las oscuras anormalidades que avanzaban a sus espaldas. Debido a la precipitación, no se percató de que la red había quedado debilitada y algunas de sus hebras estaban rotas o descolgadas por el peso del monstruo semejante a un perezoso. Al ver el borde opuesto del abismo, sólo pensó en llegar allí y aceleró el paso. Pero en ese momento la red cedió bajo su peso. Se agarró desesperadamente a las hebras que colgaban, pero no pudo evitar la caída. Con varios jirones de la tela de Atlach-Nacha enredados en sus dedos, se precipitó en aquel abismo por el que nadie jamás había intentado zambullirse voluntariamente.

Esto, desafortunadamente, era una circunstancia no contemplada en las condiciones del séptimo *geas*.

EL SINO DE AVOOSL WUTHOQQUAN

[THE WEIRD OF AVOOSL WUTHOQQUAN]

I

—Dadme algo, dadme algo, oh magnánimo y generoso señor de los pobres —exclamó el mendigo.

Avoosl Wuthoqquan, el prestamista más rico y avaricioso de todo Commoriom y, por ello mismo, de toda Hiperbórea, fue sacado bruscamente de su ensoñación por aquella aguda y espeluznante voz de cigarra. Echó un vistazo al suplicante vagabundo con cáustico desprecio. Las divagaciones que ocupaban su mente mientras regresaba a casa aquella noche habían estado repletas de resplandecientes metales nobles, de monedas y lingotes y joyas de oro y plata, y el titileo y resplandor de piedras preciosas de múltiples colores que se derramaban en riachuelos y cascadas hacia los cofres de Avoosl Wuthoqquan. Ahora la visión había desaparecido y aquella inoportuna y ruidosa voz le imploraba una limosna.

—No tengo nada para vos —su voz tronó como el chirrido de un pestillo al cerrarse.

—Sólo dos *pazoors*, oh, generoso, y os revelaré una profecía.

Avoosl Wuthoqquan miró por segunda vez al mendigo. Nunca antes, en todos sus viajes por Commoriom, había visto un espécimen humano de la clase mendicante tan mal encarado como aquel. El hombre era absurdamente viejo y su piel parda de momia, allá donde asomaba, se veía surcada de arrugas que eran como la pesada tela de una gigantesca araña tropical. Sus harapos eran algo fabuloso, y la barba que colgaba y se mezclaba con ellos era canosa como el musgo de un enebro primigenio.

—No preciso de vuestras profecías.

—Un *pazoor* entonces.

—No.

Los ojos del mendigo se tornaron malignos y funestos en las marchitas cuencas de sus ojos, como las cabezas de dos pequeñas víboras venenosas en sus madrigueras.

—Entonces, oh, Avoosl Wuthoqquan —siseó—, os revelaré la profecía gratuitamente. Escuchad vuestro sino: el sacrílego y excesivo amor que profesáis por las cosas materiales y vuestra codicia por todas ellas os llevarán a un horror que tanto el sol como las estrellas ignoran por igual. La oculta opulencia de la tierra os seducirá y atrapará, y la mismísima tierra os devorará finalmente.

—Marchaos —exclamó Avoosl Wuthoqquan—. El destino que me reveláis no es más que un críptico acertijo en sus primeras frases, y la última suena demasiado manida. No necesito que un mendigo me diga cuál es el destino mortal de todos los hombres.

Sucedió al cabo de muchas lunas, aquel año que llegó a ser conocido por los historiadores de la era preglacial como el año del Tigre Negro.

Avoosl Wuthoqquan estaba sentado en una estancia de la planta baja de su hogar, que también hacía las veces de despacho. Un breve y etéreo rayo dorado del rojizo sol poniente atravesaba diagonalmente la habitación; este se derramaba por una ventana trazando una línea serpenteante de destellos irisados sobre la lámpara con piedras preciosas encastradas que colgaba de una cadena de cobre y otorgaba una fiera vitalidad a los tortuosos hilos de plata y latón de las oscuras cortinas. Avoosl Wuthoqquan, sentado en la enmohecida sombra fuera del haz de luz, observaba con semblante templado e irónico a su cliente, cuyo moreno rostro y sombría capa desprendían un tufo de cierta gloria pasada.

El hombre era un extraño, posiblemente un comerciante procedente de reinos lejanos, pensó el usurero… o, tal vez, un extranjero de más dudosa ocupación. Sus rasgados y estrechos ojos de color verde esmerilado, su desaliñada barba azulada y la tosca confección de su triste atuendo eran suficiente prueba de su estatus de extranjero en Commoriom.

—Trescientos *djals* es una suma enorme —dijo el prestamista pensativamente—. Además, no os conozco. ¿Qué aval podéis ofrecerme?

El visitante sacó de debajo de su ropaje un pequeño saco de piel de tigre, atado por la boca con un trozo de tendón, y, tras abrirlo con un hábil movimiento, dejó caer ante los ojos de Avoosl Wuthoqquan dos esmeraldas en bruto de gran tamaño e inmaculada pureza. Su corazón despedía un fulgor de fuego gélido y verde helado cuando el oblicuo sol poniente se reflejaba en él, y un destello de avaricia prendió en los ojos del usurero. Sin embargo, habló con tono frío e indiferente.

—Quizás podría prestaros ciento cincuenta *djals*. Es difícil deshacerse de unas esmeraldas, y si no regresáis para reclamar las gemas y pagarme el dinero, podría tener razones para arrepentirme de tal generosidad. Pero estoy dispuesto a correr el riesgo.

—El préstamo que os solicito es una mera limosna en comparación al valor de las esmeraldas —protestó el extraño—. Dadme doscientos cincuenta *djals*… Me han contado que hay otros prestamistas en Commoriom.

—Doscientos *djals* es lo máximo que puedo ofreceros. Es cierto que esas gemas poseen cierto valor. Pero tal vez las hayáis robado. ¿Cómo podría yo saberlo? No tengo costumbre de hacer preguntas indiscretas.

—Tomadlas —dijo el extraño apresuradamente.

Aceptó las monedas de plata que Avoosl Wuthoqquan iba contando y no volvió a protestar. Cuando partió, el usurero lo observó con una sonrisa burlona mientras extraía sus propias conclusiones. Estaba seguro de que aquellas joyas eran robadas, pero no se sentía perturbado ni inquieto por esta circunstancia. Daba igual a quién hubieran pertenecido o cuál fuera su historia, aquellas esmeraldas suponían una

interesante y valiosa incorporación a los cofres de Avoosl Wuthoqquan. Incluso la esmeralda más pequeña habría resultado absurdamente barata a trescientos *djals*; además, el usurero no tenía ningún temor de que el extraño regresara para reclamar su aval… No, el hombre era claramente un ladrón y se había alegrado de deshacerse de la prueba de su delito. En cuanto al verdadero propietario de las gemas… ese era un tema que difícilmente podría despertar la curiosidad del prestamista. Ahora eran de su propiedad, por virtud de la cantidad de plata tácitamente acordada por él mismo y el extranjero en términos de venta, más que de simple préstamo.

El sol poniente se desvaneció rápidamente de la estancia y un pardo crepúsculo comenzó a apagar los bordados de las cortinas y las coloridas facetas de las gemas. Avoosl Wuthoqquan encendió la lámpara estriada y luego abrió un pequeño cofre de latón, de cuyo interior vertió una fulgurante riada de piedras preciosas sobre la mesa, junto a las esmeraldas. Había topacios pálidos y transparentes como el hielo de Mhu Thulan, y magníficos cristales de turmalina de Tscho Vulpanomi; había gélidos y furtivos zafiros del norte, y árticas cornalinas semejantes a gotas de sangre congelada, y diamantes que contenían estrellas blancas en el centro. Rojos e imperturbables rubíes brillaban en el colorido montón, piedras iridiscentes titilaban como ojos de tigres, granates y amatistas despedían sombrías llamaradas hacia la lámpara entre las inquietas tonalidades de los ópalos. Además, había otras esmeraldas, pero ninguna tan grande e inmaculada como las dos que había adquirido aquella tarde.

Avoosl Wuthoqquan distribuyó las piedras preciosas en relucientes hileras y círculos, como ya había hecho en incontables ocasiones, y colocó todas las esmeraldas con sus nuevas adquisiciones a un lado, como capitanes liderando un desfile. Estaba sumamente complacido con el negocio que había hecho, y bien orgulloso de sus desbordantes cofres. Contemplaba las joyas con un amor avaricioso, con una complacencia miserable, y se podría pensar que sus ojos eran como pequeños jaspes encastrados en un rostro curtido similar al pergamino de las cubiertas de algún viejo libro de dudosa magia. Dinero y piedras preciosas… sólo esas cosas, pensaba, eran inmutables y permanentes en un mundo de incesante cambio y fugacidad.

En ese momento sus reflexiones se vieron interrumpidas por un suceso harto singular. De repente y sin previo aviso —porque él no las había tocado, ni golpeado de ninguna manera—, las dos enormes esmeraldas empezaron a rodar alejándose de sus compañeras sobre la lisa y nivelada superficie de la mesa negra de madera de ogga, y antes de que el sobresaltado prestamista pudiera alargar la mano para detenerlas, estas desaparecieron por el lado opuesto y cayeron con un repiqueteo amortiguado sobre el suelo enmoquetado.

Tal comportamiento era sumamente insólito y peculiar, por no calificarlo de inexplicable; pero el usurero se puso en pie de un salto con el único pensamiento de recuperar sus piedras. Rodeó la mesa a tiempo para ver que habían continuado rodando misteriosamente y se escapaban por la puerta hacia la calle, que el extranjero, tras salir, había dejado entreabierta. Aquella puerta conducía a un patio, y

el patio a su vez desembocaba en las calles de Commoriom.

Avoosl Wuthoqquan estaba profundamente alarmado, pero le preocupaba más la idea de perder las esmeraldas que el temor y el misterio de su huida. Las persiguió con una agilidad de la que pocos le hubieran creído capaz y, abriendo la puerta de par en par, vio a las fugitivas esmeraldas brillando con una sorprendente suavidad y rapidez sobre las toscas e irregulares losas del suelo del patio. El crepúsculo daba paso al azul oscuro de la noche, pero las piedras preciosas parecían titilar burlonamente con un extraño brillo fosfórico mientras las perseguía. Claramente visibles en la oscuridad, atravesaron la cancela abierta que conducía a una avenida principal y desaparecieron.

Avoosl Wuthoqquan comenzó a sospechar que las piedras estaban encantadas, pero ni tan siquiera ante una brujería desconocida pensó en renunciar a algo por lo que había pagado la generosa suma de doscientos *djals*. Alcanzó la calle a rápidas zancadas y sólo se detuvo para asegurarse de la dirección que habían tomado las esmeraldas.

La sombría avenida estaba casi desierta, porque a esas horas los ciudadanos respetables de Commoriom estaban ocupados en deglutir su comida nocturna. Tomando velocidad y rozando ligeramente la tierra en su huida, las gemas se alejaron a toda prisa hacia la izquierda, en dirección a los suburbios menos respetables y, más allá, la salvaje y exuberante jungla. Avoosl Wuthoqquan vio que debía redoblar el paso si quería alcanzarlas.

Jadeando y resollando valerosamente por un ejercicio al que estaba tan poco acostumbrado, reanudó la persecución, pero a pesar de sus esfuerzos las piedras se mantenían siempre a la misma distancia de él, con una enloquecedora agilidad y macabra voluntad, tintineando musicalmente a intervalos contra el pavimento. El desesperado y estupefacto usurero se quedó pronto sin aliento y, al verse obligado a aminorar la velocidad, temió perder de vista las gemas en fuga. Sin embargo, inexplicablemente, a partir de ese momento avanzaron con una lentitud que se ajustaba a la suya propia, manteniéndose siempre a la misma distancia.

El prestamista comenzó a desesperarse. La huida de las esmeraldas le estaba conduciendo a los barrios de las afueras de Commoriom, donde habitaban los ladrones, asesinos y mendigos. Allí se encontró con algunos viandantes, todos ellos de dudosa catadura, que miraban estupefactos a las piedras en fuga, pero ninguno hizo el menor esfuerzo por detenerlas. A continuación, los ruinosos edificios de viviendas fueron haciéndose cada vez más pequeños, con solares vacíos entre medias, y pronto dieron paso a cabañas aisladas, donde luces furtivas brillaban en la densa oscuridad bajo la frondosidad de las altas palmeras.

Todavía claramente visibles y brillando con una burlona fosforescencia, las piedras huyeron ante sus ojos por la oscura calzada. Sin embargo, al prestamista le pareció que iba ganándoles un poco de terreno. Sus fofas extremidades y su cuerpo abotargado estaban débiles por el cansancio y se sentía profundamente sofocado, pero

continuó avanzando con esperanzas renovadas, jadeando con más ávida avaricia. Una luna llena, enorme y ambarina, se elevó por detrás de la jungla y comenzó a iluminar su camino.

Commoriom había quedado bastante atrás y ya no se veían más cabañas al borde del solitario camino forestal, ni a ningún otro viajero. Tembló ligeramente… bien por miedo o por el gélido aire nocturno, pero no aminoró el paso. Estaba dando alcance a las esmeraldas, lentamente pero sin pausa, y presintió que lograría atraparlas pronto. Tan absorto estaba en la sobrenatural persecución y sus ojos tan clavados en las gemas en constante movimiento que no se percató de que ya no avanzaba por una calzada abierta. De alguna manera, en algún punto, se había desviado por un estrecho sendero que se abría paso entre árboles monstruosos cuyo follaje convertía los rayos de luna en una malla de mercurio con densas y fantásticas filigranas de ébano. Agazapados en actitud amenazante, como gigantescos reciarios, parecían apiñarse a su alrededor desde todas direcciones. Pero el prestamista hacía caso omiso a sus lúgubres amenazas y no prestó atención a la siniestra atmósfera y soledad del sendero selvático, ni al hedor de humedad que flotaba bajo las copas de los árboles como estanques invisibles.

Poco a poco fue aproximándose a las huidizas gemas hasta que las vio correr y titilar tentadoramente no muy lejos de su alcance, y tuvo la impresión de que le miraban como dos ojos verdosos y brillantes rebosantes de seducción y burla. Entonces, cuando estaba a punto de lanzarse hacia delante en un último y supremo esfuerzo por atraparlas, desaparecieron abruptamente de su vista, como si hubieran sido engullidas por las sombras del bosque que se recortaban como pitones reales bajo la estela brillante de la luz lunar.

Confundido y desconcertado, Avoosl Wuthoqquan se detuvo y examinó aturdido el lugar donde habían desaparecido. Vio que el sendero concluía a la entrada de una caverna que se abría negra y silenciosa ante él, y que conducía a insondables profundidades subterráneas. Era una caverna de aspecto sospechoso y amenazador, con colmillos afilados de roca y barba de extraños matojos de hierbas, y Avoosl Wuthoqquan, en cualquier otro momento y con la mente fría, habría vacilado largo tiempo antes de penetrar en aquel lugar. Pero en ese preciso instante no era capaz de obedecer a otros instintos que no fueran el fervor de la persecución y la persuasión de su avaricia.

La caverna que había engullido sus esmeraldas tan vilmente era una pronunciada pendiente que bajaba abruptamente hacia la oscuridad. Era un pasaje bajo y estrecho, y resbaladizo debido a nauseabundas excreciones que cubrían el suelo, pero el prestamista recuperó cierta esperanza cuando captó fugazmente el fulgor de las piedras, que parecían flotar a sus pies en el negro aire como si pretendieran iluminar su camino. La pendiente le condujo a un pasillo llano y serpenteante en el que Avoosl Wuthoqquan comenzó de nuevo a aproximarse a sus huidizas posesiones, y la esperanza inflamó su pecho jadeante.

Tenía las esmeraldas casi al alcance de la mano, pero entonces, con hábil presteza, las piedras escaparon de su campo de visión tras un ángulo del pasillo y, al seguirlas, se detuvo asombrado como si una mano implacable lo estuviera reteniendo. Durante algunos segundos se quedó medio cegado por la pálida luz, misteriosa y azulada que se derramaba del techo y las paredes de la enorme caverna en la que había emergido, y se quedó más que deslumbrado por el esplendor multicolor que llameaba y relucía y titilaba a sus pies.

Permaneció en pie sobre un estrecho escalón de piedra: ¡toda la estancia que tenía delante y detrás de él, casi hasta el nivel de aquel escalón, estaba repleta de joyas como un granero lleno de grano! Era como si todos los rubíes, los ópalos, berilos, diamantes, amatistas, esmeraldas, crisólitos y zafiros del mundo hubieran sido reunidos y confinados en un pozo inmenso. Creyó ver sus propias esmeraldas, yaciendo tranquila y decorosamente en un montículo cercano de la ondulante masa, pero había tantas otras de igual tamaño y pureza que no podía estar seguro de que aquellas fueran las suyas.

Durante un rato, apenas pudo dar crédito a la inefable visión. Después, con un único grito de éxtasis, saltó hacia delante desde el escalón, hundiéndose casi hasta las rodillas en las movedizas y ondeantes piedras preciosas. A manos llenas, levantó las llameantes y chispeantes gemas y dejó que resbalaran entre sus dedos, lenta y voluptuosamente, y que cayeran con un tenue chasquido sobre el monstruoso montón. Pestañeando por el júbilo que le embargaba, observó las luces y colores espléndidos que irradiaban las gemas, los cuales se expandían o contraían en ondas. Las vio arder como ascuas encendidas y estrellas secretas, o destacar con ojos ardientes que parecían contagiarse el fuego unos a otros.

Ni en sus sueños más osados había sospechado el usurero la existencia de tales riquezas. En un éxtasis de placer, balbució en voz alta mientras jugueteaba con las innumerables piedras preciosas, y no se dio cuenta de que poco a poco iba hundiéndose en el insondable pozo cada vez que se movía. Las joyas le llegaban por encima de las rodillas y habían comenzado a engullir sus muslos rechonchos, antes de que su ataque de codicia fuera turbado por una sensación de amenaza.

Entonces, asustado al darse cuenta de que estaba hundiéndose en su recién hallada riqueza como en unas traicioneras arenas movedizas, intentó liberarse y regresar a la seguridad del escalón. Luchaba por mantenerse a flote desesperadamente, porque las piedras que se movían cedían bajo su peso, pero no avanzaba sino que se hundía aún más, hasta que la brillante e inestable masa le llegó a la cintura.

Avoosl Wuthoqquan empezó a sentir un terror demente ante la intolerable ironía de la angustiosa situación en la que se hallaba. Gritó con todas sus fuerzas y, como si de una respuesta se tratase, oyó una fuerte, empalagosa y maligna risa entre dientes procedente de la caverna a sus espaldas. Volvió la cabeza con un doloroso esfuerzo y vio a un ser sumamente peculiar agazapado sobre una especie de banco de piedra situado en una repisa por encima del pozo de joyas. El ser era íntegra y extrañamente

no humano, y tampoco se asemejaba a ninguna otra especie animal, o a ningún dios o demonio conocido de Hiperbórea. Su aspecto no ayudó a apaciguar la alarma y el pánico del prestamista; la criatura era muy grande, pálida y estaba agachada, con el rostro semejante al de un sapo y un cuerpo hinchado y viscoso con numerosos miembros o apéndices de sepia. Yacía totalmente extendido sobre el banco con su cabeza sin mentón y una larga hendidura por boca que colgaba sobre el foso, y sus fríos ojos sin pestañas observaban de refilón a Avoosl Wuthoqquan. El usurero tampoco se sintió muy aliviado cuando la criatura comenzó a hablar con una espesa y repugnante voz, como sebo derretido de cadáveres goteando de la tetera de un brujo.

—¡Vaya! ¿Qué tenemos aquí? —dijo—. ¡Por el negro altar de Tsathoggua, es un gordo prestamista revolcándose en mis joyas como un cerdo extraviado en un lodazal!

—¡Ayudadme! —aulló Avoosl Wuthoqquan—. ¿Es que no veis que me estoy hundiendo?

La entidad dejó escapar su oleaginosa risa entre dientes.

—Sí, ya veo el apuro en el que os encontráis, por supuesto… ¿Qué hacéis aquí?

—Entré en busca de mis esmeraldas… dos espléndidas e inmaculadas piedras por las que sólo pagué la suma de doscientos *djals*.

—¿*Vuestras* esmeraldas? —preguntó la criatura—. Mucho me temo que debo contradeciros. Las joyas son mías. Las robaron no hace mucho de esta caverna, en la que vengo almacenando y guardando mi riqueza subterránea desde hace muchos siglos. El ladrón se asustó… cuando me vio… y permití que se fuera. Sólo se había llevado dos esmeraldas, y sabía que estas volverían a mí, como siempre hacen mis piedras preciosas cuando decido llamarlas. El ladrón era enjuto y huesudo, e hice bien dejándole marchar; porque ahora, en su lugar, tengo a un regordete y bien alimentado usurero.

Avoosl Wuthoqquan, con creciente terror, apenas llegaba a comprender las palabras o captar sus implicaciones. Se había hundido lentamente pero sin pausa en el montón movedizo, y las gemas verdes, amarillas, rojas y violetas parpadeaban fabulosamente alrededor de su pecho y penetraban con un ligero tintineo bajo sus axilas.

—¡Socorro! ¡Socorro! —aulló—. ¡Me van a enterrar vivo!

Sonriendo sardónicamente y revelando la punta bífida de una gruesa y blanca lengua, la singular criatura se bajó del banco de piedra con informe facilidad, extendió su cuerpo plano sobre la montaña de gemas sin apenas hundirse y reptó hasta colocarse en una posición desde la que podía alcanzar al desesperado usurero con sus apéndices similares a los de un pulpo. Lo extrajo de la montaña con un solo movimiento increíblemente rápido. A continuación, sin pausa o preámbulo o comentario alguno, lenta y metódicamente, la criatura comenzó a devorarlo.

LA SIBILA BLANCA

[THE WHITE SYBIL]

Tortha, el poeta, con extrañas canciones australes en su corazón y el ocre de altos y densos soles en su rostro, regresó a su ciudad natal de Cerngoth, en la península de Mhu Thulan, a orillas del mar hiperbóreo. Hasta tierras lejanas había viajado en busca de aquella extraña belleza que siempre le eludía como el horizonte. Más allá de la ciudad de Commoriom, de innumerables chapiteles, y más allá de las junglas y manglares al sur de Commoriom, navegó por ríos sin nombre y cruzó el legendario reino de Tscho Vulpanomi, de cuyas playas de arena de diamantes y gravilla de rubíes se contaba que estaban bañadas perpetuamente por un océano ígneo de fiera espuma.

El poeta había contemplado muchas maravillas y podía describir cosas increíbles: los dioses toscamente tallados del Sur, por quienes se derramaba sangre en torres que se elevaban hacia el sol; o los plumajes de los *huusim*, de muchas yardas de longitud y coloreados como llamas primigenias; los monstruos recubiertos de escamas de los pantanos australes; las orgullosas flotillas de Mu y Antillia que navegaban propulsadas por hechizos, sin remos ni velas; los humeantes picos sacudidos perpetuamente por las luchas de los demonios cautivos. Pero mientras paseaba al mediodía por las calles de Cerngoth, se topó con una maravilla más extraña que todas aquellas que había visto. Regresaba ocioso a su casa, con la mente ocupada en asuntos hogareños, cuando vio a la Blanca Sibila de Polarion.

No sabía de dónde había salido, pero de repente se apareció ante él entre la muchedumbre. Entre las jóvenes trigueñas de Cerngoth de cabellos caoba y ojos negros azulados, la Sibila era como una aparición que hubiera descendido de la Luna. No sabía si era diosa, fantasma o mujer, pero pasó fugazmente y desapareció: una criatura de nieve y luz de las tierras del norte, con los ojos como estanques inundados de luna y unos labios aquejados por la misma palidez que su frente y su pecho. Su vestido era de algún tipo de tela vaporosa, pura y etérea como su persona.

Preso de un asombro que se transformó en repentino éxtasis, Tortha contempló al milagroso ser y sostuvo durante unos segundos la extraña y excitante luz de sus gélidos ojos, en los que el poeta parecía encontrar un oscuro reconocimiento, como el que proporcionaría a su adorador una divinidad mucho tiempo oculta, cuando esta finalmente se le revelase.

De alguna forma, tuvo la sensación de que ella llevaba consigo la infranqueable soledad de tierras remotas, el mortal y profundo silencio de las solitarias mesetas y montañas. Un silencio, como el que podría morar en una ciudad abandonada, enmudecía a la multitud que regateaba y parloteaba cuando la aparición pasaba por su lado, y la gente se apartaba de ella súbitamente sobrecogida.

Antes de que el silencio pudiera romperse y derivase en chismosos murmullos,

Tortha había adivinado su identidad.

Supo que había visto a la Sibila Blanca, aquel ser misterioso del que se rumoreaba que aparecía y desaparecía en las ciudades de Hiperbórea por la acción de alguna fuerza preterhumana. Nadie conocía su nombre, o su nacimiento, pero se decía que descendía como un espíritu de las inhóspitas montañas al norte de Cerngoth; de la tierra desértica de Polarion, donde los glaciares cada vez más cercanos avanzaban por valles en otro tiempo poblados por helechos y cícadas, y rutas muy transitadas.

Nadie jamás se atrevió a tocarla o seguirla. Con frecuencia aparecía y desaparecía en silencio, pero en ocasiones, en los mercados o plazas públicas, pronunciaba crípticas profecías y augurios de muerte. En muchos lugares, a lo ancho y largo de Mhu Thulan e Hiperbórea central, predijo la enorme capa de hielo que ahora avanzaba gradualmente desde el polo y que cubriría el continente en años venideros, y enterraría en la marea del olvido las palmas gigantescas de sus junglas y los magníficos pináculos de sus ciudades. Y en la gran Commoriom, que entonces era la capital, profetizó un extraño sino que se abatiría sobre la ciudad mucho antes de la invasión del hielo. Hombres de todas partes la temían al tomarla por una mensajera de desconocidos dioses extranjeros que se desplazaba desde tierras lejanas con celestial porte y belleza.

Tortha había escuchado todo esto en muchas ocasiones, y la historia le fascinaba, pero pronto la expulsaba de su mente ya abarrotada de maravillosos recuerdos de tantas cosas exóticas. Pero ahora había visto a la Sibila y era como si le hubiera sido ofrecida una revelación inesperada, como si él mismo hubiera divisado, fugazmente y en la distancia, el destino oculto de un peregrinaje místico.

En un solo golpe de vista encontró la personificación de todos los vagos ideales y deseos dispersos que lo habían llevado de una tierra a otra. Allí encontró la esquiva belleza que había buscado en riberas y aguas ajenas, y al otro lado de horizontes de montañas que vomitaban fuego. Allí estaba la oculta Estrella, cuyo nombre y lustre nunca antes había visto. Los ojos gélidos como lunas de la Sibila habían prendido un extraño amor en Tortha, para quien hasta entonces no había sido más que una pasajera excitación de los sentidos.

Sin embargo, en aquella ocasión no se le ocurrió seguir a la visitante o averiguar más cosas sobre ella. De momento se sintió satisfecho con la inusual visión que había hecho arder su alma y aturdido sus sentidos. Y con imágenes como las que podría inspirar la Luna a una polilla, sueños en los que la Sibila se movía como una llama demasiado alejada y demasiado alta para pies humanos, regresó a su hogar en Cerngoth.

Los días que siguieron transcurrieron oscuros y oníricos para Tortha, y estuvieron presididos por su recuerdo de la aparición blanca. Una demente fiebre uránica invadió su alma, junto a la certeza de que iba tras un deseo imposible. Ociosamente, para que las horas transcurrieran más rápido, copiaba los poemas que había escrito durante sus viajes, o pasaba las páginas de manuscritos de prosa demasiado inmadura. Todos le

parecían ahora igualmente vacíos y sin significado, como las hojas marchitas de un año ya pasado.

Sin que Tortha tuviera que inducirles a ello, sus sirvientes y visitantes le hablaron de la Sibila. Le dijeron que raras veces se adentraba en Cerngoth y que se aparecía con más frecuencia en ciudades alejadas de las inmensidades de hielo perpetuo de Polarion. En realidad, no era un ser mortal, porque había sido vista el mismo día en diferentes sitios a cientos de millas de distancia. En ocasiones, había sido vista por cazadores en las montañas que se cernían sobre Cerngoth, pero siempre, cuando hacía acto de presencia de esa manera, desaparecía rápidamente, como una niebla matinal que se derretía entre los riscos.

El poeta escuchaba con una expresión cejijunta y ausente, pero no confesó a nadie su amor. Sabía muy bien que sus familiares y conocidos pensarían que aquella pasión era una locura más errática que el anhelo juvenil que le había llevado en el pasado a tierras desconocidas. Ningún enamorado humano había aspirado al amor de la Sibila, cuya belleza era de un peligroso brillo, semejante al de un meteoro o una bola de fuego; una belleza fatal y mortal, nacida de abismos transárticos y, de alguna manera, conectada con los lejanos confines de los mundos.

Como una marca de hielo y fuego, su recuerdo ardía en Tortha. Cuando cavilaba entre sus libros abandonados o salía a pasear absorto y sin que nada externo interrumpiera sus pensamientos, siempre veía frente a él el pálido resplandor de la Sibila. Le parecía escuchar un susurro de soledades boreales: un murmullo de etérea dulzura, cortante como el aire gélido y articulado por agudas voces de otro mundo que cantaban sobre horizontes inmaculados y sobre la helada gloria de auroras lunares en continentes inaccesibles al hombre.

Los largos días de verano transcurrían trayendo riadas de forasteros que llegaban a Cerngoth para comerciar con sus pieles y eiders, y adamascando las colinas a las afueras de la ciudad con brillantes flores de color celeste y bermellón. Pero la Sibila no volvió a ser vista en Cerngoth, ni se supo que apareciera en otras ciudades. Daba la impresión de que sus visitas habían cesado; como si, tras haber anunciado los augurios que los dioses exteriores le hubieran asignado, ya no necesitara regresar a los dominios de la raza humana.

Poseído por una desesperación sólo igualada por su pasión, Tortha había alimentado la esperanza de volver a contemplar a la visitante. Poco a poco la esperanza fue debilitándose, pero su deseo permaneció intacto. En sus andanzas diarias viajaba ahora a lugares alejados, dejaba atrás las casas y las calles y se dirigía hacia las montañas que relucían sobre Cerngoth y que se cernían vigilantes con cuernos de hielo sobre la meseta sepultada bajo el glaciar de Polarion.

Cada día escalaba más alto las colinas, levantando los ojos hacia los sombríos riscos de los que se rumoreaba que descendía la Sibila. Tenía la sensación de que un oscuro mensaje lo invocaba y, sin embargo, durante un tiempo no se atrevió a obedecer la llamada hasta el final; se daba media vuelta y regresaba a Cerngoth.

Una mañana escaló un montículo en la pradera desde la que los tejados de la ciudad parecían conchas esparcidas junto a un mar cuyas embravecidas olas se habían transformado en una suave superficie turquesa. Estaba solo en un mundo de flores: el frágil manto que el verano había extendido ante las cumbres desoladas. La hierba se balanceaba alejándose de él a ambos lados en amplios rollos y alfombras de llameante color. Incluso el brezo silvestre ofrecía sus frágiles capullos color sangre, y las propias riberas y precipicios estaban densamente tapizados de floridas enredaderas.

Tortha no se había cruzado con nadie, y es que había abandonado hacía tiempo el sendero por el que la achaparrada gente de la montaña llegaba a la ciudad. Un vago impulso, que pareció incluir una promesa no pronunciada por ninguna voz, le había llevado a aquel elevado prado por el que discurría un riachuelo cristalino en dirección al mar entre las brillantes cascadas de flores.

Pálidos y diáfanos bajo el sol, unos cuantos cirrocúmulos pasaron flotando ociosamente hacia las cumbres, y los halcones cazadores volaron hacia el océano con amplias alas rojas. Un perfume, denso como incienso de templo, brotaba de los capullos que pisaba; la luz caía silenciosa y pesada sobre él, aturdiendo sus sentidos, y Tortha, levemente cansado por la escalada, se sintió débil durante unos segundos y le invadió un extraño vértigo.

Tras recuperarse, vio ante él a la Sibila Blanca, que se alzaba entre las flores de color rojo sangre y celeste como una diosa de las nieves ataviada con velos de llamaradas lunares. Sus pálidos ojos inocularon un gélido éxtasis en sus venas mientras lo observaban enigmáticamente. Con un gesto de la mano que fue como un destello de luz en recónditos parajes, ella le indicó que le siguiera al tiempo que se giraba y ascendía por la pendiente sobre el prado.

Tortha ya había olvidado su fatiga; había olvidado todo excepto la belleza celestial de la Sibila. No cuestionó el encantamiento que lo arrastraba, tal era el éxtasis uranista que embargaba su corazón. Sólo era consciente de que ella había reaparecido ante él, le había hecho una señal y él la había seguido.

Pronto la subida se hizo más escarpada a medida que se aproximaba a los imponentes riscos, y yermas costillas de piedra emergían melancólicamente atravesando el manto floral. Sin esfuerzo alguno, ligera como vapor en movimiento, la Sibila ascendía delante de Tortha. Este no podía alcanzarla, y aunque la distancia entre ambos aumentaba en ocasiones, nunca perdía totalmente de vista su figura luminosa.

Ahora él transitaba por lóbregas quebradas y barrancos escarpados, desde donde la Sibila se veía como una estrella fugaz en las abismales sombras arrojadas por los riscos. Las feroces águilas de montaña chillaban sobre su cabeza, observando su avance mientras planeaban sobre sus nidos. Las gélidas gotas de finos riachuelos que brotaban de los glaciares eternos caían sobre él desde protuberantes salientes, y de abruptos abismos que se abrían bajo sus pies le llegaba el sordo rugido de aguas

vertiginosas muy abajo en la distancia.

Tortha sólo era consciente de una pulsión como la que empuja a una polilla a perseguir una llama errante. No pensaba en el objetivo y finalidad de su persecución, ni la culminación del extraño amor que le hacía seguir adelante. Haciendo caso omiso de la mortal fatiga, del peligro y desastre que podría esperarle más adelante, Tortha se sintió invadido por el delirio de una demente ascensión a alturas sobrehumanas.

Tras atravesar las agrestes quebradas y escarpados barrancos, llegó a un paso elevado que en otro tiempo había conectado Mhu Thulan con Polarion. Allí una antigua ruta, plagada de grietas y abismos y parcialmente bloqueada por los escombros de aludes y torres de vigilancia derruidas, discurría entre muros de piedra erosionada por fríos inviernos. Por aquel paso, como un enorme dragón de brillante hielo, se derramaba la vanguardia de los glaciares boreales al encuentro de la Sibila y Tortha.

A pesar de estar envuelto en el extraño ardor de su ascenso, el poeta sintió el repentino frío gélido que invadió el mediodía. Los rayos del sol ahora llegaban mortecinos y fríos; las sombras eran como el lecho de tumbas árticas talladas en el hielo. Una capa de nubes de color ocre, desplazándose con mágica rapidez, se deslizó de un lado al otro del cielo diurno y se oscureció como una telaraña polvorienta, hasta que el sol brilló a través de ella sin vida y pálido como una luna de diciembre. Los cielos sobre su cabeza y más allá del paso estaban encapotados con cortinas grises de hilos plomizos.

En la densa penumbra, sobre las almenas de hielo perforado del glaciar, la Sibila avanzaba a toda prisa como un fuego errante, aún más pálida y luminosa al recortarse contra la sombría nube.

Ahora Tortha escaló la escarpada pendiente de hielo que avanzaba reptante desde Polarion. Alcanzó la cumbre del paso y en breve llegaría a la meseta abierta más allá. Pero como en una tormenta desatada por una magia preterhumana, la nieve comenzó a caer sobre él en torbellinos espectrales y cegadoras ráfagas. Arreciaba empujándole como el incesante vuelo de suaves y amplias alas, como la inconmensurable cola enrollada de etéreos y pálidos dragones.

Durante un tiempo siguió vislumbrando a la Sibila en la lejanía, como si captara la tenue luz de una lámpara sagrada a través de las cortinas del altar de algún enorme templo. Luego la nieve se espesó, hasta que dejó de ver la luz que lo guiaba y no supo si seguía atravesando el paso amurallado, o si estaba perdido en alguna llanura infinita de invierno perpetuo.

Luchó por recobrar el aliento en el sofocante vendaval. El diáfano y blanco fuego que le había dado fuerzas parecía desvanecerse y desaparecer de sus miembros helados. El fervor y exaltación sobrenaturales se desvanecieron, dejando tras de sí una oscura fatiga, un entumecimiento en constante aumento que invadía todo su ser. Finalmente, aquella imagen resplandeciente de la Sibila no era nada más que una estrella anónima que cayó, junto al resto de cosas que en alguna ocasión conoció o

soñó, en un olvido gris…

Tortha abrió los ojos a un mundo extraño. No sabía si se había caído y había muerto en la tormenta, o si se había tropezado con algo cuando sufría su blanca ausencia: pero a su alrededor ahora no quedaba ningún rastro de la nieve que antes arreciaba o las montañas aprisionadas por el glaciar.

Estaba de pie en un valle que podría haber sido el corazón más recóndito de algún paraíso boreal… un valle que sin duda no formaba parte de las desiertas inmensidades de Polarion. A su alrededor, la hierba estaba repleta de flores que mostraban las frágiles y pálidas tonalidades de un arcoíris lunar. Sus delicadas formas eran como las de las flores de nieve y escarcha, y daba la impresión de que se derretirían y desvanecerían si las tocaba.

El cielo sobre el valle no era la bóveda baja de delicado color turquesa de Mhu Thulan, sino un cielo vago, onírico, remoto y de un tono violáceo infinito, como el firmamento de un mundo más allá del tiempo y el espacio. Había luz por todos lados, pero Tortha no veía ningún sol en la bóveda celeste sin nubes. Era como si el sol, la luna y las estrellas se hubieran fundido en un solo cuerpo siglos atrás y se hubieran disuelto en una luminiscencia eterna y final.

Altos y esbeltos árboles con hojas de color verde lunar y densamente salpicados con flores tan delicadas como las de la hierba, crecían en bosquecillos y montículos en el valle, y flanqueaban el margen de un arroyo que discurría plácidamente y que se alejaba serpenteante en inconmensurables y neblinosas perspectivas.

Tortha percibió que su cuerpo no arrojaba ninguna sombra sobre el manto de flores del suelo. Asimismo, los árboles no arrojaban sombra alguna, y no se reflejaban en las cristalinas y calmadas aguas. Ningún viento agitaba los arbustos preñados de flores, ni revolvía los innumerables pétalos entre la hierba. Un silencio críptico cubría todas las cosas, como el silencio de una destrucción planetaria.

Embargado por un poderoso asombro, pero incapaz de desentrañar el misterio de su situación, el poeta se giró como si obedeciera la orden de una voz imperativa. A sus espaldas y al alcance de su mano, había un entramado de parras en flor que se habían enroscado de un árbol a otro. A través de la cortina entreabierta de vegetación, en el centro del emparrado, vio como nieve a la deriva los blancos velos de la Sibila.

Con tímidos pasos y ojos bajos ante la mística belleza y un fuego como el de antorchas al viento ardiendo en su corazón, el poeta entró en el emparrado. Desde el banco de flores sobre el que estaba reclinada, la Sibila se alzó para recibir a su adorador…

De todo lo que siguió, la mayor parte fue olvidada más tarde por Tortha. Era una luz demasiado reluciente para ser soportada, un pensamiento que eludía emerger a través de una indescriptible extrañeza. Era real más allá de lo que los hombres consideran la realidad, y, sin embargo, a Tortha le parecía que la Sibila y todo lo que los rodeaba formaba parte de un espejismo en los desiertos del tiempo; que él estaba situado inseguramente por encima de la vida y la muerte en algún brillante y frágil

emparrado de sueños.

Pensó que la Sibila lo saludaba con las palabras excitantes y melifluas de una lengua que él conocía bien, pero que nunca antes había oído. Sus inflexiones lo embargaron de un éxtasis cercano al dolor. Se sentó junto a ella en la mágica ribera, y ella le contó muchas cosas: cosas divinas, formidables y peligrosas; atroces como el secreto de la vida; dulces como la sabiduría del olvido; extrañas e inmemoriales como la consciencia perdida del sueño. Pero ella no le dijo su nombre, ni los secretos de su esencia, y seguía sin saber si era fantasma o mujer, diosa o espíritu.

Había algo en su discurso sobre el tiempo y sus misterios; algo sobre lo que permanece más allá del tiempo; algo sobre la sombra gris del fin que presenta sus respetos al mundo y el sol; algo sobre el amor, que persigue un fuego esquivo y mortal; sobre la muerte, que es el abono del que brotan todas las flores; sobre la vida, que es un espejismo sobre el vacío congelado.

Durante un rato Tortha se contentó simplemente con escuchar. Un profundo éxtasis lo embargaba, sentía el asombro de un mortal ante la presencia de una deidad. Luego, a medida que fue acostumbrándose a su situación, la belleza de mujer de la Sibila le habló tan elocuentemente como sus palabras. Vacilante, y gradualmente como una marea creciente por el influjo de una luna de otro mundo, en su corazón brotó el amor humano que nutría la mitad de su adoración por la divinidad. El poeta sintió un delirio de deseo mezclado con el vértigo del que ha escalado a alturas imposibles. Sólo vio el blanco encanto de su divinidad y dejó de escuchar claramente la profunda sabiduría de sus palabras.

La Sibila detuvo su inefable discurso y, de alguna manera, con lentas y vacilantes palabras, él se atrevió a expresarle su amor.

Ella no respondió, ni hizo gesto alguno de asentimiento o negación. Pero cuando Tortha hubo acabado, ella le dedicó una extraña mirada; él no hubiera podido decir si era una mirada de amor, de pena, de tristeza o de alegría. A continuación, rápidamente, la Sibila se inclinó hacia delante y le besó la frente con sus pálidos labios. Su beso fue como la punzada del fuego o el hielo. Pero enajenado por un deseo supremo, Tortha se dejó llevar por un arrebato y abrazó a la Sibila.

Terrible e indescriptiblemente, la Sibila pareció transformarse en sus brazos mientras él la presionaba contra su cuerpo… hasta quedar convertida en un cadáver congelado que había yacido siglos en una tumba tallada en témpanos de hielo… una blanca momia leprosa en cuyos ojos Tortha leyó el horror del vacío final. A continuación, ella se convirtió en algo sin forma ni nombre —una oscura putrefacción que borboteaba y formaba remolinos entre sus brazos—, un polvo incoloro, una dispersión de átomos brillantes que se alzaron entre sus dedos esquivos. Y luego ya no quedó nada, y las flores de colores de fantasía que le rodeaban también cambiaban, y se deshacían rápidamente y caían bajo los copos de blanca nieve. El cielo inmenso y violeta y los altos y esbeltos árboles, la magia, el riachuelo que nada reflejaba, incluso la propia tierra bajo sus pies… todo eso se desvaneció entre los

remolinos universales de copos de nieve.

Tortha tenía la impresión de que se desplomaba vertiginosamente en un profundo abismo junto a aquel caos de ráfagas de nieve. Poco a poco, mientras caía, el aire fue haciéndose más nítido a su alrededor, y tuvo la impresión de estar suspendido sobre la tormenta que ya se alejaba y se disolvía. Se encontraba solo en un cielo calmado, fúnebre y sin estrellas, y debajo, a una asombrosa y mareante distancia, vio los confines brillantes de una tierra cubierta de hielo glacial de horizonte a horizonte. La nieve había desaparecido del aire muerto, y un lacerante frío, como el aliento del éter infinito, envolvió a Tortha.

Todo aquello lo vio y lo sintió durante un instante eterno. Luego, con la rapidez de un meteoro, retomó su caída hacia el continente helado. Y, como la llama fugaz de un meteoro, su consciencia se oscureció y se apagó en el gélido frío mientras caía al suelo.

Las gentes medio salvajes de las montañas habían visto a Tortha desaparecer en la repentina tormenta que tan misteriosamente había llegado desde Polarion. Más tarde, cuando las cegadoras ráfagas cesaron, lo encontraron en el glaciar. Lo asistieron con toscos cuidados y burdos remedios, maravillados por la marca blanca que había quedado dibujada como una feroz cicatriz sobre su frente morena. La carne estaba profundamente marcada a fuego y la marca tenía la forma de la presión de unos labios. Pero aquellas gentes no podían saber que la marca indeleble había sido provocada por el beso de la Sibila Blanca.

Lentamente, Tortha recobró hasta cierto punto su anterior vigor. Pero en su mente siempre permaneció una brumosa penumbra, una masa de irresoluble sombra, como el deslumbramiento que permanece en unos ojos que han contemplado una luz insoportable.

Entre aquellos que lo asistieron había una pálida doncella, bastante agraciada, y en la oscuridad que lo había envuelto Tortha creyó que era la Sibila. El nombre de la doncella era Illara y Tortha la amó en su falsa ilusión, y, dejando atrás a su familia y amigos en Cerngoth, desde ese momento vivió con la gente de la montaña, llevándose con él a Illara para hacerla su esposa y componiendo canciones de la pequeña tribu. Durante la mayor parte de su vida Tortha fue feliz creyendo que la Sibila había regresado con él, e Illara, a su manera, se sentía satisfecha; de todas formas, no era la primera mujer mortal cuyo amante permaneció fiel a una ilusión divina.

EL TESTAMENTO DE ATHAMMAUS

[THE TESTAMENT OF ATHAMMAUS]

Se ha convertido en algo imperativo que yo, que no poseo estilete de bronce o cálamo de pluma y que habitualmente tengo por todo instrumento de trabajo la larga espada de dos manos, componga este relato sobre los curiosos y lamentables acontecimientos que precedieron a la deserción universal de Commoriom por parte de su rey y sus gentes. Y para esto sí que estoy bien pertrechado, porque jugué una parte crucial en aquellos acontecimientos y abandoné la ciudad después de que todos los demás la abandonaran.

Pues bien, Commoriom, como todo el mundo sabe, fue en otro tiempo una esplendorosa capital de altos edificios, y la corona de mármol y granito de toda Hiperbórea. Pero en cuanto a la causa del abandono de la ciudad, existen en la actualidad tantas leyendas contrapuestas de naturaleza falsa e inventada que yo, anciano por edad y triplemente anciano por los horrores que he vivido, yo, que me he dejado la piel al menos durante once lustros dedicado al servicio público, me siento forzado a escribir el relato verdadero ahora que ya se ha borrado totalmente de la memoria y la lengua de los hombres. Y así lo haré, aunque para ello deba incluir una confesión de mi propia derrota, mi propia incapacidad para desempeñar correctamente mis responsabilidades.

Para aquellos que lean este relato en tiempos futuros y tal vez en tierras futuras, procederé ahora a presentarme. Soy Athammaus, verdugo jefe de Uzuldaroum, y anteriormente ejercí el mismo cargo en Commoriom. Mi padre, Manghai Thal, fue verdugo antes que yo; y los antecesores de mi padre, hasta las generaciones míticas de los reyes primigenios, hundieron la gran espada de cobre justiciero en el bloque de ejecuciones de madera de *eighon*.

Disculpen a este anciano si les parece que divago, como es habitual en los viejos, perdiéndome en recuerdos juveniles que se han recubierto de la regia púrpura de distantes horizontes y la extraña gloria que ilumina todo aquello que es irrecuperable. ¡Vaya por dónde! Me siento de nuevo joven cuando pienso en Commoriom, cuando desde esa ciudad gris de años sepultados echo la vista atrás y contemplo sus murallas en otro tiempo descomunales alzándose en la jungla y la multitud alabastrina de las agujas que rozaban los cielos. Commoriom era la ciudad de la opulencia por excelencia entre el resto de ciudades opulentas; espléndida y magistral y superior a todas las demás, y a ella rendían tributo desde las orillas del mar atlante hasta aquel otro mar en el que se halla el continente de Mu; y allí llegaban comerciantes de la distante ciudad de Thulan, cuyas murallas lindaban al norte con hielos ignotos, y del reino del sur de Tscho Vulpanomi, a orillas de un lago de brea en ebullición. ¡Ah! Orgullosa y señorial era Commoriom, y hasta sus más humildes moradas se

asemejaban a los palacios de otras ciudades. Y, a diferencia de las fábulas que ingenian los hombres de hoy, que su esplendor y grandiosidad sufriera la invasión de lianas de la jungla y serpientes moteadas no fue debido a aquella errante profecía pronunciada en una ocasión por la Sibila Blanca de la isla de nieve llamada Polarion. No, fue por algo aún más terrible, un terror tangible contra el que las leyes regias, la sabiduría de los hierofantes y los filos cortantes de las espadas resultaban igualmente inútiles. ¡Ah! No sucumbió rápidamente, ni sus defensores fueron repelidos sin dificultad. Y aunque otros olvidan o tal vez lo consideran tan sólo una leyenda frívola y dudosa, nunca dejaré de lamentar la pérdida de Commoriom.

Mi vigor ha disminuido grandemente, el Tiempo se ha alimentado sigilosamente de mis venas y me ha tocado el cabello con las cenizas de soles extintos. Pero en los días de los que ahora les hablo no existía un verdugo más valiente, fiel y leal que yo en toda Hiperbórea, y mi nombre era considerado una peligrosa amenaza, una clara advertencia para los malhechores que merodeaban por el bosque y la ciudad, y los salvajes asaltadores de primitivas tribus de otras tierras. Ataviado con la brillante toga de color morado sangre que corresponde a mi cargo, acudía cada mañana a la plaza pública donde todos podían asistir y observar, y realizaba la tarea que se me había encomendado para instruir a todos los hombres. Y, cada día, el basto cobre dorado rojizo de la enorme hoja en forma de luna creciente se manchaba, no una vez sino muchas veces, con una Sanguinolencia espesa y del color del vino. Gracias a mi brazo certero, mi ojo infalible y un corte limpio, nunca fue necesario repetir el golpe, y era respetado por el rey Loquamethros así como por todos los habitantes de Commoriom.

Recuerdo bien, por su atrocidad más que peculiar, los primeros rumores que me llegaron durante el desempeño de mi actividad en relación al bandido Knygathin Zhaum. Aquel hombre pertenecía a un pueblo de individuos morenos y hondamente repulsivos llamados voormis, que habitaban en las negras montañas Eiglofianas a una jornada completa de Commoriom; y, siguiendo sus costumbres tribales, ocupaban las mismas cuevas que los predadores menos salvajes que ellos, una vez que les habían dado muerte o expulsado de cualquier otra forma. Eran considerados más bestias que humanos, por la excesiva vellosidad de sus cuerpos y sus inmundos y sacrílegos ritos y costumbres. Eran principalmente tales seres los que nutrían la temible horda del famoso Knygathin Zhaum, la cual aterrorizaba a las gentes de las colinas próximas a las montañas Eiglofianas con ataques diarios en los que perpetraban la más infame y bárbara rapiña. El robo indiscriminado no era la menor de sus fechorías, y la simple antropofagia estaba lejos de ser la peor de todas.

Teniendo en cuenta lo arriba expuesto, no era difícil concluir que los voormis eran una raza aborigen, con una herencia étnica de la más oscura y repulsiva especie. Y se comentaba habitualmente que el propio Knygathin Zhaum poseía un linaje más turbio que el resto, al estar relacionado por la rama materna con un extraño dios no antropomórfico, Tsathoggua, que fue profusamente venerado durante los ciclos

subhumanos. Y algunos incluso rumoreaban que poseía sangre de aún más extraño origen (si es que pudiera considerársela sangre) y una monstruosa conexión con la negra estirpe proteica que descendía junto a Tsathoggua de mundos más antiguos y dimensiones exteriores donde la fisiología y la geometría habían adoptado una tendencia evolutiva totalmente inversa. Se decía que, debido a esta mezcla de razas ultracósmicas, el cuerpo de Knygathin Zhaum, a diferencia de sus greñudos y morenos hermanos de tribu, no tenía ni un solo vello desde la coronilla hasta los talones, y que su piel estaba pigmentada con motas negras y amarillas; además, era sabido que superaba al resto de sus congéneres en crueldad e inteligencia.

Durante mucho tiempo aquel execrable bandido no significó para mí nada más que un nombre terrible, pero era inevitable que terminara despertando cierto interés profesional en mí. Eran muchos los que creían que era invulnerable a cualquier tipo de arma, y contaban que había logrado escapar de maneras imposibles de explicar de más de una mazmorra cuyas paredes no podían ser escaladas o atravesadas por ninguna criatura mortal. Pero, por supuesto, deseché todas esas historias; mi experiencia de la realidad no incluía a nadie que poseyera tales características o habilidades similares. Y conocía bastante bien la propensión del vulgo a aferrarse a supersticiones.

Un día tras otro me llegaban nuevas noticias sobre él mientras desempeñaba las ocupaciones de un deber nunca descuidado. Este pernicioso maleante no se conformó con la aparentemente amplia área de operaciones que le ofrecían sus montañas nativas y las colinas cercanas de valles fértiles y ciudades populosas. Sus incursiones fueron haciéndose más osadas y amplias; hasta que una noche atacaron un poblado tan cercano a Commoriom que generalmente se le consideraba un suburbio de la ciudad. Allí, él y su horda pestilente cometieron numerosas fechorías de una atrocidad indescriptible, y tras llevarse a muchos de los aldeanos con propósitos incluso menos imaginables, se retiraron a sus cuevas en las cumbres Eiglofianas de paredes vítreas antes de que los administradores de justicia pudieran darles caza.

Fue este temerario acto ofensivo lo que provocó que la ley cayera con todo su peso y celo sobre Knygathin Zhaum. En anteriores ocasiones, él y sus hombres habían sido entregados a las autoridades locales de la comarca, pero ahora sus fechorías eran de tal calibre que requerían de la estricta vigilancia de la guardia de Commoriom. Desde ese momento todos sus movimientos eran seguidos tan de cerca como les era posible; las ciudades que podía atacar estaban fuertemente vigiladas y se habían colocado trampas por todos lados.

E incluso así, Knygathin Zhaum logró evitar ser capturado un mes tras otro, y durante todo ese tiempo siguió con sus osados ataques con abochornante frecuencia. Finalmente, casi por casualidad, o debido a su propia temeridad, fue capturado a plena luz del día en la carretera cercana a las afueras de la ciudad. Al contrario de lo esperado tras observar su renovada ferocidad, no opuso ninguna resistencia; cuando se encontró rodeado por arqueros y asteros en armadura de malla, se rindió a ellos

inmediatamente con una sonrisa sesgada y enigmática… una sonrisa que invadió los sueños de todos aquellos que estaban presentes durante muchas noches posteriores.

Por razones que jamás se desvelaron, no estaba acompañado cuando lo apresaron, y ninguno de sus secuaces fue capturado simultáneamente o en días posteriores. Sin embargo, se produjo gran excitación y júbilo en Commoriom y todos tenían curiosidad por contemplar al temible bandido. Incluso más que el resto, tal vez, sentí que se despertaba mi interés; porque sobre mí, a su debido tiempo, recaería la tarea de decapitar apropiadamente a Knygathin Zhaum.

Tras escuchar los espantosos rumores y leyendas cuya naturaleza ya he descrito someramente, estaba preparado para algo fuera de lo común en cuanto a su personalidad criminal. Pero incluso a primera vista, al contemplarlo cuando lo llevaron a la prisión avanzando a través de una multitud agitada, Knygathin Zhaum sobrepasó hasta mis más siniestras y desagradables previsiones. Estaba desnudo hasta la cintura, y llevaba el pellejo ocre de algún animal de pelo largo que le colgaba en sucios jirones hasta las rodillas. Sin embargo, tales detalles contribuían poco a aquellos elementos de su apariencia que realmente me asquearon e incluso me conmocionaron. Sus miembros, su torso y sus rasgos eran aparentemente como los de un aborigen, y uno podía llegar a acostumbrarse a su total carencia de vello, en la que se vislumbraba una remota, blasfema y caricaturesca parodia del sacerdote totalmente afeitado, e incluso el extendido e informe moteado de su piel, como el de una enorme boa, podría hasta cierto punto ser achacado a una peculiaridad bastante extravagante de su pigmentación. Era otra cosa, era la aceitosa y verminosa flexibilidad, la ondulante agilidad y fluidez que acompañaba a cada uno de sus movimientos, que parecían deberse a una estructura y vertebración interna no del todo humana —o, casi se podría decir, una carencia *subofidia* de cualquier tipo de estructura ósea— lo que hacía que al contemplar al cautivo, y también la tarea que debía llevar a cabo, sintiera un desagrado poco habitual. En lugar de andar, parecía deslizarse, y la propia forma de sus articulaciones, la colocación de las rodillas, las caderas, los codos y los hombros parecían arbitrarias y artificiales. Era como si su similitud exterior con la raza humana fuera una mera concesión a las convenciones anatómicas, y que su forma corporal pudiera perfectamente haber asumido —y, de hecho, todavía pudiera asumir en cualquier momento— desconocidos contornos y dimensiones desafiantes que prevalecen en los mundos transgalácticos. En efecto, ahora sí era capaz de creer las extravagantes historias sobre sus ancestros. Y con la misma medida de terror y curiosidad me pregunté qué revelaría el tajo justiciero, y qué repugnante y mefítico icor mancharía la espada imparcial en lugar de sangre honesta.

Es innecesario describir aquí con detalles superfluos el proceso por el que Knygathin Zhaum fue juzgado y condenado por sus múltiples atrocidades. La maquinaria de la ley actuó implacablemente rápida y con firmeza, y la equidad no dejó lugar a ninguna vacilación o retraso. El cautivo fue encerrado en una celda bajo las principales mazmorras… una celda tallada en el estrato básico arcaico de gneis a

bastante profundidad, sin otra entrada que un agujero a través del cual el cautivo era bajado y sacado con una larga cuerda y un torno. El agujero estaba tapado con un enorme bloque de piedra y era vigilado día y noche por una docena de hombres armados. Sin embargo, no hubo ningún intento de fuga por parte de Knygathin Zhaum: en efecto, parecía incomprensiblemente resignado a su próximo final.

Siempre he poseído cierta tendencia a la intuición profética y ahora notaba que había algo en esa inesperada resignación que no presagiaba nada bueno. Además, no me gustó la actitud del prisionero durante el juicio. El silencio que había guardado en todo momento tras su captura y encarcelación lo mantuvo ante sus jueces. Aunque se proporcionaron intérpretes que conocían el tosco y sibilante dialecto de las Eiglofes, no respondió a ninguna de las preguntas, ni tampoco ofreció defensa alguna. Y lo que menos me gustó de todo ello fue el semblante impertérrito, sin un solo pestañeo, con el que recibió la sentencia de muerte dictada contra él en el alto tribunal de Commoriom por ocho jueces, uno tras otro, y solemnemente confirmada más tarde por el rey Loquamethros. Después de eso, me asegure bien de que la espada estuviera afilada y me prometí que aunaría todas las habilidades de un musculoso brazo y un impecable arte manual en la próxima ejecución.

La cual no se hizo esperar mucho tiempo, porque el habitual intervalo de quince días entre la condena y la decapitación fue reducido a tres días, en vista de las sospechosas peculiaridades de Knygathin Zhaum y la atroz magnitud de los delitos probados.

La mañana señalada, tras una noche que resultó un infierno por una larga sucesión de abominables pesadillas, me dirigí con mi inquebrantable puntualidad al bloque de madera de eighon, situado con geométrica exactitud en el centro de la plaza principal. Allí se concentraba ya una enorme multitud, y el claro sol ambarino se reflejaba majestuosamente sobre la plata y las togas anaranjadas de los dignatarios de la corte, el paño de algodón de los comerciantes y artesanos y las toscas pieles de los extranjeros de tierras remotas.

Con similar puntualidad, no se hizo esperar la aparición de Knygathin Zhaum entre su escolta de guardias, que lo rodeaban con un espeluznante escudo de cuchillos, lanzas y tridentes. Al mismo tiempo, todas las avenidas que recorrían la ciudad, así como las entradas a la plaza, estaban vigiladas por un gran número de soldados, porque se temía que los miembros de la desesperada horda de rufianes que habían logrado escapar intentaran rescatar a su infame jefe en el último momento.

Bajo la constante vigilancia de los guardianes, Knygathin Zhaum avanzó, clavando en mí la intensa pero inexpresiva mirada de unos ojos color ocre y sin párpados, en los cuales, tras un cuidadoso escrutinio, no distinguí ninguna pupila. Se arrodilló junto al bloque y ofreció su nuca moteada sin un solo temblor. Cuando lo miré con ojo calculador y me preparé para asestar el golpe mortal, se despertó en mí más poderosa y desagradablemente que nunca la sensación de una repugnante plasticidad subyacente, una estructura invertebrada nauseabunda y extraterrestre, bajo

la sacrílega parodia de forma humana que lo cubría. Y no pude evitar percibir también el aura de extraña frialdad, de cinismo abstracto e impenetrable, que supuraba de todas sus extremidades y miembros. Era como una serpiente aletargada, o una liana enorme de la jungla ajena a la amenaza de la afilada hacha.

Yo era consciente de que podría estar enfrentándome a cosas que estaban más allá del terreno habitual de un ejecutor de la justicia; sin embargo, levanté la enorme espada con un limpio y simétricamente refulgente arco, y la bajé sobre la nuca moteada con mi habitual fuerza y tino.

Los cuellos transmiten diferentes sensaciones a la mano del que blande la penetrante hoja. En este caso, sólo puedo decir que la sensación no era como las que asociaba con el corte de cualquier sustancia animal conocida. Pero vi con alivio que el golpe había sido certero: la cabeza de Knygathin Zhaum descansaba totalmente cercenada sobre el bloque poroso, y su cuerpo yacía inerte sobre el pavimento sin un solo temblor de animación al desgajarse. Como había esperado, no salió sangre… sólo una excreción negra, alquitranada y fétida, nada abundante, que dejó de brotar en unos minutos y desapareció totalmente de mi espada y de la madera de eighon. Además, la anatomía interna que la espada reveló carecía de cualquier vertebración firme. Pero, de acuerdo a la evidencia, Knygathin Zhaum había abandonado su vida obscena, y la sentencia del rey Loquamethros y los ocho jueces de Commoriom fue cumplida con escrupulosa precisión legal.

Con orgullo, pero al mismo tiempo también con modestia, recibí el aplauso del gentío expectante y testigo voluntario de la consumación de mi deber oficial, que ahora celebraba con ruidoso júbilo la muerte de la escoria. Tras asegurarme de que los restos de Knygathin Zhaum eran entregados a los enterradores públicos, que se encargaban de deshacerse de tales despojos, abandoné la plaza y regresé a mi hogar, ya que no se habían programado más decapitaciones para ese día. Tenía la conciencia serena y sentía que me había desenvuelto dignamente en el desempeño de un deber en absoluto placentero.

Knygathin Zhaum, como era costumbre con los cadáveres de los criminales más depravados, fue enterrado con prisas poco ceremoniosas en un campo yermo a las afueras de la ciudad, donde la gente lanzaba sus desperdicios y basuras. Fue abandonado entre dos montañas de basura, en una tumba sin marcar que no sobresalía del terreno. La fuerza de la ley ya había prevalecido ampliamente, y todo el mundo quedó satisfecho, desde el propio Loquamethros hasta los aldeanos que habían sufrido las rapiñas del criminal ejecutado.

Me retiré aquella noche tras una abundante comida a base de frutas *suvana* y alubias *djongua*, todo ello bien regado con vino *foum*. Desde un punto de vista moral, tenía suficientes motivos para dormir el sueño de los justos, pero, al igual que la noche anterior, fui víctima de una pesadilla cacodemoníaca tras otra. De esas pesadillas, sólo recuerdo la penetrante e invasiva sensación de insufrible suspense, de terror monótonamente acumulativo sin forma ni nombre, y el constante y tortuoso

sentimiento de vana repetición y oscuro y desesperado esfuerzo y frustración. Además, había un vago recuerdo que se negaba a asumir una forma visual concreta, de cosas que nunca fueron creadas para la percepción o conocimiento humanos, y el sentimiento antes mencionado, y todo el terror; todo sutilmente pero indisolublemente asociado a esas cosas.

Al despertarme abotargado y exhausto tras lo que me pareció un eón de esfuerzos y devastadora confusión, sólo pude achacar esos sufrimientos nocturnos a las alubias *djongua*, y concluí que debí de cenar demasiado abundantemente de aquellas nutritivas viandas. Afortunadamente, no sospechaba de la existencia en mis sueños del oscuro y portentoso simbolismo que en breve se revelaría.

Ahora debo relatar cosas que resultan formidables para la Tierra y sus habitantes; cosas que exceden las leyes humanas o terrenales, que subvierten la lógica, que se burlan de las dimensiones y desafían la biología. El relato es espantoso y, tras siete lustros, el temblor de un antiguo miedo todavía sacude mi mano al escribir.

Pero nada de esto me turbaba cuando partí aquella mañana hacia el lugar de la ejecución, donde tres criminales de una ralea bastante común, y cuyos contornos cefálicos he olvidado al igual que sus delitos, iban a encontrar una merecida muerte bajo mi brazo experto. Sin embargo, no había avanzado mucho en la tarea cuando escuché un gran alboroto que se extendía rápidamente de calle en calle, de callejón en callejón, a través de toda Commoriom. Distinguía una miríada de gritos de furia, terror, miedo y lamento que repetían todos los que por alguna circunstancia se encontraban fuera de sus hogares a esa hora. Al cruzarme con algunos de los ciudadanos, que se encontraban en un estado de suma agitación y seguían gritando, les pregunté la razón de aquel clamor. Me informaron entonces de que Knygathin Zhaum, cuya carrera criminal estaba aparentemente finiquitada, había reaparecido… ¡y había anunciado el profano milagro de su regreso cometiendo una atrocidad en la avenida principal ante los ojos de los viandantes de primera hora! Había atrapado al respetable vendedor de alubias *djongua* y había procedido inmediatamente a devorar a su víctima viva, haciendo caso omiso de los golpes, los ladrillos, las flechas, jabalinas, adoquines y maldiciones que llovieron sobre él procedentes de la muchedumbre que se había congregado, y por la guardia. Sólo cuando hubo satisfecho su apetito atroz, permitió que la guardia se lo llevara, dejando poco más que un puñado de huesos y las vestiduras del vendedor de *djongua* en el lugar donde tuvo lugar el abominable suceso. Debido a que no existía ningún caso legal comparable, Knygathin Zhaum fue lanzado una vez más a la celda bajo las mazmorras de la ciudad, a la espera de las órdenes de Loquamethros y los ocho jueces.

Pueden imaginar fácilmente la extrema turbación y el profundo bochorno que sentía yo mismo, así como los ciudadanos y la magistratura de Commoriom. Como todo el mundo había podido contemplar, Knygathin Zhaum había sido eficazmente decapitado y enterrado según el ritual de rigor, y su resurrección no sólo desafiaba a

la propia naturaleza, sino que entrañaba un quebrantamiento más radical y desconcertante de las leyes del reino. De hecho, los aspectos legales del caso eran tales que se hacía necesaria la inmediata aprobación de un estatuto especial para poder convocar un nuevo juicio y permitir una nueva ejecución de malhechores que regresaran de sus legítimas tumbas. Aparte de todo esto, había una consternación general, e incluso ya en esos primeros momentos los habitantes más ignorantes y religiosos de la ciudad lo consideraban como el presagio de alguna calamidad inminente que se abatiría sobre la ciudad.

En cuanto a mí, la predisposición científica de mi mente, que repudiaba todo lo sobrenatural, me llevó a rastrear una explicación al problema en la rama no terrestre de los ancestros de Knygathin Zhaum. Estaba seguro de que las fuerzas de una biología alienígena, las propiedades de una sustancia vital transestelar, estaban de alguna manera implicadas en todo el asunto.

Con espíritu de genuino investigador, reuní a los enterradores que se ocuparon del cuerpo de Knygathin Zhaum y les pedí que me condujeran al lugar de su sepultura en los terrenos del vertedero. Allí se reveló una singular circunstancia. La tierra no había sido removida, a excepción de un profundo agujero en un extremo de la tumba, como el que podría haber hecho un roedor de gran tamaño. Ningún ser de dimensiones humanas o, al menos, de formas humanas, podría haber emergido por aquel agujero. Siguiendo mis órdenes, los enterradores retiraron la tierra suelta, mezclada con trozos de loza y otros desechos que habían apilado sobre el criminal decapitado. Cuando tocaron el fondo, no encontraron nada, sólo una ligera viscosidad donde el cuerpo había yacido; y esta, junto a un olor de indescriptible fetidez que la acompañaba, pronto se disipó en el aire.

Perplejo y más desconcertado que nunca, pero todavía seguro de que el enigma terminaría señalando algún tipo de solución natural, esperé el nuevo juicio. En esta ocasión, la justicia actuó incluso más rápidamente y empleando menos vericuetos que en la anterior ocasión. El prisionero fue condenado una vez más, y se estableció la hora de la ejecución a la mañana siguiente. Se añadió una provisión a la sentencia en relación al enterramiento: los restos debían ser sellados en un féretro de madera resistente, el féretro debía ser inhumado en una profunda fosa de roca sólida, y la fosa debía ser cubierta con pesadas rocas. Se pensaba que estas medidas serían más que suficientes para frenar las inclinaciones malsanas e irregulares de aquella repugnante abominación.

Cuando Knygathin Zhaum fue conducido por segunda vez ante mí, entre una escolta reforzada y una multitud que inundaba la plaza y las avenidas adyacentes, lo observé con profunda preocupación y con una repulsión incluso mayor que la primera vez. Poseo buena memoria para los rasgos anatómicos y observé algunos cambios extraños en su físico. Las enormes manchas de color negro mate y amarillo repugnante que lo cubrían de pies a cabeza habían cambiado ligeramente su distribución. El cambio de las manchas faciales, alrededor de los ojos y la boca, le

otorgaban un rictus entre sombrío y burlón que resultaba insoportable. Además, se apreciaba un *acortamiento* perceptible de su cuello, aunque el punto de división y unión, a medio camino entre la cabeza y los hombros, no había dejado marca alguna. Y, tras observar sus miembros, detecté otros cambios más sutiles. A pesar de mi experiencia en cuestiones de física, me sorprendí evitando cualquier especulación sobre los procesos que podrían subyacer a esas alteraciones, y aún menos deseaba conjeturar acerca de los problemáticos resultados que supondría la continuación de esos procesos, si es que seguían evolucionando. Deseando fervientemente que Knygathin Zhaum y las repugnantes e infames propiedades de su cuerpo no consagrado se extinguieran de forma permanente, levanté la espada de la justicia en alto y golpeé con fuerza heroica.

De nuevo, al menos por lo que podían determinar los ojos mortales, los efectos del corte fueron los deseados. La cabeza rodó hacia delante sobre el bloque de madera de *eighon*, y el torso y las extremidades quedaron inertes y en posición supina sobre las losas manchadas. Desde un punto de vista legal, ese malhechor doblemente condenado estaba ahora dos veces muerto.

Sin embargo, en esta ocasión supervisé en persona la retirada de los restos, y me ocupé de echar el cerrojo al exquisito féretro de madera de *apha* en el que fueron depositados, y también supervisé cómo se rellenaba con rocas escogidas la fosa de diez pies en la que se introdujo el féretro. Fueron necesarios tres hombres para levantar hasta la más ligera de esas rocas. Todos estábamos convencidos de que por fin habíamos dado el golpe de gracia al indomable Knygathin Zhaum.

¡Cuánta vanidad hay en nuestras esperanzas y esfuerzos terrenales! Llegó la mañana con un insoportable e increíble relato de renovada atrocidad: una vez más, el extraño criminal medio humano había escapado, una vez más su voracidad antropofágica había golpeado a los honorables ciudadanos de Commoriom. Había devorado nada más y nada menos que a un personaje tan ilustre como lo era uno de los ocho jueces y, no satisfecho con dejar limpios los huesos de aquel individuo bastante obeso, de postre devoró los rasgos faciales más prominentes de uno de los guardias que intentó detenerle mientras acababa su plato principal. Y, como en la ocasión precedente, todo ocurrió entre las frenéticas protestas y lamentos de una ingente multitud. Tras mordisquear un poco más los escasos vestigios de la oreja izquierda del desafortunado guardia, Knygathin Zhaum pareció estar ahíto y permitió dócilmente que los carceleros volvieran a llevarlo a prisión.

Tanto yo como el resto de personas que me habían asistido en las arduas tareas de enterramiento nos sentimos hondamente impactados por las noticias. Y el efecto en el público general fue sin duda deplorable. Los más supersticiosos y temerosos comenzaron a abandonar la ciudad, se desenterraron profecías olvidadas, y los sacerdotes hablaban sin freno sobre la necesidad de aplacar con múltiples sacrificios a sus dioses y *eidola* enigmáticamente enfurecidos. Yo era capaz de desentenderme de todas esas simplezas, pero teniendo en cuenta las circunstancias en las que nos

encontrábamos, el retorno pertinaz de Knygathin Zhaum era tan alarmante para la ciencia como para la religión.

Examinamos la tumba, aunque sólo fuera por guardar las formas, y hallamos que algunas de las rocas superpuestas habían sido desplazadas de tal manera que permitían el paso de un cuerpo con las dimensiones de una serpiente larga o una rata almizclera. El féretro, con sus cerrojos metálicos, había reventado por un extremo, y todos nos estremecimos al pensar en la inmensa fuerza que debió emplear para lograr abrirse paso.

Debido a que el caso sobrepasaba cualquier ley biológica conocida, los formalismos de la ley civil fueron desechados y yo, Athammaus, fui reclamado ese mismo día antes de que el sol alcanzara su punto meridiano, y fui solemnemente investido con la responsabilidad de volver a decapitar a Knygathin Zhaum de inmediato. Dejaron que yo decidiera qué hacer con el enterramiento o cualquier otra forma de eliminación de los restos, y los soldados locales y la guardia fueron puestos bajo mi mando en caso de que requiriese su asistencia.

Profundamente consciente del honor que se me hacía, y dolorosamente perplejo pero impertérrito, me dirigí al escenario de mis labores. Cuando el criminal reapareció, resultó obvio no sólo para mí, sino también para todos los demás, que sus rasgos personales físicos en esta nueva reencarnación habían sufrido un cambio realmente notable. El moteado de su piel consistía ahora en algo más que sutiles manchas, que formaban un fabuloso y repulsivo dibujo sobre su piel, y sus características humanas habían dado paso a unos rasgos distorsionados de otro mundo. La cabeza estaba unida a los hombros casi sin intermediación de un cuello; los ojos rasgados se abrían en una cara con protuberancias y hoyos oblicuos; la nariz y la boca mostraban una tendencia a desplazarse la una a la otra, y había más alteraciones que prefiero no detallar, ya que consistían en una horripilante degeneración de los miembros corporales humanos más nobles y distintivos. Sin embargo, sí mencionaré las extrañas y colgantes formas, como papadas anilladas o mocos de pavo en las que habían degenerado sus rótulas. Sin embargo, era el propio Knygathin Zhaum quien allí se alzaba (si fuera posible dignificar su porte con esa palabra) ante el bloque de ejecución.

Debido a la casi inexistencia de una nuca, la tercera decapitación requirió una gran precisión visual y una delicadeza manual que, con toda probabilidad, ningún otro verdugo hubiera podido ofrecer. Me enorgullezco al decir que mi habilidad fue la adecuada para cumplir con mi cometido, y de nuevo el cuerpo del inculpado fue separado de su vil apéndice cefálico. Pero si la hoja de la espada se hubiera desviado ligeramente a uno u otro lado, el desmembramiento que se hubiera producido tendría que haber recibido técnicamente un nombre distinto al de decapitación.

El laborioso cuidado con el que mis ayudantes y yo llevamos a cabo la tercera inhumación fue sin duda merecedora de éxito. Colocamos el cuerpo en un resistente sarcófago de bronce y la cabeza en un segundo sarcófago más pequeño del mismo

material. Las tapas fueron soldadas con metal fundido, y después los dos sarcófagos fueron transportados a lugares de Commoriom situados en direcciones opuestas. El que contenía el cuerpo fue enterrado a gran profundidad bajo monumentales masas de piedra, pero el que contenía la cabeza lo dejé desenterrado, con el propósito de vigilarlo de cerca toda la noche en compañía de una guardia de hombres armados. También asigné una guardia numerosa para guardar vigilia en el lugar de enterramiento del cuerpo.

Llegó la noche y acompañado por siete leales portadores de tridentes me dirigí al lugar donde había dejado el sarcófago más pequeño. Estaba en el patio de una mansión desierta en mitad de los suburbios, lejos de las molestias de la muchedumbre. En cuanto a armas, yo mismo llevaba un alfanje y un arma de asta grande. También llevábamos un buen suministro de antorchas para no carecer de luz en nuestra repulsiva vigilia, y manteníamos varias encendidas al mismo tiempo y clavadas en grietas entre las losas del patio, de tal manera que formaban un círculo de macabras llamas alrededor del sarcófago.

También llevamos con nosotros gran cantidad de vino *foum* carmesí en odres de piel, y dados hechos con marfil de mamut con los que entretenernos durante las negras horas nocturnas, y echando un ojo a nuestra carga con una vigilancia despreocupada pero constante, nos dispusimos a disfrutar discretamente del vino y comenzamos a jugarnos pequeñas cantidades de no más de cinco *pazoors*, como es la costumbre de los buenos jugadores hasta que han tomado la medida a sus oponentes.

La oscuridad se hacía cada vez más profunda, y en el cuadrado de zafiro sobre nuestras cabezas, al que la luz de las antorchas otorgaba una tonalidad azabache, contemplamos Polaris y los planetas rojos que observaban desde la inmensa lejanía por última vez a Commoriom en toda su gloria. Pero no nos amilanamos con la inminencia del desastre, sino que bromeamos valientemente y bebimos intercambiando procaces bromas a la salud de la monstruosa cabeza que se encontraba ahora tan seguramente confinada y tan remotamente separada de su detestable cuerpo. El vino pasaba de mano en mano y el rosado néctar trepó a nuestros cerebros, y poco a poco fuimos arriesgando más en nuestras apuestas y el juego se aceleró hasta desembocar en un agradable frenesí.

No sé cuántas estrellas pasaron sobre nuestras cabezas en los cielos humeantes, ni cuántas veces bebí de las botellas en constante circulación. Pero recuerdo bien que gané al menos noventa *pazoors* de los portadores de tridente, que maldecían soez y ruidosamente mientras se esforzaban en vano por contener la embestida de mi victoria. Yo, al igual que el resto, me había olvidado por completo del objeto de nuestra vigilia.

El sarcófago que contenía la cabeza había sido originalmente diseñado para acoger el cuerpo de un niño pequeño. Alguien podría pensar que su uso presente era un pecaminoso y sacrílego desperdicio de un bronce excelente, pero no habían encontrado ningún otro recipiente disponible del tamaño y la fuerza apropiados en el

momento del enterramiento. En el fragor del fervor creciente del juego, como ya he señalado, todos dejamos de vigilar el receptáculo y me estremezco al pensar cuánto tiempo transcurrió mientras se produjo alguna anormalidad visible o incluso audible antes de que la insólita y aterradora conducta del sarcófago atrajera nuestra atención. Fue el repentino, fuerte y metálico estruendo, como el de un golpe en un gong o un escudo, lo que nos hizo darnos cuenta de que las cosas no estaban como debieran, y al girarnos al unísono en dirección al sonido, vimos que el sarcófago se elevaba y se desplazaba de una manera de lo más inapropiada entre su anillo de antorchas ardientes. Primero hacia un extremo o rincón, luego hacia otro, bailaba y daba piruetas mientras repicaba ruidosamente sobre el pavimento de granito.

El verdadero horror de la situación apenas había tenido tiempo de penetrar en nuestros cerebros cuando tuvo lugar un nuevo e incluso más siniestro incidente. Vimos que el sarcófago se combaba amenazadoramente por los lados y por la parte superior e inferior, y al poco había perdido cualquier similitud con su forma original. Sus contornos rectangulares se hincharon y se curvaron hasta quedar horriblemente desfigurados, como las visiones cambiantes de una pesadilla, y el objeto quedó convertido en una esfera ovalada; entonces, con un sonido atroz, comenzó a romperse por los bordes soldados de la tapa y explotó violentamente por la mitad. A través de la larga e irregular grieta brotó una diabólica masa oscura en ebullición y en constante expansión de materia incognoscible, burbujeando como la venenosa espuma de un millón de serpientes, siseando como la levadura del vino en fermentación y lanzando aquí y allá enormes burbujas oscuras tan grandes como vejigas de cerdo. Derribando varias antorchas, rodó en una ondulante riada por las losas del suelo y todos retrocedimos de un salto para evitarlo, invadidos por el terror y la estupefacción más execrables.

Nos encogimos atemorizados contra la pared trasera del patio, mientras las antorchas derribadas chisporroteaban salvajes y humeantes, y observamos los asombrosos movimientos de la masa, que se había detenido como si quisiera reagruparse y que ahora decrecía como alguna especie de torrente infernal. Se encogió, colapsó y un poco después sus dimensiones comenzaron a asemejarse de nuevo a las de la cabeza que habían enterrado, aunque todavía carecían de cualquier parecido real en cuanto a su forma. La cosa se convirtió en una pelota redonda y negruzca en cuya palpitante superficie los nacientes contornos de rasgos aleatorios se perfilaban con la superficialidad de un dibujo. Había un ojo sin párpado, pardo rojizo, sin pupila y fosforescente, que nos observaba desde el centro de la esfera mientras la criatura parecía estar sopesando la situación. Permaneció inmóvil durante más de un minuto, y a continuación, catapultándose con un salto, voló por encima de nosotros hacia la entrada abierta del patio y desapareció de nuestra vista en la medianoche de las calles.

A pesar de nuestro asombro y desconcierto, pudimos observar la dirección aproximada que había tomado. Y en esa dirección se hallaba, para mayor terror y

confusión de todos, el emplazamiento de Commoriom donde el cuerpo de Knygathin Zhaum había sido enterrado. No nos atrevíamos a conjeturar sobre el significado de todo aquello, y el probable resultado final. Pero aunque existían un millón de miedos y reparos que hubieran debido disuadirnos, tomamos nuestras armas y seguimos el camino de aquella infame cabeza con toda la inmediatez y celeridad de movimientos que la considerable cantidad de vino *foum* ingerido nos permitió.

Nadie más que nosotros se encontraba en las calles a aquella hora en la que hasta los juerguistas más disolutos o bien se habían marchado a sus casas o habían sucumbido a sus libaciones bajo mesas de tabernas. Las calles estaban oscuras, se sentía en ellas una especie de melancolía y tristeza, y las estrellas lucían medio sofocadas, como matizadas por la invasiva bruma de un miasma pestilente. Continuamos avanzando por la calle principal y nuestros pasos resonaban sobre los adoquines en medio de la quietud con un sonido hueco, como si la piedra sólida bajo los pies hubiera sido horadada con un laberinto de criptas funerarias mientras pasábamos nuestra extraña vigilia.

Durante el recorrido no encontramos ninguna señal de aquella criatura supremamente nociva y execrable que había escapado del sepulcro partido. Para nuestro alivio y en contra de nuestros temores, tampoco encontramos nada de una naturaleza asociada o análoga, como la que debería andar suelta si nuestras suposiciones eran ciertas. Pero cerca de la plaza central de Commoriom nos encontramos con un grupo de hombres que portaban lanzas de asta, tridentes y antorchas, y que resultaron ser los guardias que había dejado apostados aquella tarde junto a la tumba del cuerpo de Knygathin Zhaum. Aquellos hombres estaban en un estado de agitación lamentable, y nos refirieron un espeluznante relato sobre cómo la tumba profundamente enterrada y los monumentales bloques de piedra que estaban apilados sobre ella se habían levantado como si fueran agitados por un terremoto, y de cómo una masa con forma de pitón de materia burbujeante y crepitante había brotado de dentro atravesando los bloques y había desaparecido en la oscuridad en dirección a Commoriom. A continuación, nosotros les relatamos lo ocurrido durante nuestra vigilia en el patio, y todos estuvimos de acuerdo en que un gran mal, algo más nefasto que una bestia o una serpiente, andaba de nuevo suelto y voraz en la noche. Y sólo mencionamos en susurros de asombro lo que la mañana podría depararnos.

Tras unir nuestras fuerzas, recorrimos la ciudad, peinando cuidadosamente los callejones y vías públicas, y temiendo, con el temor de los hombres valientes, la oscura y despiadada criatura que la luz de nuestras antorchas pudiera revelar tras cualquier esquina, recoveco o portal. Pero la búsqueda resultó inútil y las estrellas comenzaron a desvanecerse en un pálido cielo, y el amanecer llegó colándose entre los pináculos de mármol con un brillo de plata fantasmal y arrojó un sutil y espectral ámbar sobre los muros y el pavimento.

Pronto se oyeron pasos de otras personas que resonaban por la ciudad, y uno a

uno fueron despertándose los repiqueteos y barullo de la vida. Los primeros viandantes aparecieron, y los vendedores de fruta, leche y legumbres llegaron desde el campo. Pero no teníamos ni una sola huella de aquello que buscábamos.

Proseguimos la búsqueda mientras la ciudad retomaba sus actividades matutinas a nuestro alrededor. Entonces, abruptamente, sin previo aviso y bajo unas circunstancias que hubieran sobresaltado al hombre más recio y asustado al más temerario, encontramos a nuestra presa. Cuando entrábamos en la plaza en la que se alzaba el bloque de ejecución de *eighon*, donde tantos miles de malhechores habían apoyado sus culpables cuellos, escuchamos un grito de terror mortal y agonía, que tan sólo una cosa en el mundo podría haber producido. Nos apresuramos y observamos que dos caminantes que estaban cruzando la plaza cerca del bloque de ejecución forcejeaban y se retorcían en las garras de una monstruosidad sin parangón, que tanto la evolución natural como las fábulas hubieran repudiado.

A pesar de las desconcertantes y ambiguas rarezas que exhibía la criatura, cuando nos acercamos la identificamos como Knygathin Zhaum. La cabeza, por tercera vez reunida con su detestable torso, se había ensamblado medio aplastada en la zona baja del pecho y el diafragma y, durante el proceso de esta nueva fusión, un ojo se había desplazado disociándose totalmente de su par y de la cabeza, ocupando ahora la zona del ombligo, justo debajo de la protuberancia de la barbilla. Otras alteraciones incluso más asombrosas habían tenido lugar: los brazos se habían alargado y convertido en tentáculos, con dedos que eran como marañas de víboras retorciéndose, y donde normalmente debería haber estado la cabeza, los hombros se habían elevado hasta formar un prominente cono que culminaba en una boca con forma de taza. Sin embargo, lo más fabuloso e imposible de todo eran los cambios en los miembros inferiores: las dos rodillas y la cadera se habían vuelto a bifurcar en largas probóscides cubiertas de ventosas con gargantas. Combinando sus distintas bocas y apéndices, la aberración se ocupaba en devorar a los dos desgraciados que había capturado.

Atraídos por los gritos, una multitud se apiñó a nuestras espaldas mientras avanzábamos hacia la atroz escena. La ciudad entera pareció llenarse con un clamor casi instantáneo, un alboroto creciente, en el que la nota dominante era de un terror supremo y desolador.

No mencionaré nuestros sentimientos como oficiales y hombres. Todos teníamos claro que los factores ultraterrenos de los antepasados de Knygathin Zhaum se habían impuesto en una proporción que iba espeluznantemente en aumento tras su última resurrección. Pero a pesar de esto y de la extraordinaria enormidad de la aberración que teníamos ante nosotros, seguíamos dispuestos a cumplir con nuestro deber y defender lo mejor que pudiéramos a la muchedumbre desvalida. No me pavoneo del heroísmo que fue necesario: éramos hombres simples y debíamos hacer sólo aquello que era nuestra incuestionable obligación.

Rodeamos al monstruo y habríamos saltado sobre él inmediatamente con nuestras

lanzas y tridentes. Pero entonces se reveló una embarazosa dificultad: la criatura se había enroscado tortuosa e inextricablemente con sus presas, y los tres se retorcían y sacudían de forma tan violenta que no podíamos usar nuestras armas sin arriesgarnos a atravesar o herir de cualquier otra forma a nuestros dos conciudadanos. Por fin los forcejeos y las sacudidas fueron debilitándose a medida que la sustancia y la sangre vital de los hombres se consumía, y la nauseabunda masa formada por devorador y devorados fue perdiendo gradualmente vitalidad y movimiento.

Ese momento, si es que hubo alguno, fue nuestra única oportunidad, y estoy seguro de que todos nos hubiéramos unido al ataque, por inútil y vano que hubiera sido. Pero estaba claro que el monstruo se había hartado de tales minucias y ya no estaba dispuesto a someterse a los nimios incordios de los abusos humanos. Cuando levantamos las armas y nos dispusimos a atacar, la criatura retrocedió, llevando consigo todavía a sus víctimas desangradas y flácidas, y subió al bloque de *eighon*. Ante los ojos de los allí reunidos, comenzó a expandir cada uno de sus miembros en todas direcciones, como si estuviera hinchándose de rencor y maldad. El ritmo al que aumentaba de tamaño y las proporciones que la criatura adquirió mientras cubría totalmente el bloque y se derramaba por ambos lados del mismo con ondulantes y desbordantes pliegues hubieran sido suficiente motivo para intimidar a los héroes del más remoto de los mitos. Debo añadir que la expansión del torso principal fue más horizontal que vertical.

Cuando la aberración comenzó a mostrar unas dimensiones que sobrepasaban las de cualquier criatura de este mundo y a derramarse agresivamente hacia nosotros con una lenta e interminable expansión de unos brazos como boas, no se les pudo reprochar a mis valientes y leales compañeros que se retirasen. Y aún menos se le pudo reprochar nada a la población en general, que ya abandonaba Commoriom en torrenciales multitudes entre agudos gritos y lamentos. Su huida, sin duda, se vio acelerada por los sonidos vocales que emitía el monstruo por primera vez desde que llegamos. Esos sonidos se asemejaban más a siseos que a otra cosa, pero el volumen era sobrecogedor, el timbre un tormento y una agonía para el oído, y lo peor de todo es que no sólo brotaban de la boca del diafragma, sino de todas y cada una de las aperturas orales o ventosas que la horrenda criatura había desarrollado. Incluso yo, Athammaus, hui de aquellos siseos y permanecí bien alejado de los dedos enroscados y serpentinos.

Sin embargo, me siento orgulloso al recordar que permanecí allí en el borde de la plaza vacía durante algún tiempo, y al alejarme eché más de un afligido vistazo atrás. La criatura que había sido Knygathin Zhaum parecía satisfecha con su triunfo, y allí se alzaba supina y montañosa sobre el derrotado bloque de ejecución de *eighon*. La miríada de siseos disminuyó hasta un leve y vago susurro, como el que produciría una familia de somnolientas pitones, y no intentó en ningún momento atacarme o acercarse a mí. Pero al comprender finalmente el irresoluble dilema profesional al que me enfrentaba, y descubrir además que Commoriom se encontraba ya sin rey, sin

sistema judicial ni fuerza policial ni ciudadanos, abandoné finalmente la ciudad maldita y seguí al resto.

LA LLEGADA DEL GUSANO BLANCO

[THE COMING OF THE WHITE WORM]

Evagh el hechicero, que moraba a orillas del mar Boreal, observó múltiples presagios, extraños e intempestivos, a mediados de verano. El sol brillaba gélido sobre Mhu Thulan en un cielo claro y pálido como el hielo. Al amanecer la aurora pendía desde el cenit hasta la superficie de la tierra como un tapiz en un salón de dioses. Las amapolas eran escasas y lívidas, y pequeñas las anémonas que crecían en los valles entre colinas a espaldas del hogar de Evagh, y las frutas en su jardín amurallado mostraban la corteza pálida y el corazón verde. De día observaba la migración fuera de estación de grandes bandadas de aves que se dirigían hacia el sur desde las islas más allá de Mhu Thulan, y de noche escuchaba el clamor de otras multitudes de paso.

Ahora Evagh estaba preocupado por estos presagios, porque su magia no era capaz de interpretarlos del todo. Y los pescadores que vivían junto al puerto bajo la casa de Evagh también estaban preocupados, aunque por otros motivos. Durante todo el verano se echaban al mar día tras día en sus barquillas de cuero de alce y ramas de sauce, y lanzaban sus redes de cerco: pero en las redes sólo sacaban peces muertos, reventados como si hubieran estado expuestos al fuego o a un frío extremo y, debido a esto, mientras el verano tocaba a su fin, algunos de ellos dejaron de salir con sus embarcaciones.

Entonces, procedente del norte, donde los barcos de Cerngoth solían faenar entre las islas árticas, una galera llegó a la deriva con los remos inmóviles y sin rumbo fijo. La marea la dejó varada en la playa, entre las barcas de los pescadores, a los pies de la casa del acantilado de Evagh. Y, apiñándose alrededor de la galera, los pescadores contemplaron a los remeros todavía a los remos, y a su capitán al timón. Pero las caras y las manos estaban blancas de lepra, y las pupilas de sus ojos desorbitados se habían difuminado extrañamente y resultaba imposible distinguirlas del blanco de los ojos; y una vacuidad de terror los había invadido, como hielo en profundos estanques congelados hasta el fondo.

Los pescadores se resistían a tocar a los hombres muertos y murmuraban que algo funesto se cernía sobre el mar, y una maldición sobre todas las cosas y gentes relacionadas con él. Pero Evagh pensó que los cuerpos se pudrirían al sol produciendo pestilencia y les ordenó que construyeran una hoguera con madera de deriva alrededor de la galera. Y cuando la pila se elevó por encima de las cuadernas, ocultando a los remeros muertos, la prendió con sus propias manos.

Altas crecieron las llamas de la pira, y el humo ascendió negro como una nube de tormenta, alzándose en ventosas bocanadas. Pero cuando el fuego se extinguió, los cuerpos de los remeros seguían sentados entre las brasas amontonadas, y sus brazos seguían extendidos en ademán de remar, y sus dedos aparecían crispados, a pesar de

que los remos ahora habían caído de sus manos convertidos en brasas y cenizas. Y el capitán de la galera seguía de pie en su puesto, aunque el timón quemado yacía a su lado. Nada a excepción de la indumentaria de los cadáveres se había consumido, y sus cuerpos brillaban blancos como el mármol sobre los rescoldos de la madera, pero ninguna parte de sus cuerpos se había ennegrecido por la acción del fuego.

Considerando este hecho como un mal presagio, los pescadores se quedaron aterrados y huyeron de inmediato hacia las rocas más altas. Pero el hechicero Evagh esperó a que se enfriaran las brasas.

Rápidamente los rescoldos se oscurecieron, pero siguió saliendo humo de ellos durante toda la mañana y toda la tarde, y todavía estaban demasiado calientes para que los pisara un hombre cuando el sol estaba a punto de ponerse. Así que Evagh transportó agua en ollas desde el mar y la vertió sobre las cenizas y las ascuas para poder aproximarse a los cadáveres. Cuando el humo y el chisporroteo cesaron, el mago se acercó. Al hacerlo, sintió un frío intenso que hizo que comenzaran a dolerle las manos y las orejas, un frío que incluso atravesaba su manto de pieles. Acercándose aún más, tocó uno de los cuerpos con la punta del índice, y a pesar de que sólo apretó el dedo ligeramente y lo separó con rapidez, le quemó como si fuera una llama.

Evagh estaba atónito, porque la condición en la que se encontraban aquellos cadáveres era algo totalmente nuevo para él, y no había nada en sus conocimientos de brujería que pudiera iluminarle.

Aquella noche, de regreso a su hogar, quemó en cada puerta y ventana resinas que desagradaban profundamente a los demonios del norte. Después leyó con diligente cuidado los escritos de Pnom, que recopilaban exorcismos poderosos contra los blancos espectros del polo. Tenía la impresión de que estos espíritus habían ejercido su poder sobre la tripulación de la galera, pero poco más pudo dilucidar sobre los efectos de tal poder.

Aunque había un fuego encendido en la estancia bien nutrido de gruesos troncos de pino y cornicabra, un frío mortal comenzó a invadir el aire hacia la medianoche. Y los dedos de Evagh se entumecieron sobre las hojas de pergamino, de manera que apenas podía volverlas. Y el frío continuó agudizándose, ralentizando su sangre como si su cuerpo estuviera en contacto con el hielo, y sintió en su rostro el aliento de un viento gélido. Sin embargo, las pesadas puertas y las ventanas con resistentes vidrios estaban totalmente cerradas y el fuego ardía con fuerza bien alimentado de troncos.

Entonces, con los ojos entre párpados rígidos, Evagh vio que aumentaba la iluminación en la habitación con una luz que se colaba por las ventanas orientadas al norte. Era una luz pálida, y penetraba en la habitación con un gran haz que se derramaba directamente donde él estaba sentado. Y la luz hirió sus ojos con un gélido resplandor, y el frío se agudizó, como si formara un todo con el resplandor, y el viento sopló con más fuerza en la oscuridad, pero ahora ya no parecía aire, sino un elemento extraño e irrespirable como el éter. En vano, e invadido por abrumadores

pensamientos, luchó por recordar los exorcismos de Pnom. Su aliento lo abandonó escapándose con el aire, y se derrumbó y sufrió una especie de desvanecimiento temporal cercano a la muerte. Le pareció escuchar voces que susurraban encantamientos desconocidos, mientras la funesta luz y el éter se derramaban y fluían como una corriente a su alrededor. Y a medida que pasaba el tiempo, sentía que sus ojos y su carne estaban lo suficientemente templados para soportarlos, y respiró una vez más, y la sangre volvió a acelerarse en sus venas, y el desvanecimiento pasó y se levantó como alguien que regresa de entre los muertos.

La extraña luz se derramaba de lleno sobre él a través de las ventanas. Pero la rigidez causada por el frío había desaparecido de sus miembros y ya sólo sentía el frescor habitual en una noche de finales de verano. Miró a través de una de las ventanas y contempló una extraña maravilla: en el puerto se perfilaba un iceberg completamente distinto a los avistados por las embarcaciones en sus navegaciones hacia el norte. Llenaba el amplio puerto de orilla a orilla, y se alzaba a una altura inconmensurable con múltiples riscos y precipicios con terrazas, y sus pináculos despuntaban como torres en el cenit. Era más grande y más escarpado que el monte Yarak, que marca el punto del polo boreal, y despedía un gélido destello más pálido y brillante que la luz de la luna llena que se reflejaba sobre el mar y la tierra.

Más abajo, en la orilla, estaban las cenizas de la galera embarrancada en la playa, y entre estas se alzaban los cadáveres incombustibles. Junto a la arena y las rocas, los pescadores estaban tumbados o de pie en posturas inmóviles y rígidas, como si al acercarse a contemplar el gran iceberg hubieran sido poseídos por un sueño mágico. Y toda la extensión del puerto, y el jardín de Evagh, invadidos por aquel pálido esplendor, parecían un paisaje en el que la escarcha había cubierto todo con una gruesa capa.

Embargado por un profundo asombro, Evagh se dispuso a salir de su casa, pero cuando tan sólo había dado tres pasos, todas sus extremidades se entumecieron y un sueño profundo dominó sus sentidos allí justo donde se encontraba.

Ya había amanecido cuando se despertó. Al mirar a su alrededor, contempló una nueva maravilla: su jardín y las rocas y la arena marina allá abajo ya no eran visibles. En su lugar, ahora había plataformas lisas de hielo alrededor de su casa, y elevados pináculos de hielo. Más allá de los límites de hielo contempló un mar que se extendía remoto y distante, y más allá del mar, la bajamar de una borrosa orilla.

Ahora el terror se apoderó de Evagh, porque reconocía en todo aquello la mano de una brujería que estaba más allá del poder de los magos mortales. Estaba claro que su robusta vivienda de granito ya no se encontraba en la costa de Mhu Thulan, sino que estaba ubicada en algún peñasco de aquel inmenso iceberg que había contemplado por la noche. Tembloroso, se arrodilló y suplicó a los Grandes Antiguos, que habitaban secretamente en cavernas subterráneas o bajo el mar o en los espacios supraterrenales. Y mientras rezaba, escuchó unos fuertes golpes en la puerta.

Un tanto temeroso, se levantó y abrió los portales. Ante él aparecieron dos

hombres de semblantes extraños y brillante piel, ataviados con mantos bordados con runas similares a las que llevan los magos. Las runas eran toscas y extrañas, pero cuando los hombres hablaron Evagh entendió parte de su lengua, que era un dialecto de las islas de Hiperbórea.

—Servimos al Gran Externo cuyo nombre es Rlim Shaikorth —dijeron—. Ha llegado de espacios más allá del norte en su ciudadela flotante, el monte de hielo Yikilth, del que mana una frialdad extrema y un pálido esplendor que destruye la carne de los hombres. Ha tenido a bien salvarnos a nosotros de entre todos los habitantes de la isla Thulask, atemperando nuestra carne para resistir el rigor de su morada, haciéndonos respirable el aire que ningún mortal podría respirar, y llevándonos con él en su travesía sobre Yikilth. También a ti te ha salvado y aclimatado mediante hechizos al frío y el claro éter. Salve, oh, Evagh, a quien tenemos por un excelente hechicero por este motivo: porque sólo los hechiceros más poderosos son elegidos y exonerados.

Evagh no salía de su asombro, pero al ver que ahora podía tratar con hombres que eran como él mismo, comenzó a interrogar minuciosamente a los dos magos de Thulask. Estos se llamaban Dooni y Ux Loddhan, y estaban muy versados en las tradiciones de los dioses antiguos. No le dijeron nada sobre Rlim Shaikorth, pero reconocieron que servían a Rlim Shaikorth con la veneración que se le otorga a un dios, después de haber repudiado cualquier atadura que los uniera a la humanidad. E informaron a Evagh de que debía partir con ellos inmediatamente ante Rlim Shaikorth y realizar el debido rito de obediencia y aceptar el vínculo de alienación.

Así pues, Evagh marchó con los magos de Thulask y fue conducido a una gran cumbre de hielo que se elevaba desafiante bajo el sol y que sobresalía de entre todas sus hermanas. El pináculo estaba hueco y, tras escalar a su interior por unos peldaños de hielo, llegaron finalmente a los aposentos de Rlim Shaikorth, que era una cúpula circular con un bloque de hielo redondo en el centro que formaba un estrado.

Al contemplar a la entidad que ocupaba el estrado, el pulso de Evagh se paró durante un instante por el terror, y, tras ese terror, sintió una profunda arcada a consecuencia de la gran repulsión que le embargó. No existía en el mundo nada tan repugnante como Rlim Shaikorth. Tenía cierto parecido a un grueso gusano blanco, pero su volumen era mayor que el de un elefante marino. Su cola enroscada era tan gruesa como los pliegues intermedios de su cuerpo, y su parte frontal se elevaba del estrado con forma de disco redondo, y sobre este se marcaban unas vagas facciones. En medio del rostro una boca se curvaba de lado a lado del disco, abriéndose y cerrándose incesantemente sobre unas fauces pálidas sin lengua ni dientes. Dos cuencas oculares se abrían una junto a la otra sobre las planas fosas nasales, pero en las cuencas no había ojos, y en su interior aparecían intermitentemente glóbulos de una materia de color sangre con la forma de globos oculares, y los glóbulos manaban y goteaban sobre la tarima. Y del suelo de hielo se alzaban dos masas con forma de estalagmitas, moradas y oscuras como vísceras congeladas, creadas por el incesante

goteo de los glóbulos.

Dooni y Ux Loddhan se postraron y Evagh consideró oportuno seguir su ejemplo. Tendido sobre el hielo, escuchó el chapoteo de las gotas rojas como pesadas lágrimas, y entonces, en la cúpula por encima de él, le pareció oír una voz, y la voz era como el sonido de una catarata oculta en un glaciar hueco y cavernoso.

—Oh, Evagh —dijo la voz—. Os he preservado de la catástrofe de los otros, y os he hecho como los que moran en los límites del frío e inhalan el vacío sin aire. Los inefables conocimientos serán vuestros, y también las artes que están más allá de la conquista mortal, si sólo me adoráis a mí y os convertís en mi siervo. Conmigo viajaréis al centro de los reinos y las islas de la Tierra, y veréis caer sobre ellos el blanco manto de la muerte que despide la luz de Yikilth. Nuestra llegada traerá la escarcha eterna a sus jardines, e infligirá en la carne de los hombres el rigor de los abismos transárticos. Podréis contemplar todo esto, formando un todo con los señores de la muerte, sobrenaturales e inmortales, y al final regresaréis conmigo a ese mundo más allá del polo en el que está mi imperio eterno.

Al ver que no tenía otra elección, Evagh declaró su deseo de rendir culto y veneración al pálido gusano. Siguiendo las instrucciones de sus compañeros hechiceros, realizó ritos no apropiados para ser referidos aquí, y prometió solemnemente someterse a la inefable alienación.

Extraña fue la travesía, porque parecía que el gran iceberg estaba guiado por algún hechizo, avanzando constantemente contra viento y marea. Y siempre, mientras navegaban, el gélido esplendor que desprendía Yikilth arrasaba todo a su paso, incluso a bastante distancia. Adelantaban a orgullosas galeras y sus tripulaciones eran fulminadas a los remos. Los bellos puertos de Hiperbórea, bulliciosos con el tráfico marítimo, quedaban en silencio cuando pasaba el iceberg. Vacías quedaban las calles y los muelles, paralizados los embarques en los puertos, cuando la luz blanca llegaba y se marchaba. Los rayos se adentraban a bastante distancia tierra adentro, llevando a los campos y jardines una decadencia más perdurable que la del invierno, y los bosques quedaban congelados y las bestias que los recorrían quedaban rígidas como si fueran de mármol, de forma que los hombres que llegaron tiempo después a aquella región encontraban alces, osos y mamuts todavía en pie en la postura en la que se encontraban antes de morir. Pero sentado en su casa o viajando en el iceberg, Evagh no sentía más frío del que se siente en las penumbras del verano.

Ahora, además de Dooni y Ux Loddhan, había otros cinco magos que partieron con Evagh en aquella travesía después de ser seleccionados por Rlim Shaikorth y transportados con sus casas al iceberg mediante un encantamiento desconocido. Eran extranjeros, llamados *polarianos*, de islas más próximas al polo que la extensa Thulask. Evagh entendía muy poco de sus métodos, su magia le resultaba extraña y su lengua incomprensible, y lo mismo les ocurría a los brujos de Thulask.

Cada día los ocho magos encontraban en sus mesas las provisiones necesarias para el sustento humano, aunque ignoraban qué entidad las suministraba.

Aparentemente, todos compartían la veneración al gusano. Pero Evagh, en el fondo, se sentía inquieto cuando contemplaba la muerte que irradiaba eternamente de Yikilth sobre las bellas ciudades y las ricas costas oceánicas. Apesadumbrado, contempló la destrucción de la florida ciudad de Cerngoth, y la quietud que descendió sobre las calles abarrotadas de Leqquan, y la escarcha que abrasó los jardines y huertos del valle costero de Aguil con una repentina blancura.

El gran iceberg siempre navegaba hacia el sur, portando su invierno letal a tierras donde el sol del verano brillaba en lo alto. Evagh siguió su propia intuición y adoptó en todos los aspectos las costumbres de los otros. A intervalos que venían marcados por los movimientos de las estrellas circumpolares, los magos escalaban a la estancia en lo alto, donde Rlim Shaikorth moraba perpetuamente, medio enroscado en su estrado de hielo. Allí, en un ritual cuya cadencia coincidía con el ritmo de goteo de aquellas lágrimas semejantes a ojos que el gusano excretaba, y con genuflexiones al ritmo de los movimientos de apertura y cierre de la boca, rendían a Rlim Shaikorth la debida veneración. Y Evagh averiguó por los otros brujos que el gusano dormía durante cierto periodo de tiempo cuando la luna oscurecía, y sólo en ese momento las lágrimas sanguinolentas dejaban de brotar y la boca de abrirse y cerrarse.

Tras la tercera repetición de los rituales, ocurrió que sólo siete magos escalaron a la torre. Evagh los contó y constató que el hombre desaparecido era uno de los cinco extranjeros. Más tarde, preguntó a Dooni y Ux Loddhan e hizo señas interrogantes a los cuatro norteños, pero parecía que el destino del brujo desaparecido era un misterio para todos. Nadie le había oído o visto, y Evagh, tras reflexionar profunda y largamente, se sintió un tanto inquieto. Porque durante la ceremonia en la estancia de la torre le pareció que el gusano había aumentado de longitud y grosor desde la última ocasión que lo había contemplado.

Secretamente preguntó a los de Thulask cómo se sustentaba Rlim Shaikorth. En relación a este tema hubo ciertas discrepancias, porque Ux Loddhan sostenía que el gusano se alimentaba de los corazones de osos árticos blancos, mientras que Dooni juraba que realmente se nutría de hígado de ballenas. Pero, por lo que sabían, el gusano no se había alimentado durante la estancia de los magos en Yikilth.

El iceberg seguía su curso bajo un sol cada vez más abrasador y, de nuevo, siguiendo el momento señalado por las estrellas, que se producía la mañana de cada tercer día, los magos se congregaron ante el gusano. Ahora su número se reducía a seis; el brujo desaparecido era otro de los extranjeros. Y el gusano había incrementado todavía más de tamaño, engordando visiblemente desde la cabeza hasta la punta de la cola.

Entonces, en sus distintas lenguas, los seis magos aún presentes suplicaron al gusano que les dijera cuál había sido el destino de sus compañeros ausentes. Y el gusano respondió, y su lengua fue entendida por todos, y cada uno de ellos pensó que se dirigía a él en su propia lengua:

—Este asunto es un misterio, pero todos recibiréis la respuesta a su debido

tiempo. Sabed esto: los dos que han desaparecido siguen presentes, y ellos y vosotros también compartiréis como os he prometido la sabiduría y el absoluto poder ultraterreno de Rlim Shaikorth.

Cuando descendieron de la torre, Evagh y los dos brujos de Thulask debatieron sobre la interpretación de aquella respuesta. Evagh sostenía que sus compañeros desaparecidos sólo estaban presentes en el estómago del gusano, pero los otros apostillaban que aquellos hombres habían sufrido una traslación más mística y habían sido elevados a una esfera más allá de la visión y la audición humana. Inmediatamente empezaron a prepararse con oraciones y ascética austeridad, a la espera de que algún tipo de apoteosis sublime les sobreviniera a su debido tiempo. Pero Evagh no podía confiar en las ambiguas promesas del gusano, y en él permaneció la duda.

En busca de algún rastro de los *polarianos* desaparecidos para aplacar sus dudas, Evagh recorrió el imponente iceberg, en cuyas almenas su propia casa y las casas de los otros magos colgaban como diminutas cabañas de pescadores sobre acantilados. En esta búsqueda no le acompañaron los demás, pues temían causar alguna molestia al gusano. De una punta a otra deambuló con total libertad, y escaló peligrosas pendientes, y descendió por profundas grietas al interior de cavernas donde el sol no brillaba y no había más luz que la del extraño resplandor de aquel hielo ultraterreno. Incrustadas allí en las paredes, como si estuvieran talladas en la piedra de estratos inferiores, vio moradas que ningún hombre había construido, y recipientes que tal vez pertenecían a otras eras o mundos, pero no pudo detectar en ningún rincón la presencia de una criatura viva, y ningún espíritu ni sombra respondió a sus invocaciones nigrománticas.

Así pues, Evagh seguía temiendo la traición del gusano, y decidió permanecer despierto la noche previa a la siguiente celebración de los ritos de adoración. En la víspera de aquella noche se aseguró de que los otros brujos estuvieran todos en sus distintas mansiones, hasta un total de cinco, y luego se dispuso a vigilar en todo momento la entrada a la torre de Rlim Shaikorth, que era claramente visible desde sus propias ventanas.

Con luz extraña y gélida brillaba el enorme iceberg en la oscuridad, arrojando una luz de estrellas heladas. La Luna apareció pronto sobre el mar oriental. Pero Evagh, que permaneció en vigilia junto a la ventana hasta la medianoche, no observó ninguna silueta visible saliendo de la torre, ni tampoco entrando en ella. A medianoche le asaltó un repentino sopor; no pudo continuar con la vigilia por más tiempo y durmió profundamente las restantes horas de la noche.

Al día siguiente sólo eran cuatro los magos que se congregaron en la cúpula de hielo y rindieron culto a Rlim Shaikorth. Y Evagh vio que dos más de los extranjeros, hombres corpulentos pero un tanto inferiores en estatura a sus compañeros, habían desaparecido.

Y a partir de entonces, uno a uno, durante las noches previas a la ceremonia de

adoración, los compañeros de Evagh fueron desapareciendo. El siguiente en desaparecer fue el último *polariano,* de modo que sólo Evagh, UX Loddhan y Dooni subieron a la torre. Y llegó el momento en que sólo quedaron Evagh y Ux Loddhan.

El terror que invadía a Evagh fue incrementándose día a día, y no habría dudado en saltar al mar y escapar de Yikilth si no fuera porque Ux Loddhan, adivinando sus intenciones, le había advertido que ningún hombre podía abandonar aquel lugar y vivir de nuevo bajo la cálida luz solar y el aire terrenal tras haberse habituado al frío y al fino éter.

Así pues, cuando llegó la luna nueva y los cielos se oscurecieron del todo, Evagh ascendió a la presencia de Rlim Shaikorth con infinito temor y vacilantes e indecisos pasos. Y, al entrar en la cúpula con ojos bajos, resultó ser el único adorador presente.

Una parálisis de terror lo poseyó mientras rendía obediencia, y apenas se atrevía a levantar los ojos y mirar al gusano. Pero poco después, cuando comenzó a realizar las genuflexiones de rigor, se dio cuenta de que las lágrimas rojas de Rlim Shaikorth ya no se derramaban sobre las estalagmitas moradas, ni tampoco se escuchaba el sonido que solía emitir el gusano en su perpetuo abrir y cerrar de boca. Finalmente se aventuró a levantar la mirada y Evagh contempló la repugnante e hinchada masa del monstruo, cuyo grosor rebosaba ya por el borde del estrado; y vio que la boca y las cuencas de los ojos estaban cerradas, como si estuviera durmiendo. Inmediatamente recordó que los brujos de Thulask le habían dicho que el gusano dormía durante cierto tiempo con cada luna nueva.

Ahora Evagh se sentía profundamente confundido: los rituales que había aprendido sólo podían realizarse correctamente mientras las lágrimas de Rlim Shaikorth caían y su boca se abría y cerraba y volvía a abrirse en rítmica alternancia. Y nadie le había instruido en los rituales apropiados durante el sueño del gusano. Y, tras muchas dudas, dijo en voz baja:

—¿Vais a despertar, oh, Rlim Shaikorth?

Por respuesta, le pareció escuchar una multitud de voces que brotaban vagamente de la masa pálida y tumefacta que tenía ante él. El sonido de las voces le llegaba extrañamente amortiguado, pero entre ellas distinguió los acentos de Dooni y Ux Loddhan, y escuchó también el pastoso murmullo de toscas palabras que reconoció como el idioma de los cinco magos de Polarion, y por debajo de estos captó, o creyó escuchar, innumerables tonos bajos que no eran emitidos por ninguna criatura de la Tierra. Y las voces se alzaron y clamaron, como las de prisioneros en una profunda mazmorra.

Pronto escuchó atónito y horrorizado cómo la voz de Dooni se hacía más nítida que las otras, y aquel clamor y murmullo tan diverso cesó, como si una multitud hubiera callado para escuchar a su portavoz. Y entonces Evagh escuchó la voz de Dooni que decía:

—El gusano duerme, pero nosotros, a quienes ha devorado el gusano, permanecemos despiertos. Nos ha engañado de forma nefasta: se presentó en nuestras

casas durante la noche y nos devoró uno a uno mientras dormíamos bajo su encantamiento. Ha devorado nuestras almas así como nuestros cuerpos, y ahora somos realmente parte de Rlim Shaikorth, pero sólo existimos en una oscura y ruidosa mazmorra, y mientras el gusano está despierto no poseemos existencia propia, sino que nos fundimos totalmente en el ser de Rlim Shaikorth.

»Escuchad entonces, oh, Evagh, la verdad que hemos aprendido gracias a nuestra unión con el gusano. Nos ha salvado de la muerte blanca y nos ha depositado en Yikilth por esta razón: porque sólo nosotros, de entre toda la humanidad, brujos de grandes logros y maestría, podemos soportar el letal cambio al hielo y respirar en el vacío sin aire, *y así, en consecuencia, servirle apropiadamente como sustento*.

»Grande y terrible es el Gusano, y el lugar de donde procede y a donde regresa ha sido soñado por hombre mortal. Y el Gusano es omnisciente, aunque ignora el despertar de aquellos a quienes ha devorado y la vigilia de estos durante sus horas de sueño. Pero el Gusano, aunque es más antiguo que la antigüedad de los mundos, no es inmortal y posee un punto vulnerable. Quienquiera que descubra el momento y el punto de su vulnerabilidad y posea el suficiente coraje para llevarlo a cabo, podría matarlo fácilmente. Por lo tanto os imploramos ahora por la fe en los Grandes Antiguos que blandáis la espada que escondéis bajo vuestro manto y la hundáis en el costado de Rlim Shaikorth: esa es la manera de acabar con él.

»Sólo así se podrá detener el avance de la muerte blanca, y sólo así nosotros, vuestros compañeros, lograremos liberarnos de nuestro sometimiento y confinamiento; y junto a nosotros, muchos a los que el Gusano traicionó y devoró en eras anteriores y en mundos distantes. Y sólo si lleváis a cabo este sacrificio escaparéis vos mismo de las fauces del gusano y evitaréis morar de ahora en adelante como un fantasma entre fantasmas dentro de su estómago. Sin embargo, sabed que aquel que aniquile a Rlim Shaikorth debe necesariamente perecer durante el sacrificio.

Evagh, enormemente asombrado, formuló preguntas a Dooni y recibió prontas respuestas a todo lo inquirido. Fue mucho lo que aprendió sobre el origen y la naturaleza del gusano, y cómo el Yikilth había flotado en abismos transpolares antes de navegar por los mares de la Tierra. A medida que escuchaba, su aversión iba en aumento; a pesar de que los poderes de la magia negra habían endurecido tanto su carne como su alma desde hacía mucho tiempo, haciéndole más insensible a horrores fuera de lo común. Pero sería insensato hablar ahora de aquello que aprendió en aquel momento.

Por fin, se hizo el silencio en la cúpula; Evagh ya no sentía ningún deseo de preguntar al fantasma de Dooni, y los que estaban prisioneros junto a Dooni parecían esperar y observar guardando un silencio mortal.

Entonces, al ser hombre de firmes decisiones y gran audacia, Evagh no se demoró más y desenvainó de su funda de marfil la espada corta de bronce bien templado que llevaba en su tahalí. Evagh se aproximó al estrado y hundió la espada en la masa

abotargada de Rlim Shaikorth. La hoja entró con facilidad, cortando y rasgando, como si se hubiera deslizado en una monstruosa vejiga, pero Evagh no se detuvo en la hoja e introdujo la amplia empuñadura, y la mano derecha entera se hundió en la herida.

No percibió ningún temblor o movimiento en el gusano, pero de la herida brotó un violento torrente de materia negra licuada cada vez más turbulento y espeso, que provocó que Evagh perdiera la espada arrastrada como en un caz de molino. Bastante más caliente que la sangre y humeando extraños vapores caliginosos, el líquido se derramó sobre sus brazos y salpicó sus vestiduras al caer. Rápidamente el hielo se fue derritiendo alrededor de sus pies, pero el fluido todavía manaba como si brotara de un manantial inagotable de suciedad, y se extendió por todas partes formando charcos y riachuelos.

Evagh habría deseado huir en ese momento, pero aquel líquido profundamente negro, que aumentaba de caudal y fluía, le llegaba ya a los tobillos cuando se aproximó a la escalera, y se derramaba por los peldaños como una catarata. El líquido fue calentándose cada vez más hasta hervir y burbujear mientras la corriente aumentaba y lo atrapaba y tiraba de él como unas manos malignas. Temía aventurarse escaleras abajo, y tampoco había ningún lugar en la cúpula por el que pudiera escalar para refugiarse. Dio media vuelta, avanzando con dificultad a contracorriente para no perder el punto de apoyo, y vio difusamente a través de los apestosos vapores la entronizada masa de Rlim Shaikorth. La herida se había ensanchado prodigiosamente y brotaba de ella un chorro como el de las aguas de una presa rota, y, sin embargo, abundando aún más en la naturaleza sobrenatural del gusano, *su volumen no disminuyó ni un ápice por ello*. El negro líquido manaba en una maligna oleada y se encrespaba formando remolinos alrededor de las rodillas de Evagh; los vapores parecían adoptar la forma de una miríada de fantasmas que se retorcían y dividían confusamente al pasar junto a él. A continuación, tambaleándose vertiginosamente al borde de la escalera, fue arrastrado y arrojado a su muerte sobre lejanos escalones de hielo.

Aquel día, en el mar al este de Hiperbórea Media, las tripulaciones de ciertas galeras mercantes contemplaron algo jamás visto antes. Mientras navegaban a toda vela hacia el norte y de regreso de las lejanas islas oceánicas con el viento a favor de sus remos, observaron a última hora de la mañana un monstruoso iceberg cuyos pináculos y riscos se cernían altos como montañas. El iceberg brillaba parcialmente con una extraña luz, y desde su pináculo más elevado se derramaba un torrente negro como la tinta, y todos los precipicios y salientes por debajo se derretían formando rápidos y cascadas y cortinas de agua de la misma negrura que humeaba como agua hirviendo al abalanzarse hacia el océano; y el mar que rodeaba al iceberg comenzó a enturbiarse y estriarse en una extensa área, como el oscuro fluido de una sepia.

Los marineros temían acercarse, pero, invadidos por el temor y el asombro, dejaron de remar y permanecieron contemplando el iceberg, y el viento amainó, de

manera que las galeras flotaron frente a la helada montaña todo aquel día. El iceberg disminuyó de tamaño rápidamente, como si un fuego desconocido lo consumiera, y el aire se tiñó de un extraño calor entre ráfagas de frío ártico, y el agua alrededor de sus embarcaciones se fue calentando. Risco a risco el hielo fue horadado y derretido, y enormes porciones se derrumbaron formando un fuerte oleaje, y el pináculo más alto se desplomó, pero el negro torrente continuó precipitándose como si brotara de una fuente insondable. Los testigos, en alguna ocasión, creyeron ver casas hundiéndose en el mar entre los fragmentos de hielo sueltos, pero de esto no estaban del todo seguros debido a aquellos vapores que brotaban sin cesar. Al ocaso el iceberg había quedado reducido a una masa no más grande que un témpano de hielo común, pero la erupción negra continuó hasta derretirlo por completo, y entonces se hundió lentamente bajo las olas y la extraña luz se extinguió por completo. A continuación, y bajo una noche sin luna, se perdió de vista. Se levantó un vendaval que soplaba con fuerza desde el sur, y al amanecer en el mar no quedaba resto alguno.

En lo concerniente a los asuntos arriba relatados, muchas y diversas leyendas han recorrido Mhu Thulan y los reinos y archipiélagos de Hiperbórea. La verdad no se encuentra en esos cuentos, porque ningún hombre ha llegado a conocer la verdad hasta ahora. Pero yo, el mago Eibon, tras invocar por medio de la nigromancia al espíritu de Evagh, que vaga eternamente sobre las olas, he descubierto por medio de él la verdadera historia del Advenimiento del Gusano. Y la he escrito en mi libro omitiendo lo necesario para no quebrantar la fragilidad y cordura de los mortales. Y los hombres leerán este relato, junto a muchas otras historias de la antigüedad, mucho tiempo después de la llegada y el colapso del gran glaciar.

UBBO-SATHLA

… Y es que Ubbo-Sathla es el origen y el fin. Antes de que Zhothaqquah o Yok-Zothoth o Kthulhut llegaran desde las estrellas, Ubbo-Sathla moraba en los pantanos humeantes de la Tierra recién engendrada: una masa sin cabeza ni extremidades a partir de la cual se originaron los grises e informes tritones de los primigenios y espeluznantes prototipos de la vida terrenal… Y se dice que toda la vida en la Tierra retornará finalmente a través del gran círculo del tiempo a Ubbo-Sathla.

EL LIBRO DE EIBON

Paul Tregardis encontró el cristal lechoso en una montaña de baratijas procedentes de diversos lugares y épocas. Había entrado en la tienda de curiosidades siguiendo un impulso sin rumbo fijo, sin tener nada concreto en mente más allá de la mera distracción que pudiera producirle rebuscar entre una miscelánea de objetos de lugares exóticos. Tras echar una desganada mirada, un brillo mortecino atrajo su atención a una de las mesas, y entonces entresacó la extraña piedra esférica del abarrotado y oscuro rincón en la que se hallaba, entre un ídolo azteca pequeño y feo, el huevo fósil de un dinornis y un fetiche obsceno de madera negra procedente de Nigeria.

La esfera tenía el tamaño de una naranja pequeña y estaba levemente achatada por los extremos, como los polos de un planeta. Tregardis estaba intrigado porque no era un cristal común, sino nebuloso y cambiante, con un fulgor intermitente en el centro, como si se iluminase y apagase rítmicamente en el interior. Lo sostuvo a contraluz frente a la ventana invernal y lo estudió un rato sin ser capaz de descubrir el secreto de aquella singular y rítmica alternancia. A su sorpresa pronto se sumó una incipiente sensación de vaga e irreconocible familiaridad, como si hubiera visto antes aquel objeto en circunstancias que ahora había olvidado totalmente.

Se dirigió al vendedor de curiosidades, un hebreo bajito con aires de polvorienta antigüedad, que parecía ser totalmente ajeno a cualquier consideración comercial al estar atrapado en alguna telaraña de especulaciones cabalísticas.

—¿Me podría contar algo sobre este objeto?

El vendedor levantó simultánea e indescriptiblemente ambos hombros y ambas cejas.

—Es un objeto muy antiguo… del Paleógeno, me atrevería a afirmar. No puedo decirle mucho más, ya que poco se sabe de su origen. Un geólogo lo encontró en Groenlandia, bajo el hielo glacial, en el estrato de la era Miocena. ¿Quién sabe? Tal vez perteneció a algún mago de la primigenia Thule. Groenlandia era una región cálida y fértil bajo el sol del Mioceno. Sin duda se trata de un cristal mágico, y se pueden contemplar extrañas visiones en su corazón si se observa el suficiente tiempo.

Tregardis quedó sumamente impresionado; la extravagante explicación del vendedor le había hecho recordar sus propias reflexiones sobre una rama de antiguos conocimientos y, en concreto, le había recordado al *Libro de Eibon*, el más extraño y singular de todos los tomos secretos olvidados, del cual se dice que se ha transmitido de generación en generación a través de diversas traducciones desde el original prehistórico escrito en el idioma extinto de Hiperbórea. Tregardis, con mucha dificultad, había conseguido la versión medieval francesa: un ejemplar que había pertenecido durante muchas generaciones a brujos y satanistas. Pero jamás consiguió encontrar el manuscrito griego del que derivaba dicha versión.

Se pensaba que el antiquísimo y fabuloso original era obra de un gran mago de Hiperbórea, del cual había tomado su título. Consistía en una colección de relatos mitológicos oscuros y siniestros, de liturgias, ritos y encantamientos, tanto malignos como esotéricos. No sin cierto estremecimiento, durante estudios que cualquier persona normal hubiera considerado sumamente peculiares, Tregardis había comparado el tomo francés con el aterrador *Necronomicón* del loco árabe Abdul Alhazred. Había encontrado muchas coincidencias con implicaciones sumamente oscuras y asombrosas, además de ciertos datos prohibidos que, o bien eran desconocidos por el árabe, o bien habían sido omitidos por este… o por sus traductores.

¿Era esto lo que había estado intentando recordar?, se preguntó Tregardis… ¿La breve y casual referencia, en *Libro de Eibon*, a un cristal nebuloso que había pertenecido al mago Zon Mezzamalech, en Mhu Thulan? Por supuesto, todo era demasiado fantástico, demasiado hipotético, demasiado increíble… pero se suponía que Mhu Thulan, aquella porción norteña de la antiquísima Hiperbórea, correspondía aproximadamente a la actual Groenlandia, la cual anteriormente había sido una península unida al gran continente. ¿Era posible que la piedra que tenía en la mano, por alguna suerte de extraordinaria casualidad, fuera el cristal de Zon Mezzamalech?

Tregardis se sonrió para sus adentros, pensando lo irónico que resultaba que estuviera siquiera contemplando una idea tan absurda. Tales cosas no ocurrían… al menos no en el Londres actual y, con toda probabilidad, *Libro de Eibon* era en todo caso pura fantasía supersticiosa. Sin embargo, aquel cristal tenía algo que lo seguía atrayendo y engatusando. Finalmente lo compró a un precio bastante módico. La cantidad fue fijada por el vendedor y pagada por el comprador sin ningún tipo de regateo.

Con el cristal en el bolsillo, Paul Tregardis se dirigió apresuradamente a su apartamento en lugar de continuar con su relajado paseo. Colocó el orbe lechoso sobre su escritorio, donde quedó bien apoyado en la superficie al descansar sobre uno de sus polos achatados. A continuación, y todavía con una sonrisa debido a lo absurdo de su propia conducta, entresacó el manuscrito de pergamino amarillento de *Libro de Eibon* del lugar que ocupaba en su extensa colección de literatura de lo extraño. Abrió la cubierta de piel carcomida con pasadores de metal ennegrecido y lo

leyó en silencio, traduciendo del francés arcaico mientras leía el párrafo referido a Zon Mezzamalech:

> *Este mago, poderoso entre sus iguales, encontró una piedra nebulosa, con forma de orbe y ligeramente achatada por los extremos, en la cual pudo contemplar numerosas visiones del pasado terrenal, remontándose incluso hasta el nacimiento de la Tierra, cuando Ubbo-Sathla, la fuente no engendrada, se extendía vasta, hinchada y efervescente entre el cieno humeante… Pero, de lo que contempló, Zon Mezzamalech dejó poca constancia, y las gentes cuentan que finalmente desapareció, de forma todavía inexplicable, y al marcharse él, el cristal nebuloso se perdió.*

Paul Tregardis dejó el manuscrito a un lado. De nuevo sentía algo que lo tentaba y cautivaba, como un sueño perdido o un recuerdo condenado al olvido. Empujado por una sensación que no examinó ni cuestionó, se sentó a la mesa y comenzó a observar atentamente el frío y nebuloso orbe. Sentía en su interior una excitación que, de alguna manera, le resultaba tan familiar y tan ubicua en su consciencia que ni siquiera la intentó identificar.

Minuto tras minuto permaneció allí sentado, y observó el rítmico encendido y apagado de la luz misteriosa en el corazón del cristal. Casi de forma imperceptible, le invadió gradualmente una sensación de dualidad alucinada, tanto en relación a su persona como a todo lo que le rodeaba. Seguía siendo Paul Tregardis… y, sin embargo, era otra persona; la habitación era su apartamento londinense… y también una estancia en un lugar extraño pero reconocible. Y en ambos entornos, él mantenía la mirada clavada en el mismo cristal.

Tras un lapso de tiempo, y sin sorpresas por parte de Tregardis, el proceso de reidentificación se completó. Supo que era Zon Mezzamalech, brujo de Mhu Thulan y aprendiz de toda la sabiduría y tradiciones anteriores a su propia época. Poseedor de terribles secretos desconocidos por Paul Tregardis, aficionado a la antropología y las ciencias ocultas en el Londres moderno, observaba el cristal lechoso para obtener un conocimiento aún más antiguo y aterrador.

El brujo había adquirido la piedra en circunstancias dudosas, de una fuente bastante siniestra. Era única y sin parangón en tierra o época alguna. Supuestamente, en sus profundidades se reflejaban todos los años previos, todas las cosas que existieron alguna vez, y se revelaban al visionario que tuviera la suficiente paciencia. Y a través del cristal, Zon Mezzamalech soñó que recuperaba la sabiduría de los dioses que murieron antes de que la Tierra naciera. Estos habían pasado a un vacío oscuro, dejando sus conocimientos inscritos en tablillas de piedra ultraestelar; y las tablillas estaban guardadas entre el fango primigenio por el informe y estúpido demiurgo, Ubbo-Sathla. Sólo por medio del cristal podría encontrar y leer las tablillas.

Por primera vez puso a prueba las reputadas virtudes de la esfera. A su alrededor, una estancia de paredes de marfil, llena de libros y parafernalia mágica, se desvanecía lentamente de su consciencia. Ante él, sobre una mesa de algún tipo de madera de Hiperbórea en la que había tallados grotescos mensajes cifrados, el cristal pareció aumentar de tamaño y profundidad, y en su nebulosa profundidad contempló un rápido e irregular torbellino de tenues imágenes que huían como las burbujas de un caz de molino. Como si estuviera contemplando un mundo real, ciudades, bosques, montañas, mares y prados se extendían a sus pies, iluminándose y oscureciéndose regularmente, como el paso de los días y las noches en un flujo temporal extrañamente acelerado.

Zon Mezzamalech se había olvidado de Paul Tregardis… había perdido cualquier recuerdo de su propia identidad y sus circunstancias en Mhu Thulan. Poco a poco, la visión en movimiento del cristal se hizo más definida y nítida, y la propia órbita aumentó en profundidad, hasta que el brujo empezó a sentir vértigo, como si estuviera asomado desde una arriesgada altura a un abismo jamás explorado. Sabía que el tiempo corría hacia atrás en el cristal, que desplegaba ante él los fastos de todos los días pasados; pero le embargaba una extraña inquietud, y temió seguir mirando. Como alguien que ha estado a punto de caer por un precipicio, se sujetó con un violento respingo y se echó hacia atrás alejándose de la mística esfera.

De nuevo, ante sus ojos, el enorme mundo turbulento en el que había mirado volvía a ser un pequeño y nebuloso cristal sobre su mesa tallada con runas en Mhu Thulan. Entonces, poco a poco, tuvo la impresión de que la enorme habitación con paneles tallados de marfil de mamut se iba estrechando y convirtiéndose en otro lugar menos suntuoso, y Zon Mezzamalech perdió su sabiduría preternatural y su poder mágico, y retornó mediante una extraña regresión a Paul Tregardis.

Y, sin embargo, aparentemente no parecía ser capaz de regresar del todo. Tregardis, mareado y perplejo, se encontró ante el escritorio en el que había colocado la esfera achatada. Experimentó la confusión del que ha soñado y todavía no se ha despertado del todo del sueño. La habitación le desconcertaba vagamente, como si hubiera algo incorrecto en su tamaño y mobiliario, y el recuerdo de comprar el cristal a un vendedor de curiosidades estaba extrañamente en conflicto con una sensación de que lo había adquirido de una forma muy distinta.

Tenía la sensación de que algo muy extraño le había ocurrido mientras miraba en el cristal, pero no parecía capaz de recordar qué era. Le había invadido la clase de enredo psíquico que sigue a una intoxicación de hachís. Se aseguró a sí mismo que era Paul Tregardis, que vivía en cierta calle de Londres, que el año era 1933; pero tales obviedades, de alguna manera, habían perdido su significado y validez, y todo a su alrededor era fantasmagórico y etéreo. Las propias paredes parecían ondear como si estuvieran hechas de humo; las personas que transitaban por las calles eran fantasmas de fantasmas; y él mismo era una sombra perdida, un eco errante de algo desaparecido mucho tiempo atrás.

Decidió no repetir el experimento de observación del cristal. Los efectos eran demasiado desagradables y equívocos. Sin embargo, al día siguiente, arrastrado por un impulso irracional al que sucumbió casi maquinalmente, sin vacilación, volvió a encontrarse sentado delante de la neblinosa esfera. De nuevo se convirtió en el brujo Zon Mezzamalech de Mhu Thulan; de nuevo soñó que adquiría la sabiduría de los dioses preterrenales; de nuevo se alejó del abismo del cristal temiendo caer; y, una vez más —aunque vacilante y oscuramente, como un espectro fallido—, volvía a ser Paul Tregardis.

Durante tres días sucesivos Tregardis repitió la experiencia, y cada vez su propia persona y el mundo que le rodeaba se volvía más tenue y confuso que antes. Sus sensaciones eran las de un soñador a punto de despertarse; y la propia ciudad de Londres le parecía tan irreal como las tierras que se deslizan incompresibles ante un soñador, y que se alejan en una vaporosa niebla bajo una luz brumosa. Más allá de todo esto, sentía que se cernían y agolpaban vastas imágenes, extrañas pero ligeramente reconocibles. Era como si la fantasmagoría del tiempo y el espacio se disolviera a su alrededor y le revelara una realidad verdadera… u otro sueño de espacio y tiempo.

Por fin, llegó el día que se sentó ante el cristal… y no regresó como Paul Tregardis. Llegó el día en que Zon Mezzamalech, desatendiendo audazmente ciertas advertencias malignas y proféticas, decidió no dejarse vencer por el curioso miedo de caer físicamente en el mundo visionario que contemplaba… un miedo que, hasta entonces, había evitado que él retrocediera en el flujo del tiempo a cualquier distancia. Se dijo a sí mismo que debía conquistar su miedo si deseaba ver y leer alguna vez las tablillas perdidas de los dioses. Tan sólo había contemplado unos pocos fragmentos de los años de Mhu Thulan inmediatamente posteriores al presente: los años de su propia vida. Y había incalculables ciclos entre estos años y el Principio.

Una vez más, ante sus ojos, el cristal se hizo de una profundidad inconmensurable, revelándole escenas y sucesos que fluían en una corriente retrospectiva. Otra vez, los mensajes cifrados mágicos de la oscura mesa se desvanecieron de su vista, y las paredes mágicamente talladas de su estancia se materializaron en algo más que un sueño. Otra vez se sintió mareado por un terrible vértigo mientras se inclinaba sobre los torbellinos y espirales de los terribles abismos del tiempo en aquella esfera semejante a un mundo. Temeroso, a pesar de su determinación, al final intentó echarse hacia atrás, pero había mirado y había estado allí inclinado demasiado tiempo. Tuvo una sensación de caída abismal, una succión como de vientos ineluctables, de vorágines que lo hacían descender a través de visiones fugaces e inestables de su propia vida pasada hasta sus años y dimensiones prenatales. Tuvo la impresión de sufrir las punzadas de una disolución inversa; y, a continuación, dejó de ser Zon Mezzamalech, el sabio e instruido observador del cristal, para convertirse en una parte física de la corriente atrozmente acelerada que

retrocedía para volver a llegar al Principio.

Le pareció vivir innumerables vidas, morir miríadas de muertes, y en cada ocasión olvidaba la muerte y la vida que había experimentado antes. Luchó como guerrero en batallas casi legendarias; fue un niño jugando entre las ruinas de alguna antigua ciudad de Mhu Thulan; fue el rey que reinó cuando la ciudad estaba en su mayor apogeo, el profeta que predijo su construcción y su destrucción. Siendo mujer, lloró por los muertos del pasado en necrópolis derruidas hace mucho tiempo; siendo un antiguo mago, susurró los toscos encantamientos de magia primitiva; como sacerdote de algún dios prehumano, blandió el cuchillo de sacrificios en templos subterráneos con pilares de basalto. Vida tras vida, era tras era, retrocedió a tientas los largos ciclos a través de los cuales Hiperbórea había evolucionado desde el salvajismo hasta la más alta civilización.

Se convirtió en un bárbaro de una tribu troglodita, que huía del lento y almenado hielo de una era glaciar anterior hacia tierras iluminadas por el rojizo resplandor de volcanes perpetuos. Luego, innumerables años antes, dejó de ser un hombre y se convirtió en una bestia humanoide que vagaba por los bosques de gigantescos helechos y calamitas, o construía una tosca guarida en las ramas de exuberantes cícadas.

A través de eones de sensaciones pasadas, de cruda lujuria y hambre, de terror y locura aborigen, había alguien —o algo— que siempre retrocedía en el tiempo. La muerte se transformaba en nacimiento y el nacimiento en muerte. En una visión ralentizada de cambio inverso, la tierra parecía derretirse, derramarse pesadamente por las colinas y las montañas de sus últimos estratos. Y el sol siempre aumentaba de tamaño y temperatura sobre las humeantes ciénagas que bullían con formas de vida más simples y vegetación más abundante. Y la cosa que había sido Paul Tregardis, que había sido Zon Mezzamalech, era una parte de toda aquella monstruosa regresión, y voló con las alas rematadas en garras de un pterodáctilo, nadó en mares templados con la enorme y torneada masa corporal de un ichthyosaurus, bramó toscamente con el gaznate acorazado de algún olvidado mastodonte a la enorme luna que ardía a través de brumas jurásicas.

Por fin, tras eones de embrutecimiento inmemorial, se convirtió en uno de los hombres-serpiente desaparecidos que levantaron sus ciudades con negro gneis y lucharon sus guerras ponzoñosas en el primer continente del mundo. Andaba contoneando todo su cuerpo por calles prehumanas, en extraños subterráneos sinuosos; contempló las estrellas primigenias desde altas torres de Babel; se inclinó reverencialmente con letanías susurradas ante grandes ídolos-serpiente. Atravesó largos años y siglos de la era ofidia, y se convirtió en una criatura que reptaba en el limo, que todavía no había aprendido a pensar ni soñar ni construir. Y llegó el momento en el que ya no existía un continente, sino tan sólo un enorme y caótico pantano, un mar de cieno, sin límites ni horizonte, que rezumaba un cegador remolino de vapores amorfos.

Allí, en los grises comienzos de la Tierra, la masa informe que era Ubbo-Sathla reposaba entre el limo y los vapores. Sin cabeza, sin órganos ni extremidades, segregaba por sus viscosos costados una lenta e incesante oleada de amebas, que eran los arquetipos de la vida terrenal. Una visión realmente horrible, si hubiera habido alguien allí para apreciar el horror; y nauseabunda, si hubiera habido alguien allí para sentir el asco. Por los alrededores, inclinadas o tiradas en el fango, estaban las poderosas tablillas de piedra procedente de canteras estelares e inscritas con la inconcebible sabiduría de los dioses preterrenales.

Y allí, en la meta de una búsqueda olvidada, brotó la cosa que había sido —o que sería— Paul Tregardis y Zon Mezzamalech. Convertido en un informe tritón primigenio, reptó lentamente y sin conciencia de ello sobre las tablillas caídas de los dioses, y luchó y se alimentó con las otras excrecencias de Ubbo-Sathla.

De Zon Mezzamalech y su desaparición no se ha encontrado mención en ningún lugar, a excepción del breve pasaje en *Libro de Eibon*. En cuanto a Paul Tregardis, que también desapareció, se publicó una breve noticia en varios periódicos londinenses. Nadie parece haber sabido nada de él: desapareció como si jamás hubiera existido, y el cristal, supuestamente, también desapareció. O, al menos, nadie lo ha encontrado.

LA PUERTA A SATURNO

[THE DOOR TO SATURN]

Cuando Morghi, el sumo sacerdote de la diosa Yhoundeh, llegó al amanecer con doce de sus más feroces y eficientes subordinados a la casa del infame hereje Eibon, construida con gneis negro en un cabo de la costa norte, se sintió sorprendido y decepcionado al descubrir que estaba ausente.

Su decepción se debía al hecho de que tenía intención de pillarlo por sorpresa; todos los planes contra Eibon habían sido ideados con meticuloso secretismo en cámaras subterráneas insonorizadas, bajo candados, y habían recorrido una larga distancia hasta la casa del brujo en una sola noche, partiendo inmediatamente tras el momento de su condena. Estaban decepcionados porque el impresionante mandato de arresto, con simbólicas runas grabadas en fuego sobre un pergamino de piel humana, era ahora totalmente inútil, y porque no parecía que fueran a tener ocasión de probar con Eibon las ingeniosas agonías, las torturas laboriosamente desgarradoras que habían pergeñado con sumo cuidado.

Morghi estaba especialmente desilusionado, y las maldiciones que salieron de su boca cuando encontró la habitación superior totalmente vacía fueron de una longitud y temeridad verdaderamente cabalísticas. Eibon era su principal rival en el campo de la magia, y últimamente estaba adquiriendo demasiada fama y prestigio entre las gentes de Mhu Thulan, aquella última península del continente de Hiperbórea. Así pues, Morghi se había mostrado complacido cuando llegaron a sus oídos ciertos rumores malignos sobre Eibon, los cuales pensaba usar para las acusaciones que tenía previsto imputarle.

Según dichos rumores, Eibon era adorador de Zothaqquah, dios pagano en decadencia desde hacía ya tiempo y cuyo culto era innumerables lustros más arcaico que la propia humanidad; también se afirmaba que la magia de Eibon provenía de su ilícita alianza con aquella oscura deidad de tiempos primigenios, procedente de otros mundos en un universo lejano, cuando la Tierra no era más que una ciénaga en ebullición. Todavía se temía el poder de Zhothaqquah y se decía que aquellos dispuestos a servirle y revertir su naturaleza humana serían los herederos de secretos preterrenales, y dueños de un terrible conocimiento que sólo podía proceder de planetas distantes engullidos por la noche y el caos.

La casa de Eibon estaba construida en forma de torre pentagonal de cinco alturas, incluyendo los dos sótanos. Por supuesto, todas las plantas habían sido registradas con esmerada meticulosidad, y los tres sirvientes de Eibon habían sido torturados con un lento goteo de brea hirviendo para que revelasen el paradero de su señor. Su continuada negativa a tener cualquier conocimiento sobre su amo tras media hora de torturas fue considerada suficiente prueba de que realmente lo ignoraban.

No se encontró ninguna señal de que existiera un pasaje subterráneo tras examinar las paredes y suelos de las estancias inferiores, aunque Morghi incluso hizo retirar las losas que había bajo una imagen obscena de Zhothaqquah en la parte más baja. Esta labor fue realizada con bastantes reparos, porque el dios acuclillado y cubierto de pieles, con rasgos de murciélago y un cuerpo como el de un perezoso, resultaba totalmente aterrador para el sumo sacerdote adorador de la diosa-alce, Yhoundeh.

De regreso a la planta superior para retomar de nuevo la búsqueda en la estancia más alta de la torre de Eibon, los inquisidores no pudieron evitar quedarse perplejos. No encontraron nada más que unos cuantos muebles, algunos libros antiguos sobre conjuros como los que podría tener cualquier mago, algunos dibujos desagradables y truculentos en rollos de pergamino de pterodáctilo, y ciertas urnas y esculturas y postes totémicos de la clase que Eibon era tan aficionado a coleccionar. Zhothaqquah, de una forma u otra, estaba representado en la mayoría de estas figuras: su rostro incluso se retorcía en una mueca somnolienta tallada en los asideros de las urnas; y también estaba presente en la mitad de los tótems (procedentes de tribus subhumanas), junto a la foca, el mamut, el tigre gigante y los uros. Morghi estaba convencido de que las acusaciones que se le imputaban a Eibon estaban ahora probadas más allá de cualquier duda; porque, sin duda, nadie que no fuera un adorador de Zhothaqquah se hubiera preocupado de tener ni una sola representación de aquella asquerosa entidad.

Sin embargo, tal prueba adicional de culpabilidad, por muy importante o acusatoria que fuera, servía de poco para dar con Eibon. Mientras miraba por las ventanas de la alcoba superior, donde los muros se desplomaban hasta un barranco que continuaba descendiendo en vertical por ambas vertientes hasta un mar enfurecido a unos cuatrocientos pies más abajo, Morghi comenzó a sospechar que su rival poseía recursos mágicos de una naturaleza superior. De otra forma, la desaparición del brujo resultaba demasiado misteriosa. Y a Morghi no le gustaban en absoluto los misterios, a menos que fueran de su propia cosecha.

Dio la espalda a la ventana y volvió a examinar la habitación con minuciosa atención. Era evidente que Eibon la utilizaba como estudio: había un escritorio de marfil, con plumas de junco y tintas de varios colores en pequeños tarros de arcilla; y había hojas de papel hechas con alguna especie de calamites, llenas de extraños cálculos astronómicos y astrológicos que hicieron que Morghi frunciera el ceño al ser incapaz de interpretarlos.

En cada una de las cinco paredes colgaba una pintura sobre pergamino, y parecían ser obra de algún artista aborigen. Eran de temática blasfema y repugnante, y Zhothaqquah aparecía en todas ellas, entre formas y paisajes cuya anormalidad y absoluta zafiedad probablemente se debieran a las toscas técnicas de los artistas primitivos. Morghi las arrancó de las paredes una a una, como si sospechara que Eibon pudiera estar escondido tras ellas.

Las paredes ya estaban totalmente desnudas y Morghi las contempló durante un largo rato entre el respetuoso silencio de sus subordinados. Un extraño panel, colocado en lo alto de la pared sureste y sobre el escritorio, quedó expuesto al ser apartada una de las pinturas. Las espesas cejas de Morghi ahora se juntaron en una larga y negra línea mientras examinaba el panel. Destacaba claramente del resto de la pared; era un panel empotrado de forma oval, hecho con algún tipo de metal rojizo que no era ni oro ni cobre… un metal que brillaba con una oscura y fugaz fluorescencia de extraños colores al ser observado con los ojos entrecerrados. Pero, por algún motivo, con los ojos totalmente abiertos resultaba imposible identificar, y ni tan siquiera recordar, los colores de aquella fluorescencia.

Morghi —que tal vez era más astuto y perspicaz de lo que Eibon había supuesto— sospechó algo que aparentemente carecía de base y resultaba absurdo, ya que la pared del panel daba al exterior del edificio, y no conducía a otra parte que el cielo y el mar.

Se subió al escritorio y golpeó el panel con el puño. La sensación que le produjo, y el resultado del golpe, le sorprendieron de igual manera. Una sensación de gélido frío, tan intenso que difícilmente se distinguía del calor intenso, le recorrió la mano y el brazo y todo el cuerpo al golpear el ignoto metal rojizo. El panel cedió fácilmente hacia fuera y se balanceó como si estuviera sujeto con bisagras produciendo un sonoro estruendo que pareció provenir de una inconmensurable distancia. Más allá, Morghi observó que no había ni cielo, ni mar, ni, de hecho, nada que él hubiera visto u oído jamás, o incluso soñado en sus pesadillas más atroces…

Se volvió hacia sus compañeros. La expresión de su rostro oscilaba entre el asombro y el triunfo.

—Esperad aquí hasta que regrese —ordenó, y se coló de cabeza a través del panel abierto.

Las acusaciones que se le imputaban a Eibon eran ciertas, en efecto. El sagaz brujo, en sus estudios a lo largo de toda una vida de las leyes y las fuerzas, tanto naturales como sobrenaturales, había recopilado los mitos que existían en Mhu Thulan relacionados con Zhothaqquah y consideró apropiado llevar a cabo una investigación personal sobre esta oscura entidad prehumana.

Había trabado relación con Zhothaqquah, quien, en plena decadencia de su culto, ahora se veía forzado a llevar una existencia totalmente subterránea; Eibon había rezado las oraciones prescritas, había realizado los sacrificios apropiados, y el extraño, adormecido y pequeño dios, en respuesta al interés y devoción de Eibon, le había confiado cierta información que era sumamente útil en la práctica de las artes negras. Además, había suministrado al brujo algunos datos autobiográficos que confirmaban las leyendas populares y las completaban con detalles más explícitos. Por razones que no especificó, hacía ya eones que llegó a la Tierra procedente del planeta Cykranosh (el nombre con el que se conocía a Saturno en Mhu Thulan); y, por lo visto, el propio Cykranosh tan sólo fue una mera estación de paso en sus viajes

desde mundos y sistemas más remotos.

Como recompensa especial, tras años de servicio y ofrendas de incienso, el dios obsequió a Eibon con una placa ovalada grande y fina de un metal ultratelúrico, y le explicó que debía instalarlo como un panel con bisagras en una estancia alta de su casa. El panel, encastrado en una pared que se abriese a cielo abierto, cuando era empujado hacia fuera, tenía el singular poder de permitir la entrada al mundo de Cykranosh, a muchos millones de millas de distancia en el espacio.

Según la imprecisa y, hasta cierto punto, insatisfactoria explicación proporcionada por el dios, aquel panel, que había sido parcialmente creado con una materia perteneciente a un universo distinto al del hombre, poseía unas propiedades radiativas extraordinarias mediante las cuales la distancia a esferas astronómicamente remotas no suponía más que un simple paso.

No obstante, Zhothaqquah aconsejó a Eibon que no usara el panel a menos que fuera extremadamente necesario, como un medio para escapar de un peligro ineludible; porque resultaría difícil, si no imposible, regresar a la Tierra desde Cykranosh… además, era un mundo en el que Eibon no encontraría fácil aclimatarse, ya que las condiciones de vida eran muy distintas a las de Mhu Thulan, aunque no presuponían una inversión total de las leyes y normas terrenales como la que sí tenía lugar en planetas más remotos.

Algunos de los familiares de Zhothaqquah residían todavía en Cykranosh y eran venerados por sus habitantes; y Zhothaqquah le reveló a Eibon el nombre casi impronunciable de la más poderosa de estas deidades, y le informó de que aquel nombre le sería útil a modo de contraseña si en alguna ocasión necesitaba viajar a Cykranosh.

La idea de un panel que pudiera abrirse a algún mundo remoto le pareció a Eibon bastante fantástica, por no decir descabellada, pero Zhothaqquah había sido para él en todo lugar y momento una deidad sumamente veraz. Sin embargo, jamás había probado las singulares virtudes del panel, hasta que Zhothaqquah (que mantenía una férrea vigilancia sobre todo lo que ocurría bajo tierra) le advirtió sobre las intrigas de Morghi y los procesos de ley eclesiástica que estaban siendo celebrados en las cámaras subterráneas bajo el templo de Yhoundeh.

Conociendo el poder de aquellos desconfiados fanáticos, Eibon concluyó que sería poco juicioso y hasta una locura caer en sus manos. Con un breve y agradecido adiós a Zhothaqquah, y tras prepararse un pequeño paquete con pan, carne y vino, se retiró a su estudio y escaló el escritorio. A continuación, Eibon apartó el tosco cuadro de una escena en Cykranosh inspirada por Zhothaqquah a un artista primigenio cuasi humano y abrió el panel que había ocultado.

Eibon pudo comprobar entonces que Zhothaqquah era, en efecto, un dios de palabra: las vistas que contempló al otro lado del panel no podrían pertenecer a ningún lugar legítimo en la topografía de Mhu Thulan, o a ninguna otra región terrestre. No le atrajo mucho, pero no tenía alternativa, más allá de las celdas

inquisitoriales de la diosa Yhoundeh. Se imaginó los múltiples refinamientos y complejidades de las torturas diseñadas en esta ocasión por Morghi y a continuación cruzó la entrada a Cykranosh con una agilidad bastante juvenil para un mago ya maduro.

Tan sólo dio un paso pero, al girarse, observó que cualquier rastro del panel o de su propia vivienda había desaparecido. Estaba de pie sobre una prolongada bajada de tierra cenicienta por la que fluía el lento caudal de un líquido que no era agua, sino alguna clase de metal licuado parecido al mercurio que descendía desde tremendos e inexpugnables repechos y riscos de los altos picos de la montaña, y que finalmente desembocaba en un lago del mismo líquido rodeado de colinas.

La pendiente a sus pies estaba flanqueada de hileras de objetos peculiares, y no era capaz de decidir si se trataba de árboles, de formas minerales u organismos animales, ya que parecían combinar algunas características de todos ellos. Aquel paisaje preternatural era asombrosamente nítido en cada detalle, bajo un cielo negro verdoso atravesado de lado a lado por un triple anillo ciclópeo de cegadora luminosidad. El aire era frío y a Eibon le molestaba el hedor sulfuroso que lo inundaba, o la extraña sensación de irritación que provocaba en sus fosas nasales y pulmones. Y cuando dio unos cuantos pasos más sobre la poco atrayente tierra del suelo, descubrió que poseía la desconcertante frialdad de unas cenizas ya secas tras haber sido mojadas por la lluvia.

Comenzó a descender la pendiente, un tanto temeroso de que algunos de los objetos equívocos que le rodeaban le lanzaran sus ramas o brazos minerales para impedirle avanzar. Parecían ser alguna especie de cactus obsidianos de color azul amoratado, con extremidades que acababan en formidables espinas como garras, y cabezas demasiado elaboradas para ser frutos o capullos de flores. No se movieron cuando pasó junto a ellos, pero escuchó un leve y singular tintineo con múltiples modulaciones de tono que le precedieron y le siguieron durante el descenso. Eibon tuvo la desagradable sensación de que estaban conversando unos con otros, y quizás debatían qué debían hacer con él o su presencia.

Sin embargo, llegó sin sufrir ningún contratiempo u oposición a los pies de la pendiente, donde unos bancales escalonados de roca erosionada, como una gigantesca escalera construida hace eones, rodeaban el hundido lago de metal licuado. Preguntándose que camino debía tomar, Eibon permaneció inmóvil e indeciso sobre uno de los escalones.

Sus reflexiones se vieron interrumpidas por una sombra que cayó repentinamente desde un lateral y se posó como un monstruoso manchón sobre la piedra erosionada que tenía a sus pies. El brujo no sintió ninguna animadversión contra la sombra, a pesar de que desafiaba escandalosamente cualquier canon estético que conociera y su malformación y distorsión eran más que extravagantes.

Se volvió para ver qué clase de criatura había arrojado aquella sombra. Aquel ser, percibió, no era fácil de clasificar, con unas estrambóticas patas cortas, unos brazos

exageradamente largos, una cabeza redonda con expresión somnolienta que pendía de un cuerpo esférico, como si estuviera girando en una voltereta sonámbula. Pero tras examinarlo un rato y haber detectado su vellosidad y semblante amodorrado, Eibon comenzó a ver en él una vaga aunque invertida semblanza con el dios Zhothaqquah. Eibon recordó entonces que Zhothaqquah le había dicho que la forma que él mismo asumía en la Tierra no era totalmente igual a la que adoptaba en Cykranosh, y ahora se preguntaba si aquella entidad era uno de los familiares de Zhothaqquah.

Estaba intentando recordar el nombre casi impronunciable que le había confiado el dios a modo de contraseña, cuando el propietario de aquella inusual sombra, haciendo caso omiso de la presencia de Eibon, comenzó a descender las terrazas y bancales hacia el lago. Avanzaba principalmente sobre las manos, ya que las absurdas patas que poseía no eran lo suficientemente largas para los pasos que debía dar.

Al llegar al borde del lago, la criatura bebió abundantemente y con avidez del metal líquido, lo cual bastó para convencer a Eibon de su divinidad; porque, sin duda, ningún ser de un orden biológico inferior hubiera podido saciar su sed con un brebaje tan extraordinario. Entonces, volviendo a ascender hasta la terraza donde estaba Eibon, se detuvo y pareció reparar en su presencia por primera vez.

Eibon por fin recuperó el extraño nombre que había estado intentando recordar desesperadamente.

—Hziulquoigmnzhah —se aventuró a decir.

Sin duda, la pronunciación no se ajustaba totalmente a las reglas fonéticas de Cykranosh, pero Eibon hizo lo que pudo con los órganos vocales de los que disponía. Su oyente pareció reconocer la palabra, porque lanzó una mirada a Eibon un poco menos somnolienta con sus ojos inversamente situados; e incluso se dignó a pronunciar algo que sonó como un intento de corregir su pronunciación. Eibon se preguntó si alguna vez sería capaz de aprender semejante idioma; o si, tras aprenderlo, podría pronunciarlo. Sin embargo, se sintió un tanto aliviado al comprobar que podía ser entendido.

—Zhothaqquah —dijo, y repitió el nombre tres veces con su voz más engolada y armoniosa.

Aquella criatura inversa abrió los ojos un poco más, y de nuevo le corrigió pronunciando la palabra Zhothaqquah con una indescriptible abreviación de las vocales y espesamiento de consonantes. Luego permaneció observándole durante un rato como si dudara o reflexionara. Finalmente, levantó del suelo uno de sus brazos de un codo de longitud y señaló hacia la orilla, donde se podía distinguir la entrada de un valle entre las colinas. Pronunció claramente las enigmáticas palabras: *«Iqhui dlosh odhqlonqh»*, y, a continuación, mientras el brujo se devanaba los sesos intentando desentrañar el significado de aquella extraña frase, el dios se alejó de él y comenzó a ascender hacia los escalones más altos, hacia una caverna bastante espaciosa con una entrada de columnas en la que el brujo no había reparado antes. Cuando el dios apenas había desaparecido de su vista en el interior de la caverna,

Morghi, el sumo sacerdote, apareció ante Eibon, pues había seguido sus huellas sobre la tierra cenicienta.

—¡Brujo detestable! ¡Abominable hereje! ¡Yo os arresto! —exclamó Morghi con dogmática severidad.

Eibon estaba sorprendido, por no decir aturdido; pero al ver que Morghi se encontraba solo se sintió más seguro. Desenvainó la espada de bronce templado que llevaba y sonrió.

—Os aconsejo que moderéis vuestro lenguaje, Morghi —advirtió—. Además, vuestros planes de arrestarme están ahora un poco fuera de lugar, ya que estamos solos en Cykranosh y Mhu Thulan y las celdas del templo de Yhoundeh se encuentran a millones de leguas de aquí.

A Morghi no pareció gustarle esa información. Frunció el ceño y murmuró:

—Supongo que, una vez más, es obra de vuestra maldita brujería.

Eibon prefirió ignorar aquella insinuación.

—He estado conversando con uno de los dioses de Cykranosh —dijo con gestos grandilocuentes—. El dios, cuyo nombre es Hziulquoigmnzhah, me ha asignado una misión; debo entregar un mensaje, y me ha indicado la dirección que debo tomar. Sugiero que olvidéis de momento nuestras insignificantes diferencias terrestres y me acompañéis. Por supuesto, también podríamos degollarnos mutuamente o sacarnos las tripas, ya que ambos vamos armados. Pero en las actuales circunstancias creo que comprenderéis la puerilidad, por no decir la total inutilidad, de tal comportamiento. Si ambos vivimos, podríamos sernos de mutua utilidad y ayuda, en un mundo extraño cuyos obstáculos y amenazas, si no estoy equivocado, requieren de nuestras fuerzas unidas.

Morghi frunció el ceño y reflexionó.

—Muy bien —dijo a regañadientes—, estoy de acuerdo. Pero os advierto que las cosas volverán a ser como antes cuando regresemos a Mhu Thulan.

—Esa —replicó Eibon— es una posibilidad que no debiera preocuparnos. ¿Partimos?

Los dos hiperbóreos avanzaron por un desfiladero que partía del lago de metal fluido y se adentraba por unas colinas, cuya vegetación se espesaba y diversificaba a medida que iban perdiendo altura. Era el valle que el bípedo del revés había indicado al brujo. Morghi, un inquisidor vocacional en todos los sentidos, acribillaba a Eibon con preguntas.

—¿Quién o qué era el peculiar ente que desapareció en una caverna justo antes de que yo os abordase?

—Era el dios Hziulquoigmnzhah.

—¿Y quién, decidme, es este dios? Os confieso que jamás oí hablar de él.

—Es el tío paterno de Zhothaqquah.

Morghi se quedó en silencio, a excepción de un extraño suspiro que podría tratarse igualmente de un estornudo interrumpido o una expresión de disgusto. Pero

tras unos segundos preguntó:

—¿Y cuál es esa misión vuestra de la que habláis?

—Será revelada a su debido tiempo —respondió Eibon con sentenciosa dignidad—. No se me permite hablar de ello de momento. Tengo un mensaje del dios que debo entregar sólo a las personas adecuadas.

Morghi, a su pesar, estaba realmente impresionado.

—Bueno, supongo que sabéis lo que hacéis y adónde vais. ¿Podríais darme alguna pista acerca de nuestro destino?

—Eso, también, nos será revelado a su debido tiempo.

Las colinas caían con una suave pendiente hasta la llanura arbolada, y había tal cantidad de flora que habría desesperado a cualquier botánico terrícola. Más allá de la última colina, Eibon y Morghi llegaron a un estrecho camino que comenzaba abruptamente y se perdía en la distancia. Eibon tomó el camino sin vacilar. En efecto, no había muchas alternativas; los matorrales de plantas y árboles minerales eran impenetrables. Bordeaban el camino con ramas de sierra que eran como ramilletes de dardos y dagas, de hojas de espada y agujas.

Eibon y Morghi pronto advirtieron que el camino estaba lleno de huellas, todas ellas circulares y bordeadas con marcas de garras protuberantes. Sin embargo, ninguno de los dos confió al otro sus recelos.

Tras una hora o dos avanzando por un camino cubierto de blandas cenizas, entre una vegetación todavía más espeluznante que antes con cuchillos y abrojos, los viajeros comenzaron a sentirse hambrientos. Morghi, llevado por su ansiosa urgencia de apresar a Eibon, no había desayunado, y Eibon, por la urgencia lógica de huir de Morghi, había cometido similar omisión. Se detuvieron a un lado del camino y el brujo compartió su ración de carne y vino con el sacerdote. Sin embargo, comieron y bebieron frugalmente, ya que el suministro era limitado, y el paisaje que se abría a su alrededor no parecía que fuera a proporcionarles viandas apropiadas para el sustento humano.

Con fuerza y coraje renovados por aquel frugal refrigerio, prosiguieron el viaje. No habían avanzado mucho cuando alcanzaron a un monstruo sorprendente que, evidentemente, era el responsable de las numerosas huellas. Estaba tumbado sobre sus cuartos traseros, protegidos con una coraza, dando la espalda a los viajeros y ocupando todo el sendero hasta una distancia indeterminada. Los hombres vislumbraban bajo su cuerpo una miríada de patas cortas, pero no pudieron hacerse idea alguna del aspecto de su cabeza y sus cuartos delanteros.

Eibon y Morghi estaban profundamente consternados.

—¿Es este otro de vuestros dioses? —preguntó Morghi con sorna.

El brujo no respondió. Pero fue consciente entonces de que tenía una reputación que salvaguardar. Se adelantó unos pasos y gritó con todas sus fuerzas «Hziulquoigmnzhah». Al mismo tiempo, desenvainó la espada y la hundió entre dos placas de la coraza espinosa que cubría los cuartos traseros del monstruo.

Para gran alivio del brujo, el animal comenzó a moverse y reanudó su marcha por la carretera. Los hiperbóreos lo siguieron y cada vez que la criatura aflojaba el paso, Eibon repetía la fórmula que había resultado ser tan efectiva. Morghi no tuvo más remedio que observarlo admirado.

Viajaron de esta manera durante varias horas. El enorme y luminoso anillo triple seguía coronando el cenit, pero ahora un sol inusualmente diminuto y frío atravesaba el anillo y declinaba hacia el oeste de Cykranosh. El bosque que bordeaba el camino seguía siendo una alta pared de afilado follaje metálico, pero ahora otras rutas, caminos y rodeos se abrían ante ellos separándose del que transitaba el monstruo.

Reinaba un profundo silencio, a excepción del trasiego que producían los múltiples pies de aquel tosco animal, y Eibon y Morghi no cruzaron ni una sola palabra durante millas. El sumo sacerdote se arrepentía cada vez más de su precipitación al seguir a Eibon por el panel, y Eibon deseaba que Zhothaqquah le hubiera permitido la entrada a una clase de mundo diferente. Ambos fueron arrancados de sus cavilaciones por un súbito clamor de voces profundas y estruendosas procedentes de algún lugar más allá de la torpe criatura. Verdaderamente, se escuchaba un caos de alaridos y graznidos guturales e inhumanos, con notas que sugerían cierto reproche y reprimenda, como tambores gruñones, como si el monstruo fuera amonestado por un grupo de entes inimaginables.

—¿Y bien? —preguntó Morghi.

—Todo lo que estemos destinados a contemplar se revelará por sí solo a su debido momento —replicó Eibon.

El bosque clareaba rápidamente, y el clamor de una especie de bramidos de termagantes era cada vez más cercano. Los viajeros continuaron avanzando tras los cuartos traseros de su guía de múltiples pies, que se arrastraba con reticente lentitud, y finalmente llegaron a un espacio abierto y contemplaron una escena de lo más singular. El monstruo, que era a todas luces dócil, inofensivo y estúpido, retrocedía acobardado ante un grupo de seres no más grandes que los hombres y tan sólo armados con puyas de mango largo.

Estos seres, a pesar de ser bípedos y no poseer una estructura anatómica tan distinta a la de ellos mismos como el ente que Eibon había encontrado junto al lago, eran sumamente extraños: sus cabezas y cuerpos estaban aparentemente amalgamados en un todo, y sus orejas, ojos, narices, bocas y otros órganos de dudoso uso estaban distribuidos de forma totalmente delirante sobre sus pechos y abdómenes. Estaban desnudos, tenían la piel muy oscura y ni un solo pelo en sus cuerpos. Tras ellos, a poca distancia, se alzaban numerosos edificios que difícilmente se ajustaban a la noción humana de simetría arquitectónica.

Eibon avanzó valerosamente y Morghi le siguió con reservas. Los seres con la cabeza en el torso dejaron de hostigar al monstruo y examinaron a los hombres de la Tierra con expresiones difíciles de interpretar debido a la extraña y sorprendente

ubicación de sus rasgos.

—¡Hziulquoigmnzhah! ¡Zhothaqquah! —exclamó Eibon con una solemnidad y sonoridad oraculares; a continuación, tras una pausa de hierática duración—: *¡Iqhui dlosh odhqlonqh!*

El resultado fue, sin duda alguna, gratificante; todo lo que el brujo hubiera podido desear incluso de un encantamiento tan sorprendente: los seres de Cykranosh dejaron caer sus palos y se inclinaron ante el brujo hasta que sus pechos con rostros casi tocaron el suelo.

—He cumplido con mi misión; he dado a conocer el mensaje de Hziulquoigmnzhah —dijo Eibon a Morghi.

Durante varios meses cykranóshicos, los dos hiperbóreos fueron los honorables invitados de aquellas gentes pintorescas, valiosas y virtuosas que se denominaban a sí mismas bhlemphroimanos. Eibon poseía un verdadero don de lenguas y aprendió el idioma local mucho más rápido que Morghi. Sus conocimientos de las costumbres, usos, ideas y creencias de los bhlemphroimanos pronto fueron muy vastos, pero para él supusieron tanto una fuente de desilusión como de iluminación.

Averiguó que el monstruo acorazado que Morghi y él habían azuzado de forma tan valiente era un animal doméstico de carga que se había extraviado de sus propietarios entre la vegetación mineral de las tierras desérticas vecinas a Vhlorrh, la capital de los bhlemphroimanos. Las genuflexiones con las que habían sido recibidos Eibon y Morghi sólo eran una expresión de gratitud por haberles devuelto sana y salva su bestia de carga, y no se debían, como pensó Eibon en un principio, a que reconocieran los nombres divinos que había pronunciado y la terrible frase «*Iqhui dlosh odhqlonqh*».

El ser que Eibon había visto junto al lago era, sin lugar a dudas, el dios Hziulquoigmnzhah; y había oscuras tradiciones relacionadas con Zhothaqquah en ciertos mitos primitivos de los bhlemphroimanos. Pero parecía que estas gentes desafortunadamente habían sucumbido en su mayor parte al materialismo y hacía ya mucho que habían dejado de ofrecer sacrificios y oraciones a los dioses; aunque hablaban de ellos con una clase de distante respeto y sin incurrir en ninguna blasfemia.

Eibon descubrió que las palabras «*Iqhui dlosh odhqlonqh*» sin duda pertenecían a una lengua privada de los dioses, que los bhlemphroimanos ya no entendían, pero que todavía estudiaba un pueblo vecino, los ydheemenses, que habían mantenido el culto formal de Hziulquoigmnzhah y otras deidades afines.

Los bhlemphroimanos eran una raza de hombres prácticos y mostraban poco o ningún interés más allá del cultivo y recolección de una gran variedad de hongos comestibles, la cría de enormes ciempiés y la propagación de su propia especie. Este último proceso, según les fue revelado a Eibon y Morghi, era particularmente inusual: aunque los bhlemphroimanos eran bisexuales, sólo una hembra de cada generación era elegida para fines reproductivos; dicha hembra, tras aumentar de tamaño hasta

adquirir el volumen de un mamut mediante alimentos preparados con hongos especiales, se convertía en la madre de toda una nueva generación.

Cuando estuvieron bien familiarizados con la vida y costumbres de Vhlorrh, los hiperbóreos disfrutaron del privilegio de conocer a la futura madre nacional, llamada la Djhenquomh, y que ya había adquirido las proporciones requeridas tras años de alimentación científica. Vivía en un edificio que era necesariamente más grande que cualquier otro edificio de Vhlorrh, y su única actividad era la de consumir inmensas cantidades de comida. El brujo y el inquisidor quedaron hondamente impresionados, e incluso cautivados, por la colosal amplitud de sus encantos y por el procedimiento sumamente innovador. Además, les informaron de que el progenitor macho (o progenitores) de la siguiente generación todavía no había sido elegido.

El hecho de que los hiperbóreos poseyeran cabezas separadas de sus cuerpos parecía provocar un sorprendente interés biológico en sus anfitriones. Averiguaron que los bhlemphroimanos no siempre habían carecido de cabeza, sino que habían alcanzado su actual forma física a través de un lento proceso evolutivo, en el cual la cabeza del bhlemphroimano arquetípico se había ido fusionando gradual e imperceptiblemente con el torso.

Pero, a diferencia de la mayoría de los pueblos, ellos no se mostraban complacidos por su actual estadio de evolución. De hecho, su carencia de cabeza era motivo de arrepentimiento nacional; lamentaban el atrincheramiento de la naturaleza en este sentido, y con la llegada de Eibon y Morghi, que eran considerados ejemplares ideales de la evolución cefálica, aquel lamento eugenésico se había reavivado.

Por su parte, el brujo y el inquisidor encontraban bastante aburrida la vida entre los bhlemphroimanos después de que las primeras impresiones de exotismo se desvanecieran. Para empezar, la dieta resultaba tediosa: una interminable sucesión de setas crudas, hervidas o asadas, combinadas en intervalos irregulares por la correosa y flácida carne de los monstruos mansos. Estas gentes, a pesar de mostrarse siempre atentas y respetuosas, no parecían muy impresionadas por las demostraciones de magia hiperbórea con las que Eibon y Morghi los entretenían; y su lamentable carencia de ardor religioso hacía que cualquier esfuerzo evangélico resultara una tarea de lo más ingrata. Además, siendo seres primordialmente carentes de imaginación, ni tan siquiera parecieron impresionados por el hecho de que sus visitantes procedieran de un mundo remoto más allá de Cykranosh.

—Tengo la impresión —confesó Eibon a Morghi un día— de que el dios se equivocó lamentablemente al dignarse en hacer llegar a estas gentes cualquier mensaje.

Poco después de esto, un numeroso comité de bhlemphroimanos convocó a Eibon y Morghi y les informó de que, tras largas deliberaciones, habían sido seleccionados para ser los progenitores de la próxima generación, y que debían esposarse inmediatamente con la madre tribal, con la esperanza de engendrar mediante aquella

unión una nueva raza de bhlemphroimanos de cabezas bien formadas.

Eibon y Morghi se sintieron bastante abrumados al recibir tan gran honor eugenésico. Al pensar en la colosal mujer que habían visto, Morghi pareció dispuesto a hacer valer sus votos sacerdotales de celibato, y en ese mismo momento Eibon deseó tomar votos similares para sí mismo sin demora. En efecto, el inquisidor se sentía tan abrumado que se quedó sin habla, pero, con una peculiar agilidad mental, el brujo ganó algo de tiempo haciendo algunas preguntas relacionadas con el estatus legal y social que sería otorgado a Morghi y a él mismo como esposos de la Djhenquomh. Los ingenuos bhlemphroimanos le aseguraron que ese era un asunto que no debía preocuparles lo más mínimo, ya que después de completar los deberes maritales los esposos siempre eran servidos a la madre nacional en forma de guiso de carne u otras preparaciones culinarias.

Los hiperbóreos intentaron ocultar en todo momento a sus anfitriones el rechazo que experimentaron ambos al considerar el honor con el que habían sido investidos. Siendo como era un maestro en cuestiones de diplomacia, Eibon incluso se atrevió a expresar una aceptación formal en nombre de su compañero y del suyo propio. Pero cuando la delegación de bhlemphroimanos hubo marchado le dijo a Morghi:

—Estoy convencido más que nunca de que el dios estaba equivocado. Debemos abandonar la ciudad de Vhlorrh con toda la celeridad posible y continuar nuestro camino hasta dar con gentes más merecedoras de recibir su mensaje.

Aparentemente, a los simples y patrióticos bhlemphroimanos nunca se les había pasado por la cabeza que alguien pudiera rechazar el privilegio de ser designado el progenitor de la siguiente camada nacional. Eibon y Morghi no estaban sujetos a ningún tipo de coerción o encarcelamiento, y los bhlemphroimanos ni tan siquiera vigilaban sus movimientos. Cuando los sonoros ronquidos de sus anfitriones ascendieron hacia el enorme anillo de lunas de Cykranosh, les resultó sencillo abandonar la casa en la que habían sido alojados y tomar el camino que conducía de Vhlorrh al país de los ydheemenses.

El camino que se abría ante ellos se veía con nitidez y la luz del anillo era casi tan clara y brillante como la luz del día. Los dos hombres viajaron un largo trecho por el variopinto y singular escenario iluminado antes de que amaneciera y de que los bhlemphroimanos descubrieran su huida. Aquellos bípedos de mentes simples probablemente estarían demasiado dolidos, perplejos y asombrados por la pérdida de los invitados que habían elegido para ser los futuros progenitores como para ni tan siquiera pensar en ir tras ellos.

El territorio de los ydheemenses (según les habían indicado anteriormente los bhlemphroimanos) se encontraba a muchas leguas de distancia, y entre medias se interponían vastas extensiones de desiertos de cenizas, de cactus minerales, de bosques fungosos y altas montañas. Los viajeros rebasaron antes del amanecer el límite del territorio de los bhlemphroimanos, marcado por una tosca escultura de la madre tribal junto al camino.

Al día siguiente, mientras proseguían su viaje, se cruzaron con más de una de aquellas extrañas razas que proliferaban en Saturno y tanto diversificaban su población. Vieron a los djhibbis, aquellos hombres-pájaro ápteros y estilitas que anidaban sobre dolomías durante periodos de años y meditaban sobre el cosmos, y que se dirigían unos a otros en prolongados intervalos con las sílabas místicas *yop*, *yeep*, y *yoop*, de las que se dice que expresan una insondable serie de pensamientos esotéricos.

Y también se encontraron con los pigmeos parlanchines, los ephiqhos, que construían sus casas en los tallos de ciertos hongos de gran tamaño, y que se veían obligados constantemente a buscar nuevas viviendas porque las viejas se deshacían en polvo en pocos días. Y escucharon el croar subterráneo de unos misteriosos pobladores, los ghlonghs, que no sólo evitaban la luz solar sino también el resplandor del anillo, y que nunca jamás habían sido vistos por ninguno de los habitantes de la superficie.

Sin embargo, al ponerse el sol, Eibon y Morghi habían logrado atravesar los dominios de todas las razas mencionadas, e incluso habían escalado los riscos más bajos de aquellas montañas que todavía los separaban de la tierra de los ydheemenses. Allí, sobre una repisa protegida, el cansancio les obligó a hacer un alto, y, al no temer ya que les persiguieran los bhlemphroimanos, se abrigaron bien con sus túnicas para evitar el frío tras una frugal cena de setas crudas y se quedaron dormidos.

Su sueño se vio plagado por una serie de pesadillas cacodemoniacas en las que ambos eran capturados de nuevo por los bhlemphroimanos y eran forzados a casarse con la Djhenquomh. Se despertaron un poco antes del amanecer, con aquellas visiones y detalles terriblemente vívidos tan frescos en sus mentes que les hicieron sentirse lo bastante preparados para retomar la ascensión de las montañas.

Las laderas y riscos que se cernían sobre ellos parecían lo suficientemente desolados como para haber disuadido a cualquier viajero de inferior fortaleza o temores menos apremiantes. Los altos grupos de hongos habían sido sustituidos ahora por diminutos brotes, que pronto quedaron reducidos a formas vegetales no más grandes que líquenes y, después de estos, ya no quedó nada más que piedra negra y desnuda. El enjuto y delgado Eibon no sufrió demasiado con la subida, pero Morghi, con su sacerdotal panza y corpulencia, pronto se quedó sin aliento. Cada vez que paraba para descansar, Eibon le decía: «Piensa en la madre nacional», y Morghi escalaba entonces la siguiente pendiente como un carnero montañés ágil aunque ligeramente asmático.

Al mediodía llegaron a un paso bajo las cumbres desde el que pudieron contemplar la tierra de los ydheemenses. Vieron que era un reino amplio y fértil, con bosques de hongos mamut y otras talofitas que superaban en tamaño y número a las de cualquier otra región que hubieran atravesado antes. Incluso las laderas de las montañas eran más fértiles en ese lado; Eibon y Morghi no habían descendido mucho

cuando penetraron en una arboleda de enormes pedos de lobo y champiñones.

Mientras admiraban la magnitud y variedad de aquellas plantas, escucharon sobre sus cabezas un estruendoso ruido en lo alto de las montañas. El ruido fue aproximándose, arrastrando con él el rugido de nuevos estruendos. Eibon habría rezado a Zhothaqquah, y Morghi hubiera suplicado a la diosa Yhoundeh, pero desafortunadamente no quedaba tiempo. Fueron engullidos por la enorme masa de pedos de lobo y copas de champiñones rodantes arrastrados por la enorme avalancha iniciada en las alturas; y, transportados con creciente ímpetu, vertiginosa velocidad y turbulencia entre una pila creciente de hongos machacados, completaron su descenso por la montaña en menos de un minuto.

Mientras forcejeaban para liberarse de la pila de talofitas deshechas bajo la que estaban enterrados, Eibon y Morghi comprobaron que seguían oyendo un gran estruendo, a pesar de que la avalancha había cesado. Además, notaron otros movimientos y sacudidas en la pila de desechos bajo la que se encontraban. Cuando lograron sacar el cuello y la cabeza, descubrieron que la conmoción era producida por ciertos individuos que se diferenciaban de sus últimos anfitriones, los bhlemphroimanos, en que poseían cabezas rudimentarias.

Se trataba de los ydheemenses, y la avalancha había sepultado una de sus ciudades. Los tejados y torres empezaban a emerger de la masa de escombros y pedos de lobo, y justo frente a los hiperbóreos se alzaba un enorme edificio con aspecto de gran templo de cuya entrada bloqueada había logrado abrirse paso una multitud de ydheemenses. Al ver a Eibon y a Morghi, aquellas gentes suspendieron sus labores, y el brujo, tras liberarse y asegurarse de que todos sus huesos y extremidades estaban intactos, aprovechó la ocasión para dirigirse a ellos.

—¡Prestad atención! —dijo con aires de importancia—. He venido para traeros un mensaje del dios Hziulquoigmnzhah. Lo he traído hasta aquí lealmente tras recorrer caminos plagados de riesgos y peligros. En la propia lengua divina del dios, dice así: «*Iqhui dlosh odhqlonqh*».

Debido a que les había hablado en el dialecto de los bhlemphroimanos, que difería ligeramente del de los ydheemenses, dudaba que estos hubieran entendido la primera parte de su intervención. Pero Hziulquoigmnzhah era la deidad guardián de aquel pueblo, y conocían la lengua de los dioses. Al escuchar las palabras «*Iqhui dlosh odhqlonqh*», aquella gente retomó y aumentó sorprendentemente su actividad, un incesante ir y venir, un griterío de órdenes guturales y un recrudecimiento de nuevas cabezas y miembros de debajo de la avalancha.

Aquellos que habían salido del templo volvieron a entrar y salieron una vez más portando una enorme estatua de Hziulquoigmnzhah, algunos iconos más pequeños de deidades menores pero aliadas, y un ídolo de aspecto muy antiguo en el que tanto Eibon como Morghi detectaron cierta semejanza con Zhothaqquah. Otros ydheemenses sacaron sus bienes y el mobiliario de sus casas y, haciendo señas a los hiperbóreos para que les acompañaran, la población al completo comenzó a evacuar

la ciudad.

Eibon y Morghi se sentían profundamente perplejos. Y hasta que no se hubo construido una nueva ciudad sobre la llanura de bosques de hongos a una jornada completa de distancia, y ellos mismos se hubieron instalado entre los sacerdotes del nuevo templo, no descubrieron la razón de todo ello y el significado de «*Iqhui dlosh odhqlonqh*». Estas palabras simplemente significaban: «Poneos en marcha», y el dios las había pronunciado a Eibon a modo de despedida. Pero la coincidencia de la avalancha con la llegada de Eibon y Morghi portando el supuesto mensaje del dios había sido interpretada por los ydheemenses como un mandato divino para abandonar con sus pertenencias su presente ubicación. De ahí se explica el éxodo a gran escala de las gentes con sus ídolos y sus pertenencias domésticas.

La nueva ciudad fue bautizada con el nombre de Ghlomph, después de que la avalancha enterrara la ciudad antigua. Allí, durante el resto de sus días, Eibon y Morghi fueron agasajados con todos los honores, y su llegada con el mensaje «*Iqhui dlosh odhqlonqh*» fue considerada una circunstancia afortunada, ya que no se produjeron más avalanchas que amenazaran la seguridad de Ghlomph en su nueva ubicación alejada de las montañas.

Los hiperbóreos también disfrutaron del enriquecimiento y bienestar social que se produjo gracias a la nueva estabilidad de la población. No existía una madre nacional entre los ydheemenses, los cuales se propagaban de forma más extensiva que los bhlemphroimanos, de manera que la vida allí resultaba muy segura y tranquila. Eibon, al menos, se encontraba realmente en su elemento; las noticias que trajo de Zhothaqquah, que todavía era adorado en aquella región de Cykranosh, le permitieron establecerse como una especie de profeta menor, además del prestigio que adquirió al ser el portador del divino mensaje y fundador de la nueva ciudad de Ghlomph.

Sin embargo, Morghi no era totalmente feliz. Aunque los ydheemenses eran gentes religiosas, no poseían un fervor religioso intransigente o intolerante; así que le resultó imposible reclutar un cuerpo de inquisidores entre ellos. No obstante, contaba con ciertas compensaciones: el vino de hongos de los ydheemenses era potente, aunque de sabor repugnante, y había hembras de cierta especie, si uno no era demasiado escrupuloso en sus gustos. Así pues, Morghi y Eibon echaron raíces y se acomodaron a un régimen eclesiástico que, después de todo, no difería tanto del de Mhu Thulan o cualquier otro lugar de su planeta natal.

Y estas fueron las distintas aventuras, y ese fue el destino de aquel formidable par de hombres en Cykranosh. Pero en la torre de Eibon de gneis negro en el cabo frente al mar del norte de Mhu Thulan, los subordinados de Morghi esperaron durante días, sin que ninguno sintiera el menor deseo de seguir al sumo sacerdote por el panel mágico, ni se atreviera a marcharse desobedeciendo sus órdenes.

Finalmente, el hierofante elegido sucesor provisional de Morghi les concedió una dispensa especial para que abandonaran su guardia. Pero el resultado de todo aquello fue considerado como un episodio lamentable por los altos jerarcas de Yhoundeh.

Todo el mundo pensaba que Eibon no sólo había escapado gracias a la poderosa magia que le enseñó Zhothaqquah, sino que, de paso, también le arrebató la vida a Morghi. Como consecuencia de ello, el culto a Yhoundeh declinó y hubo un generalizado renacimiento del oscuro culto de Zhothaqquah a lo largo y ancho de Mhu Thulan durante el último siglo antes del inicio de la gran Era del Hielo.

LA HISTORIA DE SATAMPRA ZEIROS

[THE TALE OF SATAMPRA ZEIROS]

Yo, Satampra Zeiros de Uzuldaroum, me dispongo a escribir con mi mano izquierda, ya que carezco de la derecha, la historia de todo lo acaecido a Tirouv Ompallios y a mí mismo en el altar del dios Tsathoggua, cuyo culto fue abandonado por el hombre en las afueras de Commoriom invadidas por la jungla, aquella capital de los gobernantes hiperbóreos abandonada hace tanto tiempo. La escribiré con la savia violeta de palma de *suvana*, que se torna color rojo sangre con el paso de los años, sobre un papel de vitela hecho con la piel de un mastodonte, para advertir a todos los buenos ladrones y aventureros que pudieran escuchar alguna falsa leyenda sobre los tesoros perdidos de Commoriom y se sintieran tentados por ella.

Pues bien, Tirouv Ompallios era mi amigo de toda la vida y mi leal compañero en cualquier empresa que requiriera dedos diestros y una mente tan rápida como aguda. Puedo afirmar sin exagerar en mi caso, ni tampoco en el caso de Tirouv Ompallios, que ambos llevábamos a cabo con incomparables resultados más de un encargo ante el que muchos de nuestros colegas de oficio de mucho más renombre que nosotros se hubieran acobardado. Para ser más explícito, me refiero al robo de las joyas de la reina Cunambria, que estaban guardadas en una habitación donde unos cuarenta reptiles venenosos se paseaban libremente; y el robo de la diamantina caja fuerte de Acromi, que contenía los medallones de una temprana dinastía de reyes hiperbóreos. Es verdad que resultó difícil y peligroso encontrar comprador para aquellos medallones y que tuvimos que venderlos a un precio nefasto al capitán de un navío bárbaro procedente de la remota Lemuria: no obstante, lograr abrir aquella caja fue una hazaña gloriosa, porque debía ser ejecutada en total silencio debido a la proximidad de una docena de guardias armados con tridentes. Empleamos un extraño y corrosivo ácido… pero no debo entretenerme demasiado tiempo ni tan profusamente, por muy fuerte que sea la tentación de divagar sobre heroicos recuerdos y recrearse en la sublime gloria de los actos de valor o destreza.

En el ejercicio de nuestro oficio, como en el de cualquier otro, los reveses de la suerte con frecuencia deben ser tenidos en cuenta, y la diosa Fortuna no siempre es pródiga en favores. Así pues, Tirouv Ompallios y yo, en el momento del que ahora escribo, nos hallábamos en circunstancias de falta de liquidez, las cuales, aunque pasajeras, eran no obstante extremas y resultaban bastante inconvenientes y molestas, sobre todo al tener lugar justo después de días más prósperos y de noches más provechosas. La gente se había vuelto cada vez más precavida con sus joyas y otros objetos de valor, las ventanas y las puertas tenían dobles barrotes, se comenzaron a utilizar nuevos y desconcertantes cerrojos, los guardias estaban más vigilantes o menos somnolientos… resumiendo, todas las dificultades naturales de nuestra

profesión se vieron multiplicadas. Llegó un momento en el que nos vimos obligados a robar mercancías más voluminosas y menos valiosas que las que estábamos acostumbrados a manejar, e incluso esto también conllevaba sus peligros. Aún ahora me siento humillado al recordar la noche en la que estuvieron a punto de atraparnos con un saco de ñames rojos, y menciono este incidente para no parecer en absoluto presuntuoso.

Una noche, en un callejón del barrio más humilde de Uzuldaroum, paramos para contar los recursos de los que disponíamos y descubrimos que, entre los dos, teníamos exactamente tres *pazoors*… suficiente para comprar una botella grande de licor de granadas o dos barras de pan. Discutimos entonces sobre el problema del gasto.

—El pan —argumentó Tirouv Ompallios— alimentará nuestros cuerpos, nos proporcionará fuerzas renovadas y mayor agilidad a nuestros miembros y a nuestros exhaustos dedos.

—El licor de granadas —repliqué— enaltecerá nuestros pensamientos, inspirará e iluminará nuestras mentes y quizás nos revele un modo de escapar de nuestras actuales dificultades.

Tirouv Ompallios cedió sin poner mayor reparos a mi superior razonamiento y buscamos la entrada de una taberna cercana. El licor no era de los mejores, en cuanto al sabor, pero la cantidad y potencia del brebaje eran todo lo que se podía desear. Nos sentamos en la abarrotada taberna y sorbimos el licor a nuestro ritmo, hasta que todo el fuego del brillante licor rojo se hubo transferido a nuestros cerebros. La oscuridad y las dudas sobre nuestros caminos futuros se iluminaron como si fueran alumbradas por la luz de pebeteros rosados, y el cruel semblante del mundo quedó maravillosamente suavizado.

No tardó mucho en llegarme la inspiración.

—Tirouv Ompallios —dije—, ¿hay alguna razón por la que tú y yo, hombres valientes y que hemos sucumbido a los miedos y supersticiones de la multitud, no deberíamos aprovechamos de los regios tesoros de Commoriom? Un día de viaje desde esta tediosa ciudad, una agradable excursión al campo, una tarde o una mañana de búsqueda arqueológica… y quién sabe lo que podríamos encontrar.

—Hablas con sabiduría y valor, mi estimado amigo —replicó Tirouv Ompallios —. En efecto, no existe ninguna razón por la que no podamos sanear nuestras maltrechas finanzas a costa de unos cuantos reyes muertos, o dioses.

Commoriom, como todo el mundo sabe, había quedado desierta hacía muchos cientos de años por la profecía de la Sibila Blanca de Polarion, que había anunciado un indescriptible y abominable fin para todos los seres mortales que osaran permanecer en su entorno. Algunos dicen que aquella destrucción fue provocada por una plaga que llegó de las inmensidades del norte por las rutas de las tribus de la jungla; otros afirmaban que fue una forma de locura colectiva; en todo caso, nadie, ni rey ni sacerdote ni comerciante ni trabajador ni ladrón, permaneció en Commoriom

para esperar su llegada, sino que todos partieron en una sola ola migratoria para fundar a un día de distancia la nueva capital, Uzuldaroum. Y se cuentan extrañas historias de horrores y espantos que ningún hombre sería capaz de afrontar ni superar, que acechan por siempre los altares y mausoleos y palacios de Commoriom. Y todavía perdura el lustre del mármol, el esplendor del granito, la multitud de agujas y cúpulas y obeliscos que los imponentes árboles de la jungla no han logrado cubrir, en un fértil valle interior de Hiperbórea. Y los hombres dicen que en sus cámaras intactas descansa el suntuoso tesoro de los monarcas de la antigüedad, entero y sin que haya sufrido ningún saqueo desde aquellos tiempos; que las tumbas construidas en lo alto guardan las piedras preciosas y las monedas de electro enterradas junto a sus momias; que los templos todavía conservan las vasijas de oro en sus altares y el mobiliario, y los ídolos sus piedras preciosas en orejas, bocas, narices y ombligos.

Creo que habríamos partido esa misma noche de haber contado con el coraje y la inspiración que nos hubiera aportado una segunda botella de licor de granadas. Pero no fue así y decidimos partir al amanecer: el hecho de que careciéramos de fondos para nuestro viaje no importaba demasiado, porque, a menos que nuestras habilidades habituales nos fallaran, podríamos requisar pequeñas cantidades de impuestos involuntarios de las cándidas gentes del campo. Hasta entonces, nos retiramos a nuestros aposentos, donde el casero nos salió al paso dándonos la bienvenida a regañadientes y exigiendo que le pagáramos su dinero. Pero la dorada promesa de la mañana nos había inmunizado contra preocupaciones tan triviales y apartamos al tipo a un lado con un desprecio que pareció sorprenderlo, si no someterlo del todo.

Nos dormimos tarde, y el sol ya había ascendido un buen trecho sobre el celeste declive de los cielos cuando dejamos atrás las puertas de Uzuldaroum y emprendimos el camino por la calzada norte que conduce a Commoriom. Desayunamos abundantemente unos melones ámbar, y un ave robada que asamos en el bosque, y luego retomamos el camino. A pesar de una fatiga que iba en aumento hasta el final del día, resultó un viaje agradable, y encontramos muchas cosas con las que entretenernos en los variopintos paisajes por los que pasamos, y en sus gentes. Algunos, estoy seguro, sin duda todavía nos recuerdan con rencor, porque no nos negábamos nada que estuviera al alcance de la mano y que tentara nuestros caprichos o nuestros apetitos.

Era una región agradable, llena de granjas, huertos, riachuelos y bosques verdes y llenos de flores. Finalmente, en el curso de la tarde llegamos a la antigua calzada, en desuso desde hacía mucho tiempo y casi intransitable, que conducía desde la calzada principal y a través de la vieja jungla hacia Commoriom.

Nadie nos vio desviarnos por aquel camino, y desde ese momento no nos cruzamos con nadie. A tan sólo un paso, habíamos perdido cualquier contacto humano; y era como si el silencio del bosque que nos rodeaba no hubiera sido perturbado por la huella de un mortal desde la partida del legendario rey y sus ciudadanos hacía tantos siglos. Los árboles eran más grandes que los que estábamos

habituados a ver, y estaban entrelazados por infinitas y laberínticas masas: las eternas circunvoluciones en forma de telaraña de las enredaderas casi tan viejas como los propios árboles. Las flores eran desagradablemente grandes, sus pétalos brillaban con una palidez letal o un escarlata sanguinolento, y sus perfumes eran excesivamente dulces o fétidos. Las frutas que encontrábamos por el camino eran de un tamaño enorme, de color morado y naranja rojizo, pero por algún motivo no nos atrevimos a hincarles el diente.

El bosque se hizo más espeso y exuberante a medida que avanzábamos, y la calzada, aunque estaba pavimentada con bloques de granito, se hacía más intransitable porque entre los intersticios habían echado raíces árboles que con frecuencia desgajaban los bloques. Aunque el sol todavía no se había acercado al horizonte, las sombras que arrojaban sobre nosotros los gigantescos troncos y ramas se hicieron más densas, y nos movíamos en un crepúsculo verde oscuro lleno de olores sofocantes de vida exuberante y podredumbre vegetal. No había pájaros ni otros animales, como uno habría esperado encontrar en cualquier bosque frondoso, pero entre prolongados intervalos alguna sigilosa víbora de pálido y grueso cuerpo huía deslizándose de nuestros pies entre las fétidas hojas de la carretera, o alguna enorme polilla con motas barrocas y de malignos colores volaba delante de nosotros y desaparecía en la penumbra de la jungla. Ya en un claro a media luz, enormes murciélagos de color púrpura con ojos como diminutos rubís alzaban a nuestro paso el vuelo desde las frutas de aspecto venenoso con las que se estaban dando un festín, y nos miraban con malévola atención mientras flotaban silenciosamente en el aire sobre nuestras cabezas. Y, por algún motivo, sentimos que estábamos siendo observados por otras presencias invisibles; nos invadió una especie de pánico, y un vago temor a la monstruosa jungla, y desde ese momento dejamos de hablar en voz alta, o con demasiada frecuencia, y nos limitamos a algún que otro susurro.

Entre otras cosas, durante el viaje, nos las ingeniamos para conseguir una bota grande llena de vino de palma. Unos cuantos sorbos del ardiente licor ya nos habían servido más de una vez para aligerar el tedio de la marcha, y ahora iba a mantenernos en pie y a buen paso. Bebimos un buen trago y la jungla se hizo menos impresionante, y nos preguntamos por qué habíamos permitido que el silencio y la penumbra, los atentos murciélagos y la inquietante inmensidad pesaran sobre nuestro ánimo aunque sólo fuera por un breve instante, y creo que tras un segundo trago comenzamos a cantar.

Cuando cayó el crepúsculo y una luna creciente brillaba alta en los cielos después de que el astro diurno se escondiera, estábamos tan inmersos en el fragor de la aventura que decidimos continuar y llegar a Commoriom aquella misma noche. Cenamos algunos víveres que sisamos a los campesinos y nos pasamos la bota de vino en varias ocasiones. Entonces, bastante repuestos y henchidos de la audacia y el valor necesarios para afrontar una arriesgada empresa, continuamos la marcha.

De hecho, no tuvimos que avanzar mucho más. Mientras discutíamos con un

ardor que nos hizo olvidar nuestro largo periplo, sobre qué valioso objeto debíamos elegir saquear primero de entre todos los tesoros míticos de Commoriom, observamos bajo los rayos de la luna el brillo de unas cúpulas de mármol que sobresalían entre las copas de los árboles y, a continuación, entre ramas y troncos divisamos los lívidos pilares de pórticos en penumbra. Unos cuantos pasos más allá encontramos calles pavimentadas perpendiculares a la calzada por la que avanzábamos y que por ambos lados conducían al inmenso y exuberante bosque, donde las hojas de enormes helechos cubrían los techos de casas antiguas.

Nos paramos y, de nuevo, el silencio de la desolación del pasado selló nuestros labios. Las casas eran blancas y silenciosas como sepulcros, y las profundas sombras que se cernían a su alrededor eran gélidas y siniestras y misteriosas como la mismísima sombra de la muerte. Parecía que el sol no había brillado durante siglos en aquel lugar… que nada más cálido que los rayos espectrales de la luna cadavérica había tocado el mármol y el granito desde la migración universal provocada por la profecía de la Sibila Blanca de Polarion.

—Ojalá fuera de día —murmuró Tirouv Ompallios. Sus tonos bajos eran extrañamente sibilantes, y excesivamente audibles en la total quietud.

—Tirouv Ompallios —repliqué—, confío en que no te estarás volviendo supersticioso. Me resisto a pensar que estás sucumbiendo a los cuentos infantiles de la chusma. En todo caso, tomemos otro trago.

Aligeramos bastante la bota de vino por el repetido uso que estábamos dándole, de modo que nos sentíamos maravillosamente animados… tanto, de hecho, que comenzamos a explorar de inmediato una ruta a la izquierda que, a pesar de haber sido trazada con matemática exactitud, se perdía a poca distancia entre los frondosos árboles. Allí, un tanto separado de los otros edificios y en una especie de plaza que la jungla no había invadido del todo, encontramos un pequeño templo de arquitectura primitiva que daba la impresión de ser bastante más antiguo que los edificios colindantes. También difería de estos en los materiales empleados, porque estaba construido con una oscura piedra basáltica profusamente cubierta con liquen de similar antigüedad. Era de planta cuadrada, y no tenía cúpulas ni agujas, ni fachada de pilares, y sólo se abrían al exterior unas cuantas ventanas estrechas a considerable distancia del suelo. Tales templos son una rareza en la Hiperbórea de nuestros días, pero supimos que era un templo de Tsathoggua, uno de los dioses antiguos, que ya no es adorado por los hombres, aunque la gente cuenta que ante sus altares cenicientos las bestias feroces y furtivas de la jungla, el simio, el perezoso gigante y el tigre de largos colmillos, en ocasiones fueron vistas venerando al dios y se les escuchó aullar o gemir sus oraciones inarticuladas.

El templo, como el resto de los edificios, estaba en un estado de conservación casi perfecto: los únicos signos de deterioro se apreciaban en el dintel de la puerta de la caverna, que se había desmoronado y astillado en varios lugares. La propia puerta, labrada en un oscuro bronce reverdecido por el paso del tiempo, estaba entreabierta.

Seguros de que dentro encontraríamos un ídolo cubierto de piedras preciosas, por no mencionar los distintos metales preciosos del altar, sucumbimos a la tentación.

Supusimos que íbamos a necesitar fuerza para abrir la puerta cubierta de verdín y por ello echamos un largo trago y luego nos pusimos a la tarea. Por supuesto, las bisagras estaban oxidadas, y sólo a fuerza de sacudidas fuertes y musculosas la puerta por fin comenzó a moverse. Cuando renovamos nuestros esfuerzos, se combó hacia dentro con un espantoso chirrido que aumentó a un alarido casi articulado, en el que nos pareció distinguir modulaciones de alguna entidad no humana. El oscuro interior del templo se abrió ante nosotros, y de allí surgió un olor a moho encerrado durante mucho tiempo, junto a una extraña y desconocida fetidez. Sin embargo, poca atención prestamos a esto, embargados como estábamos por la excitación natural del momento. Siendo fiel a mi habitual previsión, me había provisto de un trozo de madera resinosa unas horas antes, pensando que podría servirnos de antorcha en alguna exploración nocturna de Commoriom. Encendí la antorcha y entramos en el templo.

El lugar estaba pavimentado con inmensas losas de cinco lados del mismo material del que estaban hechas las paredes. Se veía bastante vacío, a excepción de la imagen del dios sentado en un trono en la pared más profunda, el altar de dos alturas construido con un metal obscenamente torneado ante la imagen, y un gran cuenco de aspecto curioso hecho de bronce y apoyado sobre tres patas, que ocupaba el centro de la estancia. Echando una fugaz mirada al cuenco, corrimos hacia delante y apunté la antorcha hacia el rostro del ídolo.

Nunca antes había visto una imagen de Tsathoggua, pero lo reconocí sin dificultad por las descripciones que habían llegado a mis oídos. Era muy achaparrado y barrigón, y su cabeza era más parecida a la de un sapo monstruoso que a la de una deidad, y todo su cuerpo estaba cubierto de una imitación de pelo corto, dando de alguna manera la vaga impresión de ser a un mismo tiempo un murciélago y un perezoso. Sus adormilados párpados estaban entrecerrados sobre unos ojos globulares, y la punta de una extraña lengua sobresalía de su boca rechoncha. Desde luego que no era una clase de dios agradable o afable, y no me extrañó que su culto hubiera cesado, ya que sólo hubiera podido atraer a los aborígenes más rudimentarios de cualquier época.

Tirouv Ompallios y yo comenzamos a perjurar al unísono con nombres de dioses más urbanos y civilizados en cuanto vimos que no había rastro de piedras, ni tan siquiera semipreciosas, por ningún sitio, ni sobre el semblante o los miembros de aquella imagen execrable, ni incrustadas en ella. Revelando una mezquindad sin parangón, incluso los ojos habían sido tallados en la misma piedra mediocre de la que estaba hecha la figura entera, y la boca, la nariz, las orejas y el resto de orificios no tenían ningún adorno. Sólo pudimos maravillarnos ante la avaricia o pobreza de los seres que habían labrado aquella singular brutalidad.

Ahora que nuestras mentes ya no estaban cautivadas por la esperanza de unas

riquezas inminentes, fuimos más conscientes de todo lo que nos rodeaba, y, en concreto, detectamos el hedor desconocido del que ya he hablado previamente y que ahora se había hecho molestamente penetrante. Descubrimos que procedía del cuenco de bronce y nos dispusimos a examinarlo, aunque sin pensar que pudiera reportarnos algún beneficio, ni tan siquiera placer.

El cuenco, como he dicho, era enorme; en efecto, tenía un diámetro de al menos seis pies por tres de profundidad, y el borde estaba a una altura que llegaba a los hombros de un hombre alto. Las tres patas sobre las que descansaba eran curvas y enormes y estaban rematadas con zarpas felinas que mostraban las garras. Cuando nos acercamos y miramos por el borde, vimos que el cuenco estaba lleno de una especie de sustancia viscosa y casi líquida, muy opaca y de color negruzco. Y de allí procedía el hedor… un hedor que, aunque insuperablemente nauseabundo, sin embargo no era el olor de la putrefacción, sino que más bien se asimilaba al olor de alguna vil y sucia criatura de los pantanos. La fetidez se hizo prácticamente insoportable y, cuando estábamos a punto de girarnos para irnos, percibimos una ligera ebullición en la superficie, como si el oscuro líquido fuera agitado desde el interior por algún animal u otro ente sumergido. La ebullición fue en rápido aumento, el centro se hinchó como por la acción de algún poderoso hongo en plena fermentación y contemplamos con profundo horror que una tosca y amorfa cabeza con ojos opacos y protuberantes emergía poco a poco sobre un cuello interminable, y nos miraba a los ojos con primigenia maldad. Entonces, dos brazos —si es que podían llamarse brazos— emergieron de igual manera pulgada a pulgada, y vimos que aquella cosa no era, como habíamos creído, una criatura sumergida en el líquido, ¡sino que el propio líquido había formado aquel espantoso cuello y cabeza, y ahora formaba aquellos malditos brazos que se movían hacia nosotros con apéndices tentaculares en lugar de garras o manos!

Un miedo que no habíamos experimentado ni en sueños, y que ni tan siquiera habíamos atisbado en nuestras incursiones nocturnas más peligrosas, anuló nuestra capacidad de habla, pero no la de movimiento. Nos alejamos unos cuantos pasos del cuenco, y al tiempo que retrocedíamos, aquel horrible cuello y aquellos brazos continuaron alargándose. A continuación, toda la masa de oscuro fluido comenzó a elevarse, y mucho más rápido que lo que fluye la savia de *suvana* de mi pluma, se desbordó por el borde del cuenco como un torrente de mercurio negro, y al tocar el suelo adoptó una forma ondulante de serpiente a la que inmediatamente le crecieron más de una docena de patas cortas.

No nos detuvimos a reflexionar sobre qué tipo de inimaginable horror de vida protoplásmica, qué nauseabundo engendro, había surgido del limo primigenio para enfrentarse a nosotros. La monstruosidad era demasiado aterradora para permitir ni tan siquiera la más fugaz reflexión; además, sus intenciones eran obviamente hostiles, y mostraba ciertas tendencias antropofágicas, porque se arrastró hacia nosotros con una increíble velocidad y celeridad de movimientos y, al mismo tiempo, abrió una

boca desdentada de asombrosa capacidad. Mientras abría las fauces ante nuestros ojos, revelando una lengua que se agitaba como una larga serpiente, sus mandíbulas se ensancharon con la misma elasticidad extrema que acompañaba todos sus movimientos. Comprendimos que nuestra salida del templo de Tsathoggua se había hecho más que necesaria y, tras dar la espalda a todas las abominaciones de aquel altar no consagrado, cruzamos el umbral de un solo salto y corrimos a toda velocidad bajo la luz de la luna y a través de los barrios de las afueras de Commoriom. Doblamos todas las esquinas convenientes y dirigimos nuestros pasos a los palacios de nobles olvidados por el paso del tiempo y los almacenes de comerciantes anónimos. Preferíamos los lugares donde los invasivos árboles de la jungla eran más altos y más gruesos; y, finalmente, en una calle donde las casas a ambos lados habían dejado de ser visibles tras la maleza, paramos y nos atrevimos a mirar hacia atrás.

Teníamos los pulmones insoportablemente extenuados y a punto de estallar por el heroico esfuerzo, por no mencionar las innumerables fatigas del día que habían hecho profunda mella en nosotros; pero cuando vimos que el negro monstruo nos pisaba los talones avanzando con una serpentina y ondulante facilidad, como un torrente descendiendo por una pendiente prolongada, nuestros extenuados miembros volvieron a cobrar vida milagrosamente y nos alejamos de la delatora luz de la calle secundaria hacia la jungla sin senderos, esperando escapar de nuestro perseguidor en el laberinto de ramas y parras y hojas gigantes. Tropezamos con raíces y árboles caídos, y rasgamos nuestras ropas y laceramos nuestra piel contra las zarzamoras salvajes, chocamos en la penumbra con enormes troncos y árboles jóvenes más flexibles que se apartaban a nuestro paso, escuchamos el siseo de serpientes arborícolas que escupían su veneno hacia nosotros desde las ramas superiores, y el gruñido o aullido de animales ocultos cuando tropezábamos con ellos en aquella huida enloquecida. Pero ya no nos atrevimos a parar o echar la vista atrás.

Continuamos la apresurada peregrinación durante horas. La Luna, que a través del espeso follaje nos aportaba escasa luz, o ninguna, descendió más y más filtrándose a través de las palmas de enormes hojas e intricadas enredaderas. Pero sus últimos rayos nos salvaron de una fétida ciénaga, iluminando los montículos y algunos apoyos de hierba; también los peligrosos alrededores y el borde mefítico de la propia ciénaga, por donde nos vimos obligados a correr sin pausa ni vacilación ni ocasión de elegir dónde poner el pie, ya que nuestro maldito perseguidor seguía pisándonos los talones.

Cuando la Luna se puso por completo, nuestra huida se hizo más frenética y más peligrosa… un verdadero delirio de terror, cansancio, confusión y de desesperado y difícil avance entre obstáculos a los que dejamos de prestar atención o comprensión, a través de una noche que se echaba sobre nosotros y nos atenazaba como una carga perversa, como los hilos de una red monstruosa. Podría parecer que la criatura a nuestras espaldas, con su increíble facilidad de movimientos y capacidad de expansión, hubiera podido alcanzarnos en cualquier momento pero, aparentemente,

deseaba prolongar la caza. Y así, en una prolongación casi eterna de horrores interminables, la noche pasó. Pero jamás nos atrevimos a parar o echar la vista atrás.

En la lejanía, débilmente, un brillante crepúsculo brotó entre los árboles… un presagio de la mañana oculta. Más cansados que los muertos, y ansiosos por un refugio, una seguridad, incluso la de alguna tumba sin marcar, corrimos hacia la luz, y al salir de la jungla nos topamos con una calle pavimentada entre edificios de mármol y granito. Hastiados bajo el aplastante peso de la fatiga, nos dimos cuenta de que habíamos andado en círculos y habíamos regresado a las afueras de Commoriom. Ante nosotros, a no más de un tiro de jabalina, estaba el oscuro templo de Tsathoggua.

Entonces nos atrevimos a mirar hacia atrás y vimos al elástico monstruo, cuyas patas se habían alargado y colgaban por encima de nosotros, y cuyas fauces ahora eran lo suficientemente anchas para habernos tragado a ambos de un solo bocado. Nos siguió flotando sin esfuerzo, con una seguridad de movimientos y determinación demasiado horribles, demasiado impúdicos para poder ser tolerados. Corrimos al templo de Tsathoggua, cuya puerta seguía abierta tal como la habíamos dejado y, tras cerrar la puerta a nuestras espaldas con una aterrada urgencia, logramos, con la fuerza sobrehumana de nuestra desesperación, cerrar uno de los oxidados cerrojos.

Ahora, mientras la gélida sordidez del amanecer caía en finos rayos a través de las altas ventanas de los muros, intentamos recuperarnos con una resignación verdaderamente heroica, y nos limitamos a esperar cualquier cosa que el destino pudiera traernos. Y mientras esperábamos, el dios Tsathoggua nos observaba con una expresión de mayor amodorramiento idiotizado, y mayor vileza y brutalidad que la que había mostrado antes bajo la luz de la antorcha.

Creo que he dicho que el dintel de la puerta estaba destrozado y astillado por varios lugares. De hecho, el incipiente proceso de deterioro había dejado tres aperturas a través de las cuales ahora se colaba la luz del día, y que eran lo suficientemente grandes para permitir el paso de pequeños animales o serpientes de tamaño considerable. Por algún motivo, ambos dirigimos los ojos a aquellas rendijas.

Apenas habíamos mirado unos instantes cuando la luz fue bloqueada en las tres aperturas, y vimos entonces cómo un material negro comenzaba a rezumar a través de ellas y a derramarse por la puerta en un triple riachuelo hasta las losas del suelo, donde se volvió a unir y adoptó la forma de la criatura que nos había seguido.

—Adiós, Tirouv Ompallios —exclamé con el poco aliento que pude reunir.

A continuación corrí y me escondí tras la imagen de Tsathoggua, que era lo suficientemente grande para ocultarme, pero, desafortunadamente, demasiado pequeña para albergar a más de una persona. Tirouv Ompallios se habría adelantado a mí con el mismo loable instinto de supervivencia, pero yo fui el más rápido. Y al ver que no había suficiente espacio para los dos en la parte trasera de Tsathoggua, me devolvió la despedida y escaló al enorme cuenco de bronce, que tan sólo aportaba un precario escondite en el vacío templo.

Mirando desde detrás de aquel dios execrable, cuyo único mérito era la anchura de su abdomen y sus cuartos traseros, observé las acciones de aquella abominación. En cuanto Tirouv Ompallios se agachó dentro del cuenco de tres patas, la atrocidad sin nombre se alzó como una columna negruzca y se acercó al cuenco. La cabeza ahora había cambiado de forma y de posición, hasta el punto de que no era más que un vago dibujo de rasgos en medio de un cuerpo sin brazos, piernas o cuello. La criatura se asomó por el borde durante un instante, reagrupando todo su volumen en una masa que se cernía sobre una especie de cola en punta, y luego, como una ola rompiente, cayó dentro del cuenco y sobre Tirouv Ompallios. Todo su cuerpo pareció abrirse y formar una boca inmensa mientras se hundía perdiéndose de vista.

Apenas capaz de respirar horrorizado, esperé, pero no escuché ningún sonido ni percibí ningún movimiento en el cuenco… ni siquiera un gemido de Tirouv Ompallios. Finalmente, con una infinita lentitud, temor y precaución, me aventuré a salir desde detrás de Tsathoggua y, tras pasar junto al cuenco de puntillas, logré llegar a la puerta.

Para poder ganar mi libertad debía echar hacia atrás el cerrojo y abrir la puerta. Y temía hacerlo por el inevitable ruido que iba a causar. Pensé que sería demasiado arriesgado molestar a la entidad que yacía en el cuenco mientras digería a Tirouv Ompallios; pero no parecía haber otra alternativa si deseaba abandonar aquel abominable templo.

Cuando eché hacia atrás el cerrojo, un solo tentáculo salió disparado con infernal rapidez del cuenco y, atravesando toda la estancia, agarró letalmente mi muñeca derecha. Fue algo completamente distinto a cualquier cosa que hubiera tocado antes; era indescriptiblemente viscoso y frío, nauseabundamente blando, como el repugnante fango de una ciénaga, y mordazmente penetrante como un metal afilado. Noté una agónica succión y presión, y dejé escapar un grito cuando el tentáculo se cerró alrededor de mi piel, cortándome como un torno de hojas de cuchillos. Mientras forcejeaba para liberarme, logré abrir la puerta y me abalancé hacia el umbral. Unos segundos de terrible dolor, y a continuación fui consciente de que me había liberado de mi captor. Al mirar hacia abajo, vi que había perdido la mano, y que tan sólo quedaba un muñón extrañamente marchito del que manaba un poco de sangre. Entonces, al echar la vista atrás hacia el templo, vi que el tentáculo retrocedía y se replegaba hasta perderse de vista tras el borde del cuenco, llevándose consigo mi mano perdida para añadirla a lo que quedara de Tirouv Ompallios.

EL DEMONIO DE HIELO

[THE ICE-DEMON]

Quanga el cazador, junto a Hoom Feethos y Eibur Tsanth, dos de los joyeros más emprendedores de Iqqua, habían cruzado las fronteras de una región en la que raras veces se adentraban los hombres… y de la que aquellos que lo hacían incluso más raras veces regresaban. Partiendo de Iqqua hacia el norte, pasaron junto a la desolada ciudad de Mhu Thulan, donde el gran glaciar de Polarion había arrollado como un mar helado opulentas y célebres ciudades, y había cubierto el ancho istmo de orilla a orilla bajo brazas de hielo perpetuo.

Algunos fabulaban que las cúpulas en forma de concha de Cerngoth todavía podían ser vistas en las profundidades del glaciar, y que las altas y orgullosas agujas de Oggon-Zhai quedaron atrapadas allí dentro, junto a las palmas de helechos, los mamuts y los oscuros templos cuadrangulares del dios Tsathoggua. Todo esto ocurrió muchos años atrás, y el hielo, una poderosa y brillante muralla, seguía descendiendo hacia el sur sobre tierras desiertas.

Ahora, por el camino del glaciar almenado, Quanga conducía a sus compañeros en una búsqueda audaz. Su objetivo era nada menos que recuperar los rubís del rey Haalor, el cual marchó junto al mago Ommum-Vog y una multitud de soldados ostentosamente uniformados hacía ya más de cinco décadas para luchar contra el hielo polar. De aquella fantástica expedición ni Haalor ni OmmumVog retornaron, y el afligido y harapiento grupo de guerreros supervivientes que regresaron a Iqqua, dos lunas más tarde, relataron una historia funesta.

Decían que el ejército acampó en una especie de cerro, cuidadosamente elegido por Ommum-Vog, y a plena vista de la vanguardia helada. Entonces el poderoso hechicero, de pie junto a Haalor en medio de un círculo de braseros que humeaban sin cesar vapores dorados y recitando runas más antiguas que el propio mundo, conjuró una esfera ardiente que reflejaba los cegadores rayos del cenit, tórridos y refulgentes, e hizo que, en comparación, el sol apenas pareciera una luna diurna. A punto estuvieron los soldados de desmayarse por el calor bajo la pesada parafernalia militar que llevaban encima. Pero bajo sus rayos, los límites del glaciar comenzaron a derretirse y a derramarse en rápidos riachuelos y ríos, de manera que, durante un tiempo, Haalor creyó que lograría reconquistar el reino de Mhu Thulan, en el que sus antepasados habían reinado en épocas pretéritas.

Las aguas turbulentas eran más profundas y fluían a ambos lados del cerro sobre el que esperaba el ejército. Entonces, como por algún tipo de magia hostil, los ríos comenzaron a exudar una pálida y sofocante niebla que cubrió el sol invocado por Ommum-Vog, amortiguando y enfriando sus rayos sofocantes y anulando así su poder sobre el hielo.

En vano echó mano el brujo de otros hechizos, intentando disipar la profunda y gélida bruma. Pero el vapor bajó aún más, maligno y pegajoso, retorciéndose y zigzagueando como manojos de serpientes espectrales, y calando a los hombres hasta el tuétano como si fuera el frío de la muerte. Cubría todo el campo como algo tangible, incluso más frío y más denso, y entumecía los miembros de aquellos que alargaban a tientas los brazos y les impedía distinguir los rostros de sus compañeros a un brazo de distancia. De alguna manera, unos cuantos soldados rasos lograron encontrar los confines de la niebla y se alejaron arrastrándose temerosos bajo el mortecino sol, perdiendo de vista en los cielos el globo mágico invocado por Ommum-Vog. Y aún hoy, al rememorar aquellos acontecimientos aseguran que mientras huían extrañamente aterrorizados, en lugar de la niebla baja que esperaban ver, contemplaron una capa de hielo recién congelada que cubría el cerro en la que el rey y el brujo habían situado el campamento. El hielo se elevaba sobre el terreno a una altura superior a la de un hombre, y en el interior de sus brillantes profundidades los soldados que lograron huir observaron las borrosas formas apresadas de sus líderes y compañeros.

Considerando que aquella cosa no era un fenómeno natural, sino alguna magia ejercida por el gran glaciar, y que el propio glaciar era una entidad viva y maligna con poderes de desconocida crueldad, no aminoraron el paso en su huida. Y el hielo accedió a dejarlos marchar en paz, como si estuviera enviando una advertencia sobre el destino que correría todo aquel que osara atacarlo.

Hubo algunos que creyeron la historia, y algunos que dudaron. Pero los reyes que gobernaban en Iqqua después de Haalor no osaron enfrentarse de nuevo al hielo, y ningún mago se alzó en guerra contra él con soles conjurados. Los hombres huían ante las glaciaciones en constante avance, y se contaban extrañas leyendas de cómo algunas gentes habían sido alcanzadas o aisladas en valles solitarios por los repentinos y diabólicos movimientos del hielo, como si hubiera alargado una mano viva. Y existían leyendas sobre terribles grietas que se abrían abruptamente y se cerraban como bocas monstruosas que engullían a aquellos que osaban adentrarse por las heladas inmensidades; sobre vientos que eran como el aliento de demonios boreales que abrasaban la carne humana con un frío agudo e instantáneo y los convertían en estatuas tan duras como el granito. Finalmente, toda la región a muchas millas de la vanguardia del glaciar fue abandonada, y sólo los cazadores más veteranos perseguían sus presas en las inmensidades condenadas a un invierno perpetuo.

Y entonces ocurrió que el intrépido cazador Iluac, el hermano mayor de Quanga, llegó a Mhu Thulan persiguiendo a un enorme zorro negro y se adentró en las vastas extensiones de la capa helada. Rastreó su presa durante muchas leguas, pero no conseguía acercarse lo suficiente para alcanzarlo con el arco y, por fin, llegó a una enorme elevación en la llanura que parecía marcar la posición de una colina enterrada. E Iluac pensó que el zorro había entrado en una caverna del montículo; de

forma que, con el arco levantado y una flecha envenenada enganchada en la cuerda, siguió al animal al interior de la gruta.

El lugar era como una cámara de reyes o dioses boreales. A su alrededor, bajo una tenue luz verdosa, se distinguían enormes pilares brillantes y carámbanos gigantescos colgaban del techo en forma de estalactitas. El terreno se inclinaba hacia abajo, e Iluac llegó al final de la cueva sin encontrar ningún rastro del zorro. Pero en la transparente profundidad de la pared, en la parte inferior, vio las formas erguidas de muchos hombres, congelados y sellados como en una tumba, con cuerpos intactos y semblantes bellos y tersos. Los hombres estaban armados con altas lanzas, y la mayoría de ellos llevaba la parafernalia militar de los soldados. Pero entre ellos, a la vanguardia, se erguía una altiva figura ataviada con la túnica azul marino de un rey, y junto a él se veía a un anciano agachado que llevaba la indumentaria de brujo negra como la noche. Los ropajes de la figura real estaban cubiertos de gemas que brillaban como estrellas de colores a través del hielo, y enormes rubís rojos como gotas de sangre recién congelada se alineaban formando un triángulo que pendía sobre el pecho, formando la marca real de los reyes de Iqqua. Y gracias a aquellos objetos Iluac supo que había encontrado la tumba de Haalor y Ommum-Vog y de los soldados con los que intentaron luchar contra el hielo en el pasado.

Sobrecogido por la extraña visión, acudieron a su mente las viejas leyendas y por primera vez perdió el coraje y abandonó la cámara sin demora. No pudo encontrar al zorro por ningún lado, de modo que abandonó la persecución y regresó al sur, a las tierras más allá del glaciar sin sufrir percance alguno. Sin embargo, más tarde aseguró que el hielo cambiaba extrañamente mientras perseguía al zorro, y que durante un tiempo, tras abandonar la caverna, apenas logró orientarse. Había escarpados riscos y montículos donde antes no había ninguno, lo cual hizo que su regreso se convirtiera en un viaje extenuante, y el glaciar parecía haberse extendido muchas millas desde sus anteriores límites. Y debido a todas estas cosas, las cuales no podía explicar ni entender, un extraño y desasosegante miedo creció en el corazón de Iluac.

Jamás regresó al glaciar, pero le contó a su hermano Quanga lo que había encontrado allí, y describió el punto exacto de la cámara subterránea en la que el Rey Haalor y Ommum-Vog y sus hombres de armas estaban enterrados. Y poco después, Iluac fue descuartizado por un oso blanco contra el que había disparado todas sus flechas en vano.

Quanga no era menos valiente que Iluac, y no temía al glaciar puesto que había estado sobre él en muchas ocasiones y jamás había sufrido ningún percance. El suyo era un corazón ávido de riquezas y con frecuencia pensaba en los rubís de Haalor encerrados allí con el rey en el hielo eterno, y pensó que un hombre intrépido podría recuperarlos.

Así pues, un verano, mientras comerciaba en Iqqua con sus pieles, se dirigió a los joyeros Eibur Tsanth y Hoom Feethos llevando consigo unos cuantos granates que encontró en el valle del norte. Mientras los joyeros examinaban los granates, Iqqua

habló en tono casual sobre los rubís de Haalor, y les interrogó hábilmente sobre su valor. A continuación, tras escuchar el enorme precio de las gemas, y percatarse del avaricioso interés que habían mostrado tanto Hoom Peethos como Eibur Tsanth, les contó la historia que su hermano Iluac le había confiado, y les propuso que, si le prometían la mitad del valor de los rubís, él mismo los guiaría hasta la cueva secreta donde se encontraban.

Los joyeros aceptaron su propuesta, a pesar de las penurias que suponía el viaje, y las dificultades con que se enfrentarían más adelante para vender a escondidas unas piedras preciosas que pertenecieron a la familia real de Iqqua y que podían ser reclamadas por el actual monarca, Ralour, si se supiera de su existencia. El fabuloso valor de los rubís había encendido su avaricia. Quanga, por su parte, deseaba la complicidad y connivencia de los comerciantes porque sabía que le resultaría difícil vender las joyas de otra forma. No se fiaba de Hoom Feethos ni de Eibur Tsanth, y por esta razón exigió que fueran con él a la caverna y le pagaran la cantidad de dinero acordada en cuanto tuvieran el tesoro en sus manos.

El extraño trío partió a mediados de verano. Ahora, tras dos semanas de viaje a través de una región subártica agreste, estaban llegando a los confines del hielo eterno. Viajaban a pie, y sus provisiones eran transportadas por tres caballos un poco más grandes que un buey almizclero. Quanga, tirador de excelente puntería, cazaba liebres y aves acuáticas para las provisiones diarias.

Tras ellos, en un cielo turquesa despejado de nubes, ardía el sol bajo que se decía que describía una eclíptica mucho más alta en tiempos pasados. Ventisqueros de nieve compacta se amontonaban en las sombras de las colinas más altas, y en los valles abruptos llegaron a la vanguardia del glaciar de placas de hielo. Los árboles y arbustos ya eran muy escasos y mermados, en una tierra donde los bosques frondosos florecieron en el pasado bajo un clima más benigno. Pero las amapolas llameaban en los prados y por las laderas, extendiendo su frágil belleza como una alfombra escarlata ante los pies del invierno perenne; y las tranquilas lagunas y los caudales estancados o en movimiento estaban cubiertos de blancos nenúfares.

Ligeramente al este, vieron las fumarolas de las cumbres volcánicas que todavía resistían el avance de los glaciares. Al oeste se divisaban altas y adustas montañas cuyos escarpados precipicios y cumbres estaban cubiertos de nieve, y a los pies de las laderas el hielo había escalado como un mar que anegaba todo. Ante ellos se alzaba la amenazante y almenada pared de una glaciación extensa como un reino, que se movía igualmente sobre las llanuras y las colinas, arrancando árboles, y presionando el suelo hacia delante en extensos pliegues y caballones. Su avance se había frenado ligeramente debido al verano norteño. Quanga y los joyeros llegaron a unos riachuelos turbios formados por un deshielo pasajero que brotaba de los brillantes terraplenes azul verdosos.

Dejaron sus caballos de carga en un valle cubierto de hierba, atados con largas correas de elfo a los sauces enanos. A continuación, portando tan sólo las provisiones

y equipo que pudieran necesitar para dos días de viaje, escalaron la ladera de hielo por un punto elegido por Quanga, por ser el más accesible y apuntar hacia la dirección de la cueva que había encontrado Iluac. Quanga se orientaba por la posición de las montañas volcánicas, y también por los dos picos aislados que despuntaban sobre la placa de hielo de la llanura por el norte, como los pechos de una gigante bajo su armadura brillante.

Los tres viajaban bien equipados para afrontar cualquier exigencia en su búsqueda. Quanga llevaba un peculiar pico de bronce exquisitamente templado para usarlo en la exhumación del cuerpo del Rey Haalor, e iba armado con una espada corta en forma de hoja de árbol, además de su arco y el carcaj lleno de flechas. Sus ropajes estaban elaborados con las pieles de un oso gigante, de color marrón negruzco.

Hoom Feethos y Eibur Tsanth, ataviados con vestiduras profusamente forradas de plumón contra el frío, le seguían quejumbrosos y con avaricioso entusiasmo. No habían disfrutado en absoluto las largas marchas a través de un territorio desolado y estremecedor, ni el duro periplo mientras estaban expuestos a las inclemencias del tiempo del norte. Además, empezaban a mostrar cierto desprecio por Quanga, a quien consideraban tosco y autoritario. Sus motivos de queja se veían ahora agravados por el hecho de que les obligaba a transportar la mayoría de las provisiones, además de las dos pesadas bolsas de oro que debían intercambiar más tarde por las gemas. Ningún otro objeto menos valioso que los rubís de Haalor les hubiera hecho llegar hasta tan lejos, o atravesar a pie las colosales inmensidades de la placa de hielo.

El paisaje que se abría ante ellos era como un mundo helado del vacuo espacio exterior. Vasta e ininterrumpida, a excepción de algunos montículos y riscos desperdigados, la llanura se extendía hacia el blanco horizonte y sus cumbres blindadas. No parecía que nada viviera o se moviera en aquellos terribles y relucientes parajes, cuyos terrenos más cercanos carecían de nieve. El sol palideció y se enfrió, y se perdió de vista a espaldas de los aventureros; y un viento sopló sobre ellos procedente del hielo, como el aliento de abismos de más allá del polo. Sin embargo, aparte de la desolación y tenebrosidad boreal, no había nada que hiciera desfallecer a Quanga o a sus acompañantes. Ninguno de ellos era supersticioso, y todos pensaban que los viejos cuentos eran simples leyendas, fábulas inventadas para meter miedo. Quanga sonrió tristemente al pensar en su hermano Iluac, que a raíz de su encuentro con Haalor se había vuelto extrañamente pusilánime e imaginaba cosas extraordinarias. Una insólita debilidad se había apoderado de Iluac, un hombre que en otro tiempo había sido un cazador intrépido y tan imprudente que nunca temió a hombres ni a bestias. En cuanto al enterramiento de Haalor y Ommum-Vog y su ejército en el glaciar, era obvio que se habían dejado atrapar por las tormentas invernales, y los pocos supervivientes, mentalmente trastornados por las durezas que habían vivido, contaban una historia disparatada. El hielo —a pesar de que hubiera conquistado la mitad de un continente— era simplemente hielo, y sus obras

respondían invariablemente a ciertas leyes naturales. Iluac había dicho que la placa de hielo era un enorme demonio, cruel y avaricioso, que se resistía a dejar marchar lo que ya había tomado. Pero tales creencias eran meras supersticiones primitivas que no debían ser tenidas en cuenta por las mentes preclaras del Pleistoceno.

Habían escalado el terraplén a primera hora de la mañana. Quanga aseguró a los joyeros que, a más tardar, llegarían a la caverna hacia el mediodía, aunque se produjera alguna dificultad o retraso en la ubicación de esta.

La llanura se veía sorprendentemente intacta y sin grietas, y había pocos obstáculos que pudieran impedir el avance de los hombres. Guiándose por las dos montañas en forma de grandes pechos, llegaron tres horas más tarde a una elevación del terreno que correspondía al montículo de la historia de Iluac. No tuvieron muchos problemas en encontrar la apertura de la profunda cámara mortuoria.

Parecía que el lugar había cambiado poco, o nada, desde la visita de Iluac, porque el interior, con sus columnas y carámbanos colgantes, se ajustaba casi totalmente a su descripción. La entrada era como unas fauces con colmillos. Dentro, el suelo se inclinaba en una resbaladiza pendiente durante unas treinta yardas. En la cámara flotaba una luz fría y azulada que se filtraba a través del techo abovedado. En la parte más baja, en la pared estriada, Quanga y los joyeros contemplaron las formas incrustadas de una cantidad de hombres, entre los que se distinguía fácilmente el alto cadáver con ropajes azules del rey Haalor y la oscura y postrada momia de Ommum-Vog. Tras ellos, las siluetas de otros hombres, sujetando eternamente sus lanzas en hileras y multiplicándose hacia abajo en rígidas filas a través de profundidades insondables, apenas eran discernibles.

Haalor se alzaba regio y enhiesto, con ojos desorbitados que miraban con altivez, como si aún tuvieran vida. Sobre su pecho, el triángulo de ardientes rubís brillantes como la sangre relucía insaciable entre la oscuridad glacial, y los gélidos ojos de topacios, de berilos, de diamantes, de circonitas, brillaban y titilaban sobre sus ropajes azules. Parecía que las fabulosas piedras preciosas estaban a no más de un pie o dos de hielo de los avariciosos dedos del cazador y sus acompañantes.

Sin pronunciar palabra, contemplaron embelesados tan preciado tesoro. Además de los enormes rubís, los joyeros también estaban calculando el valor del resto de gemas que había sobre el cuerpo de Haalor. Sólo estas, pensaron complacidos, habrían hecho que valiera la pena soportar la fatiga del viaje y la insolencia de Quanga.

Por su parte, el cazador empezaba a arrepentirse de no haber subido más la puja. Sin embargo, las dos bolsas de oro le harían rico. Podría beber hasta hartarse caros vinos, más rojos que los rubís, procedentes de la lejana Uzuldaroum en el sur. Las jóvenes morenas de ojos rasgados de Iqqua bailarían para él cuando se lo ordenara, y podría jugar apostando más alto.

Los tres hombres no parecían afectados por la inquietante situación en la que se hallaban: solos en aquel destierro boreal con los muertos helados; y tampoco les

afectaba la macabra naturaleza del robo que estaban a punto de perpetrar. Sin esperar la señal de ninguno de sus compañeros, Quanga alzó el afilado pico de bronce templado y comenzó a horadar la pared translúcida con fuertes golpes.

El pico producía un agudo repiqueteo sobre el hielo, y este se deshacía en astillas cristalinas y trozos diamantinos. En pocos minutos logró abrir una gran cavidad, hasta que sólo una fina placa, agrietada y rota, le separó del cuerpo de Haalor. Quanga procedió a romper aquella fina placa con sumo cuidado y pronto el triángulo de rubís monstruosos, más o menos hundidos en el hielo, estuvo al alcance de sus dedos. Mientras los orgullosos y siniestros ojos de Haalor le miraban inmóviles desde detrás de su máscara helada, el cazador dejó caer el pico y, tras desenvainar su espada con forma de hoja, comenzó a cortar los finos alambres de plata que sujetaban hábilmente los rubís a los ropajes del rey. Con las prisas, rasgó algunas porciones de la tela azul marino, dejando al descubierto la piel congelada y blanquísima. Al tiempo que desenganchaba los rubís, se los daba uno a uno a Hoom Feethos, que permanecía detrás, no muy lejos de él; y el comerciante, con ojos rebosantes de avaricia y babeando levemente extasiado, los colocaba con cuidado en un enorme morral de piel de lagarto moteado que llevaban para tal fin.

Cuando recuperaron el último rubí, Quanga se dispuso a desprender el resto de gemas de menor valor que adornaban las vestiduras del rey y que formaban curiosos dibujos y signos de significado astrológico o hierático. Entonces, mientras seguían atareados, tanto él como Hoom Feethos se sobresaltaron al escuchar un fuerte y estremecedor estruendo que culminó en una miríada de tintineos como de cristales rotos. Al girarse, ambos hombres vieron que un enorme carámbano había caído desde la cúpula de la caverna, y su punta, como si hubiera sido certeramente dirigida, había partido en dos el cráneo de Eibur Tsanth, que yacía entre las esquirlas de hielo con el extremo afilado del fragmento profundamente incrustado en su cerebro rezumante. Murió al instante, sin ser tan siquiera consciente de su final.

Parecía que el accidente era totalmente natural, como el que podría ocurrir en verano debido a un ligero deshielo de la inmensa masa en suspensión; pero, consternados, Quanga y Hoom Feethos advirtieron ciertas circunstancias que no eran para nada normales o explicables.

Durante el proceso de recobrar los rubís, en el que había estado tan centrada la atención de ambos hombres, *la cámara se había estrechado hasta la mitad de su anchura original, y también había disminuido de altura*, hasta el punto de que los carámbanos colgantes casi los tocaban, como si estuvieran a punto de ser masticados por los dientes de una boca colosal. El lugar se había oscurecido y la luz era como la que podría filtrarse en los mares árticos a través de gruesos témpanos.

La pendiente de la cueva se había pronunciado, como si se inclinara hacia profundidades sin fondo. Allá arriba —increíblemente lejos— los dos hombres divisaron la pequeña entrada, que no parecía mayor que la boca de una madriguera de zorro.

Durante unos segundos, ambos se quedaron estupefactos. Los cambios de la caverna no admitían ninguna explicación natural, y los hiperbóreos sintieron brotar en su interior todos aquellos terrores supersticiosos que se habían esforzado por desechar. Ya no podían seguir negando la consciente y viva maldad, los poderes diabólicos imputados al hielo en las viejas leyendas.

Conscientes del peligro que corrían, y espoleados por un pánico desbocado, se lanzaron a escalar la pendiente. Hoom Feethos sujetó con fuerza la abultada bolsa de rubís, así como la pesada saca de monedas de oro que colgaba de su cinturón, y Quanga tuvo la suficiente cabeza fría para llevarse la espada y el pico. Sin embargo, en su huida aterrorizada ambos olvidaron la segunda bolsa de oro que estaba junto al cuerpo de Eibur Tsanth, bajo los restos de la estalactita rota.

El estrechamiento sobrenatural de la cueva, el terrible y siniestro descenso del techo, aparentemente habían cesado. En todo caso, los hiperbóreos no detectaron que el proceso continuara mientras escalaban despavoridos y fatigosamente la pendiente hacia la abertura. Se vieron forzados a agacharse en muchos lugares para evitar los poderosos colmillos que amenazaban con cerrarse sobre ellos; e incluso llevando unos borceguíes de áspera piel de tigre, les resultaba difícil mantenerse en pie sobre la terrible pendiente. En ocasiones se impulsaban hacia arriba apoyándose sobre las resbaladizas formaciones en forma de pilares y con frecuencia Quanga, que encabezaba la marcha, se veía forzado a horadar rápidamente unos escalones en la pendiente con su pico.

Hoom Feethos estaba demasiado aterrado incluso para la más rudimentaria de las reflexiones. Pero Quanga, mientras escalaba, consideraba las monstruosas alteraciones en la cueva, que no podía asociar con nada de su amplia y variada experiencia de distintos fenómenos naturales. Intentó convencerse de que en un primer momento había cometido un error al calcular las dimensiones de la cámara y la inclinación del suelo. El esfuerzo resultó inútil: seguía enfrentado a algo que contradecía su propia lógica; algo que distorsionaba la cara conocida del mundo con una locura ultraterrena y abominable e insuflaba un caos maligno en su ordenado funcionamiento.

Tras una ascensión aterradoramente prolongada, como si escaparan de alguna tediosa y delirante pesadilla, se aproximaron a la boca de la caverna. Apenas había espacio para que un hombre se arrastrara sobre su barriga bajo los puntiagudos y pesados dientes. Quanga, temeroso de que los colmillos cayeran sobre él como los de un monstruo enorme, se abalanzó hacia delante y comenzó a retorcerse para atravesar la apertura con una celeridad poco heroica. Algo le impidió avanzar y creyó, durante unos segundos de profundo horror, que sus peores temores se estaban cumpliendo. Pero, a continuación, se dio cuenta de que el arco y el carcaj de flechas, que había olvidado descolgar de su hombro, se habían quedado enganchados en el hielo colgante. Mientras Hoom Feethos farfullaba frenético sumido en un ataque de miedo e impaciencia, el cazador retrocedió reptando, se quitó las armas que le impedían

pasar y las lanzó al exterior junto al pico antes de pasar en un segundo intento, esta vez más exitoso, a través de la angosta apertura.

Se puso en pie sobre el glaciar a cielo abierto y escuchó un desgarrado grito que procedía de la garganta de Hoom Feethos, quien, intentando seguir a Quanga, se había quedado totalmente atascado en la entrada, ya que su contorno era bastante más amplio que el del cazador. Su mano derecha, que sujetaba la saca de rubís, estaba extendida hacia la parte exterior del umbral de la cueva. Aullaba sin cesar, balbuceando incoherentemente que los crueles dientes de hielo estaban masticándolo para triturarlo.

A pesar del siniestro terror que le había hecho perder el control, el cazador todavía reunió el suficiente coraje para regresar e intentar ayudar a Hoom Feethos. Cuando estaba a punto de golpear los enormes carámbanos con su pico, escuchó un grito agonizante procedente de la garganta del joyero, seguido por un chasquido seco e indescriptible. No se percibió en ningún momento que los colmillos se movieran… ¡y, sin embargo, Quanga pudo ver que ahora tocaban el suelo de la caverna! El cuerpo de Hoom Feethos, atravesado de lado a lado por uno de los carámbanos y aplastado por los dientes cortantes, vomitaba sangre sobre el glaciar, como el rocío rojo de un lagar.

Quanga dudó de sus propios sentidos. Lo que había ocurrido ante ál era obviamente imposible… no había ninguna grieta en el montículo sobre la entrada de la caverna que pudiera explicar el desprendimiento de aquellos terribles colmillos. Ante sus propios ojos, aunque demasiado rápidamente para aprehenderlo mentalmente, aquella inimaginable barbaridad había tenido lugar.

Ya no había ayuda terrenal alguna que pudiera salvar a Hoom Feethos, y Quanga, totalmente invadido por un insondable pánico, en todo caso difícilmente habría podido permanecer allí por más tiempo para auxiliarlo. Pero al ver la saca que había caído hacia delante al soltarse de los dedos del joyero, el cazador echó rápidamente la mano y lo agarró siguiendo un impulso de avaricia mezclada con terror; y luego, sin echar la vista atrás, huyó del glaciar hacia el sol de mermada trayectoria.

Durante unos momentos, mientras corría, Quanga no percibió las siniestras y funestas alteraciones, semejantes a las de la cueva, que se habían producido en la propia llanura cubierta de hielo. Golpeado por una terrible conmoción, que se transformó en una sensación de vértigo real, vio que estaba escalando una larga pendiente absurdamente escarpada sobre cuya cima el sol se había alejado de forma extraña y ahora lucía pequeño y gélido, como si lo observara desde otro planeta. El propio cielo era diferente: aunque todavía estaba totalmente despejado, había adquirido una curiosa palidez mortecina. Una inquietante sensación de voluntad hostil, de inmensa y gélida maldad, invadía el aire y se posaba sobre Quanga como un íncubo. Pero lo más aterrador de todo, ya que probaba un consciente y maligno quebrantamiento de las leyes naturales, era la vertiginosa inclinación hacia el polo que había adoptado la llana meseta.

Quanga pensó que la propia creación se había trastornado y le había dejado a merced de fuerzas demoníacas procedentes de los paganos abismos exteriores. Manteniéndose en pie en precario equilibrio, encaramándose y tambaleándose en su ascenso, temió por un instante resbalar, caer y deslizarse hacia abajo eternamente, hacia las insondables profundidades árticas.

Y, sin embargo, cuando finalmente se atrevió a parar y se giró estremecido para echar un vistazo hacia el supuesto descenso, vio a sus espaldas una pendiente similar en todos los aspectos a la que estaba escalando: una demente pared de hielo inclinada que se erguía interminablemente hacia un segundo sol remoto.

En medio de la confusión de aquella extraña inversión, pareció perder los últimos restos de equilibrio que le quedaban, y mientras se esforzaba por recuperar el sentido de la orientación que nunca antes le había abandonado, el glaciar giraba y temblequeaba a su alrededor como un mundo rodando. Parecía que por todos lados había pequeños parhelios que se burlaban de él sobre las escarpadas laderas, interminables y glaciales. Continuó su desesperada escalada por un mundo imaginario del revés: no sabía distinguir el norte del sur, ni el este del oeste.

Un viento repentino sopló hacia abajo sobre el glaciar; aulló en los oídos de Quanga como una miríada de voces de demonios burlones; gemía y se reía y ululaba con notas agudas como hielo resquebrajándose. Parecía tirar de Quanga con dedos vivos y maliciosos, robarle el aliento por el que el cazador había luchado tan agónicamente. A pesar de sus pesados ropajes y la lentitud de su trabajosa ascensión, sintió los penetrantes y mordaces dientes del viento que le buscaban y le mordían hasta el tuétano.

Mientras continuaba escalando, entrevió que la superficie de hielo ya no era llana, sino que habían brotado pilares y pirámides a su alrededor, y también obscenos montículos con formas más desenfrenadas. Inmensos perfiles malignos sonreían lascivamente en cristal azul verdoso; las cabezas deformes de demonios abominables fruncían el ceño, y dragones con las alas desplegadas se retorcían inmóviles por las paredes de la pendiente, o se hundían congelados en las profundas grietas.

Aparte de aquellas formas imaginarias que adoptaba el propio hielo, Quanga vio, o creyó ver, cuerpos y rostros humanos incrustados en el glaciar. Manos pálidas parecían estirarse débiles y suplicantes hacia él desde las profundidades; y el cazador sintió sobre él los ojos cristalizados de hombres que habían muerto años antes, y contempló los miembros hundidos, rígidos y en extrañas actitudes de tortura.

Quanga ya no era capaz de pensar. Terrores primigenios sordos y ciegos y más antiguos que la propia razón habían invadido su mente con su atávica oscuridad. Le espoleaban implacablemente, como se espolea a una bestia, y no le permitían detenerse ni flaquear en la falsa pendiente de pesadilla. Si hubiera podido reflexionar, tan sólo habría concluido que su escapada final era imposible, que el hielo, una criatura viva, consciente y maléfica, simplemente se entretenía con él en un juego cruel y fantástico que, de alguna forma, había inventado en su increíble animismo.

Así pues, tal vez era mejor que hubiera perdido su capacidad de pensar.

Más allá de toda esperanza y sin previo aviso, llegó al final de la glaciación. Fue como el cambio repentino de un sueño que pilla al soñador desprevenido; contempló con estupor durante algunos segundos los conocidos valles hiperbóreos a los pies de la pendiente, hacia el sur, y los volcanes que despedían un humo negro al otro lado de las colinas al sureste.

Su huida de la caverna había consumido casi por completo la larga tarde subpolar, y el sol pendía ahora cerca del horizonte. Los parhelios habían desparecido y, como por algún prodigioso truco de prestidigitación, la placa de hielo había adoptado de nuevo su horizontalidad original. Si hubiera podido comparar sus impresiones, Quanga se habría dado cuenta de que en ningún momento sorprendió al glaciar llevando a cabo sus desconcertantes cambios sobrenarurales.

Dudosamente, como si fuera un espejismo capaz de esfumarse en cualquier momento, examinó el paisaje bajo las almenas. Al parecer, había regresado al mismo lugar en el que él y los joyeros habían iniciado su desastroso viaje por el hielo. Ante él una pendiente suave, apelmazada y resquebrajada, bajaba hacia los verdosos prados. Temiendo que todo fuera un engaño, algo irreal —una bella trampa cautivadora, una nueva traición del ente que ya consideraba un demonio cruel y todopoderoso—, Quanga descendió la pendiente con zancadas y saltos apresurados. Incluso cuando ya avanzaba en los afloramientos de pies de lobo que le cubrían hasta los tobillos, con frondosos sauces y hierbas reptantes a su alrededor, no podía creer que realmente hubiera logrado escapar.

El ciego impulso de un miedo atenazador todavía lo espoleaba, y un instinto primario, igualmente ciego, lo condujo hacia las cumbres volcánicas. El instinto le indicó que podría refugiarse del lacerante frío boreal por sus alrededores; y allí, más que en ningún otro lugar, podría mantenerse a salvo de las demoníacas maquinaciones del glaciar. Se decía que allí, hirviendo a los pies de aquellas montañas, fluían perpetuamente manantiales de agua; enormes géiseres, rugiendo y siseando como calderos infernales, llenaban los barrancos más altos con cataratas de agua hirviendo. Las largas nevadas que azotaban Hiperbórea se convertían en suaves lluvias en las proximidades de los volcanes, y allí una rica flora de sensuales colores, anteriormente presente en toda la región pero que ahora resultaba exótica, florecía durante todas las estaciones.

Quanga no pudo encontrar los pequeños caballos lanudos que él y sus acompañantes habían dejado atados a los sauces enanos en el prado del valle. Tal vez, después de todo, no se trataba del mismo valle. En cualquier caso, no detuvo su huida para recuperar las monturas. Sin demorarse o entretenerse más, tras echar temerosamente la vista atrás hacia la amenazante masa de la glaciación, partió en línea recta hacia las montañas humeantes.

El sol se hundió un poco más, bordeando interminablemente el horizonte del suroeste e inundando el hielo almenado y el paisaje ondulante con una luz de pálida

amatista. Quanga, con músculos de hierro y acostumbrado a marchas prolongadas, continuó avanzando aterido por un terror que no remitía, y poco a poco fue alcanzado por el prolongado crepúsculo de colores etéreos del verano norteño.

De una u otra forma, a través de todas las etapas de su huida, había logrado conservar el pico, así como el arco y las flechas. Maquinalmente, unas horas antes, había colocado el pesado saco de rubís en el pecho bajo su ropa para mantenerlo seguro. Se había olvidado de ellos y ni tan siquiera notaba el hilo de agua que caía al derretirse el hielo apelmazado alrededor de las joyas y que le empapaba el cuerpo a través de la saca de piel de lagarto.

Mientras cruzaba uno de los innumerables valles, tropezó con una raíz de sauce que sobresalía y el pico se escapó volando de sus dedos cuando cayó al suelo. Tras incorporarse, corrió sin parar para recuperarlo.

Un resplandor rojizo procedente de los volcanes era ahora visible y se recortaba contra el cielo crepuscular. Se hizo más intenso a medida que Quanga avanzaba, y sintió que estaba acercándose al ansiado santuario inviolable. A pesar de estar todavía profundamente conmocionado y desmoralizado por sus desagradables experiencias sobrehumanas, comenzó a pensar que, tal vez, después de todo, lograra escapar del demonio de hielo.

De repente fue consciente de una sed acuciante que no había sentido hasta ese momento. Se atrevió a parar en uno de los valles poco profundos y bebió de un arroyo bordeado de capullos de flores. A continuación, vencido por la demoledora carga de una fatiga inconscientemente acumulada, se tumbó en el suelo para descansar durante unos minutos entre las amapolas rojas como la sangre, que ahora se veían moradas por la luz crepuscular.

El sueño lo cubrió como una nevada suave y abrumadora sobre sus párpados, pero pronto irrumpieron sueños malignos en los que todavía huía inútilmente del glaciar burlón e inexorable. Se despertó envuelto en un gélido terror, sudado y tembloroso, y se encontró observando el cielo del norte, donde un delicado fulgor moría lentamente. Le pareció que una enorme sombra, maligna y colosal y, de alguna manera, sólida, se movía en el horizonte y caminaba sobre las colinas bajas y en dirección al valle en el que se encontraba. Llegó con una inexpresable velocidad, y la última luz desapareció de los cielos, fría como un reflejo sobre el hielo.

El cazador se puso rápidamente en pie con la rigidez del prolongado cansancio que le atenazaba todo el cuerpo, y la estupefacción de la pesadilla que todavía se entremezclaba con sus miedos de semivigilia. En aquel estado, en un demente y momentáneo desafío, descolgó su arco y disparó una flecha tras otra hasta vaciar el carcaj contra la enorme, siniestra e informe sombra que parecía cernirse ante él en el cielo. Tras disparar todas las flechas, retomó su apresurada huida.

Mientras corría, temblaba incontrolablemente por el repentino e intenso frío que había penetrado en el valle. Borrosamente, con un ataque de terror, sintió que había algo malsano y antinatural en aquel frío… algo que no correspondía al lugar ni a la

estación. Los volcanes ardientes estaban bastante cerca, y pronto llegaría a las colinas que los bordeaban. El aire que le rodeaba debería haber sido un aire templado, si no realmente caliente.

De repente, el propio aire se oscureció frente a él, con un insondable brillo azul verdoso en sus profundidades. Durante unos segundos vio la sombra sin rasgos que se alzaba gigantesca sobre su camino y oscurecía las mismísimas estrellas y el fulgor de los volcanes. Entonces, produciendo un remolino de vapor espoleado por la tempestad, lo envolvió, gélido e implacable. Era como hielo espectral… algo que le cegaba los ojos y le dejaba sin aliento, como si estuviera enterrado en una tumba glacial. Era un frío de rigores transárticos que él mismo jamás había experimentado, y que hacía que le dolieran insoportablemente todos sus miembros, y a este dolor le siguió un entumecimiento que se extendió con celeridad.

En la tiniebla azul verdosa que se cerraba y espesaba a su alrededor, escuchó débilmente un sonido como el de carámbanos rompiéndose, un crujir de pesados témpanos. Era como si el alma del glaciar, maligna e implacable, le hubiera dado alcance en su fuga. Quanga forcejeaba intermitentemente con sus miembros insensibilizados, invadido por un somnoliento terror. Siguiendo un oscuro impulso, como si quisiera complacer a una deidad vengativa, sacó la bolsa de rubís de su pecho con un prolongado y doloroso esfuerzo, e intentó lanzarla lejos. Las correas que cerraban la bolsa se soltaron al caer y Quanga escuchó muy débilmente, como desde una gran distancia, el repiqueteo de los rubís rodando al esparcirse sobre una superficie dura. Luego la inconsciencia fue apoderándose de él y cayó hacia delante rígidamente, sin saber que había caído.

La luz del día lo encontró junto a un pequeño arroyo, totalmente congelado, y con el rostro descansando sobre un círculo de amapolas que habían quedado ennegrecidas, como si hubieran sido pisadas por algún gigantesco demonio de escarcha. Una laguna cercana, formada por el manso riachuelo, aparecía cubierta con una fina capa de hielo, y, sobre el hielo, como gotas de sangre helada, estaban esparcidos los rubís de Haalor. A su debido tiempo, el gran glaciar, moviéndose lenta e inexorablemente hacia el sur, los reclamaría.

EL ROBO DE LOS TREINTA Y NUEVE CINTURONES

[THE THEFT OF THIRTY-NINE GIRDLES]

Me gustaría dejar claro a modo de introducción a este cuento que jamás he robado a un hombre que no fuera un ladrón. A lo largo de mi larga y esforzada carrera, yo, Satampra Zeiros de Uzuldaroum, a veces llamado el maestro-ladrón, me he esforzado en servir como mero agente de una justa redistribución de la riqueza. La aventura que estoy a punto de relatar no es una excepción; aunque, como finalmente resultó, mis propios beneficios monetarios fueron realmente escasos, por no decir inexistentes.

Ahora la vejez me ha alcanzado. Y aquí sentado, disfrutando lo que he ganado tras afrontar numerosos peligros, bebo los vinos que alegran la vejez. Y mientras sorbo, me llegan recuerdos de espléndidos botines y valerosas y funestas hazañas. Ante mí brillan sacos rebosantes de *djals* y *pazoors*, hábilmente arrebatados de los cofres de mezquinos comerciantes y prestamistas. Sueño con rubís más rojos que la sangre que fue derramada por ellos; con zafiros más azules que las profundidades del hielo glacial; con esmeraldas más verdes que la jungla en primavera. Recuerdo las escaladas a balcones protegidos con puntas de hierro; las subidas a terrazas y torres custodiadas por monstruos; el saqueo de altares ante los ojos de ídolos malignos o serpientes centinelas.

Con frecuencia pienso en Vixeela, mi único amor verdadero, y la compañera de rapiñas más inteligente y valiente que he tenido. Hace ya mucho tiempo que partió hacia el destino de todos los buenos ladrones y camaradas; y he lamentado hondamente su pérdida durante todos estos años. Pero todavía me conmueve el recuerdo de nuestras noches amorosas o de aventuras y las hazañas que logramos juntos. De tales hazañas, quizás la más significativa y audaz fue el robo de los treinta y nueve cinturones.

Eran los cinturones de castidad de oro y piedras preciosas que llevaban las vírgenes que habían jurado sus votos al dios lunar Leniqua, cuyo templo había sido erigido en tiempos inmemoriales en la periferia de Uzuldaroum, capital de Hiperbórea. Las vírgenes siempre eran treinta y nueve. Eran elegidas por su juventud y belleza y retiradas del servicio al dios a los treinta y un años de edad.

Los cinturones estaban cerrados con un candado del bronce más resistente y las llaves eran guardadas por el sumo sacerdote, que algunas noches las prestaba a un alto precio a los nobles más ricos de la ciudad. Se entenderá por lo tanto que la virginidad de las sacerdotisas no era más que algo meramente simbólico; pero las frecuentes y repetidas transacciones eran consideradas actos de sacrificio al dios dignos de admiración.

La propia Vixeela formó parte de las vírgenes durante un tiempo, pero huyó del templo y de Uzuldaroum varios años antes de cumplir la edad sacerdotal de

liberación de sus ataduras. No me habló demasiado de su vida en el templo, y supuse que no obtuvo mucho placer en la prostitución religiosa, y que aún se sentía dolida por el cautiverio que había padecido. Tras su huida, sufrió enormes dificultades en las ciudades del sur. También hablaba parcamente sobre estas, como alguien que teme revivir dolorosos recuerdos.

Había regresado a Uzuldaroum unos meses antes de que nos conociéramos. Siendo ya una mujer madura, y tras tintar sus cabellos rubios rojizos con un color negro azulado, no temía ser reconocida por los sacerdotes de Leniqua. Como era su costumbre, estos rápidamente la reemplazaron con otra virgen más joven, y ahora poco interés despertaría en ellos una mujer delincuente de tanta edad.

En el momento de nuestro primer encuentro, Vixeela ya había cometido varios hurtos menores. Pero, al no tener experiencia, había fallado en algunos de los más fáciles y simples, y había adelgazado mucho a consecuencia del hambre que pasaba. Seguía siendo atractiva, y su ingenuo entusiasmo y rapidez en aprender pronto se granjearon mi afecto. Era pequeña y ágil y podía escalar como un lémur. Al poco tiempo se convirtió para mí en una ayuda inestimable, pues podía escalar y colarse por ventanas y otras aperturas por las que mi corpulento cuerpo era incapaz de pasar.

Habíamos consumado varios robos lucrativos, cuando se me ocurrió la idea de entrar en el templo de Leniqua y llevarnos los valiosos cinturones. Dados los problemas que ofrecía y los obstáculos que debían ser salvados, a primera vista parecía una fantasía casi irrealizable. Pero tales dificultades siempre me han atraído y nunca me he amilanado ante ellas.

En primer lugar, estaba el problema de entrar sin ser detectados y sin desatar un caos a manos de los sacerdotes armados con hoces que guardaban el templo de Leniqua con siniestra e incorruptible vigilancia. Afortunadamente, durante su periodo de servicio en el templo, Vixeela había descubierto un pasadizo subterráneo, no utilizado desde hacía mucho tiempo, pero, según creía, todavía transitable. En algún punto del bosque a espaldas de Uzuldaroum se abría una gruta natural que conectaba con el pasadizo. En otros tiempos había sido utilizado de forma casi generalizada por los visitantes de las vírgenes. Pero ahora los visitantes entraban abiertamente por las puertas principales del templo o por algunas puertas traseras un poco más discretas; una señal, tal vez, de que el sentimiento religioso había calado más hondo, o que el recato había declinado.

Vixeela nunca había visto por sí misma aquella caverna, pero conocía su ubicación aproximada. El pasadizo interior del templo sólo estaba tapado por una losa, que se podía levantar fácilmente tanto desde dentro como desde fuera, y estaba escondida tras la figura de Leniqua en la nave principal del templo.

En segundo lugar, estaba la selección de la hora apropiada, que debía ser cuando los cinturones de las mujeres hubieran sido abiertos y retirados. En este caso, Vixeela también resultó de gran ayuda, pues sabía qué noches las llaves eran más solicitadas. Se referían a ellas como las noches del sacrificio, mayor o menor, y el principal se

celebraba en luna llena. Esa noche, todas las mujeres eran ofrecidas continuada y repetidamente.

Debido a que en tales ocasiones el templo se llenaba de gente, los sacerdotes, las vírgenes y sus clientes, quedaba todavía una dificultad aparentemente insalvable. ¿Cómo íbamos a apoderarnos de los cinturones en presencia de tantas personas? Debo admitir que esto me tenía en ascuas.

En resumen, debíamos encontrar alguna manera de que el templo fuera evacuado, o que sus ocupantes se quedaran inconscientes o, en todo caso, incapacitados, durante el periodo de tiempo necesario para nuestra operación.

Pensé en una droga soporífera especial, fácil y rápidamente vaporizada, que había usado en más de una ocasión para dormir a los ocupantes de una vivienda. Desafortunadamente, tenía limitaciones en cuanto a su campo de acción y no penetraba en todas las habitaciones y alcobas de un edificio grande como el templo. Además, era necesario esperar una hora completa, con las puertas y ventanas abiertas, para que los vapores se disiparan; de otra forma, los ladrones también caerían dormidos junto a sus víctimas.

Otra opción era el polen de un extraño lirio de la jungla, el cual, si era lanzado directamente al rostro de un hombre, le provocaba una parálisis transitoria. También deseché esta opción: tendríamos que ocuparnos de demasiadas personas, y además era difícil conseguir la cantidad necesaria de polen.

Por fin decidí consultar con el mago y alquimista, Veezi Phenquor, que poseía calderas y crisoles, y que con frecuencia me había ayudado a convertir el oro y la plata robados en lingotes u otras formas totalmente irreconocibles. Aunque era escéptico en cuanto a sus poderes como mago, consideraba a Veezi Phenquor un experto farmacéutico y toxicólogo. Al tener siempre a mano provisiones de extraños y letales medicamentos, podría perfectamente proporcionarnos algo que asegurase el éxito de nuestro plan.

Encontramos a Veezi Phenquor decantando uno de sus más fétidos mejunjes de una olla todavía burbujeante y humeante y vertiéndolo en viales de recia cerámica. Por el olor deduje que debía de tratarse de algo de una potencia especial: las exudaciones de una mofeta hubieran parecido inocuas en comparación. Absorto en la tarea, no reparó en nuestra presencia hasta que hubo vertido todos los contenidos de la olla en los viales y luego tapado y sellado estos fuertemente con resina negruzca.

—Eso —comentó con empalagosa complacencia— es un filtro de amor que inflamaría a un infante en pañales o resucitaría la potencia de un nonagenario moribundo. ¿Queréis…?

—No —respondí enérgicamente—. No necesitamos nada de ese tipo. Lo que necesitamos ahora es algo muy distinto —tras estas cortantes palabras, continué describiendo el problema y añadí—: Si podéis ayudarnos, estoy seguro de que disfrutaréis de la tarea de fundir los cinturones de oro. Como es habitual, recibiréis un tercio de las ganancias.

Veezi Phenquor arrugó su rostro barbudo con una sonrisa medio lasciva, medio burlona.

—La propuesta me resulta agradable en todos los sentidos. Liberaremos a las jóvenes del templo de unas circunstancias que sin duda deben ser molestas para ellas, por no decir onerosas, y daremos a las malditas piedras y metales preciosos un mejor uso… principalmente, nuestro propio enriquecimiento —y como si se lo pensara mejor, añadió—: De hecho, puedo suministraros un brebaje de lo más inusual y que garantizo que os vaciará el templo de todos sus ocupantes en muy poco tiempo.

Se dirigió a una esquina llena de telarañas y de un alto anaquel bajó un tarro panzudo de cristal transparente lleno de un fino polvo gris y lo acercó a la luz.

—Ahora —prosiguió— os explicaré las singulares propiedades de este polvo y la forma en la que debe ser utilizado. Es un verdadero triunfo de la química, y más devastador que la peste.

Nos quedamos pasmados al escuchar sus palabras. Luego, rompimos a reír.

—Sería preferible —repliqué— que no implique ninguno de vuestros hechizos o encantamientos.

Veezi Phenquor adoptó la expresión de alguien cuyos sentimientos habían sido profundamente heridos.

—Os aseguro —protestó— que los efectos del polvo, a pesar de ser extraordinarios, poseen una explicación perfectamente natural —tras unos segundos de reflexión, continuó—: Creo que puedo mejorar vuestro plan en otros aspectos. Tras sustraer los cinturones, estará el problema de transportar una mercancía tan pesada sin que sea detectada en una ciudad que, para entonces, ya se habrá alzado contra el horrendo crimen y estará siendo patrullada exhaustivamente por la policía. Tengo un plan…

Recibimos con entusiasmo la ingeniosa idea de Veezi Phenquor. Tras haber discutido y decidido a nuestra conveniencia los distintos detalles, el alquimista sacó ciertos licores que resultaron ser de mejor paladar que cualquier otro de los que nos hubiera ofrecido anteriormente. Luego, regresamos a nuestra pensión; yo llevaba bajo mi manto el tarro de polvo por el que Veezi Phenquor había rehusado generosamente aceptar ningún pago. Estábamos embargados por las perspectivas halagüeñas del éxito, así como por un poco de licor destilado de palma.

Discretamente, nos abstuvimos de continuar con nuestras actividades habituales las noches anteriores a la siguiente luna llena. Y nos mantuvimos encerrados en nuestros alojamientos con la esperanza de que la policía, que hacía ya tiempo que sospechaba de nosotros por numerosos delitos menores, creyera que, o bien nos habíamos marchado de la ciudad, o bien nos habíamos retirado de la vida delictiva.

Un poco antes de la medianoche, la noche de luna llena, Veezi Phenquor llamó discretamente a nuestra puerta… tres golpes, según lo acordado. Al igual que nosotros, iba totalmente embozado con el tosco tejido de lana que habitualmente usan los campesinos.

—He conseguido el carro de un vendedor de verduras del campo —dijo—. Va cargado de verduras de temporada y lo tiran dos pequeños asnos. Lo he ocultado en el bosque, tan cerca del pasadizo subterráneo del templo de Leniqua como lo permite la carretera llena de maleza. Además, he inspeccionado la propia cueva.

»Nuestro éxito depende del caos total creado. Si no nos ven entrar o salir del pasadizo trasero, con toda seguridad nadie recordará su existencia. Los sacerdotes se dedicarán a buscar por cualquier otro lado.

»Tras haber sustraído y ocultado los cinturones bajo nuestra carga de productos de granja, a continuación esperaremos hasta una hora antes del amanecer, y entonces, junto a otros comerciantes de frutas y verduras, entraremos en la ciudad.

Manteniéndonos lo más apartados que pudimos de lugares públicos, donde la mayoría de los guardias se concentraba cerca de las tabernas y los lupanares más baratos, cruzamos Uzuldaroum por callejuelas secundarias de la ciudad y encontramos, a cierta distancia del templo de Leniqua, un camino que se dirigía hacia el campo. La vegetación pronto se hizo más densa y las viviendas más escasas. Nadie nos vio cuando tomamos la carretera secundaria cubierta de hojas de palma inclinadas e invadida por densos matorrales. Tras muchas curvas sinuosas, llegamos hasta el carro tirado por asnos, tan hábilmente escondido que ni tan siquiera yo pude detectar su presencia hasta que me llegó el penetrante aroma de ciertas raíces y el olor de boñiga fresca. Esos asnos estaban bien entrenados para trabajar con ladrones: no dejaron escapar ni un solo rebuzno que delatara su presencia.

Avanzamos a tientas, sobre raíces gibosas y entre troncos apiñados que hacían el resto del camino intransitable para un carro. Jamás habría encontrado yo la cueva, pero Veezi Phenquor, tras detenerse, se inclinó frente a un montículo bajo y separó una tupida capa de enredadera, revelando una apertura negra y rocosa lo suficientemente grande para que un hombre pudiera entrar a gatas.

Encendimos las antorchas que habíamos llevado y gateamos al interior de la cueva; Veezi entró primero. Afortunadamente, debido a la estación de sequía, la cueva estaba seca y nuestras ropas sólo se mancharon con algunos lamparones de tierra, como los que habitualmente llevan los labriegos.

La cueva se estrechaba allí donde montones de cascotes se habían desprendido del techo. Yo, con mi anchura y contorno, pasaba a duras penas por algunos lugares. Habíamos avanzado una distancia indeterminada cuando Veezi paró y se irguió frente a una pared de mampostería pulida desde la que partían unas escaleras en penumbra.

Vixeela pasó junto a él y se dirigió a las escaleras. La seguí. Los dedos de su mano libre revoloteaban por encima de una losa que llenaba la cabecera de la escalera. La piedra comenzó a moverse hacia arriba sin producir ningún ruido. Apagó su antorcha y la apoyó sobre el escalón superior mientras la apertura bajo la losa se ensanchaba, permitiendo que una tenue y parpadeante luz se colara hacia abajo. Vixeela echó una mirada cautelosa por encima de la losa, la cual finalmente se abrió de par en par por un mecanismo oculto, y entonces escaló por ella y nos hizo una

señal para que la siguiéramos.

Nos encontrábamos bajo la sombra de un ancho pilar en un rincón de la parte trasera del templo de Leniqua. No había ningún sacerdote, mujer o visitante a la vista, pero escuchamos el confuso zumbido de unas voces desde algún perdido rincón. Veíamos el reverencial trasero de la figura de Leniqua, sentado sobre un alto estrado en el centro de la nave. Piras del altar, doradas, azules y verdes, titilaban espasmódicamente ante el dios, haciendo que su sombra se agitara sobre el suelo y contra la pared trasera como un gigante desquiciado que realiza una danza de cópula con una amante invisible.

Vixeela buscó y manipuló el resorte que hacía que la losa regresara a su posición inicial encajada en el suelo. Luego los tres avanzamos sigilosamente, manteniéndonos bajo la temblorosa sombra del dios. La nave seguía vacía, pero ahora el ruido nos llegaba más audiblemente desde las puertas abiertas de un lateral, transformándose en gritos alegres y risas histéricas.

—Ahora —susurró Veezi Phenquor.

De un bolsillo lateral saqué el vial que nos había dado y rasqué el lacre con un cuchillo afilado. El corcho, medio podrido por la antigüedad, salió con facilidad. Vertí el contenido del vial en el escalón posterior del estrado de Leniqua… un pálido reguero que se arqueaba y ondulaba con extraña vida y lustre propio al caer bajo la sombra del dios. Cuando el vial estuvo vacío, prendí el montón de polvo.

Ardió al instante con una llama clara y alta. De repente, el aire se llenó de inesperados fantasmas… una explosión silenciosa y multitudinaria que nos golpeó y estalló en nuestras pituitarias con hedores de osario hasta hacernos tambalear, asfixiándonos y ahogándonos. Sin embargo, no sentíamos ningún impacto físico ante aquellas espantosas formas que parecían derretirse sobre y a través de nosotros, esparciéndose en todas las direcciones, como si cada átomo del ardiente polvo hubiera liberado a un fantasma separado.

Sin perder tiempo, nos cubrimos la nariz con unos retales de gruesa tela que Veezi nos había aconsejado llevar para tal propósito. Recobramos parte de nuestro habitual aplomo y avanzamos por la bulliciosa turba. Lascivos cadáveres azules se arremolinaban a nuestro alrededor. Mestizajes de mujeres y tigres se arqueaban sobre nosotros. Monstruos de dos cabezas y tres colas, duendes y demonios necrófagos salían disparados en diagonal hacia el lejano techo o rodaban y se fundían con otras apariciones más innombrables a ras de suelo. Criaturas marinas verdes, como fusiones de hombres ahogados y pulpos, se retorcían y babeaban un oscuro y frío limo sobre el suelo.

Entonces escuchamos los gritos de terror de los habitantes y visitantes del templo y comenzamos a encontrarnos hombres y mujeres desnudos que corrían aterrorizados hacia las salidas a través de aquel ejército de fantasmas acosadores. Aquellos que nos encontraban cara a cara, retrocedían como si nosotros también les produjéramos un horror insoportable.

La mayoría de los hombres desnudos eran jóvenes. Tras ellos corrían los comerciantes y regidores de mediana edad, calvos y panzudos, algunos en ropa interior, algunos con batas tomadas apresuradamente, demasiado cortas para cubrirles por debajo de las caderas. Las mujeres, esbeltas, gordas o de abundantes pechos se dirigieron dando tumbos y gritando a las puertas exteriores. Ninguna de ellas, observamos con satisfacción, llevaba puesto su cinturón de castidad.

Por fin, pasaron los guardias del templo y los sacerdotes, con las bocas como bocinas abiertas de par en par, emitiendo agudos gritos. Todos los guardias habían dejado caer sus hoces. Pasaron a nuestro lado, ignorando ciegamente nuestra presencia, y corrieron rápido tras el resto de gente. La horda de espectros nacidos en el polvo pronto los envolvió y se perdieron de vista.

Convencidos de que el templo ya estaba vacío de moradores y clientes, dirigimos nuestra atención hacia el primer pasillo. Las puertas de las habitaciones separadas estaban abiertas. Nos dividimos el trabajo, entramos en cada estancia y recogimos los cinturones de oro y piedras preciosas de las camas revueltas y de los suelos cubiertos de ropa. Nos reunimos al final del pasillo, donde guardamos el botín recolectado en un saco de tela fina y resistente que llevaba bajo mi capa. Muchos de los fantasmas seguían deambulando, realizando nuevas y más espeluznantes fusiones, descolgando sus extremidades sobre nosotros a medida que comenzaban a deshacerse.

En breve registramos todas las estancias asignadas a las mujeres. Mi saco ya estaba lleno, y había contado treinta y ocho cinturones al finalizar el tercer pasillo. Nos faltaba un cinturón, pero los agudos ojos de Vixeela detectaron el brillo de una hebilla con esmeraldas engarzadas que sobresalía de debajo de las piernas etéreas de un fantasma peludo con aspecto de sátiro que yacía sobre un montón de ropa de hombre en la esquina. Levantó el cinturón y se lo llevó de allí portándolo en la mano.

A continuación nos dirigimos a la estancia de Leniqua, creyendo que estaría totalmente vacía de ocupantes. Pero, para nuestro desconcierto, el Sumo Sacerdote, cuyo nombre Vixeela informó que era Marquanos, estaba en pie frente al altar, propinando golpes con una larga y fálica vara de bronce, su vara de mando, a ciertas apariciones que todavía flotaban en el aire.

Marquanos se abalanzó hacia nosotros con un ronco alarido cuando nos aproximamos a él, y le propinó un puñetazo a Vixeela que le hubiera reventado el cerebro si antes ella no se hubiera apartado ágilmente a un lado. El Sumo Sacerdote se tambaleó y estuvo a punto de perder el equilibrio. Antes de que pudiera volverse de nuevo hacia ella, Vixeela golpeó su cabeza tonsurada con el pesado cinturón de castidad que sujetaba en la mano derecha. Marquanos se derrumbó como un buey sacrificado bajo el hacha del carnicero, y yació postrado y sacudiéndose levemente. La sangre manaba en riachuelos desde el desgarro que le habían producido las enormes joyas sobre el cuero cabelludo. No nos paramos a comprobar si estaba muerto o todavía vivo.

Salimos sin demora. Considerando el miedo que habían experimentado, era poco

probable que ninguno de los habitantes del templo se arriesgase a regresar hasta que pasaran unas cuantas horas. La losa móvil se encajó de nuevo en su lugar a nuestras espaldas. Corrimos por el pasaje subterráneo; yo transportaba el saco y los otros me seguían para ayudar a tirar de él en pasos más estrechos y por encima de montones de escombros cuando me veía obligado a apoyarlo en el suelo. Llegamos a la entrada cubierta de enredadera sin sufrir ningún percance. Allí nos detuvimos unos segundos antes de emerger a los bosques iluminados por la luna, y escuchamos con cautela cómo disminuían los gritos en la distancia. Aparentemente a nadie se le había ocurrido pensar en el pasadizo subterráneo, ni que pudiera haber un móvil tan humano como el robo detrás de la invasión de los aterradores espectros.

Tranquilizados, salimos de la caverna y encontramos el camino de regreso al carro oculto y los adormilados asnos. Desechamos las suficientes frutas y verduras entre los matorrales para hacer un profundo agujero en el centro del carro, en el que depositamos nuestro saco del botín, y lo cubrimos hasta ocultarlo. Entonces, nos sentamos sobre la hierba y esperamos hasta una hora antes del amanecer. A nuestro alrededor, durante un rato, escuchamos el serpenteo y el furtivo trajín de pequeños animales que devoraban los comestibles que habíamos desechado.

Si alguno dormía, era, por decirlo de alguna manera, con un ojo y una oreja alertas. Nos levantamos con los reflejos horizontales de los últimos rayos de luna y unas largas sombras de amanecer precoz hacia el este.

Tirando de los asnos, llegamos a la carretera principal y nos paramos tras la maleza mientras un carro mañanero pasaba crujiendo. Luego se hizo el silencio, salimos del bosque y proseguimos nuestro viaje hacia la ciudad antes de que aparecieran otros carros.

De regreso por las callejuelas de las afueras, sólo nos tropezamos con algunos viandantes mañaneros que no nos prestaron mayor atención. Al llegar al barrio donde estaba la casa de Veezi Phenquor, dejamos el carro a su cuidado y le vimos girar en el patio sin problemas y aparentemente sin ser observado más que por nosotros mismos. No había duda, reflexioné, de que se iba bien provisto de tubérculos y frutas.

Nos mantuvimos el máximo tiempo posible en nuestras habitaciones. Parecía poco prudente alertar a la policía de nuestra presencia en Uzuldaroum si aparecíamos en público. La noche del segundo día, nuestras provisiones de comida empezaron a escasear y salimos a hacer una incursión vestidos con ropas de campesinos a un mercado cercano que nunca habíamos visitado.

Al regresar, nos enteramos de que Veezi Phenquor había pasado a vernos durante nuestra ausencia, a pesar de que todas las puertas y las ventanas habían estado, y seguían estando, cuidadosamente cerradas. Un pequeño cubo de oro que reposaba sobre la mesa servía de pisapapeles a una nota garabateada.

La nota decía:

> Mis estimados amigos y compañeros: Tras desengarzar las distintas

gemas, he fundido todo el oro en lingotes, a excepción de uno que voy a dejar como muestra de mi gran respeto por los orfebres. Desafortunadamente, he averiguado que las autoridades me vigilan, y me marcho de Uzuldaroum a toda prisa y en secreto, llevándome los otros lingotes y todas las joyas en el carro de asnos, ocultos bajo las verduras que por suerte he guardado, aunque ya están un tanto rancias a estas alturas. Espero realizar un largo viaje, en una dirección que no puedo especificar… un viaje que me llevará bien lejos de la jurisdicción de nuestras autoridades locales y a un lugar que confío no seréis lo suficientemente perspicaces de adivinar. Necesitaré el resto de nuestro botín para mis gastos, etcétera. Buena suerte en todas vuestras aventuras futuras.

Respetuosamente, Veezi Phenquor.

»POSTDATA: También vosotros estáis siendo vigilados, y os aconsejo que abandonéis la ciudad con toda premura. A pesar de que el golpe de Vixeela lo dejó medio grogui, Marquanos recobró el sentido ayer por la noche. Identificó a Vixeela como una de las antiguas jóvenes del templo por la experimentada destreza de sus movimientos. No ha sido capaz de identificarla, pero se está llevando a cabo una búsqueda secreta y exhaustiva, y ya ha habido otras jóvenes a las que los sacerdotes de Leniqua han eximido o condenado.

Tú y yo, mi querido Satampra, ya hemos sido fichados, aunque no identificados, como posibles cómplices de la mujer. Están buscando a un hombre de tu llamativa altura y corpulencia. El Polvo de las Apariciones Fétidas, algunos rastros de este que fueron encontrados en el estrado de Leniqua, han sido analizados. Desafortunadamente, ya había sido usado anteriormente, tanto por mi parte como por parte de otros alquimistas.

Espero que logréis escapar… por caminos diferentes a los que yo me propongo recorrer.

AIHAI
(MARTE)

VULTHOOM

A primera vista hubiera podido parecer que Bob Haines y Paul Septimus Chanler tenían muy poco en común, más allá de la circunstancia de estar perdidos y sin dinero en un mundo extraño.

Haines, tercer asistente de piloto de un crucero estelar, había sido acusado de insubordinación por sus superiores y fue desembarcado en Ignarh, la metrópolis comercial de Marte y puerto de todo el tráfico espacial. El asunto de la acusación no era más que una cuestión de venganza personal; pero, hasta el momento, Haines no había logrado encontrar una litera en otra nave, y el salario del mes que le pagaron al licenciarle había desaparecido rápidamente debido a las tarifas abusivas del *Hotel Telúrico*.

Chanler, escritor profesional de ficción interplanetaria, había viajado a Marte para reforzar su talento imaginativo mediante un sólido trabajo de observación y experiencia en el terreno. Su dinero se había agotado en unas pocas semanas y aún no había recibido los suministros frescos que esperaba de su editor.

Los dos hombres, aparte de su infortunio, compartían una curiosidad ilimitada por todas las cuestiones marcianas. La sed de ambos por lo exótico, su tendencia a adentrarse en lugares normalmente evitados por los terrícolas los había acercado a pesar de las obvias diferencias de temperamento, e hizo que trabaran amistad rápidamente.

Intentando olvidar sus preocupaciones, habían pasado el día anterior en el abigarrado laberinto de extraño diseño de la antigua Ignarh, llamado por los marcianos Ignar-Vath, en la orilla este del gran Canal Yahan. De regreso a la puesta de sol, y siguiendo la calzada de mármol morado junto al río, estaban ya a punto de atravesar el puente de una milla de longitud que les llevaría de regreso a la ciudad moderna, Ignar-Luth, en la que se encontraban los consulados terrestres y las oficinas de transporte y los hoteles.

Era la hora de la oración en Marte, cuando los aihais se reunían en sus templos sin techo para rogar por el regreso del sol moribundo. Como el zumbido de latidos metálicos enfebrecidos, un sonido de incesantes e innumerables gongs atravesó el aire. Las calles increíblemente retorcidas estaban casi vacías, y sólo unas cuantas barcazas, con grandes velas romboidales de color malva o escarlata, navegaban de un lado a otro bajo las sombrías aguas verdes.

La luz menguó con visible rapidez tras las torres excesivamente abigarradas y las pirámides con ángulos de pagoda de Ignar-Luth. El frío de la noche inminente comenzó a invadir las sombras de los enormes gnómones solares que bordeaban el canal a intervalos regulares. Los quejumbrosos repiqueteos de los gongs murieron bruscamente en Ignar-Vath y dejaron un silencio extrañamente susurrante. Los edificios de la ciudad inmemorial se recortaban como enormes masas contra el cielo de oscuro esmeralda que ya estaba poblado de gélidas estrellas.

Una mezcla de exóticos olores irreconocibles llegó flotando con el crepúsculo. El perfume supuraba un extraño misterio y excitó e inquietó a los terrícolas, que enmudecieron cuando se acercaron al puente y sintieron la opresión de la siniestra extrañeza que convergía desde todas direcciones en la espesa penumbra. Más nítidamente que bajo la luz diurna, captaban las respiraciones apagadas y los movimientos secretos y tortuosos de una vida eternamente inescrutable para los oriundos de otros planetas. El vacío entre la Tierra y Marte había sido atravesado, pero ¿quién podría cruzar el abismo evolutivo entre un terrícola y un marciano?

Los habitantes eran lo bastante amistosos a su manera un tanto taciturna: habían tolerado la intrusión de los terrícolas y habían permitido el comercio entre ambos mundos. Sus idiomas fueron dominados y su historia estudiada por eruditos terrícolas. Pero no parecía haber un intercambio real de ideas. Su civilización había evolucionado a una diversa complejidad antes de la fundación de Lemuria; sus ciencias, artes, religiones, habían quedado vetustas por su inimaginable edad; e incluso las costumbres más simples eran fruto de extrañas fuerzas y circunstancias.

En ese momento, enfrentados a la precariedad de su situación, Haines y Chanler sintieron un terror real frente a un mundo desconocido que los envolvía con su inconmensurable antigüedad.

Aceleraron el paso. La ancha calzada que bordeaba el canal se encontraba aparentemente desierta, y el etéreo puente sin barandilla sólo estaba vigilado por las diez estatuas colosales de héroes marcianos que se cernían en actitudes guerreras al principio de la primera arcada del puente.

Los terrícolas se sobresaltaron levemente cuando una silueta viva, un poco menos gigantesca que las estatuas, se separó de sus profundas sombras y se aproximó con paso decidido.

La figura, de casi diez pies de altura, sobrepasaba por lo menos en una yarda entera la altura media de un aihai, pero poseía la familiar fisionomía de torso exageradamente protuberante y las extremidades huesudas y de múltiples articulaciones de los aihai. En la cabeza asomaban unas orejas puntiagudas y unas fosas nasales como pozos que se estrechaban y expandían visiblemente en el crepúsculo. Los ojos estaban hundidos en unas profundas cuencas y totalmente ocultos, a excepción de los destellos rojizos que parecían arder suspendidos en las cuencas vacías de una calavera. Según las tradiciones nativas, aquel extraño personaje estaba totalmente desnudo, a excepción de una especie de aro alrededor del cuello —un alambre plano de plata curiosamente labrada— que indicaba que era el sirviente de algún noble caballero.

Haines y Chanler estaban anonadados, porque jamás habían visto a un marciano de tan alta estatura. Parecía evidente que la aparición deseaba interceptarlos. Se detuvo frente a ellos sobre el suelo de mármol. Se sorprendieron aún más al escuchar la voz extrañamente resonante, reverberante como la de una rana gigantesca, con la que comenzó a hablarles. A pesar de los tonos interminablemente guturales, el pesado

balbuceo de ciertas vocales y consonantes, se dieron cuenta de que eran palabras de la lengua humana.

—Mi señor os convoca —aulló el coloso—. Está al tanto de vuestras dificultades. Está dispuesto a ayudaros generosamente a cambio de cierto servicio que podríais prestarle. Venid conmigo.

—Suena un poco intempestivo —murmuró Haines—. ¿Hacemos bien yendo con él? Probablemente se trate de algún príncipe aihai caritativo, a quien le han llegado noticias de nuestra precaria situación. ¿Qué está tramando, me pregunto?

—Sugiero que sigamos al guía —propuso Chanler con impaciencia—. Esta propuesta suena como el primer capítulo de una excitante aventura.

—De acuerdo —respondió Haines al enorme gigante—. Guiadnos hasta vuestro amo.

Moderando sus pasos para ir a la par con los terrícolas, el coloso los alejó del puente vigilado por guardianes y los condujo hacia la penumbra morado verdosa que había inundado Ignar-Vath. Más allá de la calzada, un callejón se abría como una caverna de boca amplia entre mansiones y almacenes sin luces cuyos amplios balcones y tejados salientes casi colindaban en el aire. El callejón estaba desierto, el aihai se movía como una sombra abandonada a través de la oscuridad y se detuvo como una sombra ante un profundo y alto portal. Cuando se detuvo a sus espaldas, Chanler y Haines escucharon el chirrido penetrante y metálico que produjo la puerta al abrirse; esta, como todas las puertas marcianas, se abría hacia arriba como los rastrillos medievales. La silueta de su guía ahora se recortaba contra la luz amarilla que manaba de claves de mineral radioactivo colocadas en las paredes y el techo de una antesala circular. Él les precedía, según la costumbre, y entonces los hombres vieron que la habitación estaba vacía. La puerta descendió a sus espaldas sin que aparentemente nadie la accionase o manipulase.

Al contemplar la sala sin ventanas, a Chanler le invadió el tipo de aprensión indefinible que en ocasiones se siente en un espacio cerrado. En las circunstancias en las que se encontraban, no parecía existir ningún motivo para temer algún peligro o traición, pero repentinamente sintió el impulso urgente de escapar.

Haines, por su parte, se preguntaba bastante perplejo por qué la puerta interior estaba cerrada y por qué el dueño de la casa todavía no había aparecido para recibirles. Por algún motivo, le dio la impresión de que la casa estaba deshabitada; había algo de vacío y desolación en el silencio que les envolvía.

El aihai, de pie en el centro de la sala desnuda y sin muebles, se había girado como si quisiera dirigirse a los terrícolas. Sus ojos brillaban inescrutablemente en las profundas cuencas; abrió la boca revelando dobles hileras de dientes afilados. Pero no salió ningún sonido de sus labios en movimiento y las notas que emitió probablemente pertenecían a esa escala de tonos altos, más allá de la capacidad auditiva humana, que la voz de los marcianos es capaz de alcanzar. Sin duda, el mecanismo de la puerta había sido activado con similares notas altas; y ahora, a modo

de respuesta, todo el suelo de la sala, hecho de oscuro metal sin fisuras, comenzó a descender lentamente, como si cayera por un enorme pozo. Haines y Chanler, asustados, vieron que las luces amarillas se alejaban de ellos. Junto al gigante, bajaban hacia las sombras y la oscuridad, en una amplia plataforma circular. Se escuchaba un incesante chirriar y crujir de metal que hizo que les rechinaran los dientes debido a su insoportable pitido.

Como una constelación cada vez más reducida de estrellas amarillas, las luces se fueron apagando y empequeñeciendo sobre sus cabezas. El descenso continuaba y ya no eran capaces de verse los rostros el uno al otro, ni el rostro del aihai, en la negritud de ébano por la que descendían. Haines y Chanler estaban acosados por miles de dudas y sospechas y se preguntaban si se habrían precipitado al aceptar la invitación del aihai.

—¿Adónde nos lleváis? —preguntó bruscamente Haines—. ¿Vive vuestro amo bajo tierra?

—Vamos a encontrarnos con mi amo —respondió el marciano con críptica determinación—. Os espera.

La constelación de luces se había transformado en una sola estrella que menguó hasta apagarse, dándoles la impresión de que se hallaban en la noche del infinito. Les envolvía una sensación de profundidades irremediables, como si estuvieran bajando hasta el mismísimo centro de aquel mundo extraterrestre. La extrañeza de su situación llenó a los terrícolas de una creciente inquietud. Se habían comprometido sin tener ni idea del misterio al que se enfrentaban y que comenzaba a saber a amenaza y peligro. No iban a sacar mayor información de su guía. No era posible la retirada… y ambos carecían de armas.

El estridente chirrido del metal se ralentizó hasta convertirse en un triste lamento. Los terrícolas quedaron cegados por el resplandor rojizo que cayó sobre ellos a través de un círculo de delgadas columnas que habían reemplazado las paredes de la plataforma. Un minuto más tarde, tras bajar atravesando el chorro de luz, el suelo a sus pies permaneció inmóvil. Vieron que ahora formaba parte del suelo de una enorme caverna iluminada por hemisferios carmesí empotrados en el techo. La caverna era circular, con pasillos que se ramificaban en todas direcciones, como los radios de una rueda se ramifican desde el eje. Muchos marcianos, tan gigantescos como el guía, pasaban rápidamente de un lado a otro, como si estuvieran inmersos en enigmáticas misiones. Los extraños y amortiguados repiqueteos y redobles como de truenos de la maquinaria oculta palpitaban en el aire y hacían vibrar el suelo.

—¿En qué crees que nos hemos metido? —murmuró Chanler—. Debemos estar a muchas millas de la superficie. Nunca escuché que existiera nada semejante a esto, excepto en algunas viejas leyendas de los aihai. Este lugar podría ser Ravormos, el submundo de Marte, donde se supone que Vulthoom, el dios maligno, yace dormido desde hace mil años entre sus adoradores.

El guía había escuchado estas palabras.

—Habéis llegado a Ravormos —su voz retumbó funestamente—. Vulthoom está despierto y no volverá a dormirse hasta dentro de mil años. Ha sido él quien os ha convocado, y ahora yo os llevaré a la sala de audiencias.

Haines y Chanler, perplejos más allá de toda medida, siguieron al marciano desde el extraño ascensor hacia uno de los pasajes que partían de la sala circular.

—Debe de tratarse de algún tipo de engaño —susurró Haines—. Yo también he oído hablar de Vulthoom, pero no es más que una superstición, como Satán. Los marcianos modernos no creen en él; aunque he oído que todavía existe una especie de culto demoníaco entre los parias y las castas más bajas. Me apuesto lo que sea a que algún noble intenta promover una revolución contra el emperador reinante, Cykor, y ha establecido sus cuarteles bajo tierra.

—Suena razonable —asintió Chanler—. Cualquier revolucionario podría hacerse llamar Vulthoom; el engaño podría funcionar teniendo en cuenta la psicología de los aihai. Les encantan las metáforas altisonantes y los títulos fantásticos.

Ambos se quedaron en silencio, sintiendo una especie de asombro ante la vastedad del mundo cavernoso cuyos corredores iluminados se extendían en todas direcciones. Sus suposiciones pronto les parecieron desacertadas: lo improbable quedó verificado, lo fabuloso se hizo real, y los iba engullendo progresivamente. Parecía que los lejanos y misteriosos repiqueteos eran de origen preternatural; los gigantes que se apresuraban hacia la sala con bultos extraños daban sensación de actividad y laboriosidad sobrenatural. Tanto Haines como Chanler eran altos y fornidos, pero los marcianos que los rodeaban medían entre nueve y diez pies de estatura. Algunos incluso estaban más cerca de los once pies, y el tamaño de sus músculos era proporcional a su altura. Sus rostros mostraban una expresión de inmensa antigüedad, como de momias, lo cual no cuadraba con su agilidad y vigor.

Haines y Chanler fueron conducidos por un pasillo desde cuyo techo abovedado los rojos hemisferios, sin duda formados por un metal artificialmente radioactivo, derramaban su luz a intervalos como soles prisioneros. Saltando de un escalón al siguiente, descendieron un tramo de escaleras gigantescas mientras el marciano bajaba con toda facilidad delante de ellos. Se detuvo ante los portales abiertos de una sala tallada en la adamantina piedra oscura y elemental.

—Entrad —dijo, y se apartó a un lado para permitirles el paso.

La sala era pequeña pero de techos elevados que se alzaban como la cara interna de un chapitel. El suelo y las paredes estaban teñidos por los rayos color violeta sangriento de uno de los hemisferios que se iba estrechando allá en la cúpula. El lugar estaba vacío, y tan sólo contenía un curioso trípode de metal negro instalado en el centro de la estancia. El trípode sujetaba un bloque ovalado de cristal, y sobre este bloque, como si fuera un estanque helado, se alzaba una flor congelada, abriendo pétalos de sedoso y pesado marfil que recibían un matiz rosado de la extraña luz. Parecía que el bloque, la flor y el trípode formaban parte de una escultura.

Al atravesar el umbral, los terrícolas fueron conscientes de que los palpitantes

truenos y redobles que reverberaban en la cueva se habían desvanecido en un profundo silencio. Era como si hubieran entrado en un santuario del que todos los sonidos habían quedado excluidos por una barrera mística. Los portales permanecieron abiertos a sus espaldas. Su guía, aparentemente, se había retirado. Pero, de alguna manera, sentían que no estaban solos, y les parecía que unos ojos ocultos los observaban desde las paredes vacías.

Inquietos y atónitos, contemplaron la pálida flor y vieron los siete pétalos con apariencia de lenguas que se rizaban suavemente hacia fuera desde el corazón perforado como un pequeño incensario. Chanler se preguntó si se trataba de una estatua, o una flor real que había sido mineralizada mediante algún proceso químico marciano. Entonces, sobresaltándoles, una voz pareció brotar del capullo: una voz increíblemente dulce, nítida y sonora, cuyos tonos, perfectamente articulados, no eran ni los de un aihai ni los de un terrícola.

—Yo, el que os habla, soy la entidad conocida como Vulthoom —anunció la voz —. No os sorprendáis, ni asustéis: es mi voluntad mostraros mi amistad a cambio de un servicio que, espero, no encontraréis imposible de realizar. Sin embargo, en primer lugar debo explicaros ciertas cuestiones que os tienen perplejos.

»Sin duda, habéis oído las leyendas populares relacionadas con mi persona, y las habéis desechado considerándolas simples supersticiones. Como todos los mitos, esas leyendas son en parte verdaderas y en parte falsas. Yo no soy ni un dios ni un demonio, sino un ser que llegó a Marte desde otro universo en ciclos anteriores. Aunque no soy inmortal, mi esperanza de vida es bastante más alta que la de cualquier criatura que haya evolucionado en los mundos de vuestro sistema solar. Estoy sometido a leyes biológicas extraterrestres, con periodos que alternan el sueño y la vigilia que pueden durar siglos. Es cierto que, como creen los aihais, duermo durante mil años y permanezco en constante vigilia durante otros mil.

»En una etapa en la que vuestros antecesores todavía eran hermanos de sangre de los simios, huí de mi propio mundo y vine a este exilio intercósmico, tras ser expulsado por enemigos implacables. Los marcianos dicen que caí del cielo como un feroz meteoro, y el mito interpreta así el descenso de mi nave. Sin embargo, encontré una civilización madura, aunque inmensamente inferior a la civilización de la que provengo.

»Los reyes y jerarcas del planeta me habrían desterrado, pero logré reunir unos cuantos partidarios a los que proporcioné armas que superaban con creces la tecnología marciana. Tras una gran guerra, me establecí con firmeza y gané más seguidores. No deseaba conquistar Marte y me limité a retirarme a este mundo cavernoso en el que he morado desde entonces con mis acólitos. A estos, por su lealtad, les he conferido una longevidad que es casi igual a la mía. Para asegurar esta longevidad, también les he conferido el don de un sueño que coincide con el mío propio. Ellos duermen y se despiertan conmigo.

»Hemos mantenido este orden de existencia durante muchos siglos. Raras veces

me he entrometido en los asuntos de los habitantes de la superficie. Sin embargo, ellos me han convertido en un dios o espíritu maligno; aunque maligno, para mí, es una palabra sin significado.

»Poseo muchos sentidos y facultades que vosotros terrícolas o marcianos desconocéis. Puedo ampliar mis percepciones a voluntad sobre enormes zonas de espacio, o incluso de tiempo. Y así fue como me enteré de vuestra situación; y os he convocado aquí con la esperanza de obtener vuestro consentimiento para llevar a cabo cierto plan. Para ser breve, me he cansado de morar en Marte, un mundo senil que está a punto de morir, y deseo establecerme en un planeta más joven. La Tierra sería una excelente opción. Ahora mismo mis seguidores están construyendo la nueva nave en la que tengo intención de realizar la travesía.

»No deseo repetir la mala experiencia de mi llegada a Marte al aterrizar entre gentes ignorantes de mi especie y tal vez hostiles a cualquier otra especie. Vosotros, siendo terrícolas, podrías preparar a muchos de vuestros congéneres para mi llegada, y podríais reunir acólitos para servirme. Vuestra recompensa —y la de ellos— será el elixir de la longevidad. Y tengo muchos otros regalos… las piedras y metales preciosos que tanto valoráis. También hay flores, cuyo perfume es más seductor y persuasivo que ninguna otra cosa. Cuando inhaléis ese perfume, incluso el oro os parecerá una baratija en comparación… y, tras respirarlo, vosotros y todos los de vuestra especie desearéis servirme.

La voz calló, dejando una vibración que enervó a los oyentes durante unos segundos. Era como el cese de una música dulce y cautivadora con sutiles tonos de maldad apenas detectables sobre la débil melodía. Desconcertó los sentidos de Haines y Chanler, envolviendo su asombro en una especie de aceptación etérea de la voz y de sus afirmaciones.

Chanler hizo un esfuerzo por despertar del encantamiento.

—¿Dónde estáis? ¿Y cómo sabremos que nos habéis contado la verdad?

—Estoy cerca —dijo la voz—, pero prefiero de momento no revelarme ante vos. La prueba de todo lo que he afirmado, sin embargo, os será revelada a su debido tiempo. Ahí tenéis una de las flores de las que os he hablado. Como ya habréis supuesto, no es una escultura, sino una flor permineralizada, o un capullo fósil, traído junto a otros de la misma especie, desde el mundo del que soy nativo. Aunque no desprende ningún olor a temperaturas normales, de ella brota un perfume después de aplicar calor. En cuanto al perfume… debéis juzgar por vosotros mismos.

El aire de la habitación no había sido ni frío ni cálido hasta el momento. Ahora, los terrícolas fueron conscientes de un cambio, como si hubieran prendido unos fuegos ocultos. El calor parecía proceder del trípode de metal y el bloque de cristal, y golpeaba a Haines y Chanler como la radiación de un sol tropical invisible. El ambiente se hizo caluroso pero no insoportable. Al mismo tiempo, insidiosamente, los terrestres habían comenzado a percibir el perfume, que no se parecía a nada que hubieran inhalado antes. Unas notas escurridizas de una dulzura de otro mundo

penetraron en sus fosas nasales, haciéndose poco a poco más profundas pero acelerándose hasta convertirse en una ráfaga de aire especiado que parecía mezclar un placentero frescor, como de aire bajo la sombra de una arboleda, con un calor sofocante.

Chanler quedó más afectado que Haines por las curiosas alucinaciones que siguieron; aunque, aparte de sus diferentes niveles de verosimilitud, las impresiones de ambos hombres fueron extrañamente parecidas. Chanler, repentinamente, tuvo la impresión de que el perfume ya no le resultaba desconocido, sino que era un olor que recordaba de otros tiempos y lugares. Intentó recordar las circunstancias de esa anterior familiaridad, y sus recuerdos, como rescatados de las minas selladas de una antigua existencia, tomaron la forma de un escenario real que reemplazó la sala de la caverna que le rodeaba. Haines no formaba parte de aquel escenario y había desaparecido del campo de visión de Chanler, y el techo y las paredes se habían desvanecido dando paso a un bosque a cielo abierto de árboles semejantes a helechos. Sus delgados y nacarados troncos y las tiernas hojas relucían con una gloria luminosa, como un edén invadido por los albores primigenios. Los árboles eran altos, pero aún más altas eran las flores desde las que ondulantes incensarios de color blanco carnal desprendían un abrumador y voluptuoso perfume.

Chanler sintió un éxtasis indescriptible. Parecía que había regresado a los orígenes del tiempo en el primero de los mundos, y se había insuflado a sí mismo vida, juventud y vigor infinitos mediante la gloriosa luz y fragancia que había erizado hasta el último nervio de sus sentidos.

El éxtasis aumentó y escuchó un canto que parecía emanar de las bocas de las flores: era un canto como de huríes, que hacía que se le licuase la sangre. En pleno delirio de sus facultades, el sonido se asoció con el olor de las flores. Se elevó en un vertiginoso éxtasis tumultuoso, y pensó que las flores se alzaban como llamas y que los árboles aspiraban a tocarlas, y él mismo era una llama al viento que se elevaba con el canto para alcanzar un último pináculo de placer. El mundo entero ondeaba hacia arriba en una marea exaltada y dio la impresión de que los cánticos se tornaban sonidos articulados, y entonces Chanler escuchó las siguientes palabras:

—Soy Vulthoom, y vos sois míos desde el principio de los mundos, y seréis míos hasta el final…

Se despertó en unas circunstancias que bien podrían haber sido una continuación de las visionarias imágenes que había contemplado bajo los efectos del perfume. Yacía sobre un lecho de hierba corta y rizada de color verde añejo, con enormes capullos atigrados que cabeceaban a su alrededor; un suave resplandor, como el de un ocaso ámbar, inundaba sus ojos al filtrarse entre las ramas colgantes de extraños árboles con frutos carmesí. Lentamente, a medida que iba reconociendo lo que le rodeaba, se dio cuenta de que era la voz de Haines lo que le había despertado, y vio que Haines estaba sentado cerca de él sobre la curiosa manta de hierba.

—¡Eh, amigo! ¿Es que no vas a despertarte nunca?

Chanler escuchó la impaciente pregunta como si le llegara a través de un velo de sueños. Su mente estaba desconcertada y sus recuerdos se entremezclaban inexplicablemente con los pseudorecuerdos que, como si procedieran de otras vidas, habían brotado ante sus ojos en pleno delirio. Resultaba difícil separar lo falso de lo real, pero fue recobrando la cordura gradualmente; y junto a esta también le invadió una sensación de profundo cansancio y agotamiento nervioso que le confirmó que había estado en el paraíso falaz de una potente droga.

—¿Dónde estamos ahora? ¿Y cómo hemos llegado hasta aquí? —preguntó.

—Lo único que sé —respondió Haines— es que ahora estamos en una especie de jardín subterráneo. Algunos de esos enormes aihais deben de habernos traído aquí después de que sucumbiéramos al perfume. Me resistí a sus efectos más tiempo que tú, y recuerdo que escuché la voz de Vulthoom mientras perdía la consciencia. La voz dijo que nos daría cuarenta y ocho horas de tiempo terrestre para pensarnos su proposición. Si aceptamos, nos enviará de regreso a Ignarh con una fabulosa suma de dinero… y un suministro de esas flores narcóticas.

Chanler ahora estaba totalmente despierto. Haines y él se dispusieron a discutir su situación, pero no fueron capaces de llegar a ninguna conclusión definitiva. Todo el asunto era a un mismo tiempo desconcertante y extraordinario. Una entidad desconocida, que se había apropiado del nombre del Demonio Marciano, los había invitado a ser sus agentes o emisarios terrícolas. Aparte de ocuparse de una labor de propaganda destinada a facilitar su advenimiento a la Tierra, debían introducir una droga extraterrestre no menos potente que la morfina, la cocaína o la marihuana… y, con toda probabilidad, no menos perniciosa.

—¿Y qué ocurrirá si nos negamos? —dijo Chanler.

—Vulthoom dijo que en ese caso no le sería posible dejarnos marchar. Pero tampoco concretó nuestro destino… simplemente dejó entrever que sería desagradable.

—Bueno, Haines, tenemos que pensar de qué forma escapar, si es que podemos.

—Me temo que pensar no nos ayudará mucho. Debemos de estar a muchas millas de profundidad bajo la superficie de Marte… y el mecanismo de los ascensores, con toda probabilidad, es algo que ningún terrícola jamás podría manipular.

Antes de que Chanler pudiera responderle, uno de los gigantescos aihais apareció entre los árboles portando dos de los curiosos utensilios conocidos como *kulpai*. Eran grandes fuentes de porcelana casi metálica en las que había copas movibles y garrafas rotatorias, y en las que se podía servir todo un festín de líquidos y sólidos. El aihai colocó las bandejas en el suelo delante de Haines y Chanler, y luego esperó, inmóvil e inescrutable. Los terrícolas, conscientes de un hambre acuciante, se dirigieron hacia los alimentos, que habían sido moldeados y cortados en distintas formas geométricas. Aunque probablemente fueran de origen sintético, los alimentos eran deliciosos y los terrícolas consumieron hasta el último cono y rombo, y los regaron con el licor de vino de color granate de las garrafas.

Cuando terminaron, su asistente habló por primera vez.

—Es deseo de Vulthoom que os paseéis por Ravormos y contempléis las maravillas de las cavernas. Sois libres de deambular solos y sin guardias o, si lo preferís, os puedo servir de guía. Mi nombre es Ta-Vho-Shai, y estoy preparado para responder cualquier pregunta que podáis hacerme. También podéis ordenarme que me retire cuando queráis.

Haines y Chanler, tras una breve discusión, decidieron aceptar su oferta de actuar de cicerone para ellos. Siguieron al aihai por el jardín, cuya extensión era difícil de determinar debido al brumoso resplandor ámbar que lo invadía todo como con átomos radiantes, dando la impresión de espacio ilimitado. Ta-Vho-Shai les informó de que la luz era emitida por el alto techo y las paredes gracias a la acción de una fuerza electromagnética de longitudes de onda más cortas incluso que los rayos cósmicos, y poseía todas las cualidades esenciales de la luz solar.

El jardín era una composición de extrañas plantas y flores, muchas de las cuales eran exóticas en el propio planeta Marte, y probablemente habían sido importadas desde el lejano sistema solar del que Vulthoom era oriundo. Algunas de las flores eran enormes tapices de pétalos, como cien orquídeas unidas en una sola. Había árboles cruciformes, de los que pendían hojas fantásticamente largas y multicolores que se asemejaban a pendones heráldicos o rollos de pergamino con escritura críptica, y otros se ramificaban y fructificaban de maneras aún más estrafalarias.

Tras cruzar el jardín, entraron en un mundo de pasadizos descubiertos y salas en el interior de cavernas, algunas de las cuales estaban abarrotadas de máquinas o de cubas de almacenamiento y urnas. En otras salas había apilados inmensos lingotes de metales preciosos y semipreciosos, y unos cofres gigantescos rebosaban de destellantes piedras preciosas como si pretendieran tentar a los terrícolas.

La mayoría de las máquinas estaban en funcionamiento, aunque sin vigilancia, y Haines y Chanler averiguaron que podían seguir funcionando de esa manera durante siglos o milenios. Su mecanismo resultaba inexplicable incluso para Haines, que poseía cierto conocimiento avanzado de mecánica. Vulthoom y sus gentes habían traspasado el espectro, más allá de las vibraciones audibles de sonido, y habían invocado a las fuerzas ocultas del universo para que se manifestasen y les obedeciesen.

Por todos los rincones se escuchaba un profundo latido como de pulsos metálicos, un murmullo como de ifrits cautivos y serviles titanes de hierro. Se abrían y cerraban válvulas con un áspero chirrido. Había estancias abarrotadas de estridentes dinamos, y otras donde grupos de esferas que levitaban misteriosamente giraban en silencio, como soles y planetas en el vacío del espacio.

Subieron un tramo de escalones, colosales como los escalones de la pirámide de Keops, hasta un nivel más elevado. Haines, como en una ensoñación, creyó recordar haber descendido aquellas escaleras, y pensó que ahora se acercaban a la sala en la que él y Chanler se habían entrevistado con la entidad oculta, Vulthoom. Sin

embargo, no estaba seguro y Ta-Vho-Shai les condujo a través de una serie de amplias estancias que parecían ser utilizadas como laboratorios. En la mayoría de estas había ancianos colosos inclinados como alquimistas sobre calderas que hervían con fuego gélido, y retortas que humeaban con extraños hilos y columnas de vapor. Una habitación estaba desocupada, y no había en ella ningún aparato, tan sólo tres enormes botellas de cristal transparente e incoloro, de mayor estatura que un hombre alto, y con un contorno similar al de unas ánforas romanas. A primera vista las botellas parecían vacías, pero estaban cerradas con tapones de doble asa que un ser humano difícilmente hubiera podido levantar del suelo.

—¿Qué son estas botellas? —preguntó Chanler al guía.

—Son las Botellas del Sueño —respondió el aihai, con el aire solemne y sentencioso de un profesor—. Cada una de ellas está llena de un gas extraño e invisible. Cuando llega el momento del sueño de mil años de Vulthoom, los gases son liberados y, al mezclarse, invaden la atmósfera de Ravormos, hasta la caverna más profunda, provocando el sueño durante un periodo similar a los que servimos a Vulthoom. El tiempo deja de existir y los eones no son más que instantes para los durmientes; y sólo despiertan a la hora en la que Vulthoom despierta.

Haines y Chanler, invadidos por la curiosidad, comenzaron a formular preguntas, pero la mayoría eran respondidas de forma vaga y ambigua por Ta-Vho-Shai, que parecía deseoso de continuar sirviéndoles de cicerone por otras partes más alejadas de Ravormos. No pudo decirles nada acerca de la naturaleza química de los gases; y el propio Vulthoom, si es que se podía dar crédito a las palabras de Ta-Vho-Shai, era un misterio incluso para sus propios acólitos, la mayoría de los cuales jamás lo había contemplado en persona.

Ta-Vho-Shai condujo a los terrícolas desde la sala de las botellas hacia una larga caverna recta, totalmente desierta, donde les recibió un estruendo y martilleo como el de innumerables motores. El sonido se derramó sobre ellos como un Niágara de truenos malignos cuando emergieron a una especie de galería con columnas que rodeaban un abismo de una milla de ancho iluminado por el terrible resplandor de lenguas de fuego que se alzaban incesantemente desde las profundidades.

Era como si estuvieran contemplando a sus pies alguna clase de círculo infernal de luz enfurecida y sombras tortuosas. A lo lejos, allá abajo, vieron una estructura colosal de vigas metálicas curvadas y brillantes, como los huesos extrañamente articulados de un mastodonte de metal desplegados en el fondo del foso. A su alrededor unas calderas eructaban vapor como llameantes bocas de dragones; enormes grúas subían y bajaban perpetuamente con un movimiento como el de plesiosauros de cuello largo; y siluetas de gigantes, rojos como demonios atareados, se movían a través del siniestro resplandor.

—Están construyendo la nave estelar en la que Vulthoom navegará hacia la Tierra —les informó Ta-Vho-Shai—. Cuando todo esté preparado, la nave atravesará la tierra hasta la superficie por medio de desintegradores atómicos. Hasta la piedra se

derretirá como la cera. Ignar-Luth, que está situada directamente encima, quedará consumida como si los fuegos del núcleo del planeta hubieran sido liberados de golpe.

Haines y Chanler, atónitos, no supieron qué replicar. A medida que pasaba el tiempo se iban sintiendo más impactados por el misterio y la magnitud, el terror y la amenaza, de aquel insospechado mundo de cavernas. Tenían la sensación de que allí un poder maligno, armado con desconocidos arcanos de la ciencia, tramaba algún tipo de funesta conquista; una catástrofe que podría afectar a los mundos habitados del sistema se estaba incubando oscuramente y en total secretismo. Parecía que iba a ser imposible que escaparan y dieran la voz de alarma, y que su propio destino se hallaba ensombrecido por una penumbra insoluble.

Una ráfaga de vapor caliente y metálico que manaba del abismo abrasó corrosivamente sus fosas nasales cuando echaron un vistazo por el borde de la galería. Descompuestos y mareados, se echaron hacia atrás.

—¿Qué hay más allá del abismo? —inquirió Chanler cuando las náuseas desaparecieron.

—La galería lleva a las cavernas externas, poco usadas, que conducen al cauce seco de un antiguo río subterráneo. Este cauce, de muchas millas de longitud, emerge en un desierto hundido muy por debajo del nivel del mar, y que se encuentra al oeste de Ignarh.

Los terrícolas se sobresaltaron al escuchar esta información, que parecía ofrecerles una nueva vía de escape. Sin embargo, ambos pensaron que lo mejor era ocultar su interés. Fingiendo estar fatigados, le pidieron al aihai que los condujera a alguna estancia en la que poder descansar un rato y debatir pausadamente la propuesta de Vulthoom.

Ta-Vho-Shai, profesando una total dedicación a servirles de todas las maneras posibles, los condujo a una pequeña habitación más allá de los laboratorios. Era una especie de dormitorio, con dos niveles de literas en las paredes. Esas literas, por su longitud, evidentemente habían sido diseñadas para acomodar a los gigantescos marcianos. Allí, Ta-Vho-Shai les dejó a solas, pues había supuesto tácitamente que su presencia ya no era requerida.

—Bueno —dijo Chanler—, parece que habría alguna oportunidad de escapar si llegamos al lecho del río. Tomé buena nota de los corredores que seguimos de regreso de la galería. No debería ser muy difícil… a menos que estemos siendo vigilados sin nuestro conocimiento.

—El único problema es que suena demasiado fácil… Aun así, podemos intentarlo. Cualquier cosa es mejor que quedarnos por aquí de esta manera. Después de lo que hemos visto y oído, estoy empezando a creer que Vulthoom es realmente el Demonio… aunque él declare no serlo.

—Esos aihais de diez pies de altura me ponen los pelos de punta —dijo Chanler —. No me costaría nada creer que tienen un millón de años más o menos. Su

extraordinaria longevidad explicaría el tamaño y estatura. La mayoría de los animales que sobrepasan el plazo normal de años de vida se hacen gigantescos; y resulta lógico pensar que esos marcianos han evolucionado de forma similar.

Resultó una tarea sencilla volver sobre sus pasos de regreso a la galería de columnas que rodeaba el gran abismo. Durante la mayor parte del trayecto sólo tuvieron que seguir un corredor principal, y habrían podido guiarse sólo por el sonido de los atronadores ingenios mecánicos. No se cruzaron con nadie en los pasillos, y los aihais que vieron por los portales abiertos de los laboratorios estaban enfrascados en enigmáticos experimentos químicos.

—No me gusta esto —murmuró Haines—. Es demasiado bueno para ser verdad.

—No estoy muy seguro de eso. Tal vez simplemente no se le ha pasado por la cabeza a Vulthoom y sus acólitos que pudiéramos querer escapar. Después de todo, no conocemos nada sobre su psicología.

Manteniéndose cerca de la pared interior, tras las gruesas columnas, avanzaron por la larga y sinuosa galería de la derecha. Tan sólo estaba iluminada por el tembloroso reflejo de las altas llamas que ardían allá abajo en el foso. Avanzando de esa manera, evitaban estar en el campo de visión de los gigantes atareados, si es que a alguno de ellos se le ocurría levantar la vista. Ráfagas de vapores venenosos les llegaban flotando a intervalos y sentían el infernal calor de los calderos; y los repiqueteos de soldaduras, el estruendo de oscuras maquinarias, golpeaban sus cerebros a medida que avanzaban con reverberaciones que eran como golpes de martillo.

Poco a poco bordearon el abismo y por fin llegaron al otro lado, donde la galería trazaba una curva de regreso al corredor de acceso. Allí, entre las sombras, divisaron la entrada en penumbra de una amplia caverna que conectaba con la galería.

Supusieron que aquella caverna los conduciría hacia el lecho de río hundido del cual Ta-Vho-Shai les había hablado. Afortunadamente, Haines llevaba una pequeña linterna de bolsillo y dirigió el haz de luz hacia la caverna, revelando un pasillo recto con numerosas intersecciones secundarias. La noche y el silencio los engulló de un solo bocado, y los repiqueteos de los atareados titanes quedaron rápida y misteriosamente silenciados mientras corrían por la sala vacía.

En el techo del corredor había instalados hemisferios metálicos, ahora oscuros y sin luz, que antes habían servido para iluminarlo de la misma manera que en el resto de estancias de Ravormos. Los pies de los terrícolas levantaron un fino polvo en su huida, y pronto el aire se hizo gélido y cortante, perdiendo la calidez levemente húmeda y suave de las cavernas centrales. Estaba claro, como Ta-Vho-Shai les había dicho, que aquellos pasajes exteriores eran raras veces usados o visitados.

Recorrieron durante una milla o más aquel pasillo tartáreo. Luego las paredes comenzaron a estrecharse, el suelo se hizo más accidentado y el cauce inició un descenso más empinado. Ya no se veía ningún pasadizo y la esperanza de escapar aumentó en los terrícolas cuando vieron claramente que ya habían sobrepasado las

cavernas artificiales y se habían adentrado en un túnel natural. El túnel pronto se ensanchó y el suelo se escalonó en una serie de terrazas. Gracias a estas, descendieron hacia un profundo abismo que era obviamente el cauce del río del que Ta-Vho-Shai les había hablado.

La pequeña linterna apenas bastaba para revelar la extensión total de aquel lecho de río subterráneo, en el que ya no había ni tan siquiera un hilillo de su prehistórico caudal. El fondo, profundamente erosionado y cubierto de rocas cortantes, medía más de cien yardas de ancho, y el techo se arqueaba perdiéndose irresoluble en la penumbra. Explorando el fondo con precaución durante una corta distancia, Haines y Chanler decidieron tomar por el descenso gradual que les ofrecía la dirección en la que la corriente fluyó en otro tiempo. Descendiendo por el curso avanzaron con decisión, rogando por no encontrarse con barreras irremontables ni precipicios de antiguas cataratas que les impidiesen avanzar hasta el desierto. Aparte del peligro de ser perseguidos, no temían ninguna otra dificultad.

Las oscuras revueltas y meandros del lecho les llevaban primero a un lado y luego al otro mientras avanzaban a tientas. En algunos lugares la caverna se ensanchaba, y llegaron a playas de amplias orillas, con bancos de arena marcados por el reflujo de las aguas. En la parte alta de algunas de las playas se veían formaciones singulares parecidas a un tipo de hongo mamut que crece en las cavernas bajo los actuales canales. Esos afloramientos, con forma de hercúleos garrotes, llegaban con frecuencia a medir tres pies o más de altura. Haines, impresionado por los destellos metálicos que producía el haz de luz cuando apuntaba hacia ellos, concibió una curiosa idea. Haciendo caso omiso a las protestas de Chanler por el retraso, escaló una terraza para examinar un grupo de estos hongos de cerca y averiguó, como ya había sospechado, que no eran floraciones vivas, sino que estaban petrificados y totalmente impregnados de mineral. Intentó romper uno de ellos, pero resistió todos sus tirones. Sin embargo, tras golpearlo con un trozo suelto de roca, logró romper la base del garrote, que se derrumbó con un repiqueteo de hierro. El objeto era muy pesado, con un ensanchamiento como el de un mazo en la parte superior, y podía servir de arma contundente en caso de necesidad. Rompió un segundo garrote para Chanler, y así armados continuaron la huida.

Era imposible calcular la distancia que habían recorrido. El canal giraba y serpenteaba, se elevaba abruptamente en algunos tramos, y con frecuencia se resquebrajaba en salientes que brillaban con minerales alienígenas o con manchas de óxidos extravagantemente brillantes de color azul, bermellón y amarillo. Los hombres avanzaban a trompicones hundidos hasta los tobillos en fosos de arena azabache, o escalaban con dificultad por parapetos escarpados como presas de rocas herrumbrosas, enormes como menhires apilados. Pronto se sorprendieron a sí mismos escuchando febrilmente para detectar cualquier sonido que delatara que estaban siendo seguidos. Pero el silencio invadía el canal cimerio, roto sólo por el tintineo y crujidos de sus propias pisadas.

Por fin, con ojos incrédulos, vieron el amanecer de una luz pálida en las profundidades. Atravesando un arco siniestro tras otro, como la garganta del Averno iluminada por fuegos infernales, la enorme caverna se hizo visible. Durante unos segundos exultantes pensaron que estaban aproximándose a la salida del canal, pero la luz aumentó con un brillo inquietante y sorprendente, como de llamas de calderos más que de rayos de sol entrando en una cueva. Implacable, iluminaba las paredes y el suelo y apagó el inútil haz de luz de la linterna de Haines cuando cayó sobre los terrícolas deslumbrados.

Funesta e incomprensible, la luz parecía observarlos amenazadoramente. Los hombres permanecieron asombrados y vacilantes, sin saber si continuar o retroceder. Entonces, atravesando el aire llameante, les llegó una voz que sonó con un leve tono de reproche: era la dulce y sonora voz de Vulthoom.

—Regresad por donde vinisteis, oh, terrícolas. Nadie abandona Ravormos sin mi conocimiento o contra mi voluntad. ¡Mirad! He enviado a mis guardianes para que os escolten.

El aire iluminado había parecido vacío en un principio, y en el lecho del río sólo se veían masas grotescas y las achatadas sombras de las rocas. Ahora, al apagarse la voz, Haines y Chanler contemplaron ante ellos, a una distancia de tres yardas, la aparición instantánea de dos criaturas que no podían ser comparadas a nada en toda la zoología conocida de Marte o la Tierra.

Se alzaban sobre el fondo rocoso hasta la altura de unas jirafas, con unas patas cortas vagamente similares a las de dragones chinos, y unos cuellos alargados en espiral como los anillos intermedios de grandes anacondas. Sus cabezas tenían tres facetas, y podrían haber sido perfectamente las Trimurti de algún mundo infernal. Parecía que todos los rostros carecían de ojos, con llamas en forma de lenguas que salían copiosamente de profundas cuencas bajo un ceño oblicuo. También se derramaban llamas en un vómito incesante por las bocas entreabiertas de gárgola. De la cabeza de cada monstruo sobresalía una cresta triple de color bermellón rematada con afilados bordes de sierra que brillaban terriblemente; y de los rostros de ambos colgaban barbas como papiros de color carmesí. Sus cuellos y espaldas arqueadas estaban ribeteados con hojas cortantes largas como espadas que iban decreciendo hasta formar hileras de puñales en las colas afiladas; y todo su cuerpo, así como aquel temible armamento, parecían arder como si acabaran de salir de un furioso fogón.

Un calor palpable manaba de aquellas quimeras infernales, y los terrícolas retrocedieron rápidamente apartándose de las llamaradas flotantes que, como los jirones al vuelo de los restos de una conflagración, se desprendían de las llamas que brotaban sin cesar de sus ojos y bocas.

—¡Dios mío! ¡Estos monstruos son sobrenaturales! —gritó Chanler, conmocionado y atónito.

Haines, aunque visiblemente asustado, se inclinó por una explicación más ortodoxa.

—Debe de haber alguna clase de visión proyectada tras esto —mantenía—, aunque no llego a entender cómo es posible proyectar imágenes tridimensionales y además crear la sensación de calor… Ya me olía, por algún motivo, que estaban vigilando nuestra huida.

Recogió un fragmento pesado de la piedra metálica y lo lanzó a una de las brillantes quimeras. Con un tiro certero, el fragmento golpeó la frente de rostro frontal del monstruo, y pareció explotar en una lluvia de chispas en el momento del impacto. La criatura se encendió iracunda, se hinchó prodigiosamente y emitió un feroz siseo. Haines y Chanler fueron empujados hacia atrás por una vaharada de calor abrasador; y sus guardianes los siguieron paso a paso por el abrupto lecho. Tras abandonar toda esperanza de poder escapar, regresaron a Ravormos, perseguidos de cerca por los monstruos mientras avanzaban a duras penas a través de las arenas movedizas, los salientes y las riadas.

Cuando llegaron al punto desde donde habían descendido hacia el lecho del río, encontraron que los tramos superiores estaban custodiados por dos más de aquellos dragones terroríficos. No les quedó más remedio que escalar las altas terrazas hacia el empinado túnel. Exhaustos tras su larga huida, y con los nervios a flor de piel por una descorazonadora desesperación, se encontraron de nuevo en la sala exterior, con dos de los guardianes ahora conduciéndolos como una infernal escolta de honor. Ambos quedaron anonadados al contemplar los terribles y misteriosos poderes de Vulthoom; e incluso Haines se había quedado callado, a pesar de que su cerebro seguía ocupado con inútiles y desesperadas cábalas. Chanler, más sensible, sufría todos los escalofríos y terrores que su literaria imaginación podía producir en aquellas circunstancias.

Llegaron por fin a la galería de las columnas que rodeaba el vasto abismo. A medio camino de la galería, las quimeras que precedían a los terrícolas se volvieron súbitamente hacia estos al tiempo que escupían feroces llamas; y, al detenerse intimidados, las dos quimeras a sus espaldas continuaron avanzando hacia ellos con un siseo similar al de unas salamandras satánicas. En aquel espacio menguante, el calor era como una potente ráfaga procedente de un horno, y las columnas no ofrecían ningún cobijo. Desde las profundidades del abismo, donde los titanes marcianos trabajaban perpetuamente, un tremendo trueno se alzó abalanzándose hacia ellos al mismo tiempo; y unos vapores tóxicos les llegaron en espirales estremecedoras.

—Parece que pretenden conducirnos hasta el abismo —jadeó Haines, mientras intentaba recobrar el aliento en aquel aire abrasador. Ambos se tambalearon frente a los monstruos que se acercaban, y mientras Haines hablaba, dos más de aquellas infernales criaturas aparecieron de un fogonazo al borde de la galería, como si hubieran surgido del abismo para evitar aquel último y letal salto que les habría ofrecido una vía de escape de las otras criaturas fantasmales.

A punto de desmayarse, los terrícolas a duras penas fueron conscientes de un

cambio en las amenazadoras quimeras. Los cuerpos ardientes se apagaron, menguaron y se oscurecieron; el calor disminuyó y los fuegos de las bocas y las fosas oculares cesaron. Al mismo tiempo, las criaturas se arremolinaron a su alrededor, arrimándose repugnantemente y revelando unas lenguas blanquecinas y unos ojos azabaches.

Las lenguas parecieron dividirse… palidecieron aún más… eran como los pétalos de las flores que Haines y Chanler habían visto en algún otro lugar. El aliento de las quimeras, como suaves estallidos, llegaba a los rostros de los terrícolas… y el aliento era un frío y especiado perfume que ya habían olido en una ocasión anterior… era el perfume narcótico al que habían sucumbido tras su audiencia con el oscuro señor de Ravormos… Segundo a segundo, los monstruos se convirtieron en prodigiosas flores; las columnas de la galería se habían convertido en árboles gigantescos envueltos en una atmósfera de amanecer primigenio; los truenos del foso habían quedado sofocados y ahora eran como el suspiro de suaves mares en las orillas del Edén. Los innumerables terrores de Ravormos, la amenaza de un siniestro final, se transformaron en cosas que nunca habían existido. Haines y Chanler, totalmente ajenos, estaban perdidos en el paraíso de la droga desconocida…

Haines, tras despertarse con la mente ensombrecida, descubrió que estaba echado sobre el suelo de piedra de la columnata circular. Estaba solo, y las fieras quimeras habían desaparecido. Las sombras de su desmayo opiáceo fueron disipadas bruscamente por el repiqueteo que todavía llegaba desde el abismo cercano. Con creciente consternación y horror, recordó en ese momento todo lo que había sucedido.

Se puso en pie mareado, echando un vistazo a su alrededor por el semicrepúsculo de la galería, buscando algún rastro de su compañero. El garrote-hongo petrificado que Chanler llevaba, así como su propia arma, estaban donde habían caído de las manos de los hombres acorralados. Pero Chanler se había ido… Haines gritó en alto su nombre, pero no recibió más respuesta que los ecos siniestramente prolongados de la profunda galería.

Llevado por el acuciante impulso de que debía encontrar a Chanler sin demora, recuperó su pesada maza y recorrió la galería. Parecía que el arma no iba a serle de mucha ayuda contra los sirvientes preternaturales de Vulthoom; sin embargo, la solidez metálica de la cachiporra le insuflaba seguridad.

Al aproximarse al gran pasillo que conducía hasta el mismo centro de Ravormos, Haines se sintió tremendamente feliz cuando vio que Chanler se aproximaba para encontrarse con él. Pero antes de poder dirigirle un animado saludo, escuchó la voz de Chanler:

—Hola, Bob, esta es mi primera aparición televisual en forma tridimensional. No está mal, ¿verdad? Estoy en el laboratorio privado de Vulthoom, y Vulthoom me ha persuadido para aceptar su proposición. En cuanto tú te decidas a hacer lo mismo, regresaremos a Ignarh con todas las instrucciones de nuestra misión terrestre, y unos fondos para cada uno de un millón de dólares. Piénsalo bien, y verás que no hay otra

cosa que podamos hacer. Cuando hayas decidido unirte a nosotros, sigue el pasillo principal a través de Ravormos, donde Ta-Vho-Shai se encontrará contigo y te traerá al laboratorio.

Al concluir aquel sorprendente discurso, la figura de Chanler, sin esperar aparentemente ninguna respuesta de Haines, se dirigió con paso ligero al borde de la galería y flotó entre las volutas de vapores. Allí, sonriendo a Haines, se desvaneció como un fantasma.

Afirmar que Haines quedó estupefacto sin duda sería expresarlo con demasiada delicadeza. Con toda certeza, la figura y la voz habían sido las del Chanler de carne y hueso. Sintió un funesto escalofrío ante la taumaturgia de Vulthoom, que era capaz de producir una proyección tan verídica como para lograr engañarlo de aquella manera. Estaba conmocionado y horrorizado por la capitulación de Chanler; pero, de alguna manera, no se le ocurrió pensar que le hubieran sometido a algún tipo de engaño.

«Ese diablo lo ha atrapado —pensó Haines—. Pero jamás lo habría creído. Nunca pensé que fuera esa clase de persona después de todo».

La pena, la ira, la perplejidad y la sorpresa lo fueron embargando alternativamente mientras atravesaba la galería. Cuando entró en la sala interior, seguía sin ser capaz de decidirse claramente por ningún curso de acción. Rendirse, como había hecho Chanler conscientemente, le resultaba impensablemente repugnante. Si pudiera ver a Chanler otra vez, tal vez podría persuadirlo para que cambiase de opinión y retomara su oposición inquebrantable a la extraña entidad. Era una degradación y una traición a la humanidad que un terrícola se prestara a los más que dudosos planes de Vulthoom. Además de la planeada invasión de la Tierra y la propagación del extraño y sutil narcótico, estaba la despiadada destrucción de Ignar-Luth que tendría lugar cuando la nave de Vulthoom se abriera camino hasta la superficie del planeta. Era su deber, y el de Chanler, evitarlo, si es que evitarlo era humanamente posible. Fuera como fuese, ellos —o él solo, si fuera necesario—, debían detener la amenaza que se estaba incubando en las cavernas. Siendo honesto consigo mismo, supo que no podía perder ni un solo segundo más.

Portando el garrote mineral, avanzó durante varios minutos mientras le daba vueltas al aciago problema, pero sin lograr dar con ninguna solución. Con la habilidad de observación más o menos instintiva de un piloto espacial veterano, echó un vistazo a cada una de las estancias por las que pasaba, donde las menas y las retortas de extrañas químicas eran manipuladas por colosos antiquísimos. Luego, sin premeditación, llegó a una habitación desierta en la que se encontraban los tres enormes receptáculos que Ta-Vho-Shai había llamado Botellas del Sueño. Recordó lo que el aihai había dicho sobre su contenido.

Con un fugaz rayo de desesperada inspiración, Haines entró resueltamente en la habitación, con la esperanza de no estar siendo vigilado por Vulthoom en ese momento. No había tiempo para reflexionar o para cualquier otro retraso si decidía ejecutar el audaz plan que acababa de concebir.

Más altas que él mismo, con los sinuosos contornos de grandes ánforas, y en apariencia vacías, las Botellas brillaron bajo el haz de luz. Como el fantasma de un gigante bulboso, vio su propia imagen distorsionada en el cristal curvado mientras se aproximaba a la más cercana.

Sólo había un pensamiento, un empeño, en su mente. Costase lo que costase, debía romper las Botellas, cuyos efluvios inundarían Ravormos y engullirían a los acólitos de Vulthoom —si no al propio Vulthoom— en un periodo de sueño de mil años. Él y Chanler, sin duda, quedarían condenados a compartir el sueño, y en su caso, desprotegidos como estaban por el secreto elixir de la inmortalidad, jamás volverían a despertar. Pero bajo las circunstancias en las que se encontraban, tal vez fuera mejor así; y, gracias a su sacrificio, se garantizaban otros mil años de gracia para los dos planetas. Ahora era su oportunidad y parecía improbable que fuera a tener otra.

Alzó el mazo-hongo petrificado, lo balanceó hacia atrás en un rápido arco y golpeó con todas sus fuerzas al cristal panzudo. Se escuchó un estruendo de gong, sonoro y prolongado, y unas grietas surcaron de arriba abajo el enorme recipiente. Tras un segundo golpe, se quebró hacia dentro con un agudo y atroz sonido, que casi parecía un alarido articulado, y Haines notó durante un segundo en su rostro un gélido aliento, suave como el suspiro de una mujer.

Haines contuvo la respiración para evitar inhalar el gas y se volvió hacia la siguiente Botella. Se rompió con el primer impacto y de nuevo sintió un suave suspiro sobre su rostro tras resquebrajar el cristal.

Entonces, una voz atronadora inundó la estancia cuando estaba alzando el arma para romper la tercera Botella:

—¡Loco! Te has condenado a ti mismo y a tu compañero terrícola con esta acción.

Esas últimas palabras se mezclaron con el estruendo del golpe final de Haines. Y entonces se hizo un silencio sepulcral y el lejano y amortiguado zumbido de motores pareció alejarse y retirarse ante aquel silencio. El terrícola contempló durante unos segundos las Botellas rotas, y entonces soltó el inútil muñón que quedaba de su mazo tras partirse en varios fragmentos y huyó de la habitación.

Atraídos por el ruido de los cristales, unos cuantos aihais aparecieron en el salón. Corrían de un lado a otro sin rumbo ni concierto, como momias impelidas por un galvanismo fallido. Ninguno de ellos intentó interceptar al terrícola.

Haines no sabía si el sueño provocado por los gases actuaba lenta o rápidamente. Por lo que podía percibir, el aire de las cavernas no había cambiado: no detectaba ningún olor, ni ningún cambio perceptible en su respiración. Pero, mientras corría, empezó a sentir una sutil somnolencia y tuvo la impresión de que todos sus sentidos estaban envueltos en un fino velo. Creyó ver que se formaban volutas de vapor apenas visibles en el pasillo y había cierta insustancialidad en las propias paredes.

Huía sin un objetivo o propósito concreto. Como un soñador en un sueño, se

sintió poco sorprendido cuando notó que se elevaba del suelo y flotaba en el aire mediante una inexplicable levitación. Era como si estuviera atrapado en una ráfaga, o como si fuera transportado por nubes invisibles. En su rápido vuelo dejó atrás las puertas de unas cien habitaciones secretas, las entradas de unos cien salones misteriosos, y vio fugazmente a los colosos que daban bandazos o cabezazos a medida que el sueño se propagaba mientras iban de un lado a otro en extrañas misiones. A continuación, vio que había entrado en la estancia de techos altos que contenía la flor fósil sobre un trípode de cristal y metal negro. Se abrió una puerta en la piedra intacta de la pared más alejada mientras Haines volaba a toda velocidad hacia ella. Un segundo más tarde, tras cruzar el umbral, le pareció descender a una habitación inferior, entre prodigiosas masas de máquinas innombrables y sobre un disco rodante que zumbaba de forma infernal; entonces fue depositado de pie en el suelo, mientras toda la estancia se alzaba a su alrededor y el disco se cernía ante él. El disco ahora había dejado de girar, pero en el aire todavía resonaba su infernal vibración. El lugar era como una pesadilla mecánica, pero entre el barullo de brillantes muelles y dinamos, Haines divisó la silueta de Chanler atado en posición vertical con cables metálicos a una estructura parecida a un potro de tortura. Cerca de él, inmóvil y erecto, se encontraba el gigante Ta-Vho-Shai; y, directamente frente a él, yacía reclinada una criatura increíble cuyas porciones y extremidades más alejadas se perdían en la distancia entre las máquinas.

Aquella enorme cosa era, en algunos aspectos, como una planta gigantesca, con innumerables raíces pálidas e hinchadas que brotaban de un tronco bulboso. Aquel tronco, medio oculto a la vista, estaba coronado con una copa bermellón como una flor monstruosa; y sobre esa copa brotaba una figura menuda y delicada, de tonos nacarados, y modelada con exquisita belleza y simetría; la figura giró su rostro liliputiense hacia Haines y habló con la resonante voz de Vulthoom:

—Has vencido de momento, pero no te guardo ningún rencor. Culpo a mi propia dejadez.

A Haines la voz le sonó como un trueno en la distancia escuchado por alguien a punto de dormirse. Con indecisos movimientos, dando bandazos como si fuera a desplomarse de un momento a otro, se dirigió hacia Chanler. Pálido y demacrado, con una mirada que sorprendió levemente a Haines, Chanler le observó desde la estructura metálica sin pronunciar palabra.

—He… he roto las Botellas… —Haines escuchó su propia voz con una sensación de somnolienta irrealidad—. Me pareció que era la única cosa que podía hacer… ya que tú te habías unido a Vulthoom.

—Pero yo no di mi consentimiento —replicó Chanler pausadamente—. Fue todo un engaño… para hacer que tú dieras tu consentimiento… Me han torturado porque me negué a dárselo.

La voz de Chanler fue apagándose como si ya no fuera capaz de decir nada más. Sutilmente, el dolor y el cansancio fueron desvaneciéndose de su semblante, borrados

por el gradual sueño que lo invadía.

Haines, apenas capaz de comprender lo que ocurría tras el velo de su propio sueño, detectó vagamente un instrumento de aspecto maligno, como un aguijón de muchas puntas, que cayó de la mano de Ta-Vho-Shai. De aquel arco de finas puntas brotaba un torrente incesante de chispas eléctricas. El pecho de la camisa de Chanler estaba roto y abierto y su piel estaba salpicada de diminutas marcas negras azuladas desde la barbilla hasta el diafragma… marcas que formaban un diabólico dibujo. Haines sintió que lo invadía un horror abstracto e irreal.

A través del Leteo en el que sus sentidos se iban hundiendo progresivamente, fue consciente de que Vulthoom había hablado; y tras un intervalo, le pareció entender el significado de las palabras.

—Todos mis métodos de persuasión han fallado, pero poco importa. Permitiré que me arrastre el sueño, aunque podría permanecer despierto si así lo deseara, desafiando los gases gracias a mi ciencia superior y mi poder vital. Todos dormiremos profundamente… y mil años no son más que una sola noche para mis acólitos y para mí. Sin embargo, para vosotros, con una esperanza de vida tan corta, estos años se convertirán en… la eternidad. Pronto despertaré y retomaré mis planes de conquista… y vosotros, que osasteis interferir, yaceréis a mi lado convertidos en un montoncito de polvo… y el polvo será arrastrado por el viento.

La voz calló y pareció que el delicado ser comenzaba a cabecear sobre la monstruosa copa bermellón. Haines y Chanler fueron perdiéndose de vista el uno al otro tras una creciente y ondulante penumbra, como una niebla gris que se había alzado entre ellos. Reinaba el silencio en todos los rincones, como si los motores tartáreos se hubieran detenido y los titanes hubieran cesado sus trabajos. Chanler se relajó sobre el lecho de tortura y sus párpados se cerraron. Haines se tambaleó, cayó y permaneció allí inmóvil. Ta-Vho-Shai, sujetando todavía su siniestro instrumento, yacía como un gigante momificado. El sueño, como un mar de silencio, invadió las cavernas de Ravormos.

EL MORADOR DEL ABISMO

[THE DWELLER IN THE GULF]

Hinchándose y alzándose al cielo como un genio escapado de una de las botellas de Salomón, la nube se elevó en el horizonte del planeta. Una columna herrumbrosa y colosal avanzaba por la yerma llanura, atravesando un cielo tan oscuro como el agua salada de los mares del desierto que han quedado reducidos a lagunas yermas.

—Tiene pinta de que se acerca una maldita tormenta de arena —comentó Maspic.

—No parece probable que pueda ser otra cosa —replicó Bellman secamente—. No hay constancia de que se produzca ninguna otra clase de tormenta en estas regiones. Es la clase de torbellino infernal que los aihais llaman el *zoorth*… y además se dirige hacia aquí. Sugiero que nos pongamos a buscar refugio. Me he quedado atrapado en un *zoorth* antes y no recomiendo a nadie que respire una bocanada de ese polvo ferruginoso.

—Hay una cueva en el viejo cauce del río, a la derecha —informó Chivers, el tercer miembro del grupo, que había estado escudriñando el desierto con inquietos ojos de halcón.

El trío de terrícolas, aventureros curtidos que rechazaban los servicios de los guías marcianos, había partido hacía cinco días del puesto avanzado de Ahoom y se había adentrado en la región despoblada llamada el Chaur. Se rumoreaba que allí, en los lechos de enormes ríos por los que ya no fluía agua desde hacía ciclos enteros, se podía encontrar el pálido oro de Marte, semejante al platino, apiñado en montones por todos los rincones, como si fuera sal. Si la fortuna les era propicia, sus años de exilio involuntario en el planeta rojo pronto llegarían a su fin. Les habían advertido del peligro del Chaur, y habían escuchado algunas historias extrañas en Ahoom sobre las razones por las que los anteriores buscadores de oro jamás habían regresado. Pero el peligro, por muy atroz o exótico que fuera, no era más que una parte de su rutina diaria. Teniendo una buena oportunidad de hacerse con una cantidad ilimitada al final del camino, habrían descendido y atravesado el valle de Hinom.

Los suministros de alimentos y los barriles de agua eran transportados en las grupas de tres de aquellos curiosos mamíferos llamados *vortlups*, que con sus patas y cuellos alargados y cuerpos recubiertos de una coraza callosa bien podrían haber sido un fabuloso cruce entre llama y saurio. Esos animales, aunque extravagantemente feos, estaban domesticados y eran obedientes, y estaban bien adaptados a las travesías por el desierto, ya que eran capaces de sobrevivir sin agua durante varios meses seguidos.

Los últimos dos días habían avanzado por el lecho de una milla de ancho de un antiguo río sin nombre que serpenteaba entre colinas erosionadas y ahora reducidas a meros montículos tras eones de abrasión. Hasta el momento sólo habían encontrado

cantos rodados, guijarros y arena de grano fino. El cielo había permanecido silencioso y en total quietud; y nada se movía allá en el lecho del río, cuyas rocas desnudas ni tan siquiera estaban cubiertas por liquen muerto. La maligna columna del *zoorth*, que giraba y se expandía en su dirección, fue el primer signo de movimiento que vieron en aquella tierra sin vida.

Azuzando sus *vortlups* con las picanas de punta de hierro, único instrumento con el que lograban aumentar la velocidad de aquellos monstruos parsimoniosos, los terrícolas se dirigieron hacia la entrada de la caverna mencionada por Chivers. Estaba tal vez a un tercio de milla de distancia, y se encontraba en lo alto de la ribera del río.

El *zoorth* había ocultado totalmente el sol cuando llegaron a los pies de la Vetusta ladera y se movían a través de un siniestro crepúsculo tintado del color de la sangre reseca. Los *vortlups*, protestando con gritos de otro mundo, comenzaron a escalar por la playa, que estaba delimitada por una serie de escalones más o menos regulares que indicaban el lento retraimiento de sus antiguas aguas. La columna de arena, que se alzaba y giraba con tremenda fuerza, había alcanzado ya la orilla contraria cuando llegaron a la caverna.

Esta se encontraba en una de las laderas de una suave colina rocosa con vetas de hierro. La entrada se había desmoronado en montones de polvo de óxido de hierro y oscuro basalto, pero era lo suficientemente grande para cobijar con comodidad a los terrícolas y a sus bestias de carga. La oscuridad, densa como si estuviera tejida en redes negras, sofocaba el interior. No pudieron averiguar las dimensiones de la cueva hasta que Bellman sacó una linterna eléctrica de su fardo de pertenencias y arrojó su luz sobre las sombras.

La linterna sólo sirvió para revelar el inicio de una estancia de tamaño indeterminado que se extendía a sus espaldas hacia la noche, ensanchándose gradualmente, y un suelo pulido por el paso del tiempo hasta quedar liso como barnizado por las aguas.

La entrada se había oscurecido con la aparición del *zoorth*. Un extraño gemido como de demonios desconcertados invadió los oídos de los exploradores y partículas de arena del tamaño de átomos cayeron sobre ellos, clavándose en sus manos y rostros como diamantes en polvo.

—La tormenta durará una media hora, al menos —dijo Bellman—. ¿Nos adentramos en la cueva? Probablemente no encontremos nada de mucho interés o valor. Pero la exploración servirá para matar el tiempo. Y tal vez encontremos algunos rubís violetas o zafiros ambarinos, como los que a veces se descubren en estas cavernas desiertas. Será mejor que os traigáis las linternas y las dirijáis hacia las paredes y el suelo mientras avanzamos.

Sus compañeros consideraron que valía la pena seguir su sugerencia. Los *vortlups*, totalmente insensibles a las ráfagas de arena gracias a su escamosa coraza, se quedaron tras ellos cerca de la entrada. Chivers, Bellman y Maspic, con los haces de luz de las linternas rasgaron la densa penumbra que tal vez jamás había conocido

la intrusión de luz en todos sus anteriores ciclos, y continuaron adentrándose en la cueva cada vez más espaciosa.

El lugar estaba desnudo, con el vacío mortal de una catacumba abandonada hace mucho tiempo. Su suelo y paredes herrumbrosas no reflejaban la luz ni lanzaban destellos bajo las luces juguetonas. La caverna descendía con un suave declive y los lados mostraban marcas de agua a una altura de seis o siete pies. Sin duda, en anteriores eones fue el canal de un afluente subterráneo del río. Estaba totalmente limpio de detritus y era como la parte anterior de un conducto ciclópeo que tal vez condujera a algún Érebo submarciano.

Ninguno de los tres aventureros era excesivamente fantasioso o dado al nerviosismo. Pero los tres se sentían acosados por ciertas impresiones inquietantes. Detrás del tapiz de críptico silencio, una y otra vez, les parecía oír un débil susurro, como el suspiro de mares hundidos en el fondo a profundidades hemisféricas. El aire estaba tintado de una leve y dudosa oscuridad, y sintieron el revoloteo de una ráfaga de aire casi imperceptible sobre sus rostros. Lo más extraño de todo fue la fugaz percepción de un olor indefinible, que les recordó tanto a madrigueras de animales como al peculiar olor de las viviendas marcianas.

—¿Creéis que encontraremos alguna clase de vida? —preguntó Maspic, olisqueando el aire con recelo.

—No es probable que eso ocurra —Bellman despachó la pregunta con su habitual parquedad de palabras—. Incluso los *vortlups* salvajes evitan el Chaur.

—Pero hay sin duda un toque de humedad en el aire —insistió Maspic—. Eso significa agua, en algún lugar; y si hay agua, entonces podría también haber vida… quizás de una especie peligrosa.

—Llevamos nuestros revólveres —dijo Bellman—. Pero dudo que vayamos a necesitarlos… siempre que no nos encontremos con buscadores de oro rivales de la Tierra —añadió con cinismo.

—Escuchad —el medio susurro procedió de Chivers—. ¿No oís algo, amigos?

Los tres callaron. En algún rincón en la penumbra que se extendía delante de ellos, escucharon un ruido prolongado y ambiguo que desconcertaba al oyente por sus elementos incongruentes. Era un crujido y un repiqueteo seco, como el de metal arrastrado sobre piedra; y también recordaba en cierta manera al beso de una miríada de labios húmedos y enormes. Pronto disminuyó y murió en un nivel aparentemente inferior.

—Es extraño —Bellman pareció admitir a su pesar.

—¿Qué ocurre? —preguntó Chivers—. ¿Uno de los monstruosos ciempiés subterráneos, de media milla de largo, del que hablan los marcianos?

—Has estado escuchando demasiadas leyendas nativas —le recriminó Bellman —. Ningún terrícola ha visto nada de esa clase. Muchas cavernas profundas de Marte han sido explotadas exhaustivamente, pero las que se encuentran en regiones desérticas como la del Chaur, carecían de todo signo vida. No puedo imaginar qué

pudo causar ese ruido; pero, en aras de la ciencia, me gustaría continuar avanzando y averiguarlo.

—Yo empiezo a sentirme un tanto asustado —dijo Maspic—. Pero tengo ánimo de seguir si vosotros lo tenéis.

Sin mayor discusión o comentarios, los tres continuaron su avance por la cueva. Habían estado andando a buen paso durante quince minutos, y ahora se encontraban al menos a media milla de la entrada. El terreno iba ganando inclinación, como si hubiera sido el lecho de un torrente. Además, la composición de las paredes había cambiado: a ambos lados había altos salientes de piedra metálica y recovecos con pilares que los haces de las linternas no siempre podían sondear hasta el fondo.

El aire se había vuelto más pesado, y la humedad inequívoca. Se percibía un aliento de aguas antiguas estancadas. Aquel otro olor, como de fieras salvajes y de moradas de aihai, también contaminó la penumbra con su penetrante hedor.

Bellman encabezaba la marcha. De repente, su linterna reveló el borde de un precipicio, donde el viejo canal acababa abruptamente y las terrazas y paredes se perdían por ambos lados a una profundidad incalculable. Se aproximó al mismo borde y dirigió su lápiz luminoso hacia el abismo, revelando tan sólo el precipicio que se desplomaba a sus pies hacia una oscuridad sin fondo visible. El rayo de luz tampoco pudo alcanzar la orilla opuesta del abismo, que podría encontrarse a muchas leguas de distancia.

—Parece que hemos encontrado la base de operaciones original —comentó Chivers.

Echando la vista a su alrededor, eligió una esquirla suelta del tamaño de un pequeño canto y la lanzó tan lejos como pudo en el abismo. Los terrícolas prestaron atención para escuchar el sonido de la caída, pero transcurrieron varios minutos y no se escuchó ningún eco en la profunda oscuridad.

Bellman comenzó a inspeccionar los salientes desgajados a ambos lados del final del recorrido del canal. A la derecha distinguió un saliente inclinado hacia abajo que bordeaba el abismo y que continuaba hasta una distancia desconocida. El inicio estaba un poco más alto que el cauce del canal y se podía acceder por medio de una construcción en forma de escalera. El saliente medía menos de dos yardas de ancho y la suave pendiente, su superficie sorprendentemente llana y regular, transmitía la sensación de una antiquísima calzada hendida en la ladera del precipicio. Sobre el saliente se cernía la pared, como si fuera la mitad abruptamente cercenada de una arcada alta.

—Ese es nuestro camino hacia el Hades —dijo Bellman—. Y la bajada es lo suficientemente sencilla.

—¿De qué sirve continuar? —preguntó Maspic—. Yo ya he tenido suficiente oscuridad. Y si continuamos y encontramos algo, probablemente sea algo sin valor… o desagradable.

—Tal vez tengas razón —dijo Bellman, vacilando—. Pero me gustaría avanzar

por esa repisa lo suficiente para hacerme una idea de la magnitud del abismo. Tú y Chivers podéis esperar aquí, si tenéis miedo de bajar.

Tanto Chivers como Maspic no parecieron mostrarse muy dispuestos a confesar cualquier temor que hubieran podido abrigar. Siguieron a Bellman por el saliente, abrazándose a la pared interior. Sin embargo, Bellman avanzaba temerariamente a grandes zancadas por el borde, alumbrando frecuentemente con su linterna la vastedad que engullía su débil haz de luz.

Cada vez más claramente, tras observar su ancho, inclinación y nivelación uniformes, y el medio arco que formaba el precipicio sobre sus cabezas, los terrícolas determinaron que aquel saliente era un camino artificial. Pero ¿quién pudo hacerlo y usarlo? ¿En qué olvidadas eras y con qué enigmático propósito había sido construido? La imaginación de los terrícolas ante aquel tremendo abismo de antigüedad marciana que se abría ante ellos fracasó ante tan tenebrosas preguntas.

A Bellman le pareció que la pared se curvaba hacia dentro sobre sí misma progresivamente. Sin duda, siguiendo aquel camino, lograrían bordear el abismo. Tal vez descendiera en una lenta y colosal espiral, siempre hacia abajo, una vuelta tras otra, hasta las mismísimas entrañas de Marte.

Tanto él como los demás se mostraban turbados en los prolongados intervalos de silencio. Se sintieron terriblemente sobresaltados cuando, al continuar avanzando, escucharon en las profundidades el mismo peculiar sonido o combinación prolongada de sonidos que habían oído en la parte externa de la caverna. Ahora sugería otras imágenes: el crujido era como el rasgueo de una lima; el lento, metódico y múltiple chasquido era vagamente similar al ruido producido por alguna enorme criatura sacando sus pies de un cenagal.

El sonido era inexplicable, aterrador. Parte de su terror residía en una sensación de lejanía, que parecía señalar la inmensidad de su origen y enfatizar la profundidad del abismo. Escuchado en aquel foso planetario bajo un desierto yermo, asombraba… e impresionaba. Incluso Bellman, que hasta el momento no había perdido su aplomo, sucumbió al horror indefinido que se alzaba como una emanación en la noche.

El ruido se hizo más débil y finalmente cesó, induciendo en cierta manera la idea de que el ser que lo producía había caído directamente por la pared perpendicular hacia los confines infernales del abismo.

—¿No deberíamos regresar? —sugirió Chivers.

—Sí, será lo mejor —asintió Bellman sin demora—. De todas formas, nos llevaría una eternidad explorar este lugar.

Así pues, iniciaron el regreso por el saliente. Los tres, con ese sentido extratáctil que advierte de la inminencia de un peligro oculto, se mantenían ahora inquietos y alerta. Aunque el abismo había quedado en silencio tras cesar el extraño sonido, por algún motivo sentían que no estaban solos. No podían imaginar de dónde vendría el peligro, o en qué forma, pero sentían una preocupación que rayaba con el pánico. Tácitamente, ninguno lo mencionó; y tampoco discutieron sobre el funesto misterio

con el que se habían topado de forma fortuita.

Maspic ahora se había adelantado un poco a los otros dos hombres. Había recorrido al menos la mitad de la distancia hacia el viejo canal subterráneo, cuando su linterna, que iluminaba a unos veinte pies por delante sobre el camino, reveló un conjunto de figuras blanquecinas, en hileras de tres, que bloqueaban el paso. Las linternas de Bellman y Chivers, que iban cerca de él, iluminaron con horrenda claridad los miembros y rostros en la avanzadilla de la multitud, pero no pudieron determinar su número.

Las criaturas, que permanecían totalmente inmóviles y en silencio como si esperaran a los terrícolas, eran por lo general similares a los aihais o nativos marcianos. Sin embargo, parecían representar a una especie extremadamente degradada y aberrante; y la palidez fungosa de sus cuerpos denotaba muchos siglos de vida subterránea. Además, eran más pequeños que los aihais adultos, siendo la mayoría de cinco pies de estatura. Poseían las enormes y anchas fosas nasales, las orejas puntiagudas, los torsos hinchados y los desgarbados miembros de los marcianos… pero ninguno de ellos poseía ojos. En los rostros de algunos se veían débiles y rudimentarias hendiduras donde deberían haber estado los ojos; en los de otros había unas profundas y vacías cuencas que sugerían que los ojos habían sido arrancados.

—¡Señor! ¡Qué horrenda pandilla! —exclamó Maspic—. ¿De dónde vienen? ¿Y qué quieren?

—No tengo ni idea —respondió Bellman—. Pero nuestra situación parece un tanto comprometida… a menos que sean amistosos. Deben de haber estado escondidos en los salientes de las cavernas superiores cuando entramos.

Avanzando audazmente y sobrepasando a Maspic, se dirigió a las criaturas en la lengua gutural de los aihai, muchos de cuyos vocablos apenas pueden ser articulados por un terrícola. Algunos de los individuos comenzaron a agitarse inquietos y emitieron agudos hipidos que se asemejaban ligeramente a la lengua marciana. Estaba claro que no entendían a Bellman. El lenguaje de signos, debido a su ceguera, hubiera sido igualmente inútil.

Bellman sacó el revólver, haciendo gestos a los otros para que hicieran lo mismo.

—Tenemos que pasar a través de ellos de alguna manera —dijo—. Y si no nos dejan pasar sin bloquearnos el paso… —el chasquido de un percutor amartillado sirvió para finalizar la frase.

Como si el sonido metálico hubiera sido una señal esperada, la muchedumbre de seres blancos recobró repentinamente el movimiento y se abalanzó en masa hacia los terrícolas. Fue como la irrupción de una horda de autómatas… una imparable marcha de máquinas, orquestada y metódica, bajo la dirección de un poder oculto.

Bellman apretó el gatillo, una, dos, tres veces, a quemarropa. Era imposible fallar; pero las balas eran como inútiles guijarros disparados a la avalancha de agua de un torrente embravecido. Los seres sin ojos no se inmutaron, aunque dos de ellos

comenzaron a sangrar el líquido rojo amarillento que también sangran los marcianos. Uno de los más avanzados, ileso, y moviéndose con diabólica determinación, agarró el brazo de Bellman con cuatro largos dedos palmeados y le arrebató el revólver antes de que pudiera apretar de nuevo el gatillo. Curiosamente, la criatura no intentó quitarle la linterna, que ahora llevaba en la mano izquierda; y Bellman vio el destello acerado del Colt cuando salió volando hacia la oscuridad tras ser lanzado por el marciano. Luego los cuerpos lívidos como hongos, arremolinándose horriblemente en la estrecha carretera, le rodearon por todos los flancos, arrimándose tanto que no le quedaba espacio para ofrecer una resistencia efectiva. Chivers y Maspic, tras hacer algunos disparos, también fueron despojados de sus armas pero, por una extraña discriminación, pudieron quedarse con las linternas.

Todo el episodio ocurrió en cuestión de segundos. Sólo hubo una breve relajación del avance de la multitud, algunos de cuyos miembros habían sido abatidos por Chivers y Maspic y luego lanzados expeditivamente al abismo por sus compañeros. Las filas más adelantadas, desplegándose hábilmente, envolvieron a los terrícolas y los forzaron a dar la vuelta. Luego, atrapados en un torniquete de cuerpos en movimiento, fueron transportados sin oponer resistencia. Imposibilitados por el miedo a perder sus linternas, no pudieron hacer nada contra el torrente de pesadilla. Apresurándose con terribles zancadas por el camino que conducía hacia el abismo, e imposibilitados para ver otra cosa que las espaldas y miembros iluminados de las criaturas frente a ellos, se convirtieron en una parte más de aquel críptico ejército sin ojos.

Tenían la impresión de que decenas y decenas de marcianos les seguían empujándolos implacablemente hacia abajo. Al cabo de un rato empezaron a experimentar como una paralización de sus facultades. Les pareció que ya no se movían con pasos humanos, sino con el rápido y automático paso de las pegajosas cosas que se apiñaban a su alrededor. El pensamiento, la voluntad, incluso el terror, quedaron anulados por el ritmo sobrenatural de aquellos pies que los conducían al abismo. Constreñidos de esta manera y con una creciente sensación de irrealidad, hablaban sólo a largos intervalos, y luego en monosílabos que parecían carecer de todo significado verdadero, como el habla de las máquinas. Los ciegos mantenían un silencio absoluto… no se escuchaba ningún sonido, sólo el de una miríada de eternas pisadas sobre la piedra.

Avanzaron más y más, a través de horas de ébano que no correspondían a ningún periodo diurno. Lenta y tortuosamente, el camino se curvaba hacia el interior, como si se enroscara alrededor de una Babel ciega y cósmica. Los terrícolas tenían la sensación de que debían haber bordeado el abismo muchas veces en aquella terrorífica espiral; pero la distancia que habían avanzado, y la extensión real del increíble abismo, resultaban incognoscibles.

A excepción de las linternas, la noche era absoluta, inalterable. Era más antigua que el sol, había permanecido allí durante todos los eones. Se posaba sobre ellos

como una monstruosa carga y se abría horriblemente a sus pies sobre el abismo, del cual les llegaba cada vez con más fuerza el hedor de aguas putrefactas. Pero seguían sin escuchar ningún sonido, más allá del amortiguado golpeteo de los pies que descendían hacia un Abadón sin fondo.

En algún lugar, tras un lapso que les pareció de siglos nocturnos, la marcha hacia el foso cesó. Bellman, Chivers y Maspic sintieron que se relajaba a su alrededor la presión de los cuerpos apiñados; notaron que ellos mismos se posaban sobre sus pies mientras sus cerebros continuaban latiendo con el ritmo inhumano de aquel terrible descenso.

La razón y el horror retornaron a ellos lentamente. Bellman levantó su linterna y el círculo iluminado reveló de nuevo la multitud de marcianos, muchos de los cuales se dispersaban por una enorme caverna, donde acababa la calzada que bordeaba el abismo. Sin embargo, otros de estos seres permanecieron como si tuvieran la intención de vigilar a los terrícolas. Se agitaban atentos a cada movimiento de Bellman, como si lo percibiesen a través de un sentido desconocido.

No muy lejos, a la derecha, el suelo llano acababa abruptamente; y, tras asomarse por el borde, Bellman vio que la caverna era una cámara abierta en la pared perpendicular. A lo lejos, allá abajo en la negrura, un resplandor fosforescente se alejaba y se acercaba, como noctilucas en un océano subterráneo. Le llegó un viento espeso y fétido y escuchó el extraño susurro de aguas alrededor de los precipicios subterráneos. Aguas que habían ido retrocediendo a lo largo de inefables ciclos, durante la desertización del planeta.

Bellman se giró mareado. Sus compañeros estaban examinando el interior de la cueva. El lugar parecía de origen artificial, porque aquí y allá, los haces de luz de las linternas revelaban enormes columnas con bajorrelieves profusamente tallados. Quién los había tallado o cuándo eran problemas igual de irresolubles que el origen de la calzada que sobresalía del precipicio. Los detalles de aquellos bajorrelieves eran tan obscenos como las visiones de la locura; impactaban a la vista tanto como un golpe violento, representando una maldad sobrehumana, una perversidad sin fondo, en el fugaz momento en el que se revelaban.

Sin duda la cueva tenía unas dimensiones colosales y se prolongaba a lo lejos por la parte trasera del precipicio, y con numerosas salidas, que sin duda conducían a nuevas ramificaciones. Los haces de luz de las linternas desplazaron levemente las sombras batientes de recodos incrustados en la pared, atraparon los salientes de las paredes más alejadas que escalaban y se alejaban en la inaccesible oscuridad, se pasearon sobre las criaturas que iban y venían semejantes a monstruosos hongos vivos y otorgaron una breve existencia visual a las pálidas plantas semejantes a pólipos que se derramaban fétidamente sobre la roca oscurecida.

El lugar era sobrecogedor, oprimía los sentidos, machacaba el cerebro; la luz y la visión eran intrusos efímeros en aquel reino de los ciegos. De alguna manera, los terrícolas se sentían abrumados por la certeza de que escapar era imposible. Un

extraño aletargamiento se apoderó de ellos. Ni tan siquiera comentaron su situación y se limitaron a permanecer abstraídos y en silencio.

Al poco tiempo, reaparecieron unos cuantos marcianos desde la sucia penumbra. Con la misma apariencia de automatismos controlados que habían marcado todas sus acciones, se apiñaron alrededor de los hombres una vez más y los empujaron hacia la boca de la caverna.

Paso a paso, los tres fueron arrastrados por aquella extraña y leprosa procesión. Las obscenas columnas se multiplicaban, la cueva se fue haciendo más profunda ante sus ojos, con vistas infinitas, como una revelación de nauseabundas criaturas que dormitan en el nadir de la noche. Débilmente en un primer momento, pero con más fuerza a medida que avanzaban, se iba apoderando de ellos una insidiosa sensación de somnolencia, como la que causarían unos efluvios mefíticos. Los hombres se rebelaron contra esa sensación, porque aquella somnolencia les resultaba de alguna manera oscura y maligna. Pero esa sensación fue pesando cada vez más sobre ellos, y entonces llegaron al centro del horror.

Entre los gruesos pilares aparentemente sin capiteles, el suelo ascendía en un altar de siete niveles oblicuos y piramidales. En la parte superior se asentaba una imagen de pálido metal: un objeto no más grande que una liebre, pero monstruoso hasta lo inimaginable.

La extraña somnolencia antinatural pareció acrecentarse en los terrícolas cuando contemplaban la imagen. A sus espaldas, los marcianos marchaban en masa con un incansable movimiento de avance, como adoradores que se congregan ante su ídolo. Bellman sintió que una mano se le cerraba alrededor del brazo. Al volverse, encontró tras de sí una sorprendente e inesperada aparición. Aunque pálido y sucio como los moradores de las cavernas, y con un par de cuencas vacías en lugar de ojos, ¡aquel ser era, o había sido anteriormente, un hombre! Iba descalzo, y no tenía más ropas que unos cuantos harapos color caqui que aparentemente se habían podrido por el uso y la antigüedad. Su barba y cabello blancos estaban apelmazados con limo y cubiertos de restos indefinibles. En el pasado fue tan alto como Bellman, pero ahora se había encorvado hasta la altura de los pequeños marcianos y se le veía terriblemente demacrado. Temblaba como si padeciera fiebres palúdicas, y una expresión casi idiotizada de desesperación y terror se dibujaba en las ruinas de sus rasgos.

—¡Dios mío! ¿Quién eres? —gritó Bellman, arrancado de su sopor por el horror de la visión.

Durante unos segundos, el hombre balbució ininteligiblemente, como si hubiera olvidado las palabras de la lengua humana, o ya no fuera capaz de articularlas. Luego graznó débilmente, con muchas pausas y cortes incoherentes:

—¡Sois terrícolas! ¡Terrícolas! Me dijeron que habíais sido capturados… igual que me capturaron a mí… en otro tiempo fui arqueólogo… Mi nombre era Chalmers… John Chalmers. Eso fue hace muchos años… No sé cuántos años. Vine al Chaur para estudiar algunas de las antiguas ruinas. Ellas me atraparon… estas

criaturas del foso… Llevo aquí desde entonces. No hay manera de escapar… El Morador se asegura de que eso no ocurra.

—Pero ¿quiénes son estas criaturas? ¿Y qué es lo que quieren de nosotros? —inquirió Bellman.

Chalmers pareció recobrar parte de sus mermadas facultades. Su voz se hizo más clara y calmada.

—Son una rama degenerada de los yorhis, la antigua raza marciana que floreció antes que los aihais. Todo el mundo cree que se extinguieron. Las ruinas de algunas de sus ciudades todavía existen en el Chaur. Por lo que he podido averiguar (ahora conozco su lengua), esta tribu fue obligada a esconderse bajo tierra por la desertización del Chaur, y fueron descendiendo siguiendo la orilla en retroceso de un lago marciano subterráneo situado en el lecho de este abismo. Ahora son prácticamente animales y adoran a un extraño monstruo que vive en el lago… el Morador… la criatura que se pasea sobre el precipicio. El pequeño ídolo que veis en el altar es una representación de ese monstruo. Están a punto de celebrar una de sus ceremonias religiosas y quieren que vosotros participéis en ella. Yo debo instruiros… Será el comienzo de vuestra iniciación en la vida de los yorhis.

Bellman y sus compañeros, al escuchar la extraña declaración de Chalmers, sintieron una mezcla de pesadillesca revulsión y asombro. El rostro blanco, sin ojos y de asquerosa barba de la criatura que tenían ante ellos parecía haber sufrido el mismo tipo de degeneración que observaban en los habitantes de las cuevas. De alguna manera, el hombre apenas era humano. Pero, sin duda alguna, había sucumbido tras sufrir los horrores de un largo cautiverio en la oscuridad, entre una raza extraña. Ellos mismos se sintieron rodeados de abominables misterios; y las cuencas vacías de Chalmers provocaban una pregunta que ninguno se atrevió a formular.

—¿En qué consiste esa ceremonia? —preguntó Bellman tras unos segundos de silencio.

—Venid, os lo enseñaré.

Percibieron una extraña ansiedad en la voz rota de Chalmers. Este tiró de la manga de Bellman y comenzó a ascender por la pirámide con una facilidad y seguridad al pisar que denotaba una larga práctica y gran familiaridad. Como soñadores en un sueño, Bellman, Chivers y Maspic le siguieron.

La imagen no se parecía a nada que hubieran visto anteriormente en el planeta rojo… o en ningún otro lugar. Era una talla realizada con un extraño metal que parecía más blanco e incluso más suave que el oro, y representaba a un animal jorobado con un caparazón liso que lo cubría; por debajo sobresalían la cabeza y las extremidades como las de una tortuga. La cabeza era malignamente aplanada, triangular… y sin ojos. En ambas comisuras descendentes de la cruel hendidura que tenía por boca, asomaban dos largos probóscides curvados hacia arriba, con los extremos huecos y en forma de copa. La criatura estaba dotada de una serie de pequeñas patas situadas a intervalos uniformes bajo su caparazón; y una curiosa cola

doble enroscada y trenzada asomaba bajo su cuerpo agazapado. Los pies eran redondos y tenían forma de pequeñas copas invertidas.

Sucio y bestial como el producto de alguna demente alucinación atávica, el eidolon parecía dormitar en el altar. Intranquilizaba las mentes con un lento e insidioso terror; asaltaba los sentidos con emanaciones de estupor, unos efluvios que parecían proceder de mundos primigenios previos a la creación de la luz, donde la vida abundaba y retozaba perezosamente en el ciego limo.

—¿Y esa criatura realmente existe?

A Bellman le parecía oír su voz a través de un ondeante velo onírico, como si hubiera hablado otra persona y le hubiera despertado.

—Es el Morador —murmuró Chalmers, y a continuación se inclinó sobre la imagen y sus dedos estirados temblaron en el aire moviéndose hacia delante y hacia atrás como si estuviera a punto de acariciar aquel blanco horror, y continuó—: Los yorhis crearon el ídolo hace mucho tiempo. No sé cómo pudo hacerse… Y el metal con el que fue moldeado no se asemeja a nada conocido… Un nuevo elemento. Haced como yo… y dejará de importaros la oscuridad… No se echan de menos los ojos ni se necesitan aquí. Beberéis del agua pútrida del lago, comeréis las babosas, los pescados ciegos crudos y los gusanos del lago, y os parecerán un manjar… Y no sabréis cuándo os capturará el Morador.

Mientras hablaba, comenzó a acariciar la estatua, deslizando las manos por el giboso caparazón y por la cabeza de reptil. El rostro ciego del hombre adoptó la somnolienta languidez de un comedor de opio y su voz fue apagándose hasta convertirse en murmullos inarticulados, como un chapoteo en un líquido espeso. A su alrededor había una atmósfera de extraña depravación subhumana.

Bellman, Chivers y Maspic le observaban asombrados y descubrieron que el altar estaba abarrotado de marcianos blancos. Varios de ellos avanzaron y se apiñaron en el lado opuesto a Chalmers, alrededor de la cumbre, y también comenzaron a acariciar al eidolon, como si llevaran a cabo algún fantástico ritual del tacto. Recorrían los nauseabundos contornos con lacios dedos y sus movimientos parecían seguir un estricto orden del que ninguno de ellos se desviaba. Emitían unos sonidos que eran como los chirridos de murciélagos somnolientos. En sus brutales rostros había grabado un éxtasis narcotizado.

Tras completar la extravagante ceremonia, los adeptos más adelantados se apartaron de la imagen. Pero Chalmers, con lentos y adormecidos movimientos y la cabeza colgando sobre la pechera de su camisa hecha jirones, continuó acariciándola. Con una extraña mezcla de repulsa, curiosidad e intimidación, los otros terrícolas, azuzados por los marcianos a sus espaldas, se aproximaron y posaron las manos sobre el ídolo. Todo aquel ritual resultaba sumamente misterioso y, en cierta manera, repugnante, pero les pareció prudente seguir las costumbres de sus captores.

El objeto era frío, y húmedo, como si hubiera estado sumergido recientemente en un lecho de fango. Pero parecía estar vivo, y vibrar e hincharse bajo el tacto de sus

dedos. De él, en densas e incesantes oleadas, surgía un efluvio que sólo podía ser descrito como un magnetismo o electricidad opiácea. Era como si aquel metal desconocido exudara un poderoso alcaloide que afectaba los nervios por simple contacto superficial. Rápida e irresistiblemenre, Bellman y los otros sintieron que todos sus miembros eran recorridos por una avalancha de oscuras vibraciones que nublaban sus ojos e invadían su sangre con el sueño. Cavilando somnolientamente, intentaban explicarse a sí mismos el fenómeno desde la perspectiva de la ciencia terrestre y, entonces, a medida que el efecto narcótico fue aumentando como una abrumadora borrachera, olvidaron sus especulaciones.

Con sus sentidos envueltos en una extraña oscuridad, apenas eran conscientes de la presión de cuerpos apiñados que los desplazaban hacia la cima del altar. Pronto algunos de esos cuerpos, retrocediendo como si ya estuvieran saciados de las emanaciones adictivas, los transportaron por las distintas alturas del altar hasta el suelo de la caverna, junto al renqueante y empapado Chalmers. Todavía sujetando sus linternas con dedos inertes, vieron que el lugar hervía de engendros blancos, que se habían reunido con motivo de aquella ceremonia infame. A través de oscuros manchones de sombras, los hombres los contemplaron mientras la multitud bullía subiendo y bajando de la pirámide formando un leproso friso viviente.

Chivers y Maspic sucumbieron antes a los efectos de los efluvios y se echaron sobre el suelo sumidos en un sopor total. Pero Bellman, más resistente, tenía la impresión de caer y flotar a través de un mundo de sueños etéreos. Sus sensaciones eran anómalas y completamente ajenas a su experiencia. En todos los rincones existía un Poder palpable y pensante al que no podía asociar ninguna imagen: un Poder que exhalaba miasmas de sueño. En aquellos sueños, de forma imperceptiblemente gradual, olvidando el último atisbo de su yo humano, de alguna manera se identificaba con las gentes sin ojos; vivía y se movía como ellos, en profundas cavernas y calzadas nocturnas. Y, sin embargo, como por alguna clase de vinculación ahora creada mediante el obsceno ritual en el que había tomado parte, él se había convertido en otra cosa: en una entidad sin nombre que gobernaba sobre los ciegos y era venerado por ellos; algo que moraba en las antiguas aguas putrefactas de las profundidades infernales y salía de ellas en ocasiones para cazar implacablemente. En aquella dualidad de su ser, se saciaba en ciegos festines… y también era devorado. Como un tercer elemento de identidad, el eidolon estaba asociado con todo esto; pero sólo en un sentido táctil y no como memoria óptica. No había luz en ningún sitio… y ni tan siquiera quedaba el recuerdo de la luz.

No sabría determinar cuando pasaba de estas oscuras pesadillas a un sueño sin sueños. Sus momentos de vigilia, oscuros y aletargados, eran al principio como una continuación de los sueños. Luego, tras abrir sus párpados mojados, vio el rayo de luz que yacía en el suelo y que manaba de la linterna caída. La luz iluminaba algo que su drogada conciencia no pudo reconocer. Sin embargo, le inquietaba; y un creciente horror hizo que sus facultades volvieran a la vida.

Poco a poco, llegó a la conclusión de que la cosa que vio era el cuerpo medio devorado de Chalmers. Había jirones de ropa podrida sobre los miembros mordisqueados; y aunque la cabeza había desaparecido, el resto de huesos y vísceras eran sin duda los de un terrícola.

Bellman se levantó tambaleante y miró a su alrededor con los ojos todavía cubiertos por un borroso velo de sombras. Chivers y Maspic estaban echados junto a él, sumidos en un profundo estupor, y por la caverna y sobre el altar de siete niveles estaban tumbados los acólitos del somnífero ídolo.

Sus otros sentidos comenzaron a despertarse de su letargo, y creyó oír un ruido que le resultaba de alguna manera familiar: el nítido susurro de algo arrastrándose, junto a una succión rítmica. El sonido se alejó entre los voluminosos pilares, más allá de los cuerpos durmientes. Un olor a agua putrefacta tintaba el aire, y vio que había muchos círculos de agua sobre la piedra, como los que podrían haber dejado los bordes de unas copas invertidas. Siguiendo el rastro de las huellas, estas se alejaban del cuerpo de Chalmers en dirección a las sombras de aquella cueva exterior que lindaba con el abismo: la dirección por donde el extraño ruido se había alejado, hundiéndose hasta hacerse inaudible.

Un terror demente tomó forma en la mente de Bellman y luchó contra el hechizo que todavía embotaba sus sentidos. Se inclinó sobre Maspic y Chivers y los sacudió con fuerza a ambos, hasta que abrieron los ojos y comenzaron a protestar con somnolientos murmullos.

—En pie, malditos seáis —les reprendió—. Si queremos escapar alguna vez de este agujero infernal, este es el momento de hacerlo.

A fuerza de maldiciones, reniegos y mucho esfuerzo muscular, logró poner en pie a sus compañeros. En su estupor no parecieron reparar en los restos de lo que había sido el desafortunado Chalmers. Tambaleándose como borrachos, siguieron a Bellman sorteando a los marcianos dormidos y se alejaron de la pirámide en la que el blanco eidolon vigilaba con maligna somnolencia a sus adoradores.

Una pesadez que confundía sus sentidos seguía embargando a Bellman, pero el hechizo opiáceo se había relajado hasta cierto punto. Sintió el renacer de su voluntad y de un gran deseo de escapar del abismo y de todos aquellos que moraban en su oscuridad. Los otros, más profundamente sometidos por el somnoliento poder, aceptaron el liderazgo de Bellman y su guía como animales embrutecidos.

Bellman estaba seguro de que podía regresar por la ruta por la que habían accedido al altar. Este parecía también el curso que había tomado la criatura que dejó aquellas marcas circulares de fétida humedad. Avanzando entre las columnas de repugnantes tallas por lo que les pareció una distancia interminable, llegaron por fin al borde del precipicio: ese pórtico del negro Tártaro, desde el que podían contemplar a sus pies el abismo definitivo. Abajo a lo lejos, en aquellas aguas putrefactas, la fosforescencia dibujaba círculos concéntricos, como si hubieran sido turbadas al caer algún cuerpo pesado. En el mismo borde, junto a sus pies, los círculos de agua

estaban marcados sobre la roca.

Se volvieron. Bellman, estremeciéndose con los vagos recuerdos de sus sueños ciegos y el terror de su vigilia, encontró en la esquina de la caverna el comienzo de aquella calzada que subía bordeando el abismo; el camino que los llevaría de regreso al perdido sol.

Siguiendo sus órdenes, Maspic y Chivers apagaron las linternas para ahorrar batería. No estaba claro cuánto tiempo más podrían durar y la luz era su principal necesidad. Su propia linterna sería suficiente para los tres hasta que se consumiera.

No se escuchaba ningún sonido o movimiento que indicara la existencia de vida en aquella cueva de sueño sin luz, donde los marcianos yacían alrededor de la narcótica imagen. Pero un miedo como el que jamás había sentido en todas sus aventuras hizo que Bellman se sintiera enfermo y débil al escuchar atento por el umbral.

El abismo también estaba en silencio, y los círculos de fósforo habían cesado de expandirse por las aguas. Sin embargo, aquel silencio de alguna manera embotaba los sentidos y retardaba las extremidades. Se alzó envolviendo a Bellman como el pegajoso limo de un foso en las profundidades de la tierra, en el que él debía ahogarse. Con titánico esfuerzo comenzó el ascenso, tirando de su cuerpo, maldiciendo y pateando a sus compañeros hasta que estos respondían como animales amodorrados.

Fue un ascenso por el Limbo, un ascenso desde el nadir a través de una oscuridad que parecía palpable y viscosa. Y siguieron subiendo con gran esfuerzo por la monótona e imperceptible inclinación en espiral en la que cualquier medida de distancia se perdía y el tiempo sólo era marcado por la repetición de los pasos eternos. La noche descendía ante el débil haz de luz de Bellman y se cerraba a sus espaldas como un mar que todo lo devoraba, incansable y paciente, esperando el momento en que la linterna se apagara para siempre.

Echando rápidas miradas por el borde de vez en cuando, Bellman observó el gradual desvanecimiento de la fosforescencia allá en las profundidades. Fantásticas imágenes se iluminaron en su mente: era como el último destello de un fuego diabólico en algún infierno extinguido; como el ahogamiento de nebulosas en espacios vacíos bajo los pies del universo. Sintió el vértigo del que mira al espacio infinito… Pronto sólo hubo oscuridad y, gracias a ello, fue consciente de la tremenda distancia que habían escalado.

Las urgencias menores del hambre, la sed, la fatiga habían quedado enterradas bajo el miedo que lo empujaba. El estupor fue abandonando lentamente también a Maspic y Chivers, y ahora eran conscientes de un terror inmenso como la propia noche. Los golpes y patadas y reprimendas de Bellman ya no eran necesarios para que avanzaran.

Maligna, vetusta, soporífera, la noche se cernía sobre ellos. Era como el pesado y fétido pelaje de murciélagos: algo material que sofocaba los pulmones, que

entumecía todos los sentidos. Era silenciosa como el sueño de mundos extintos… Pero rompiendo aquel silencio, tras un lapso que pareció de años, un sonido doble y familiar les llegó a los fugitivos: el sonido de algo que se arrastraba sobre piedra en la distancia, allá abajo en el abismo; el sonido de succión de una criatura sacando los pies de algún cenagal. Inexplicable, provocando ideas incongruentes y dementes, como un sonido escuchado en pleno delirio, incrementó el terror de los terrícolas hasta convertirlo en frenesí.

—¡Dios! ¿Qué es eso? —jadeó Bellman.

Creyó recordar cosas sin imagen, formas abominables y *palpables* de noche primigenia, que no formaban parte legítima de los recuerdos de un humano. Sus sueños, y sus vigilias de pesadilla en la cueva… el ídolo narcótico… el cuerpo medio devorado de Chalmers… los indicios que Chalmers había dejado caer… los círculos de humedad que conducían al abismo… todo ello retornó a su cabeza como productos de una ardiente demencia y lo asaltó en aquella terrible calzada a mitad de camino entre el mar del submundo y la superficie de Marte.

Su pregunta sólo fue respondida por la continuación del sonido. Ahora se escuchaba más fuerte y ascendía por la pared. Maspic y Chivers encendieron las luces y comenzaron a correr con frenéticas zancadas; y Bellman, tras haber agotado lo que le quedaba de control, hizo lo propio.

Era una carrera contra un horror desconocido. Por encima del trabajoso latido de los corazones, del golpeteo rítmico de los pies, los hombres seguían oyendo aquel sonido siniestro e inexplicable. Tenían la sensación de atravesar leguas de oscuridad; y, sin embargo, el sonido les llegaba cada vez más cercano, escalando tras ellos, como si aquello que lo producía fuera una criatura que pudiera avanzar por la pared vertical del precipicio.

Ahora el sonido estaba aterradoramente cerca… y ligeramente adelantado… y cesó de pronto. Las luces frenéticas de Maspic y Chivers, que se movían por delante, descubrieron a la criatura agachada que ocupaba de lado a lado el saliente de dos yardas de ancho.

A pesar de ser aventureros curtidos, los hombres habrían aullado histéricos, o se habrían lanzado por el precipicio, si aquella visión no les hubiera inducido una especie de catalepsia. ¡Era como si el pálido ídolo de la pirámide, hinchado hasta alcanzar inmensas proporciones, y repugnantemente vivo, hubiera subido desde el abismo y estuviera acuclillado frente a ellos!

Allí, claramente, estaba la criatura que había servido de modelo de la atroz imagen: la criatura que Chalmers había llamado el Morador. El giboso y enorme caparazón que se asemejaba vagamente a la armadura de un gliptodonte, brillaba con el resplandor del metal blanco mojado. La cabeza sin ojos, alerta pero somnolienta, se proyectaba hacia delante sobre un cuello que se arqueaba obscenamente. Una docena o más de patas cortas acabadas en pezuñas con forma de copa, sobresalían por los lados del caparazón. Las dos probóscides, de una yarda de largo y con terminaciones

en forma de copa, se alzaron desde las comisuras de la boca cruelmente hendida y atravesaron lentamente el aire hacia los terrícolas.

La criatura parecía tan antigua como aquel planeta moribundo: una forma desconocida de vida primigenia que había morado siempre en las aguas cavernosas. Frente a ella, las facultades de los terrícolas quedaban anuladas por un maligno estupor, provocado en parte por el mismo mineral opiáceo que el de su imagen. Permanecieron inmóviles con las linternas directamente apuntadas hacia aquel Horror, y fueron incapaces de moverse o de gritar cuando aquella cosa se irguió súbitamente hasta permanecer erecta, revelando un torso con protuberancias y la extraña cola doble que se arrastraba y chirriaba metálicamente sobre la roca. Sus numerosas patas, sostenidas en esa postura, mostraban sus oquedades como cálices y de ellas manaba una humedad mefítica. Sin duda servían como ventosas para caminar sobre una superficie perpendicular.

Increíblemente rápida y decidida en todos sus movimientos, con cortos pasos de sus patas traseras, equilibrándose con la cola, el monstruo se aproximó a los desvalidos humanos. Certeramente, las dos probóscides se curvaron hacia arriba y los extremos descendieron hasta los ojos de Chivers mientras este permanecía con el rostro elevado. Se posaron en ellos, cubriendo totalmente las cuencas de los ojos… pero sólo durante un segundo. Entonces se escuchó un salvaje y agónico alarido, al tiempo que las puntas huecas se apartaban barriendo el aire ágil y vigorosamente como el latigazo de una serpiente.

Chivers se balanceó lentamente, moviendo la cabeza y retorciéndose con un dolor narcotizado. Maspic, de pie a su lado, vio entre brumas y como en sueños las cuencas vacías sin ojos. Fue lo último que vio. En ese mismo instante el monstruo se apartó de Chivers y las terribles copas, goteando sangre y hedor, descendieron sobre los ojos del propio Maspic.

Bellman, que se había parado detrás de los otros, contempló lo que ocurría como alguien que presencia las abominaciones de una pesadilla pero es incapaz de intervenir o de huir. Vio los movimientos de las extremidades huecas, escuchó el solitario alarido atroz que brotó de la garganta de Chivers y el rápido aullido que produjo Maspic. Luego, sobre las cabezas de sus compañeros, que seguían sosteniendo sus inútiles linternas entre sus rígidos dedos, las probóscides se aproximaron a él…

Con sangre cayendo a borbotones sobre sus rostros, con la somnolienta, vigilante, implacable y ciega forma pisándoles los talones y conduciéndoles como ganado e impidiéndoles arrimarse al borde, los tres comenzaron su segundo descenso por la calzada que bajaba para siempre a un averno eternamente nocturno.

LAS CRIPTAS DE YOH-VOMBIS

[THE VAULTS OF YOH-VOMBIS]

Si los doctores no se equivocan en su diagnóstico, me quedan sólo unas pocas horas marcianas de vida. En estas horas me dedicaré a relatar, como advertencia a otros que pudieran seguir nuestros pasos, los singulares y terribles acontecimientos que acabaron con nuestras investigaciones en las ruinas de Yoh-Vombis. Si mi historia sirve para prevenir una sola exploración futura, mi relato no habrá sido en vano.

Éramos ocho, todos arqueólogos profesionales con más o menos experiencia en la Tierra e interplanetaria, y partimos con guías nativos desde Ignarh, la metrópolis comercial de Marte, para inspeccionar aquella antigua ciudad desierta desde hacía eones. Allan Octave, nuestro líder oficial, mantenía su primacía por saber más sobre arqueología marciana que ningún otro terrícola en el planeta; y otros del grupo, como William Harper y Jonas Halgren, habían colaborado con él en muchas de sus anteriores investigaciones. Yo, Rodney Severn, era el más nuevo en la expedición, pues había pasado tan sólo unos meses en Marte, y la mayor parte de mis experiencias ultraterrenas se habían limitado al planeta Venus.

Los aihais, desnudos y de torsos esponjosos, nos habían intentado disuadir hablándonos de los vastos desiertos sacudidos por incesantes tormentas de arena que debíamos atravesar para llegar a Yoh-Vombis; y a pesar de nuestras generosas ofertas de pago, resultó difícil contratar guías para el viaje. Por lo tanto, nos sorprendimos al tiempo que nos alegramos cuando llegamos a las ruinas tras siete horas de avance lento y pesado por la llana desolación amarilla y sin árboles que se extendía al suroeste de Ignarh.

Contemplamos nuestro destino por primera vez cuando se ponía un sol pequeño y remoto. En un principio pensamos que las torres de tres ángulos sin cúpulas y los monolitos derruidos pertenecían a alguna ciudad olvidada diferente a la que buscábamos. Pero la colocación de las ruinas, que estaban situadas formando una especie de arco que ocupaba casi toda la legua de longitud de una baja meseta gnéisica de piedra viva erosionada, junto al tipo de arquitectura, nos convencieron de que habíamos dado con nuestro objetivo. Ninguna otra ciudad antigua de Marte había sido diseñada de aquella manera; y los extraños contrafuertes a distintos niveles, como las escaleras de la olvidada Anakim, resultaban peculiares para la prehistórica raza que construyó Yoh-Vombis.

Yo mismo he contemplado las vetustas paredes del Machu Pichu que retan a los cielos en medio de los desolados Andes; y las almenas congeladas construidas por gigantes de Uogam en las tundras glaciales del hemisferio nocturno de Venus. Pero estas se quedaban en nada en comparación con las paredes que ahora contemplábamos. Toda aquella región se encontraba alejada de los canales que

generaban vida, y más allá de los alrededores de estos canales raras veces se encontraba ni tan siquiera la flora y fauna más ponzoñosa; de hecho, no habíamos visto ningún ser vivo desde que partimos de Ignarh. Pero allí, en aquel confín de esterilidad petrificada, de eterno vacío y soledad, daba la impresión de que jamás hubiera podido existir vida.

Creo que todos tuvimos la misma impresión allí de pie, en silencio, mientras el pálido ocaso se derramaba como pus sobre las oscuras ruinas megalíticas. Recuerdo que aspiré levemente un aire que parecía haber sido tocado por el irrespirable helor de la muerte, y escuché la misma laboriosa inhalación por parte de otros de nuestro grupo.

—Este lugar está más muerto que una morgue egipcia —comentó Harper.

—Sin duda, es bastante más antiguo —asintió Octave—. Según las leyendas más fiables, los yorhis, que construyeron Yoh-Vombis, quedaron borrados de la faz de la tierra por la actual raza reinante, hace al menos unos cuarenta mil años.

—¿No existe una historia —dijo Harper— en la que se afirma que los últimos yorhis fueron destruidos por la intervención de alguna fuerza desconocida… algo demasiado horrible y estrafalario para ser mencionado ni tan siquiera en un mito?

—Por supuesto, he escuchado esa leyenda —asintió Octave—. Tal vez podamos encontrar pistas entre las ruinas para confirmarla o refutarla. Es posible que los yorhis se extinguieran por alguna terrible epidemia, como la peste de Yashta, que era una especie de moho verde que corroía los huesos del cuerpo, comenzando por los dientes. Pero nosotros no debemos preocuparnos por contraer la enfermedad, si es que hay alguna momia en Yoh-Vombis… las bacterias estarán ya tan muertas como sus víctimas, después de tantos ciclos de desertización planetaria.

El sol se había puesto con inusitada rapidez, como si hubiera desaparecido por algún tipo de prestidigitación en lugar de dibujar la parábola habitual del ocaso. Sentimos el frío instantáneo del crepúsculo azul verdoso, y el éter sobre nuestras cabezas era como una enorme cúpula transparente de hielo sin sol, iluminada por un millón de débiles destellos que eran las estrellas. Nos pusimos los abrigos y cascos de piel marciana, cuyo uso siempre es necesario de noche; y, tras continuar hacia el oeste de las murallas, montamos el campamento a sus pies para estar parcialmente cobijados del *jaar;* el cruel viento desértico que sopla desde el este antes del amanecer. A continuación, encendimos las lámparas de alcohol que habíamos llevado para cocinar y nos apiñamos a su alrededor mientras la cena se cocía y nos la comíamos.

Después, por comodidad más que por cansancio, nos retiramos pronto a nuestros sacos de dormir; y los dos aihais, nuestros guías, se envolvieron como en una mortaja entre pliegues de paño de barra, que es la única protección que sus curtidas pieles parecen necesitar incluso a temperaturas bajo cero.

A pesar de mi grueso saco con doble forro, seguía sintiendo los rigores del aire nocturno, y estoy seguro de que fue eso, y no otra cosa, lo que me mantuvo despierto

durante largo rato y lo que provocó que mi sueño fuera un tanto inquieto y a saltos cuando por fin caí dormido. En cualquier caso, no estaba preocupado ni por el más leve presentimiento de alarma o peligro, y me habría reído ante la idea de que algo peligroso pudiera estar acechándonos en Yoh-Vombis, entre cuyas antigüedades inimaginables e increíbles, hasta los fantasmas de sus muertos debían de haberse esfumado desde hacía bastante tiempo.

Debí de adormilarme una y otra vez, con lapsos de duermevela entre medias. Por fin, en uno de esos momentos, percibí vagamente que las pequeñas lunas gemelas, Phobos y Deimos, habían salido y producían enormes y alargadas sombras al reflejarse en las torres sin cúpula; sombras que casi tocaban las brillantes formas embozadas de mis compañeros.

Toda la escena estaba envuelta en una quietud pétrea, y ninguno de los durmientes se movía. Entonces, cuando estaba a punto de cerrar los párpados, me pareció detectar un movimiento en la helada oscuridad; y me pareció que una porción de la oscuridad se había desgajado y se arrastraba hacia Octave, que estaba tumbado más cerca de las ruinas que los otros.

A pesar de mi pesado letargo, estaba intranquilo por un presentimiento de algo antinatural y, tal vez, de mal agüero. Me incorpore un poco en el suelo, y al moverme el objeto sombrío, fuera lo que fuese, se retiró y volvió a fundirse de nuevo con la oscuridad principal. Su desvanecimiento hizo que me despertara del todo, y sin embargo no podía estar seguro de haber visto algo. En aquel fugaz vistazo me había parecido un trozo vagamente circular de tela o cuero, oscuro y arrugado, y de diez o doce pulgadas de diámetro, que se desplazaba rápidamente a ras de suelo con el movimiento ondulante de una oruga, plegándose y desplegándose de una forma sorprendente al avanzar.

No me volví a dormir hasta casi una hora más tarde; y si no hubiera sido por el frío extremo sin duda me habría levantado para investigar y asegurarme si había contemplado en realidad un objeto de tan extraña naturaleza o si simplemente lo había soñado. Pero, poco a poco, fui convenciéndome de que aquella cosa era demasiado improbable y fantástica para ser algo más que el producto de una pesadilla. Por fin, me dejé envolver en un ligero sueño.

Me despertó el frío aliento demoníaco del *jaar* que arremetía contra las irregulares murallas, y vi que la débil luz de luna se desvanecía ahora ante la incolora ascensión de un temprano amanecer. Nos levantamos y preparamos el desayuno con dedos entumecidos, a pesar de las lámparas de alcohol.

Mi extraña experiencia visual durante la noche había adquirido una irrealidad fantasmagórica; no le dediqué más que un pensamiento fugaz y no hablé de ello con el resto. Todos estábamos ansiosos por empezar las exploraciones, y poco después de la salida del sol partimos para una investigación preliminar.

Nos extrañó que los dos marcianos rehusaran acompañarnos. Impasibles y taciturnos, no nos dieron ninguna explicación, pero era evidente que nada los

convencería de adentrarse en Yoh-Vombis. No pudimos determinar si estaban o no asustados de las ruinas: sus enigmáticos rostros, con los pequeños ojos oblicuos y enormes y anchas fosas nasales, no mostraban miedo ni ninguna otra emoción que un humano pudiera comprender. En respuesta a nuestras preguntas, se limitaron a decir que ningún aihai había puesto jamás un pie en las ruinas durante siglos. Aparentemente, existía algún misterioso tabú en relación a aquel lugar.

Como equipo para aquella exploración preliminar nos llevamos las linternas eléctricas y una palanca. El resto de herramientas, y algunos cartuchos de explosivos de alta potencia, se dejaron en el campamento para usarlos más adelante si fuera necesario, después de explorar el terreno. Uno o dos de nosotros teníamos armas automáticas, pero también las dejamos en el campamento; parecía absurdo imaginar que pudiéramos encontrar algún tipo de vida entre las ruinas.

Octave estaba visiblemente nervioso cuando comenzamos la inspección y mantenía una cháchara febril repleta de comentarios enfáticos. El resto nos mostrábamos contenidos y en silencio: era imposible sacudirse el siniestro sobrecogimiento y asombro que nos producían aquellas piedras megalíticas.

Continuamos avanzando un trecho entre los edificios triangulares con terrazas, siguiendo las enrevesadas calles que serpenteaban entre aquella peculiar arquitectura. La mayoría de las torres estaban en un estado más o menos ruinoso, y por todos lados se observaba la profunda erosión causada por incontables ciclos de viento y arena, los cuales, en muchos casos, habían llegado a redondear las esquinas en otro tiempo rectas de los poderosos muros. Entramos en algunas de las torres, pero sólo hallamos un completo vacío en el interior. Cualquier mobiliario que hubieran albergado debió de deshacerse en polvo mucho tiempo atrás, y el polvo se había dispersado por los escrutadores vendavales del desierto.

Finalmente llegamos al muro de una vasta terraza excavada en la propia meseta. En aquella terraza los edificios centrales estaban agrupados en una especie de acrópolis. Un tramo de escalones devorados por el paso del tiempo, diseñados para extremidades más largas que las de los humanos, o incluso de los desgarbados marcianos modernos, daba acceso a la cima toscamente tallada.

Paramos y decidimos aplazar nuestra investigación de los edificios más altos, los cuales, al estar más expuestos que los otros, se encontraban en un estado de ruina y decadencia mayor, y con toda probabilidad poco podían ofrecernos como recompensa a nuestros esfuerzos. Octave había comenzado a expresar su decepción al no encontrar objetos como artefactos o estatuas que arrojaran alguna luz sobre la historia de Yoh-Vombis.

Entonces, un poco a la derecha de la escalera, detectamos una entrada en el muro principal que se hallaba parcialmente oculta bajo antiguos desechos. Tras el montón de detritus, encontramos el comienzo de un tramo de escalera que descendía. La oscuridad salió a raudales de la abertura, maloliente y mohosa, junto a los efluvios estancados de putrefacción primigenia; no pudimos distinguir nada más allá de los

primeros escalones, que daban la sensación de estar suspendidos sobre un negro abismo.

Tras lanzar el haz de luz hacia el abismo, Octave empezó a bajar las escaleras. Con voz impaciente nos pidió que le siguiéramos.

Al final de los altos e incómodos escalones llegamos a una larga y espaciosa cámara, como un vestíbulo subterráneo. El suelo tenía una profunda capa de polvo inmemorial. El aire parecía singularmente pesado, como si el velo protector de una atmósfera de otra época, menos benigna que la de Marte hoy, se hubiera instalado y permanecido en aquella oscuridad estancada. Resultaba más difícil respirar allí que en el exterior; el aire estaba lleno de desconocidos efluvios, y un fino polvo ascendía ante nosotros a cada paso, difundiendo una vaharada de corrupción añeja, como polvo de momias polvorientas.

Al final de la cámara, frente una entrada estrecha y alta, nuestras linternas revelaron una inmensa urna plana o plato apoyado sobre unas patas cortas cuadradas hechas de un material mate de color negro verdoso. En el fondo vimos un depósito de fragmentos oscuros semejantes a cenizas que desprendían un débil pero desagradable olor acre, como el fantasma de un olor más poderoso. Octave se inclinó sobre el borde y se puso a toser y estornudar tras inhalarlo.

—Esa sustancia, fuera lo que fuera, debió de emplearse como un fumigante bastante fuerte —comentó—. Los habitantes de Yoh-Vombis tal vez la usaban para desinfectar las criptas.

El umbral que se abría más allá de la urna plana nos condujo a otra estancia más grande, cuyo suelo estaba por comparación bastante limpio de polvo. Vimos que la piedra oscura bajo nuestros pies estaba marcada con dibujos geométricos multiformes grabados con mineral ocre, entre los cuales, como en los cartuchos egipcios, se incluían jeroglíficos y dibujos sumamente estilizados. Poco pudimos interpretar de la mayoría de aquellos dibujos, pero las figuras que aparecían en muchos de ellos sin duda habían sido diseñadas para representar a los propios yorhis. Al igual que los aihais, eran altos y angulosos, con enormes torsos como fuelles. Las orejas y fosas nasales, por lo que pudimos juzgar, no eran tan grandes y anchas como las de los marcianos modernos. Todos los yorhis eran dibujados desnudos; pero en uno de los cartuchos, realizado en un estilo mucho más descuidado que los otros, vimos dos figuras cuyos cráneos alargados y cónicos estaban envueltos en lo que parecía ser una especie de turbante que estaban a punto de quitarse o ajustárselo. El artista parecía haber puesto un énfasis especial en el extraño gesto con el que los cuatro sinuosos dedos palmeados tiraban de esos tocados; y se hallaban en una postura inexplicablemente contorsionada.

De la segunda cripta partían pasillos en todas direcciones que conducían a un verdadero laberinto de catacumbas. Allí, enormes urnas panzudas del mismo material que la urna de fumigación, pero más altas que un hombre y con tapones rematados con asas angulares, estaban colocadas en solemnes hileras junto a las paredes,

dejando apenas espacio para que dos personas recorrieran hombro con hombro la estancia. Cuando logramos retirar uno de los enormes tapones, vimos que la urna estaba llena hasta los bordes de cenizas y fragmentos carbonizados de huesos. Sin duda (como todavía sigue siendo costumbre en Marte), los yorhis habían almacenado los restos incinerados de familias enteras en urnas separadas.

Incluso Octave se quedó callado a medida que avanzábamos y una especie de sobrecogimiento introspectivo pareció reemplazar su anterior excitación. Los demás, creo, habíamos quedado reducidos a un solo hombre envueltos por la densa penumbra de una antigüedad que desafiaba cualquier concepción del tiempo, en la que parecía que nos íbamos sumergiendo a cada paso que dábamos.

Las sombras se agitaban frente a nosotros como las monstruosas y contrahechas alas de murciélagos fantasmagóricos. Por los rincones tan sólo se veía el polvo atomizado de los siglos y las urnas que contenían las cenizas de un pueblo extinguido hacía mucho tiempo. Pero colgando del techo de una de las criptas más alejadas, vi una masa oscura y ondulada con forma circular, como un hongo marchito. Estaba demasiado alta para poder tocarla y nos quedamos observándola y haciendo diversas e inútiles conjeturas. Extrañamente, no recordé en ese momento el objeto ondulado y oscuro que había visto o soñado la noche anterior.

No tengo ni idea de cuánta distancia habíamos recorrido cuando llegamos a la última cripta, pero teníamos la impresión de haber estado andando durante siglos por aquel submundo olvidado. El aire se hacía cada vez más hediondo e irrespirable, con una espesa nota de humedad, como si procediera de un sedimento de putrefacción material, y decidimos darnos media vuelta. Entonces, sin previo aviso, al final de una larga catacumba repleta de urnas, nos encontramos frente a frente con una pared desnuda.

Allí realizamos uno de nuestros descubrimientos más extraños y desconcertantes: una figura momificada e increíblemente disecada, erecta y apoyada contra la pared. Medía más de siete pies, era de un color marrón bituminoso y estaba totalmente desnuda a excepción de una especie de capucha negra que cubría la parte superior de la cabeza y caía por ambos lados en pliegues arrugados. Por el tamaño y el contorno general, se trataba claramente de uno de los antiguos yorhis… tal vez el único miembro de aquella raza cuyo cuerpo había permanecido intacto.

Sentimos un inefable estremecimiento al contemplar la tremenda antigüedad de aquella cosa apergaminada que, en el seco aire de la cripta, había resistido a través de todas las vicisitudes históricas y geológicas del planeta para proporcionamos un nexo de unión visible con ciclos inmemoriales.

Entonces, al contemplar la figura más atentamente con las linternas, vimos *por qué* la momia había logrado mantenerse en posición erecta. Sus tobillos, rodillas, cintura, hombros y cuello estaban sujetos ala pared con gruesos grilletes, tan profundamente erosionados y oscurecidos por una especie de óxido que no los habíamos detectado a primera vista entre las sombras. La extraña caperuza de la

cabeza, tras examinarla más detenidamente, seguía dejándonos perplejos. Estaba cubierta con una fina capa mohosa, sucia y polvorienta como telarañas vetustas. Algo en aquel objeto, no sé el qué, resultaba aborrecible y nauseabundo.

—¡Por Júpiter! ¡Esto sí que es un descubrimiento! —exclamó Octave al tiempo que lanzaba la luz de la linterna hacia el rostro momificado, donde las sombras se movieron como criaturas vivas por las vacías cuencas de los ojos, por las enormes fosas nasales triples y las amplias orejas puntiagudas que sobresalían bajo la capucha.

Con la linterna aún en alto, extendió el brazo que tenía libre y tocó el cuerpo muy suavemente. A pesar de ser un toque tímido, la parte inferior del torso abombado, las piernas, las manos y los antebrazos se deshicieron en polvo, dejando tan sólo la cabeza y la parte superior del cuerpo y brazos colgando de sus grilletes metálicos. La evolución de la putrefacción había sido extrañamente desigual, porque el resto de porciones no mostró signo alguno de desintegración.

Octave dejó escapar un grito de consternación y luego comenzó a toser y estornudar cuando lo envolvió la nube de polvo marrón que flotaba con liviana ligereza. Los demás nos echamos hacia atrás para evitar el polvo. Entonces, por encima de la nube en expansión, contemplé algo increíble. La capucha negra que cubría la cabeza de la momia comenzó a enrollarse y sacudir las esquinas hacia arriba, se retorcía con un movimiento verminoso y se desprendió del cráneo marchito, dando la impresión de plegarse y desplegarse convulsamente en el aire al caer. A continuación, se posó sobre la cabeza desnuda de Octave, quien, desconcertado ante la momia deshecha, se había quedado de pie cerca de la pared. En ese instante, en un ataque de profundo terror, recordé la cosa que se había separado de las sombras de Yoh-Vombis, bajo la luz de las lunas gemelas, y que desapareció como el producto de un sueño en cuanto me moví.

Cerrándose con fuerza como un pañuelo ceñido, aquella cosa envolvió el cabello, las cejas y los ojos de Octave, y este gritó violentamente profiriendo incoherentes súplicas de ayuda; tiró de la capucha con dedos crispados, pero no logró desprenderse de ella. Luego sus gritos se transformaron en un demente crescendo de agonía, como si estuviera siendo sometido a algún tipo de tortura infernal; bailoteaba y brincaba ciego por la cripta, eludiéndonos con inusitada velocidad cuando nos abalanzamos hacia él en un esfuerzo por cogerlo y liberarlo de aquel extraño estorbo. Todo el suceso resultaba perturbador como una pesadilla, pero la cosa que había caído sobre su cabeza era alguna forma desconocida de vida marciana, la cual, negando todas las leyes conocidas de la ciencia, había logrado sobrevivir en aquellas catacumbas primigenias. Debíamos rescatar a Octave de sus garras si podíamos.

Intentamos rodear la figura convulsa de nuestro jefe… que en el reducido espacio entre las últimas urnas y la pared debería haber sido una empresa bastante sencilla. Pero, alejándose como una exhalación de una manera inexplicable, puesto que sus ojos estaban tapados, nos sorteó y corrió hasta desaparecer entre las urnas hacia el laberinto exterior de catacumbas cruzadas.

—¡Dios mío! ¿Qué le ha ocurrido? —gritó Harper—. El hombre se comporta como si estuviera poseído.

Obviamente no había tiempo para debatir sobre aquel enigma y seguimos a Octave tan rápido como nuestra perplejidad nos permitió. Le habíamos perdido de vista en la oscuridad, y cuando llegamos a la primera bifurcación de las criptas dudamos sobre qué pasillo habría tomado, hasta que escuchamos un agudo alarido, que se repitió varias veces, en una catacumba en el extremo izquierdo. Aquellos gritos poseían una aguda y sobrenatural cualidad, que podría deberse al aire estancado durante siglos o a la peculiar acústica de las cavernas que se ramificaban. Pero en cierta manera no podía imaginar que aquellos alaridos fueran proferidos por labios humanos… al menos, no por los de un hombre vivo. Parecían contener una agonía mecánica y sin alma, como si hubieran sido proferidos por un cadáver manipulado por un demonio.

Apuntando las linternas unos pasos por delante hacia las acechantes y huidizas sombras, corrimos entre hileras de imponentes urnas. Los gritos se habían desvanecido en un silencio sepulcral, pero a lo lejos escuchamos el ligero y amortiguado golpeteo de unos pasos a la carrera. Los seguimos de inmediato pero, jadeando dolorosamente en aquella atmósfera viciada y llena de miasmas, pronto nos vimos obligados a reducir la marcha sin que todavía tuviéramos a Octave a la vista. Muy débilmente, y más lejos que nunca, como los pasos de un fantasma engullidos por las tumbas, escuchamos sus pisadas que se perdían en la lejanía. Luego cesaron y no escuchamos nada más, a excepción de nuestra propia respiración y la sangre que palpitaba en nuestras sienes como tambores golpeados rítmicamente.

Continuamos avanzando tras dividir el grupo en tres contingentes cuando llegamos a un triple cruce de cavernas. Harper, Halgren y yo tomamos el pasaje central y, tras buscar durante un interminable periodo sin encontrar ningún rastro de Octave y haber recorrido los cuartos abarrotados hasta el techo de colosales urnas que debían de contener las cenizas de cientos de generaciones, regresamos a la amplia estancia con los dibujos geométricos en el suelo. Allí se nos unieron los otros, que tampoco habían logrado localizar a nuestro líder desaparecido.

Sería inútil detallar nuestra renovada búsqueda de una hora a través de la miríada de criptas, muchas de las cuales no habían sido exploradas hasta entonces. En ninguna de ellas había signo alguno de vida. Recuerdo pasar una vez más por la cripta en la que habíamos visto la oscura mancha en el techo y comprobar con estremecimiento que la mancha había desaparecido. Era un milagro que no nos perdiéramos en aquel laberinto subterráneo; pero, finalmente, regresamos de nuevo al final de la catacumba, en la que habíamos encontrado a la momia con grilletes.

Escuchamos un repiqueteo rítmico y recurrente a medida que nos acercábamos al lugar… un sonido sumamente alarmante y desconcertante en aquellas circunstancias. Era como el martilleo de demonios necrófagos en algún mausoleo olvidado. Cuando nos acercamos más, los haces de las linternas nos revelaron una visión que fue tan

inexplicable como inesperada. Una figura humana que nos daba la espalda y llevaba la cabeza oculta bajo un hinchado objeto negro del tamaño y forma de un cojín, estaba de pie cerca de los restos de la momia y golpeaba la pared con una barra metálica acabada en punta. No sabíamos cuánto tiempo llevaba Octave allí, ni dónde había encontrado aquella barra. Pero la pared desnuda se había desmoronado por sus furiosos golpes, dejando en el suelo una pila de fragmentos como cometas; y una pequeña y angosta puerta, hecha del mismo ignoto material que las urnas cinerarias y la urna de fumigación, había quedado al descubierto.

Asombrados, vacilantes, inefablemente perplejos, perdimos nuestra capacidad de acción y voluntad en ese momento. Todo el asunto era demasiado fantástico y demasiado espantoso, y estaba claro que Octave había sucumbido a algún tipo de locura. Yo, por mi parte, sentí el violento regüeldo de una náusea repentina cuando identifique la cosa repugnantemente hinchada que cubría la cabeza de Octave y se derramaba con obscena viscosidad sobre su cuello. No me atreví a conjeturar sobre las causas de aquella hinchazón.

Antes de que ninguno de nosotros pudiera recobrar del todo sus facultades, Octave tiró la barra metálica a un lado y se puso a rebuscar algo en la pared. Debía de ser algún mecanismo escondido, aunque cómo conocía su posición o existencia era algo de lo que tan sólo podíamos arriesgar conjeturas. Con un desagradable chirrido sordo, la puerta descubierta se abrió hacia dentro, gruesa y pesada como una losa de mausoleo, dejando una abertura de la que parecía brotar una medianoche infernal, como una riada de suciedad enterrada hacía eones. Por algún motivo en ese instante nuestras linternas parpadearon y perdieron intensidad, y todos respiramos un hedor sofocante, como una ráfaga procedente de mundos interiores de inmemorial putrescencia.

Ahora, Octave se había dado la vuelta hacia nosotros y permanecía en una postura inerte ante la puerta abierta, como alguien que ya ha finalizado la tarea encomendada. Yo fui el primero del grupo en sacudirme aquel hechizo paralizante, así que saqué una navaja —el único objeto que llevaba que se asemejara a un arma— y me abalancé hacia él. Él se echó hacia atrás, pero no lo suficientemente rápido para esquivarme, y entonces apuñalé con la hoja de cuatro pulgadas la negra y tumescente masa que le envolvía la parte superior de la cabeza y colgaba sobre sus ojos.

Preferí no imaginarme qué era esa cosa… si es que era posible imaginársela. Era informe como una sanguijuela gigante, sin cabeza ni cola ni ningún órgano visible… una sucia, hinchada y correosa criatura, recubierta con el fino pelaje mohoso que ya he descrito antes. La navaja lo penetró como si fuera un pergamino podrido, produciendo un largo corte, y aquella abominación pareció reventar como una vejiga pinchada. De aquella grieta comenzó a manar un nauseabundo torrente de sangre humana, mezclado con oscuras masas filiformes que bien podrían haber sido cabellos a medio disolver, y trozos gelatinosos flotantes como huesos molidos y jirones de una grumosa sustancia blanca. Al mismo tiempo, Octave comenzó a tambalearse y se

derrumbó cuan largo era sobre el suelo. Debido a la caída, el polvo de momia se elevó a su alrededor en una nube rizada, bajo la cual el hombre yació mortalmente inmóvil.

Sobreponiéndome a la repulsión que sentía y ahogándome con el polvo, me incliné sobre él y arranque el horror flácido y purulento de su cabeza. Se desprendió con sorprendente facilidad, como si hubiera apartado un trapo inerte: pero aún me arrepiento de haberlo hecho. Debajo ya no había un cráneo humano, pues la mayor parte, hasta las cejas, había sido devorada y el cerebro estaba al aire y parcialmente devorado cuando levanté el objeto con forma de capucha. Lance la criatura innombrable y sentí que los dedos se me quedaban repentinamente laxos, y la cosa cayó boca arriba, revelando en la parte inferior muchas hileras de succionadores rosáceos colocados en círculos alrededor de un disco pálido cubierto con filamentos similares a terminaciones nerviosas, sugiriendo la forma de algún tipo de plexo. Mis compañeros se habían apiñado a mis espaldas; pero, durante un intervalo considerable, nadie habló.

—¿Cuánto tiempo piensas que lleva muerto? —fue Halgren quien susurró aquella terrible pregunta, que todos nos habíamos estado preguntando.

Aparentemente, nadie se sentía capaz o con ánimo de responderla y nos limitamos a mirar a Octave con una horrible fascinación atemporal.

Por fin, hice un esfuerzo por apartar la vista, y tras echar una rápida mirada vi los restos de la momia con grilletes, y por primera vez detecté con un terror irreal e instintivo que la cabeza marchita también había sido devorada parcialmente. De allí, mis ojos se desviaron hacia la puerta recién abierta a un lado, sin percibir durante unos segundos lo que había atraído mi atención. Paralizado por el horror, contempló a la luz de mi linterna, lejos de la puerta y a un nivel inferior, como en un foso infernal, un multitudinario bullir de sombras reptantes. Parecían hervir en la oscuridad y, entonces, por el grueso umbral de la cripta brotó la vanguardia vermiforme de un ejército incontable: criaturas de la misma especie que la monstruosa y diabólica sanguijuela que había arrancado de la cabeza carcomida de Octave. Algunas eran delgadas y planas, como discos de tela o cuero que se retorcían y doblaban; otras más o menos rechonchas, reptaban con embotada lentitud. No llego a adivinar de qué se habían estado alimentando en aquella eterna y sellada medianoche; y rezo para no saberlo nunca.

Retrocedí de un salto alejándome de aquellas cosas, enervado por el terror, enfermo de asco, y el negro ejército manaba infinitamente con una rapidez de pesadilla del abismo profanado, como el nauseabundo vómito de infiernos ahítos de horror. Al derramarse hacia nosotros, tras enterrar totalmente el cuerpo de Octave bajo una ola serpenteante y temblorosa, percibí un hálito de vida en la criatura aparentemente muerta que yo mismo había lanzado a un lado, y vi el funesto esfuerzo que hacía para enderezarse y unirse a las otras.

Pero ni yo ni mis compañeros pudimos soportar mirar por más tiempo. Nos dimos

la vuelta y corrimos entre las imponentes hileras de urnas, con la escurridiza masa de sanguijuelas demoníacas pisándonos los talones, y nos dispersamos invadidos por un pánico ciego cuando llegamos a la primera bifurcación de criptas. Haciendo caso omiso de los demás o de cualquier otra cosa que no fuera la urgencia de la huida, nos abalanzamos al azar por las ramificaciones de pasillos. A mis espaldas escuché a alguien tropezarse y caer dejando escapar una maldición que aumentó hasta un alarido demente; pero yo sabía que si me detenía y retrocedía sólo serviría para arriesgarme a correr el mismo negro destino que habían corrido los más rezagados del grupo.

Agarrando firmemente la linterna y con la navaja abierta, corrí por un pasillo secundario que, según creía recordar, conducía más o menos directamente a la gran cripta exterior con el suelo pintado. Allí me encontré a solas. Los otros habían continuado por el camino de las catacumbas principales, y en la lejanía escuché la amortiguada algarabía de unos gritos dementes, como si varios de los hombres hubieran sido atrapados por sus perseguidores.

Al parecer, me había equivocado al calcular la dirección del pasadizo, porque los giros y revueltas no me resultaban familiares, con tantas intersecciones, y pronto concluí que me había perdido en el negro laberinto, donde el polvo había permanecido sin ser pisado por pies vivos durante incontables generaciones. La madriguera cineraria se había quedado en silencio una vez más, y entonces escuché mi propio jadeo frenético, fuerte y ronco como el de un Titán en el silencio mortal.

De repente, mientras avanzaba, mi linterna reveló una figura humana que se aproximaba hacia mí en la oscuridad. Antes de que pudiera reprimir mi sorpresa, la figura pasó junto a mí con largas zancadas maquinales, como si regresara a las criptas interiores. Creo que era Harper, ya que la altura y complexión era semejante a la suya; pero no estoy totalmente seguro, porque los ojos y la parte superior de la cabeza estaban ocultos bajo una oscura capucha inflada, y los pálidos labios estaban sellados en un silencio de tetánico sufrimiento… o muerte. Quienquiera que fuera, había dejado caer su linterna y corría cegado en total oscuridad, impulsado por aquel vampirismo sobrenatural, para buscar la mismísima fuente del horror desatado. Supe que ya no había nada humanamente posible que pudiera hacer para ayudarle, y ni siquiera se me pasó por la cabeza intentar detenerlo.

Temblando violentamente, retomé la huida, y volvieron a pasar por mi lado dos hombres más del grupo, marchando con una velocidad y determinación maquinales, y encapuchados con aquellas sanguijuelas satánicas. Los otros debían de haber regresado por los corredores principales, porque no los encontré; y nunca más los volvería a ver.

El resto de mi huida es una nebulosa de terror caótico. Una vez más, creyendo que me encontraba ya cerca de la caverna exterior, me extravié y huí atravesando una hilera eterna de urnas monstruosas, en criptas que debían de extenderse hasta una distancia desconocida más allá de lo que habíamos explorado. Tenía la impresión de

que llevaba años caminando, y mis pulmones se ahogaban con aquel aire muerto hace eones, y mis piernas estaban a punto de derrumbarse bajo mi peso, cuando vi en la lejanía un diminuto punto de bendita luz diurna. Corrí hacia allí, mientras todos los horrores de la aberrante oscuridad se agolpaban a mis espaldas y sombras execrables revoloteaban delante de mí, y vi que la cripta acababa en una entrada baja y ruinosa, cubierta de cascotes sobre los que se derramaba un arco de tenue luz solar.

Era una entrada distinta a la que habíamos utilizado para penetrar en aquel submundo pernicioso. Me encontraba a unos doce pies de la apertura cuando, sin producir ningún sonido ni ningún otro aviso, algo cayó sobre mi cabeza desde el techo, cegándome instantáneamente y ciñéndose a mi alrededor como una tensa red. Mi frente y cuero cabelludo, a un mismo tiempo, fueron atravesados por un millón de pinchazos… y padecí una agonía múltiple que parecía atravesar hasta el mismo hueso y converger desde todas direcciones en el interior de mi cerebro.

El terror y sufrimiento de aquel momento fueron peores que cualquier cosa que pudieran contener los delirantes y dementes infiernos terrestres. Sentí la fétida y vampírica garra de una muerte atroz… y más que la muerte.

Creo que dejé caer la linterna, pero los dedos de mi mano derecha todavía sujetaban la navaja abierta. Instintivamente, ya que era casi incapaz de mantener una voluntad consciente, alcé la navaja y la hundí ciegamente, una y otra vez, muchas veces, contra la cosa que había cerrado sus pliegues mortales sobre mí. La hoja debió de atravesar una y otra vez aquella pegajosa aberración, porque corté mi propia carne en una docena de sitios; pero apenas sentía el dolor de aquellas heridas, al estar poseído por los tormentos de un millón de punzadas.

Por fin vi la luz y noté que una banda negra se apartaba de mis ojos y goteaba con mi propia sangre, colgándome por el cuello. La abominación se retorció levemente, todavía colgando, y la arranque, y arranque los restos que quedaban de aquella cosa, trozo a trozo rezumante y sanguinolento, de mi frente y cabeza. Luego me dirigí tambaleante hacia la entrada y la lánguida luz se convirtió en una penetrante llama danzante cuando me abalancé hacia ella y caí fuera de la caverna; una llama que se dio a la fuga como la última estrella de la creación sobre el enorme y deslizante caos y olvido en el que quedé sumido…

Me contaron que mi periodo de inconsciencia había sido breve. Recobré el sentido con los crípticos rostros de los dos guías marcianos inclinados sobre mí. Mi cabeza estaba llena de dolores lacerantes y terrores parcialmente recordados que envolvían mi mente como sombras de arpías congregándose. Rodé sobre la espalda y miré atrás, hacia la boca de la caverna, de la que los marcianos, tras encontrarme, me habían separado un buen trecho. La boca estaba bajo el bancal de un edificio y a la vista desde nuestro campamento.

Contemplé aquel agujero negro con una horrible fascinación, y detecte un sombrío movimiento en la oscuridad… el movimiento espasmódico y verminoso de cosas que se abalanzaban hacia delante desde la oscuridad, pero no emergieron a la

luz. Sin duda, aquellas criaturas de noche ultraterrena y podredumbre sellada desde hacía siglos no soportaban la luz del sol.

Y fue entonces cuando el horror definitivo, el comienzo de la locura, se apoderó de mí. En medio de mi reptante repulsión, de mi deseo furioso de salir de la caverna, brotó el detestable impulso opuesto de regresar, de volver a recorrer de nuevo aquellas catacumbas, como habían hecho los otros; de bajar a donde ningún hombre jamás excepto nosotros, inconcebiblemente condenados y malditos, había bajado; de someterme a aquella maldita compulsión y buscar un mundo infernal que el pensamiento humano jamás podría llegar a imaginar. Había una luz negra, una llamada silenciosa, en las criptas de mi cerebro: el implantado reclamo de la Cosa, como un veneno penetrante y mágico. Me atraía hacia la puerta subterránea que había sido ocultada por las moribundas gentes de Yoh-Vombis, para enclaustrar aquellas sanguijuelas infernales e inmortales, aquellos oscuros parásitos que injertan sus propias vidas abominables en los cerebros medio carcomidos de los muertos. Me llamaba hacia las profundidades del más allá, donde habitan los fétidos Nigromantes, de quienes las sanguijuelas, con todo sus poderes diabólicos de vampirismo, no son más que simples subalternos…

No regresé a la cueva gracias a los dos aihais. Forcejeé y luché con ellos como un demente mientras se empeñaban en inmovilizarme con sus mullidos brazos; pero probablemente estaba exhausto por las aventuras sobrehumanas que había experimentado aquel día y volví a sumirme una vez más en un vacío insondable, del que despertaba tras largos intervalos para descubrir que estaba siendo transportado por el desierto hacia Ignarh.

Bueno, esta es mi historia. He intentado contarla en su totalidad y de manera coherente, a pesar de que pueda resultar inverosímil para los cuerdos… He querido contarla antes de sumirme de nuevo en la locura, como ocurrirá muy pronto: como está ocurriendo ahora… Sí, he contado mi historia… y tú lo has anotado todo, ¿verdad? Ahora debo regresar a Yoh-Vombis… regresar por el desierto, bajar y recorrer las catacumbas hasta las criptas más amplias del nivel inferior. Hay algo en mi cerebro que me ordena y me conducirá… De verdad, debo marchar…

POSTSCRIPT

Como interno de hospital territorial de Ignarh, me hice cargo del singular caso de Rodney Severn, el único arqueólogo superviviente de la Octava Expedición a Yoh-Vombis, y anoté el anterior relato a su dictado. Severn había sido trasladado al hospital por los guías marcianos de la expedición. Sufría horribles laceraciones e hinchazones en el cuero cabelludo y la frente, parte del tiempo se mostraba violentamente delirante y debía ser atado a su cama durante los ataques recurrentes de una manía cuya violencia era doblemente inexplicable a la vista de su estado físico de

extrema debilidad.

Las laceraciones, como se habrá podido averiguar tras leer la historia, fueron principalmente las que el propio paciente se infligió. Estaban mezcladas con numerosas heridas pequeñas y redondas, que se distinguían fácilmente de los cortes de la navaja; estas últimas estaban situadas en círculos regulares y a través de ellas había sido inyectado un veneno desconocido en el cuero cabelludo de Severn. La causa de estas heridas resulta difícil de explicar, a menos que uno crea la historia de Severn y no piense que fue un mero producto de su enfermedad. Desde mi punto de vista, y a la luz de los sucesos que tuvieron lugar después, creo que no me queda más remedio que creer su historia. Hay extrañas criaturas en el planeta rojo y sólo puedo secundar el deseo expresado por el infortunado arqueólogo con relación a futuras exploraciones.

La noche después de que terminara de dictarme su historia, mientras otro doctor supuestamente estaba de guardia, Severn logró escapar del hospital, sin duda en uno de aquellos ataques a los que ya me he referido antes: hecho realmente asombroso, ya que parecía estar más débil que nunca tras el prolongado esfuerzo que realizó para dictarme su terrible historia, y se esperaba su fallecimiento en cualquier momento. Lo que resultaba todavía más sorprendente es que se encontraron huellas de sus pies descalzos en el desierto, en dirección a Yoh-Vombis, hasta que se desvanecieron en el aire por una ligera tormenta de arena; pero hasta el momento no se ha encontrado ningún rastro del propio Severn.

XICCARPH

EL LABERINTO DE MAAL DWEB

[THE MAZE OF MAAL DWEB]

Sin más luz que la de las cuatro lunas diminutas de Xiccarph, cada cual en una fase diferente pero todas decrecientes, Tiglari había cruzado el pantano sin fondo de Soorm, donde no habitaba ningún reptil, ni ningún dragón se posaba para descansar… pero donde el lodo estaba vivo y hervía con continuas palpitaciones y remolinos. Había evitado prudentemente la calzada elevada de adoquines de corindón blanco que cruzaba el terreno pantanoso, y se había abierto camino sinuosamente, exponiéndose a un peligro acuciante al ir saltando de islote en islote de juncos que temblaban como gelatina bajo sus pies. Cuando alcanzó tierra firme y se puso a resguardo bajo juncos altos como palmeras, tuvo igual cuidado en evitar las lívidas escaleras de pórfido que ascendían en espiral hacia el cielo a través de vertiginosos abismos hendidos en el nadir y por pendientes vítreas hasta la siempre misteriosa y terrible morada de Maal Dweb. La calzada elevada del terreno pantanoso y las escaleras estaban vigiladas por aquellos que deseaba evitar: los silenciosos y colosales siervos de hierro de Maal Dweb, cuyos brazos culminaban en largas lunas crecientes de acero templado que blandían como implacables guadañas contra cualquiera que osara llegar hasta allí sin el permiso de su señor.

El cuerpo desnudo de Tiglari estaba untado desde la coronilla hasta los pies con sabia de una planta de la jungla que repelía todo tipo de fauna de Xiccarph. Gracias a ello esperaba pasar sin sufrir daño alguno por parte de las feroces criaturas homínidas que se desplazaban en total libertad por los jardines colgantes y terrazas del Tirano. Llevaba una cuerda de fibra de raíz, sorprendentemente resistente y ligera al mismo tiempo, lastrada con una esfera de bronce en un extremo, para usarla como enganche en la escalada de la montaña. A un lado, enfundado en piel de quimera, llevaba un cuchillo de hoja fina como una aguja que había sido empapada en el mortal veneno de víboras aladas.

Muchos, antes de Tiglari, con el mismo noble sueño del tiranicidio habían intentado cruzar el alquitranado terreno pantanoso y escalar aquellas imponentes pendientes. Pero nadie había regresado con vida para contarlo, y el destino de los hombres que habían logrado acceder al palacio de la montaña de Maal Dweb era una cuestión muy debatida, ya que nadie había vuelto a verlos de nuevo, ni vivos ni muertos. Pero Tiglari, el cazador de la jungla, experto en matar bestias feroces y astutas, no se amilanaba ante las terribles posibilidades que se alzaban ante él.

La escalada de la montaña ya habría sido una proeza demasiado temeraria bajo la luz de las tres lunas llenas de Xiccarph. Con ojos penetrantes como los de un pterodáctilo nocturno, Tiglari lanzaba su cuerda lastrada hacia puntos estratégicos y salientes como colmillos. Afianzando una mano tras otra, subió con simiesca

facilidad desde un precario punto de apoyo a otro igualmente precario, hasta que, por fin, alcanzó un estrecho saliente justo debajo de la última pendiente. Desde esa posición ventajosa fue una tarea sencilla lanzar la cuerda y engancharla alrededor del tronco retorcido de un árbol inclinado hacia el abismo con hojas como cimitarras que crecía en los jardines de Maal Dweb.

Evitando las afiladas y cuasi metálicas hojas que parecían soltar mandoblazos hacia abajo al tiempo que el árbol se inclinaba flexiblemente bajo el peso en suspensión, llegó a poner pie, aunque prudentemente agachado, sobre la temible meseta objeto de tantas leyendas. Se rumoreaba que allí, sin ayuda humana, el brujo y científico demoniaco había mutilado los picos más elevados de la vieja montaña convirtiéndolos en paredes, cúpulas y torretas, y había allanado un gran espacio a su alrededor. Ese espacio lo cubrió inmediatamente con tierra margosa producida por medio de la magia; y en esa tierra plantó los curiosos y siniestros árboles procedentes de mundos exteriores más allá de los soles de Xiccarph, junto a flores que bien podrían haber habitado en algún infierno bullicioso y exuberante.

Poco se sabía realmente de aquellos jardines, pero existía la creencia popular de que la flora que crecía al norte, sur y oeste del palacio era menos mortífera que la que crecía hacia el amanecer del triple sol. La mayoría de esta vegetación, según la leyenda, había sido domada y podada en forma de un laberinto casi infinito, maliciosamente ingenioso, del cual era imposible salir: un laberinto que escondía en cada revuelta las trampas más mortales y atroces, las muertes más impredecibles, ideadas por aquel maligno Dédalo. Consciente de la existencia de aquel laberinto, Tiglari se había aproximado al lugar por el lado que daba al triple ocaso.

Sin aliento, con los brazos doloridos por la larga y ardua escalada, se agazapó bajo las sombras del jardín. A su alrededor vio capullos entrecerrados que asomaban tras una penumbra color vino con venenosa languidez, o le abanicaban con corolas expuestas que exhalaban un perfume narcótico o el polen de la locura. Extraños, multiformes, con siluetas que helaban la sangre o causaban pesadillas en el cerebro, le pareció que los árboles de Maal Dweb se arremolinaban y conspiraban contra él por detrás de las flores. Algunos se irguieron con la sinuosa altura de pitones con plumas, de dragones con penachos de plumas en sus colas. Otros permanecían en cuclillas con extremidades radiales que eran como los miembros peludos de colosales arácnidos. Parecían cerrarse sobre Tiglari con un movimiento sigiloso. Agitaban sus aterradoras espinas en forma de dardos, sus hojas con forma de guadaña. Ocultaban las cuatro lunas con redes de amenazantes arabescos. Se alzaban desde unas raíces que se rizaban interminablemente y sobresalían entre una densa maleza que les flanqueaba como una hilera de escudos entrelazados.

Con infinita precaución y mente calculadora, el cazador siguió avanzando, buscando un claro entre la falange armada de monstruosidades vegetales. Sus facultades, siempre alerta, estaban anormalmente alteradas por un miedo extremo, intensificado por un odio reconcentrado. El miedo no era tanto por sí mismo como

por la joven Athlé, su amada, la más bella de la tribu, que se había adentrado sola aquella misma tarde por la calzada elevada de corindón y las escaleras de pórfido tras ser convocada por Maal Dweb. Su odio era el de un valiente y un amante despechado contra el todopoderoso tirano por todos temido, a quien ningún hombre había visto jamás, y de cuya morada ninguna mujer había regresado; aquel que hablaba con una voz de hierro audible en las ciudades más alejadas o las junglas más remotas; aquel que castigaba a los que se rebelaban o desobedecían con una maldición de lluvia de fuego que era más efectiva que el rayo.

Maal Dweb siempre se llevaba la soltera más bella del planeta Xiccarph, y ningún palacio de las ciudades amuralladas, ni ninguna remota cueva salvaje se libraba de su invisible escrutinio. Ya había elegido nada menos que a cincuenta jóvenes durante tres décadas de tiranía, y estas, abandonando a sus amantes y sus familiares voluntariamente para evitar que la ira de Maal Dweb recayera sobre ellos, habían marchado una tras otra a la ciudadela de la montaña y habían desaparecido tras sus crípticas paredes. Allí, como odaliscas del anciano brujo, se decía que habitaban en salones que multiplicaban su belleza en miles de espejos; y se decía que tenían por sirvientas a mujeres de bronce y hombres de hierro que imitaban en todos los detalles el movimiento y el habla de personas vivas.

Tiglari había ofrecido a Athlé la ruda adoración de su corazón y toscos botines de caza, pero al competir con otros rivales, todavía no estaba seguro de contar con el favor de la joven. Fría como un lirio de agua, y no menos voluble, ella había aceptado su adoración y la de los demás, entre los cuales el guerrero Mocair tal vez era el más formidable de todos. Al regresar con el crepúsculo de su jornada de caza, Tiglari había encontrado a toda la tribu sumida en lamentaciones y, al averiguar que Athlé había partido hacia el harén de Maal Dweb, no tardó en seguirla. No informó de sus intenciones a los miembros de la tribu, ya que Maal Dweb tenía oídos por todas partes, y no sabía si Mocair o cualquiera de los otros lo había precedido en su desesperada gesta. De hecho, Mocair estaba ausente, y no parecía descabellado pensar que ya se había lanzado a los oscuros y espantosos peligros de la montaña.

La simple idea bastó para que Tiglari continuara avanzando con una temeraria despreocupación entre las venenosas flores reptiles y los follajes asfixiantes. Al rato llegó a un claro en el horrible bosque y vio las luces de color azafrán que arrojaban las ventanas inferiores de la morada de Maal Dweb, y una oscura masa de cúpulas y torretas que se encaramaban hacia las constelaciones allá en lo alto. Las luces brillaban vigilantes como ojos de dragones insomnes y parecían observarlo con una maligna e impasible conciencia. Pero Tiglari saltó hacia ellas, a través del claro, y escuchó el repiqueteo de las hojas afiladas que se cerraban a sus espaldas.

Ante él había un prado abierto, cubierto con una extraña hierba que se agitaba como innumerables gusanos bajo sus pies descalzos. No le apetecía en absoluto permanecer en aquel prado, pero corrió hacia delante con pasos ligeros y rasos. No vio marcas de pisadas en la hierba, pero al aproximarse al pórtico del palacio vio un

trozo de cuerda que alguien había lanzado a un lado y tuvo la certeza de que Mocair lo había precedido.

Había senderos de mármol jaspeado alrededor del palacio y fuentes y cascadas que jugueteaban burbujeando como sangre en los gaznates de monstruos tallados. No había guardias en los portales abiertos y el edificio completo era como un mausoleo iluminado con lámparas inmóviles. Ninguna sombra se movía tras las brillantes ventanas amarillas, y la oscuridad dormía impertérrita entre las altas torres y cúpulas. Sin embargo, Tiglari desconfiaba de aquella apariencia de quietud y sueño y siguió los caminos circundantes a cierta distancia antes de atreverse a acercarse al palacio.

Ciertos animales, enormes y misteriosos, que tomó por los monstruos simiescos de Maal Dweb, le seguían en la penumbra. Eran peludos y burdos, con las cabezas inclinadas. Algunos de ellos corrían a cuatro patas mientras otros mantenían la postura casi erecta de los antropomorfos. No intentaron atacar a Tiglari; pero, aullando con tonos sombríos como perros, se apartaron de él como si quisieran evitarlo. Debido a este comportamiento supo que eran animales realmente salvajes que no podían soportar el olor con el que se había impregnado los miembros y el torso.

Por fin llegó a un pórtico sin luz lleno de columnas. Allí, con el silencioso sigilo de una serpiente de la jungla, entró en la misteriosa y aterradora morada de Maal Dweb. Tras los pilares oscuros había una puerta abierta, y al otro lado de la puerta se atisbaban los tenues y aparentemente infinitos confines de una sala vacía.

Tiglari entró con redoblada cautela y avanzó siguiendo la pared cubierta de tapices. El lugar estaba invadido por desconocidos perfumes, lánguidos y somnolientos; un sutil hedor como de inciensos en secretas alcobas de amor. No le gustaban aquellos perfumes, y el silencio le inquietaba cada vez más a medida que se adentraba en el palacio. Le parecía que la oscuridad estaba plagada de respiraciones contenidas, que bullía con siniestros movimientos invisibles.

Lentamente, como si se abrieran unos enormes ojos amarillos, las llamas crecieron en las sólidas lámparas de cobre que colgaban por toda la sala. Tiglari se ocultó tras un tapiz profusamente bordado; pero al echar un vistazo con temerosa inquietud, vio que la sala seguía vacía. Finalmente se atrevió a reanudar su avance. Rodeado de los tapices imperiales, bordados con figuras de hombres púrpura y mujeres celeste sobre un campo de sangre brillante, le pareció que se agitaban con una vida fugaz por un viento que no percibía, mientras las lámparas lo observaban con imperturbables y espléndidos ojos. Pero no había ni rastro de Maal Dweb; tampoco los sirvientes de metal ni las odaliscas humanas del tirano aparecían por ninguna parte.

Las puertas a ambos lados de la sala, con lamas de ébano y marfil hábilmente talladas, estaban cerradas. Al fondo, Tiglari vio un hilo de luz ardiente en el borde de un sombrío tapiz doble. Separó el tapiz con mucha cautela y echó un vistazo a una habitación enorme y brillantemente iluminada que a primera vista parecía ser el harén

de Maal Dweb, pues allí se congregaban las jóvenes que el mago había convocado a su morada en la montaña durante varias décadas. De hecho, parecía haber cientos de ellas, inclinadas o tumbadas en lujosos sillones, o de pie con semblantes lánguidos o aterrorizados. Tiglari distinguió entre la multitud a las mujeres de Ommu-Zain, cuyas pieles son más blancas que la sal del desierto, a las delgadas muchachas de Uthmai, moldeadas en vivo y palpitante azabache; las regias jóvenes ambarinas de la ecuatorial Xala; y las pequeñas mujeres de Ilap, que poseen los tonos del bronce recién reverdecido. Pero entre todas ellas no pudo encontrar la belleza delirio de Athlé.

Se quedó enormemente sorprendido por el número de mujeres y el completo silencio con el que mantenían sus distintas posturas. No había apertura o caída de párpados, ningún movimiento de manos, ni curvatura o apertura de labios. Eran como estatuas hechas de un mármol vivo, sutilmente pintado, o diosas que dormían en una sala encantada de eternidad.

Tiglari, el intrépido cazador, quedó impresionado y aterrado. Allí, sin duda, tenía la prueba de las brujerías legendarias que se atribuían a Maal Dweb. Aquellas mujeres —si es que realmente eran mujeres y no meras estatuas— habían sido sometidas por un hechizo de sueño inmortal semejante a la muerte. Era como si alguna especie de sustancia invisible hecha de silencio adamantino hubiera llenado la estancia y se hubiera posado sobre sus ocupantes: un silencio en el que parecía que ningún ser mortal pudiera respirar.

Sin embargo, si Tiglari quería continuar su búsqueda de Maal Dweb y Athlé, debía atravesar la sala encantada. Temiendo que sobre él pudiera descender un sueño marmóreo al traspasar el umbral, entró conteniendo la respiración y avanzó con sigilosos pasos de leopardo. A su alrededor las mujeres mantuvieron su eterno silencio en sus distintos ademanes y actitudes. Era como si a todas ellas les hubiera sobrevenido el hechizo cuando experimentaban una emoción concreta, ya fuera de miedo, sorpresa, curiosidad, vanidad, fatiga, ira o voluptuosidad. Su número era más pequeño que el que había creído a primera vista; los espejos metálicos que cubrían las paredes habían creado la ilusión de multitud e inmensidad.

En el otro extremo de la estancia, llegó a un segundo tapiz, ligeramente descorrido y que sólo revelaba una sombra al otro lado. Echó un vistazo y contempló una habitación crepuscular, iluminada débilmente por dos incensarios que despedían un fulgor multicolor y un humo rojo como de sangre vaporizada. Los incensarios estaban colocados sobre altos trípodes en los rincones más alejados de la entrada, uno frente al otro. Entre ellos, bajo un dosel de algún tipo de material oscuro y llameante con flecos trenzados como si fueran cabello de mujer, había un sillón de color morado nocturno, con un estampado de pájaros plateados que luchaban contra serpientes doradas. En el sillón, con sobrio atuendo, un hombre estaba reclinado como si estuviera fatigado o dormido. El rostro del hombre era una pálida máscara de misterio entre ambiguas sombras; pero no se le pasó por la cabeza a Tiglari que no

fuera el temible y tiránico brujo a quien había ido a matar. Sabía que aquel era Maal Dweb, a quien ningún hombre había visto en carne y hueso, pero cuyo poder era manifiesto a todos; el gobernante oculto y omnisciente de Xiccarph; el cacique de reyes; el dueño y señor de los tres soles y de todas sus lunas y planetas.

Como centinelas fantasmales, los símbolos de la grandeza de Maal Dweb, las imágenes de su terrible imperio, se manifestaron ante Tiglari. Pero el pensamiento de Athlé era una bruma roja que lo emborronaba todo. Olvidó sus espeluznantes temores, el sobrecogimiento que le había producido aquel palacio embrujado. La ira del afligido amante, la sed de sangre del ingenioso cazador, prevalecieron y guiaron sus ágiles y sigilosos pasos para preparar sus poderosos músculos. La habitación estaba vacía, a excepción de la figura inmóvil y lánguida del sillón. Tiglari se aproximó al brujo inconsciente y su mano se cerró con fuerza sobre la empuñadura del puñal con hoja fina como una aguja y empapada en veneno de víbora.

El hombre tenía los ojos cerrados y un críptico rictus de fatiga en la boca y los párpados. Parecía meditar en lugar de dormir, como alguien que vaga en un laberinto de recuerdos lejanos o profundas ensoñaciones. A su alrededor las paredes estaban cubiertas de fúnebres tapices, con oscuras y vagas figuras. Por encima de él, los dos incensarios gemelos humeaban con un fulgor nebuloso y perfumaban la habitación con su adormecedora mirra, la cual hizo que los sentidos de Tiglari flotasen entre una extraña y tenue luz.

Agazapado como un tigre junto al tapizado de pájaros y serpientes, se preparó para asestar el golpe. Luego, tras superar el leve mareo que le produjeron los perfumes, se levantó; y su brazo, con el rápido movimiento de una gruesa pero ágil culebra, se lanzó rápidamente hacia el corazón del tirano.

Era como si hubiera intentado romper una pared de adamante. A medio camino, por delante del mago reclinado, el puñal chocó contra una sustancia impenetrable que Tiglari no podía ver; la punta se rompió y repiqueteó en el suelo junto a sus pies. Sorprendido, miró al ser a quien había intentado asesinar. Maal Dweb no se había movido ni había abierto los ojos. Tampoco se apreciaba ni un ceño fruncido ni una sonrisa en su semblante, pero su expresión de enigmática fatiga ahora estaba tocada por un sutil rictus de cruel regocijo.

Con cierta vacilación, Tiglari alargó la mano para comprobar una idea inquietante. Tal como había sospechado, en realidad no había ningún sillón ni dosel entre los incensarios humeantes… sólo una superficie vertical, intacta y muy pulida, en la que aparentemente se reflejaba toda la escena. Había intentado matar una imagen reflejada. Pero, para su mayor estupor, él mismo no se reflejaba en el espejo.

Dio media vuelta, pensando que Maal Dweb debía de estar en algún rincón de la estancia. Al girar, los tapices fúnebres se movieron con un maligno y sedoso susurro al rozar contra las paredes, como si hubieran sido descorridos por manos invisibles. La habitación se inundó de una repentina luz cegadora, las paredes parecieron perderse de vista hasta el infinito, y unos gigantes desnudos, cuyos miembros y torsos

ocres brillaban como si estuvieran embadurnados de ungüento, se erguían en posturas amenazadoras rodeándole por todos los costados. Los ojos brillaban como los de criaturas de la jungla, y todos sostenían un enorme puñal con la punta rota.

Aquello, pensó Tiglari, formaba parte de una taumaturgia aterradora. Se acuclilló entre los dos trípodes, alerta como un animal atrapado, esperando el ataque de los gigantes. Pero aquellos seres, acuclillándose simultáneamente, imitaban cada uno de sus movimientos. Finalmente, concluyó que lo que veía era su propio reflejo, multiplicado y monstruosamente amplificado en los espejos de Maal Dweb.

Se giró de nuevo. El dosel adornado con borlas, el sillón de colores morados oscuros como la noche con su tapizado de figuras, el durmiente recostado ataviado con sencilla vestimenta, todo se había desvanecido. De lo que había contemplado, sólo quedaban los incensarios humeantes ante una pared de cristal que, como el resto de espejos, reflejaba al propio Tiglari.

El desconcierto y la confusión se aliaron ahora en el furibundo cerebro del cazador. Presentía que Maal Dweb, el todopoderoso mago que todo lo veía, estaba jugando con él y engañándolo con espejismos. Sin duda, Tiglari se había precipitado al pretender enfrentarse simplemente con sus músculos y trucos de bosque a un ser de tanto poder sobrenatural y artimañas demoníacas. No se atrevía a moverse; apenas podía respirar. Los monstruosos reflejos le observaban como ogros vigilando a un pigmeo cautivo. La luz, que parecía emanar de lámparas escondidas en los espejos, adoptó un brillo aún más despiadado y alarmante, y se concentró en él con un horror silencioso. Las vastas y esquivas dimensiones de la habitación parecieron aumentar y, a lo lejos, entre las sombras, vio un remolino de vapores con rostros humanos que se desvanecían y volvían a formarse incesantemente, y nunca se repetían.

El siniestro resplandor continuaba aumentando; la bruma de rostros, como vapores originados en el infierno, se disolvía y volvía a iluminarse tras los gigantes inmóviles, en las extensas vistas. Una risa no escuchada, malévola, burlona, parecía agazaparse tras aquella quietud. Tiglari no sabría decir cuántas horas esperó; el brillante y helado horror de aquella estancia estaba más allá del tiempo.

Entonces, en el aire iluminado, una voz comenzó a hablar; una voz monótona, pausada… e impersonal. Era ligeramente desdeñosa; un poco cansada; un tanto cruel. Era imposible identificarla o situarla: casi como los latidos del corazón de Tiglari y, sin embargo, infinitamente lejos.

—¿Qué buscáis, Tiglari? —preguntó la voz—. ¿Creéis que podéis entrar impunemente al palacio de Maal Dweb? Otros, muchos otros con iguales intenciones lo han intentado antes que vos, pero todos pagaron algún precio por su temeridad.

—Busco a la doncella Athlé —respondió Tiglari—. ¿Qué habéis hecho con ella?

Las palabras le sonaron extrañas; todo sonaba distante, como si hubiera sido otra persona la que había hablado.

—Athlé es muy bella —replicó la voz—. Es voluntad de Maal Dweb darle cierto uso a su belleza. Ese uso no debería preocupar a un cazador de bestias salvajes…

Sois un insensato, Tiglari.

—¿Dónde está Athlé? —insistió el cazador.

—Athlé ha ido a encontrarse con su destino en el laberinto de Maal Dweb. No hace mucho, el guerrero Mocair, que también la siguió hasta mi palacio, aceptó mis sugerencias y partió para proseguir su búsqueda entre las enrevesadas curvas de ese laberinto que no tiene fin. Id ahora, Tiglari, y buscadla vos también… Hay muchos misterios en mi laberinto, y entre todos ellos, tal vez, haya uno que estéis destinado a resolver.

El cazador vio que una puerta se había abierto en la pared cubierta de espejos. En la profundidad de los espejos, aparecieron dos de los esclavos de metal de Maal Dweb. Más altos que cualquier hombre, y brillando desde los pies a la cabeza con fulgores implacables como los de espadas bruñidas, avanzaron hacia Tiglari. La mano derecha de cada uno de ellos blandía una hoz con hoja de media luna. Rápidamente y sin echar la vista atrás, el cazador salió disparado por la puerta abierta. Tras él escuchó el desapacible chasquido de las lamas de la puerta al cerrarse.

La breve noche del planeta Xiccarph todavía no había llegado a su fin, y las cuatro lunas habían bajado. Pero ante él vio el comienzo del legendario laberinto, iluminado claramente por frutas globulares brillantes que colgaban como farolas de bóvedas y arcadas de follaje. Guiado por la inmóvil y extraña luminiscencia, entró en el laberinto.

Al principio resultó ser un lugar de fantasías y caprichos de elfos. Había mesetas extrañamente inclinadas, con delgados y antiguos árboles como pilares, cubiertos de celosías formadas por graciosas y escudriñadoras caras de orquídeas extravagantes, que llevaron al buscador hasta cobertizos escondidos y sorprendentes construidos por duendecillos. Era como si aquellos meandros hubieran sido diseñados simplemente para atraer, desconcertar y seducir.

Luego, gradualmente, mientras el cazador continuaba avanzando, parecía que el estado de ánimo del diseñador hubiera ido oscureciéndose, volviéndose más siniestro, y no presagiaba nada bueno. Los árboles que bordeaban el camino, con troncos retorcidos y entrelazados, eran Laocoontes luchadores y torturadores, iluminados por enormes hongos que parecían sostener funestas velas. El camino descendía o ascendía con escalones endiabladamente inclinados a través de cavernas de imbricado follaje que brillaba con el estridente fulgor de las escamas de dragón. Tras cada esquina, el camino se dividía ante Tiglari; las sinuosas bifurcaciones se multiplicaron y, a pesar de ser habilidoso en orientarse en la jungla, le habría resultado imposible volver sobre sus pasos. Continuó avanzando con la esperanza de que la casualidad de una forma u otra le condujera hasta Athlé. Y la llamó en muchas ocasiones, pero tan sólo recibió por respuesta unos ecos lejanos y burlones, o el doloroso aullido de una bestia invisible extraviada en el laberinto de Maal Dweb.

Llegó hasta unas charcas que ardían con fuegos fatuos que formaban espirales y volutas en oscuras grutas arbóreas. Unas manos verdosas e hinchadas como de

hombres muertos parecían alzarse de los cambiantes velos de fosforescencia; y, en una ocasión, Tiglari creyó ver el rostro ahogado de Athlé. Se lanzó a una charca poco profunda… pero sólo encontró un fétido cieno, y algo hinchado que se retorcía parsimoniosamente bajo la palma de su mano.

Avanzaba ahora a través de pérgolas formadas por malignos tentáculos de hidras que se enrollaban y desenrollaban tumultuosamente a su alrededor. El camino fue iluminándose más; las frutas y flores que brillaban de noche eran lívidas y repugnantes, como las velas moribundas de un aquelarre de brujas. El más temprano de los tres soles ya asomaba y sus rayos color azafrán se filtraban a través de los trenzados horrores de parras enredadas y ponzoñosas.

A lo lejos, como si cayeran al laberinto desde una altura no visible, escuchó frente a él un coro de voces agudas que eran como campanas o gongs capaces de articular. No podía distinguir las palabras, pero las entonaciones eran las de algún anuncio solemne y portentoso. Estaban preñadas de una contundencia mística, con una predestinación hierática. Cesaron y no se escuchó ningún otro sonido más que el siseo y crepitar de las plantas que se mecían.

Tiglari continuó avanzando. El tortuoso laberinto se hizo más agreste y anómalo. Había floraciones escalonadas, como esculturas obscenas, o formas arquitectónicas que parecían de piedra y metal. Otras eran como pesadillas carnales de cuerpos enraizados que se regodeaban y luchaban y copulaban en un limo repugnante. Vegetales inmundos con flores ulcerosas se exhibían sobre obeliscos infernales. Musgos vivos parasitarios de color carmesí trepaban por engendros vegetales que palpitaban y se hinchaban tras columnas de pabellones malditos.

Ahora parecía que cada uno de los pasos del cazador estaba predestinado y dictado. Ya no era libre de elegir su camino, porque muchos de los senderos estaban plagados de criaturas a las que no deseaba enfrentarse, y otros estaban bloqueados por horribles alambradas de cactus, o acababan en charcas que bullían con sanguijuelas más grandes que atunes. El segundo y el tercer sol de Xiccarph despertaron, pero sus rayos color esmeralda y rojo carmín sólo sirvieron para aumentar los horrores que producía la celosía que se había cerrado alrededor de Tiglari.

Siguió subiendo por unas escaleras donde las serpientes florales reptaban, y por terrazas llenas de aloes que se agitaban en pugna. Pocas veces lograba ver las dimensiones laberínticas a sus pies, o los niveles superiores hacia los que se dirigía. En algún lugar de aquel oscuro sendero tropezó con uno de los animales simiescos de Maal Dweb: una criatura salvaje y oscura, resbaladiza y brillante parecida a una nutria mojada, como si se hubiera zambullido en una de las charcas ocultas. Pasó a su lado con un ronco gruñido, apartándose como las otras criaturas del olor repulsivo del cuerpo del cazador… Pero no podía encontrar a la doncella Athlé ni al guerrero Mocair, quien le había precedido en el laberinto.

Ahora llegó a una peculiar y pequeña calzada de oscuro ónice rectangular, y

totalmente rodeada, a excepción de la dirección por la que avanzaba, por enormes flores con tallos estriados de color del bronce y enormes bolas colgantes que parecían ser las cabezas moteadas de quimeras bestiales, con las fauces abiertas y mostrando sus gaznates rojos brillantes. A través del hueco de esta singular maraña vegetal, dio un paso adelante por el pavimento y permaneció indeciso observando el denso tapiz de flores: porque allí parecía terminar el camino.

El ónice bajo sus pies brillaba húmedo cubierto de un líquido pegajoso y desconocido. A pesar de estar aturdido por el maravilloso, exótico, imbricado y retorcido horror por el que había pasado, se despertó de nuevo en él una leve sensación de peligro. Se giró hacia el espacio abierto por donde había entrado, pero su instinto de huir surgió demasiado tarde. De las bases de los tallos de las altas flores, un largo zarcillo como un cable de bronce se desenrolló con fulminante rapidez y se cerró alrededor de sus tobillos. Se quedó atrapado e inmovilizado en el centro de una tensa red. Luego, mientras forcejeaba inútilmente, los enormes tallos comenzaron a curvarse e inclinarse hacia él, hasta que las bocas de color carmín de los capullos se aproximaron a sus rodillas formando un círculo de monstruos aduladores.

Se acercaron aún más, hasta estar a punto de tocarlo. De sus carnosos labios, un líquido transparente e incoloro, que goteaba lentamente al principio y luego se derramaba en finos hilos, descendía hasta sus pies, tobillos y espinillas. Indescriptiblemente, se le puso la piel de gallina al notar su tacto y luego sintió un extraño entumecimiento pasajero y, a continuación, un furioso picor como el de picaduras de innumerables insectos. Entre las apiñadas cabezas de las flores, vio que sus piernas habían sufrido un misterioso y horripilante cambio: su natural vellosidad había aumentado y estaba cubierto por un pelaje oscuro y largo como el de un simio… ¡las partes bajas de las piernas se habían acortado y los pies se habían alargado con los toscos dedos largos que poseían los animales de Maal Dweb!

En un caos de indefinible inquietud y temor, desenfundó su puñal con la punta rota y la emprendió a tajos con las flores. Fue como si hubiera tocado unas campanas monstruosas de resonante hierro o como si hubiera golpeado las cabezas acorazadas de dragones. La hoja se partió a la altura de la empuñadura. Luego los capullos, alzándose grotescamente, se mecieron a la altura de su cintura, humedeciéndole las caderas y los muslos con su fina y maligna saliva.

A través de la extraña pesadilla en la que su cerebro y su cuerpo se ahogaban impotentemente, escuchó el aterrado grito de una mujer. Entonces, por el hueco abierto en los matorrales contempló una extraña escena que relevaba el hasta ahora impenetrable laberinto, abriéndose como por obra de magia. A unos cincuenta pies, al mismo nivel que la calzada de ónice, se alzaba un estrado elíptico o altar de blanca piedra lunar en cuyo centro la doncella Athlé, emergiendo del laberinto por una rampa elevada de pórfido, se había detenido en actitud de sorpresa. Ante ella, un inmenso lagarto de mármol que se erguía sobre el estrado sostenía en alto un enorme

espejo circular de metal acerado, con la cabeza del monstruo oculta tras este. Athlé, como si estuviera fascinada por alguna visión celestial, observaba el disco metálico. Tiglari podía contemplar su perfil y ojos desorbitados; y el propio espejo podía verse oblicuamente, con el escorzado cuerpo del lagarto extendiéndose en ángulo cerrado y mezclándose obscenamente con el laberinto medio serpenteante. A medio camino entre la calzada de ónice y la elipse de piedra blanquecina, seis estilizadas columnas de bronce, coronadas con rostros esculpidos a semejanza de un Terminus demoníaco, se elevaban a bastante distancia unas de otras y miraban alternativamente hacia el cazador y la joven.

Tiglari habría deseado gritar el nombre de Athlé, pero en ese mismo instante ella dio un paso hacia el espejo, como si le atrajera algo que veía en sus profundidades, y el círculo mortecino pareció iluminarse con alguna clase de llama incandescente interior. Los ojos del cazador quedaron cegados momentáneamente por los hirientes rayos que manaron de su superficie durante unos segundos, envolviendo y paralizando a la doncella. Cuando la penumbra desapareció en volutas de un color seductor, pudo ver que Athlé, en una postura de rigidez escultural, seguía contemplando el espejo con ojos asustados. No se había movido; la expresión de sorpresa quedó congelada en su rostro, y entonces Tiglari pensó que era como las mujeres atrapadas en un sueño en el palacio de Maal Dweb. Pero justo cuando le asaltó este pensamiento, escuchó un resonante coro de voces metálicas que parecían provenir de las cabezas labradas de demonios situadas sobre las columnas.

—La doncella Athlé —anunciaron las voces con solemnes y graves tonos— se ha contemplado a sí misma en el espejo de la Eternidad, y se ha librado para siempre de los cambios y corrupción del Tiempo.

Tiglari sintió que se hundía en un enorme y terrible terreno pantanoso de sueños. No comprendía nada de lo que le había ocurrido a Athlé, y su propio destino le resultaba un enigma igualmente oscuro, terrible e imposible de resolver por un humilde cazador.

Ahora los capullos inclinados se habían alzado hasta la altura de sus hombros y le empapaban los brazos y el cuerpo. Bajo aquella horrenda alquimia la transformación continuaba. Una mata de largo pelo apareció en el torso abultado; los brazos se alargaron, simiescos; las manos y los pies se hicieron más semejantes. Desde el cuello hacia abajo, Tiglari no difería en nada de los simios del jardín.

Poseído por un terror abyecto, esperó a que la metamorfosis se completara. Luego, lentamente, se percató de que un hombre con sobria vestimenta y ojos y boca repletos de un hastío provocado por extraños sucesos, estaba de pie frente a él. Tras el hombre, como si estuvieran a su servicio, esperaban dos de los autómatas de hierro blandiendo sendas hoces.

Con una voz un tanto lánguida, el hombre pronunció una palabra desconocida que vibró en el aire con prolongados y misteriosos ecos. El círculo de flores de cuellos estirados se apartó de Tiglari, recuperando sus posiciones verticales y formando un

extraño ramillete; y los enmarañados zarcillos se apartaron de sus tobillos, liberándolo. Apenas consciente de su liberación, escuchó un sonido de voces metálicas, y comprendió vagamente que eran las cabezas de demonios de las columnas las que le hablaban, diciendo:

—El cazador Tiglari ha sido empapado con el néctar de los capullos de la vida primigenia, y se ha convertido en todos los sentidos, desde el cuello hacia abajo, en una de las bestias que él solía cazar.

Cuando el solemne coro calló, el hombre fatigado de sobrias vestiduras se acercó a él y le habló:

—Yo, Maal Dweb, intenté hacer con vos exactamente lo mismo que hice con Mocair y con muchos otros. Mocair era la bestia que encontrasteis en el laberinto, con pelaje reciente y todavía brillante y húmedo por el néctar de las flores; y vos mismo visteis a algunos de sus predecesores por el palacio. Sin embargo, a veces mis deseos pueden variar. Vos, Tiglari, a diferencia del resto, seguiréis siendo un hombre desde los hombros hacia arriba; y sois libre de retomar vuestras andanzas por el laberinto y escapar de él si sois capaz. No deseo veros nunca más, y mi clemencia nada tiene que ver con mi aprecio por vuestra especie. Marchaos: el laberinto tiene muchas curvas que todavía debéis recorrer.

Un terrible estremecimiento se apoderó de Tiglari; su ferocidad nativa, su salvaje voluntad, habían sido domadas por la lánguida voluntad del hechicero. Tras echar una fugaz mirada de aterrada preocupación y sorpresa a la silueta congelada de Athlé, se retiró obedientemente, agachado como un enorme simio. Su pelaje brillaba húmedo bajo los tres soles y desapareció entre los meandros del laberinto.

Maal Dweb, asistido por sus esclavos metálicos, se aproximó a la figura de Athlé, que seguía contemplando el espejo metálico con ojos atónitos.

—Mong Lut —dijo dirigiéndose por su nombre al autómata más cercano de los dos que le pisaban los talones—, como sabéis, siempre he tenido el capricho de eternizar la frágil belleza de las mujeres. Athlé, como el resto de muchachas que he convocado a la montaña y he enviado a explorar los ingeniosos secretos de mi laberinto, ha mirado en el espejo cuyo repentino resplandor convierte la carne en una piedra más bella que el mármol y no menos eterna… Además, como sabéis, se me antojó convertir a los hombres en bestias con el copioso néctar de ciertas flores artificiales, con el fin de que su aspecto exterior se ajustara estrictamente a su naturaleza interna. ¿No está bien, Mong Lut, que haya hecho todas estas cosas? ¿Es que no soy yo Maal Dweb, aquel en el que reside todo conocimiento y todo poder?

—Sí, señor —replicó el autómata con voz de hierro—, vos sois Maal Dweb, el omnipresente, el omnipotente, y está bien que hicierais estas cosas.

—Sin embargo —continuó Maal Dweb—, la repetición hasta de los prodigios más extraordinarios puede tomarse monótona tras un tiempo. Creo que no volveré a tratar de esta manera a ninguna mujer, ni tampoco a ningún hombre. ¿No piensas, Mong Lut, que estaría bien que variase mis embrujos en el futuro? ¿Es que no soy, a

fin de cuentas, Maal Dweb, el que dispone de todos los recursos?

—Efectivamente, vos sois Maal Dweb —asintió el autómata—, y estaría bien que diversificarais vuestros encantamientos.

Y así Maal Dweb quedó convencido, tras escuchar las respuestas del autómata. No era aficionado a perder el tiempo conversando y se limitaba a escuchar los ecos metálicos de sus sirvientes de hierro, los cuales siempre asentían a lo que decía, ahorrándole así el tedio de los argumentos y debates. Y puede que, en ocasiones, incluso esto le resultara aburrido y prefiriese el silencio de las mujeres petrificadas, o el mutismo de las bestias que ya no podían considerarse hombres.

LAS MUJERES FLOR

[THE FLOWER-WOMEN]

—Athlé —dijo Maal Dweb—, sufro de la terrible maldición de la omnipotencia. En todo Xiccarph, y en los cinco planetas exteriores de los tres soles, no hay nadie ni nada que cuestione mi supremacía. Por lo tanto, mi hastío se ha hecho insoportable.

Los ojos aniñados de Athlé observaban al hechicero con una mirada de eterno asombro, que, sin embargo, no se debía a la extraña confesión que él acababa de hacer. Ella era la última de las cincuenta y una mujeres que Maal Dweb había convertido en estatuas con el fin de preservar su frágil y corruptible belleza del agusanamiento que las marchitaba con el paso del tiempo. Desde entonces, movido por el encomiable deseo de evitar la monotonía, decidió no volver a repetir nunca más aquel mismo encantamiento, y el mago sentía por Athlé el afecto que un artista siente por su obra maestra final de una serie. La había colocado sobre un pequeño estrado, junto a la silla de marfil en su sala de meditación. Con frecuencia le consultaba sus dudas y le dirigía sus monólogos, y el hecho de que ella no respondiera, o ni tan siquiera oyera, para él era una oportuna e inmejorable circunstancia.

—Sólo hay un remedio para mi aburrimiento —continuó—: Renunciar, al menos durante un tiempo, al manantial de donde brota. Por lo tanto, yo, Maal Dweb, el gobernante de seis mundos y todas sus lunas, marcharé a solas, sin ser anunciado y sin otro equipo que el que poseería cualquier brujo novato. De esta forma, tal vez recupere el encanto perdido de la incertidumbre, el encanto desvanecido del peligro. Haré mías aventuras que nunca antes imaginé y el futuro se ocultará tras el atrayente velo del misterio. Sin embargo, todavía no ha sido fijado el ámbito de mis aventuras.

Maal Dweb se levantó de su silla de extrañas tallas e hizo una señal con la mano a los cuatro autómatas de hierro semejantes a hombres armados que se aprestaron a obedecerle. Pasó por los salones del palacio, donde los tapices narraban en color bermellón y morado las terribles leyendas sobre su poder. A través de lamas de ébano que se abrían silenciosamente al pronunciarse una palabra en tono agudo, entró a la cámara en la que había instalado su planetario.

Las paredes, suelos y techo de la habitación eran de cristal oscuro, lleno de diminutas e innumerables llamas, lo cual creaba la ilusión de un firmamento sin límites con todas sus estrellas. A media altura, sin cadenas ni otra sujeción visible, colgaban una variedad de esferas que representaban a los tres soles, los seis planetas y las trece lunas del sistema gobernado por Maal Dweb. Los soles de miniatura, de color ámbar, esmeralda y rojo brillante bañaban sus planetas imbricadamente rotatorios con una iluminación que reproducía en todo momento las condiciones diurnas del propio sistema, y los diminutos satélites mantenían sus correspondientes

órbitas y posiciones relativas.

El brujo se inclinó hacia delante y avanzó como si cruzara algún insondable abismo de la noche, con estrellas y galaxias a sus pies. Los elegantes planetas quedaban al nivel de sus hombros mientras pasaba entre ellos. Haciendo caso omiso de las esferas que correspondían a Mornoth, Xiccarph, Ulassa, Nouph y Rhul, se aproximó a Votalp, la más alejada, que en ese momento se hallaba en el afelio, en el rincón más apartado de la habitación.

Votalp, un mundo enorme y sin lunas, rotaba imperceptiblemente mientras lo examinaba. Observó que por un hemisferio el sol amarillo estaba en ese instante en eclipse total tras el sol rojo brillante; pero, a pesar de esto y de la mayor distancia que lo separaba de la triada solar, Votalp estaba iluminado con la suficiente claridad. Estaba salpicado de extrañas tonalidades, como un enorme ópalo nebuloso; y las manchas eran microscópicos océanos, islas, montañas, junglas y desiertos. Fantásticos paisajes se iluminaban intermitentemente, adoptando la definición y perspectiva de paisajes reales, y luego se desvanecían entre el borrón iridiscente. Atisbos de vida variopinta y rebosante, increíbles cuadros vivos, monstruosos sucesos, todas estas cosas contempló Maal Dweb cuando bajó la mirada como un espía celeste.

No obstante, parecía que no encontraba mucho que lo entretuviera o atrajera en aquellos extravagantes sucesos y exóticas maravillas. Ante él se sucedieron visión tras visión, invocadas y desechadas a voluntad, como si estuviera volviendo las páginas de un libro familiar. Guerras de gigantescos guivernos, cópulas de monstruos cuasi vegetales, extrañas algas que habían invadido un océano con sus laberintos animados y en movimiento, la sorprendente extensión de ciertos glaciares polares: estos no despedían ningún rayo ni brillo en sus ojos apagados de oscura esmeralda.

Por fin, en esa porción del planeta que giraba lentamente en el doble amanecer de su noche sin luna, percibió un acontecimiento que llamó y mantuvo su atención. Por primera vez se decidió a calcular la latitud y longitud precisas del entorno que le rodeaba.

«Bien —se dijo a sí mismo—, una situación que no carece de interés. De hecho, todo el asunto es lo suficientemente extraño y curioso como para justificar mi intervención. Visitaré Votalp».

Salió del planetario e hizo unos cuantos preparativos para el viaje que planeaba hacer. Tras cambiarse la túnica de magnífica marta cibelina color escarlata por un manto con capucha, y tras quitarse todos los amuletos y talismanes que llevaba encima, con excepción de las dos filacterias que consiguió durante su noviciado, se dirigió al jardín de su palacio de montaña. No dejó ninguna instrucción a los numerosos criados que le servían; y es que estos criados eran autómatas de hierro y bronce que realizarían sus funciones sin necesidad de órdenes hasta que él regresara.

Atravesando el curioso laberinto que sólo él sabía resolver, llegó al borde de la escarpada meseta, donde lianas como pitones caían al vacío y palmeras metálicas

desplegaban su armamento de follaje contra los lejanos horizontes del mundo de Xiccarph. Los imperios y las ciudades que yacían bajo sus mágicos dominios se desplegaban ante él; pero, sin apenas echarles una mirada, avanzó sobre el estrado de mármol negro por el mismo borde, hasta que llegó a un estrecho promontorio alrededor del cual flotaba en todo momento una espesa nube de color indefinido que oscurecía las vistas de las tierras de abajo y más allá.

El secreto de aquella nube, que permitía el acceso a múltiples dimensiones y reinos de profundos pliegues de espacio que limitaban con mundos remotos, sólo era conocido por Maal Dweb. Había construido un puente levadizo de plata en el promontorio y, haciendo descender su etéreo arco por la nube, podía atravesarlo a voluntad hacia las áreas más alejadas de Xiccarph, o podía cruzar el mismísimo vacío entre los planetas.

Ahora, tras realizar ciertos cálculos sumamente oscuros, manipuló la maquinaria del ligero puente levadizo, de forma que el otro extremo quedó apoyado sobre el terreno concreto de Votalp que deseaba visitar. Entonces, ya convencido de que sus cálculos y ajustes eran correctos, tomó el paso elevado de plata en dirección al borroso y desconcertante caos de la nube. Allí, mientras avanzaba a tientas envuelto en un gris cegador, tuvo la impresión de que su cuerpo y sus miembros pendían sobre abismos infinitos, y que se doblaban en ángulos imposibles. Un solo mal paso lo habría lanzado a regiones espaciales de las que ni toda su sabia brujería le hubiera ayudado a regresar o liberarse; pero él había transitado con frecuencia aquellos caminos secretos y no perdió el equilibrio. El tránsito parecía durar siglos enteros, pero finalmente salió de la nube y llegó al otro extremo del puente levadizo.

Ante él apareció la escena que había atraído su interés hacia Votalp. Era un valle casi tropical, llano y abierto al fondo, y que se elevaba abruptamente por el otro lado, con todas sus multiformes fantasías vegetales, hacia los altos barrancos y simas de negras montañas astadas de roca color rojo sangre. Todavía eran las primeras horas del amanecer, pero el sol ámbar, liberándose lentamente de la ocultación tras el sol carmín, había comenzado a iluminar los colores y sombras del valle con extrañas tonalidades anaranjadas y cobrizas. El sol esmeralda seguía oculto bajo el horizonte.

El final del puente estaba apoyado sobre una loma musgosa, tras la cual la nube incolora se arremolinaba como en el promontorio de Xiccarph. Maal Dweb descendió de la loma sin sentir ninguna inquietud por el puente. Permanecería tal como lo había dejado hasta que llegara el momento de su regreso; y si, mientras tanto, alguna criatura de Votalp cruzaba el abismo y osaba invadir su ciudadela de la montaña, encontraría una muerte terrible en las trampas y revueltas del laberinto; o, si esto fallaba, sería exterminado por sus sirvientes de hierro.

Mientras bajaba la loma hacia el valle, el brujo escuchó un siniestro y quejumbroso canto, como el de sirenas llorando alguna irremediable desgracia. Los cantos procedían de una hermandad de extrañas criaturas, medio mujeres y medio flores, que crecían en la parte más honda del valle junto a un sosegado arroyo de

aguas moradas. Había varias veintenas de aquellos adorables y encantadores monstruos, cuyos cuerpos femeninos rosas y nacarados se recostaban entre lechos de terciopelo bermellón de henchidos pétalos a los que estaban unidos. Esos pétalos estaban envueltos en hojas como colchones y unidos a gruesos y cortos tallos de profundas raíces. Las flores estaban colocadas en círculos irregulares, que iban arracimándose hacia el centro, y con espacios abiertos en las hileras exteriores.

Maal Dweb se aproximó a las mujeres flor con cierta precaución, porque sabía que eran vampiros. Sus brazos acababan en largos tentáculos, pálidos como el marfil, más rápidos y ágiles que serpientes enroscadas prestas al ataque, con los que acostumbraban a atrapar a las incautas víctimas atraídas por sus cantos. Por supuesto, conocedor en su sabiduría de las leyes inexorables de la naturaleza, no sentía ninguna animadversión contra tal vampirismo, pero, por otro lado, no tenía ningún deseo de formar parte de su alimento.

Rodeó a la extraña familia a cierta distancia, ocultando su avance del ángulo de observación de las plantas, usando de parapeto rocas cubiertas con altos y exuberantes líquenes de color rojo y amarillo. Pronto se acercó a la dispersa línea exterior de plantas que se encontraban río arriba desde la loma en la que había aterrizado; y allí, confirmando la visión que había contemplado en el mundo a escala de su planetario, descubrió que la hierba había sido arrancada y removida donde cinco de los capullos que crecían separados de sus compañeros habían sido arrancados de cuajo. Había visto en su visión el rapto de la quinta flor, y sabía que las otras ahora la lloraban.

De repente, como si hubieran olvidado sus penas, el lamento de las mujeres flor se transformó en un animado, dulce y voluptuoso canto, como el de Lorelei. Gracias a ello, el hechicero supo que su presencia había sido detectada. A pesar de estar inmunizado a tales embrujos, se sorprendió al notar que no era insensible a la peligrosa tentación de aquellas voces. Siguiendo impulsos contrarios a sus intenciones y haciendo caso omiso del peligro, se asomó por la ribera de piedras recubiertas de líquenes. De forma gradual e insidiosa, la melodía fue encendiendo su sangre con una extraña embriaguez y comenzó a canturrear en su cerebro como una especie de vino desconcertante. Paso a paso, con una pérdida temporal de prudencia que más tarde sería incapaz de explicar, se aproximó a las flores.

Entonces, deteniéndose desconcertado a una distancia que consideró prudente, contempló directamente los rasgos casi humanos de los vampiros, que se inclinaban hacia él con fabulosa provocación. Sus ojos extrañamente sesgados, como alargados ópalos de rocío y veneno, los serpenteantes rizos de sus cabellos color bronce verdoso, el brillante y funesto escarlata de sus labios, que se fruncían deseosos incluso cuando cantaban, le hicieron consciente del peligro de aquellos seres. Demasiado tarde intentó romper el hechizo tan malignamente tejido. Desenrollándose con un movimiento rápido como un rayo, los largos y lívidos tentáculos de una de las criaturas lo envolvieron, y sintió que era arrastrado hacia su lecho mientras se resistía

inútilmente.

En el momento en que fue capturado, toda la hermandad dejó de cantar. Comenzaron a proferir grititos de triunfo, agudos y sibilantes. Entre las Flores más cercanas se alzaron murmullos de expectación, como el crepitar de una llama hambrienta, pues esperaban compartir la buena fortuna de la que había capturado al brujo.

Sin embargo, Maal Dweb ahora podía hacer uso de sus facultades. Sin alarmarse ni perder los nervios, contempló al precioso monstruo que lo había arrastrado al borde de su lecho aterciopelado y que ahora lo engatusaba con labios siniestramente entreabiertos.

Empleando un poder de adivinación un tanto primario, recabó información sobre ciertos asuntos relacionados con el vampiro. Tras adivinar el nombre verdadero secreto que aquella criatura compartía con las demás de su especie, lo pronunció en voz alta con un tono firme pero cordial; y así, al ganar mediante una ley elemental mágica el poder de dominar a su captora y a sus hermanas, sintió que los tentáculos se relajaban al instante. La mujer flor, con los ojos anegados de terror y sorpresa, se echó hacia atrás como una lamia asustada; pero Maal Dweb, empleando los sonidos medio articulados de la lengua de las mujeres flor, comenzó a calmarla y tranquilizarla. Al rato el mago había entablado amistad con la hermandad en pleno. Aquellos seres simples e ingenuos olvidaron sus intenciones vampíricas, su sorpresa y sobrecogimiento, y parecieron aceptar al mago en igual medida que aceptaban la existencia de los tres soles y las condiciones meteóricas del planeta Votalp.

Conversando con ellas, pronto confirmó la información que había obtenido por medio del planeta a escala. Por lo general, las emociones y recuerdos de aquellas criaturas eran efímeras, ya que su naturaleza era más cercana a la de las plantas o animales que a la de los seres humanos; pero la pérdida de cinco hermanas, en mañanas sucesivas, les había llenado de un dolor y un terror que no podían olvidar. Las flores que faltaban habían sido transportadas a pulso. Los depredadores eran ciertas criaturas reptiles, de tamaño colosal y con alas semejantes a las de los pterodáctilos, que habían bajado de su ciudadela recién construida entre las montañas, en la parte más elevada del valle. Aquellos seres, conocidos como los Ispazars, siete en total, habían evolucionado hasta convertirse en extraordinarios brujos y habían desarrollado un intelecto más poderoso que el de cualquiera de sus congéneres, junto a muchas facultades esotéricas. Al preservar la gélida y perversamente críptica naturaleza de los reptiles, se habían convertido en maestros de una ciencia protohumana. Pero, hasta el momento, Maal Dweb los había ignorado y no pensaba que valiera la pena interferir en su evolución.

Ahora, debido a un capricho pasajero, en su búsqueda de aventuras, había decidido medir sus fuerzas con los ispazars, empleando como única arma mágica su propio ingenio y voluntad, las enseñanzas aprendidas, su clarividencia y los dos humildes amuletos que llevaba con él.

—No os preocupéis —dijo a las mujeres flor—, porque voy a encargarme de esos bellacos de la forma más adecuada.

Tras lo cual, las mujeres flor rompieron en un agudo murmullo, repitiendo los cuentos que la gente pájaro del valle les había contado sobre la fortaleza de los ispazars, cuyos muros se alzaban verticales desde un pico recóndito jamás escalado por el hombre, sin portales ni ventanas; tan sólo se podía acceder por las partes más elevadas de los muros, por donde los reptiles voladores entraban y salían. Y le contaron otras historias sobre la ferocidad y crueldad de los ispazars…

Sonriendo como si escuchara la cháchara de unos niños, desvió los pensamientos de las mujeres flor hacia otras cuestiones y las distrajo con muchas historias de extrañas y curiosas maravillas y asombrosos sucesos en mundos remotos. Mientras tanto, perfeccionaba su plan para lograr entrar en la ciudadela de los magos reptiles.

El día transcurrió entre tales divertimentos, y uno a uno los tres soles del sistema desaparecieron tras el borde del valle. Las mujeres flor fueron perdiendo interés y comenzaron a asentir y cabecear somnolientas bajo la densa oscuridad crepuscular; y Maal Dweb procedió a realizar ciertos preparativos que formaban parte esencial de su plan.

Gracias a su poder de segunda visión, había logrado determinar la identidad de la víctima a quien los reptiles se llevarían en su siguiente asalto matinal. Dio la casualidad de que esa criatura era la que había pretendido atraparlo antes. Como las otras, ahora se preparaba para la noche envolviéndose en su voluminoso lecho de pétalos. Tras confiarle parte de su plan, Maal Dweb manipuló de manera peculiar uno de los amuletos que llevaba y gracias a estas manipulaciones redujo su propio tamaño a las proporciones de un pigmeo. De esa guisa, con la ayuda de la somnolienta sirena, pudo esconderse en un hueco entre los pétalos; y así resguardado, como una abeja en una rosa, durmió seguro durante la corta noche sin luna de Votalp.

El amanecer lo despertó, brillante como si se filtrara a través de relucientes cortinas rubís y moradas. Escuchó a las mujeres flor susurrar adormiladas unas a otras mientras abrían sus capullos ofreciéndolos a los soles matinales. Sin embargo, sus murmullos pronto se convirtieron en agudos gritos de agitación y terror, y por encima de los gritos escuchó un zumbido vibrante, como el que produciría el batir de unas enormes alas de dragón. Echó un vistazo desde su escondite y vio bajo la luz del doble amanecer el descenso de los ispazars, cuyas alas palmeadas cubrieron el valle de una gran oscuridad. A medida que iban acercándose, vio sus ojos fríos y escarlata bajo cejas escamosas, sus largos y ondulantes cuerpos, sus extremidades de lagarto y sus garras prensiles; y escuchó el profundo siseo articulado de sus voces. Luego los pétalos se cerraron a su alrededor cegándolo, temblorosos y tensos, cuando la mujer flor rehuyó a los monstruos acechantes. Todo era confusión, terror, tumulto; pero sabía, por su observación del rapto anterior, que los ispazars habían rodeado el tallo de la flor con sus colas de pitón, y tiraban de ella arrancándola de la tierra como un brujo humano arrancaría una planta de mandrágora.

Sintió la agonía convulsa del capullo extirpado, escuchó los gritos lastimeros de sus hermanas. Luego escuchó más fuerte el batir de tambores de las alas y la sensación de una vertiginosa ascensión y vuelo.

Durante todo ese tiempo Maal Dweb mantuvo la mente fría y no reveló su presencia a los ispazars. Muchos minutos después, el vuelo se ralentizó y supo que los reptiles se aproximaban a su ciudadela. Un segundo más tarde la rojiza penumbra de los pétalos se oscureció y amoratό a su alrededor, como si hubieran pasado de la luz del día a un lugar de profundas sombras. El batir de las alas cesó abruptamente, la flor viva cayó desde cierta altura sobre una superficie dura, y a punto estuvo Maal Dweb de salir despedido de su escondite por la violencia de la caída. Gimiendo débilmente, con leves convulsiones, la flor yació donde sus captores la habían lanzado. El hechicero escuchó el siseo de voces de los brujos reptiles y el áspero y agudo roce de sus colas sobre el suelo de piedra mientras se alejaban.

Tras susurrar palabras de ánimo a la flor moribunda, sintió que los pétalos se relajaban a su alrededor. Gateó hacia la salida con sumo cuidado y se encontró en una inmensa sala de techos oscuros, cuyas ventanas eran como las bocas de una caverna profunda. El lugar era una especie de laboratorio de alquimia, una guarida de extrañas brujerías y abominables brebajes. Por todas partes, en la oscuridad, había cubas, copelas, calderas, alambiques y matraces de tamaños sobrehumanos que se cernían como colosos ante los ojos de pigmeo de Maal Dweb. A su alcance había un monstruoso caldero que humeaba como un cráter de metal negro y sus bordes curvados ascendían bastante más alto que la cabeza del mago. Ninguno de los ispazars estaba a la vista, pero sabiendo que regresarían en cualquier momento, se apresuró a prepararse para enfrentarse a ellos, sintiendo por primera vez desde hacía muchos años la excitación del peligro y la expectación.

Manipulando el segundo amuleto, recobró sus proporciones normales. La habitación, aunque seguía siendo espaciosa, ya no le parecía una sala de gigantes, y el caldero que tenía delante se encogió y disminuyó de altura hasta que el borde le llegó a los hombros. Vio ahora que el caldero estaba lleno de una maligna mezcla de ingredientes, entre los que se adivinaban finos jirones de la mujer flor desaparecida, junto a hiel de quimeras y ámbar gris de leviatanes. Calentado por fuegos invisibles, bullía vivamente, formando una espuma con burbujas negras como el carbón y desprendiendo un vapor nauseabundo.

Con el ojo perspicaz de un antiguo maestro de la tradición química, Maal Dweb procedió a examinar los distintos componentes del caldero, y entonces pudo adivinar el fin que se perseguía con tal brebaje. La conclusión a la que llegó le horrorizó ligeramente, y sirvió para aumentar su admiración por el poder y la ciencia de los brujos reptiles. En efecto, vio que sería muy recomendable detener su evolución.

Tras una breve reflexión, se le ocurrió que, de acuerdo con las leyes de la química, la adición de ciertos componentes simples al brebaje provocaría un desenlace ni deseado ni previsto por los ispazars. Sobre altas mesas situadas junto a

las paredes del laboratorio de alquimia, había tarros, frascos y viales que contenían drogas sutiles y potentes elementos, algunos de los cuales procedían de los reinos más arcaicos de la naturaleza. Dejando a un lado el polvo lunar, las ascuas de fuego de estrellas, las gelatinas de cerebro de Gorgona, el icor de salamandras, el polvo de hongos letales, la médula de esfinge y otras sustancias igualmente pintorescas y perniciosas, el mago pronto encontró las esencias que precisaba. Le llevó tan sólo unos segundos verterlas en el hirviente caldero y, tras hacerlo, esperó con calma el regreso de los reptiles.

Mientras tanto, la mujer flor había dejado de gemir y retorcerse. Maal Dweb sabía que estaba muerta, ya que los individuos de esa especie no eran capaces de sobrevivir cuando eran arrancados de raíz con tanta violencia y separados de su suelo natal. Se había envuelto hasta el rostro entre sus pétalos tensos, como si fuera una mortaja roja y negruzca; y en ese momento escuchó las voces de los siete ispazars, que ahora regresaban a la sala de alquimia.

Se dirigieron hacia él entre las rebosantes vasijas, andando erectos de la manera que lo hacen los hombres que se sostienen sobre cortas patas de lagarto, con las alas estriadas y de color pardo oscuro plegadas tras ellos, y los ojos brillando rojizos en la penumbra. Dos de ellos iban armados con largos cuchillos de hojas sinuosas; y otros iban equipados con enormes mazos adamantinos que serían empleados, sin duda, para ablandar la carne del vampiro floral.

Cuando vieron al hechicero, se mostraron a un mismo tiempo sorprendidos y furiosos. Sus cuellos y torsos se hincharon como caperuzas de cobras, y un fuerte siseo comenzó a sonar entre ellos, como el sonido de viento propulsado a chorro. Su apariencia habría atenazado de terror el corazón de cualquier hombre común, pero Maal Dweb los afrontó con calma, repitiendo en voz alta y tonos bajos y monótonos una palabra de un poder protector soberano.

Los ispazars se abalanzaron hacia él; algunos de ellos se deslizaron por el suelo con un culebreo ondulante, y otros se alzaron aleteando rápidamente las alas para atacarle desde arriba. Sin embargo, todos ellos se lanzaron en vano colisionando contra la esfera de fuerza invisible que el mago había trazado a su alrededor pronunciando la palabra de poder. Era algo extraño verlos en el aire echando las zarpas vengativamente al vacío, o propinando golpes inútiles con sus armas, que repiqueteaban como si golpearan contra un muro de bronce.

Entonces, tras comprender que el hombre que tenían ante ellos era un brujo, los magos reptiles comenzaron a utilizar su propia magia protohumana. Invocaron en el aire enormes relámpagos de llamaradas lívidas, con forma de pitones, que saltaban y se retorcían constantemente, y colisionaban contra la esfera de poder protector, haciéndolo retroceder como se hace retroceder un escudo por la presión de la multitud en la batalla, pero no conseguían romperlo del todo. Además, cantaban malignas runas sibilantes destinadas a arrebatar al mago sus recuerdos y lograr así que olvidara su magia. Grandes fueron las fatigas que sufrió Maal Dweb mientras

luchaba contra los fuegos y las runas de las serpientes; y la sangre se mezclaba con el sudor en su frente debido al gran esfuerzo. Sin embargo, a pesar de que los rayos caían mucho más cerca y los cantos sonaban más fuerte, continuó pronunciando la palabra no olvidada; la palabra continuó protegiéndole.

Entonces, por encima del murmullo de las serpientes, escuchó el profundo siseo del caldero, que ahora hervía con más fuerza debido a las esencias que había añadido a sus contenidos. Y entre los constantes relámpagos vio que un vapor más denso y oscuro, como las vaharadas de un pantano primigenio, manaba del caldero y se extendía por toda la sala de alquimia.

Los ispazars se vieron envueltos enseguida entre los gases, como en una nube de oscuridad; y borrosamente comenzaron a retorcerse y sacudirse, convulsionándose en una extraña agonía. Las llamas similares a pitones se extinguieron en el aire, y los siseos de los ispazars se hicieron inarticulados, como los de serpientes comunes. A continuación, tras caer al suelo mientras la niebla negra se congregaba y espesaba sobre ellos, reptaban de un lado a otro sobre sus estómagos a la manera de verdaderos reptiles; y, emergiendo en ocasiones de entre los vapores, pudo verlos menguar como si el fuego del infierno los hubiera consumido.

Todo ocurrió tal como Maal Dweb había planeado. Sabía que los ispazars habían olvidado su magia y su ciencia, y que la acción del vapor los había lanzado en una rápida involución hacia el estadio más bajo de los ofidios. Pero, antes de que se completara el cambio, dejó que uno de los siete ispazars entrara en la esfera que ahora servía para protegerle de los gases. La criatura se arrojó a sus pies como un dragón amaestrado, reconociéndolo como su amo y señor. Enseguida, la nube de vapor comenzó a disiparse y vio a los otros ispazars, que ahora eran poco más grandes que serpientes de pantano. Sus alas habían disminuido hasta transformarse en inútiles flecos, y reptaban y siseaban por el suelo, entre los alambiques, los crisoles y los atanores de su ciencia perdida.

Maal Dweb los contempló durante unos segundos, sintiendo cierto orgullo de su propia magia. La lucha había sido difícil, incluso peligrosa, y concluyó que había logrado vencer su aburrimiento, al menos temporalmente. Desde un punto de vista práctico, había hecho lo correcto; porque, al liberar a las mujeres flor de sus perseguidores, también había erradicado una posible amenaza futura contra su propio poder sobre los mundos de los tres soles.

Girándose hacia el ispazar que había salvado exclusivamente por un motivo de extrema necesidad, se sentó a horcajadas firmemente sobre su espalda, tras la gruesa unión de las alas. Pronunció una palabra mágica que fue entendida por el monstruo. Sujetándolo entre sus alas, despegó y voló obedientemente a través de una de las ventanas altas, y dejando atrás para siempre la ciudadela jamás escalada por ningún hombre, ni por ninguna criatura sin alas, transportó al mago por los rojos cuernos de las pardas montañas, a través del valle donde habitaba la hermandad de vampiros florales y descendió sobre la loma musgosa al final del puente levadizo por el que

había entrado en Votalp. Allí Maal Dweb desmontó y, seguido por el reptante ispazar, inició el viaje de regreso a Xiccarph a través de la nube de color indefinido, por profundidades multidimensionales.

A mitad de camino de aquel peculiar tránsito, escuchó un repentino y cortante aleteo. Cesó con sorprendente brusquedad y no volvió a escucharse. Al echar la vista atrás, vio que el ispazar se había caído del puente y se desvanecía a jirones y en ángulos irreconciliables por el abismo del que no se regresaba jamás.



Notas

[1] Afición bien manifiesta en su continuación del *Vathek* de William Beckford: *Historia de la princesa Zulkaïs y el príncipe Kalilah*. Valdemar. Madrid, 1999. <<

[2] Edmund Wilson: *El Castillo de Axel*. Cupsa Editorial. Madrid, 1977. Pág. 18. <<

[3] A este respecto puede verse, Jesús Palacios: “Los otros castillos de Axel”. Revista *Salamandra. Comunicación surrealista*. Imaginación insurgente. Crítica de la vida cotidiana. Nº 8/9. Madrid, 1997-98. Págs. 39-41. Algunas partes de este prólogo son paráfrasis de aquella primera aproximación al tema. <<

[4] Clark Ashton Smith: *Zothique, el último continente*. Valdemar. Madrid, 2011. <<

[5] Tanto Smith como sus compañeros de viaje de *Weird Tales* rendían pleitesía a cierta corriente de la literatura fantástica inmediatamente anterior que, en muchos casos, se funde con la de la literatura decadente y simbolista: Arthur Machen, Lord Dunsany, W. B. Years, Algernon Blackwood, Oscar Wilde, Robert W. Chambers, etc. <<

[6] Publicadas en España a finales de los años 70 por la editorial Edaf. <<

[7] Vachel Lindsay: *El arte de la imagen en movimiento*. Fundación de Cultura Ayuntamiento de Oviedo, 1995. Pág. 258. <<

[8] Una buena guía en internet para penetrar en el mundo de Smith de forma amplia, documentada y sin prejuicios puede encontrarse en http://www.eldritchdark.com/ <<

[9] Villiers de L'Isle-Adam: *Axel*. Ediciones del Bronce. Barcelona, 2001. <<

[10] Anna Balakian: *El movimiento Simbolista*. Guadarrama. Madrid, 1969. Pág. 236. <<

[11] *The Seven Geases* en el original. C. A. Smith emplea un término procedente de la mitología celta: *geas* (variante gaélica escocesa de *geis*; pl. *geasa* o *geases*, como emplea el autor en el título original). Un *geas* es un hechizo o maldición de los dioses que puede consistir en una prohibición o mandato que debe ser cumplido para evitar la muerte. En ocasiones, los héroes celtas podían sufrir *geasa* o *geases* contradictorios, viéndose abocados en ese caso a una muerte segura. (N. de la T.) <<